

**Noi; Nang (Bangkok, Thailandia), Marilou;
Gloria (Manila, Filipinas), Joy; Jasmine;
Yolie; Marivic; Rowena; Mary Ann (Cebú,
Filipinas): diciembre 1990 - enero 1991.**

INTROITO

Interesa significar que a partir de este viaje de finales de 1990 comienza una fase de vivencias en la existencia mía que se prolonga durante cuatro intensísimos e ininterrumpidos años en los que probablemente cubra en avión la misma cantidad de espacios, distancias, ámbitos que –obsérvese bien esto– en todo el resto de mi entera vida viajera anterior. A mis 54 años bien cumplidos y bien rebasados inicio y continúo una enardeciente aventura, si no con el deseo de buscar nada, sí con la decidida tropía de encontrar todo, de hacerme el enconradizo con un místico Eldorado que tan sólo –comprobaría de nuevo y siempre más tarde– reside en los mundos que mi alma, acaso gratuitamente, había previsto para sus divagaciones y míticas excentricidades. Y el mito, ya sabemos, es el afrodisíaco de la voluntad. Decir que dediqué nueve viajes a Bangkok, seis a Filipinas, uno a Korea del Sur, cuatro a Indonesia, uno a Laos, además de otras diez visitas a la República Dominicana, y una más, la segunda, a Ecuador... pues creo que es decir bastante, lo cual, no se olvide, es algo menos que demasiado pero más que suficiente. Contando el periodo dentro del cual se realizaron los

viajes propiamente dichos, diciembre 1990-enero 1995, y también el tramo de tiempo que pudiéramos considerar de preparación en España, y que cubrió buena parte de 1990, estimo que no menos de mil comunicaciones – cartas, faxes, teles, telegramas, conferencias telefónicas – fueron emitidas por mí para sustentar el protocolo de relación concorde con mis corresponsales. De casi la totalidad de estas instancias conectivas guardo el correspondiente testimonio. Durante años me he ocupado de ordenar todo lo que se me antojara de naturaleza ordenable: sucesos, viajes, etapas, etc; de acomodar alfabéticamente los nombres, las autorías de las comunicaciones a mí, mediante un sistema absolutamente personal, casero, de intuición operativa, donde los conceptos de sincronía y de diacronía se han visto armonizados a la fuerza y a falta de cualquier otro sistema más plausible. Ahora varios mazos de carpetas cubren amplios recorridos de mis archivadores, atesorando –como señalé– notas, apuntes, fotos, correspondencia, facturas, recibos, justificantes, billetes, documentos de todo tipo, etc. sobre esta actividad de casi cinco años a la que me estoy refiriendo.

Bangkok: Diciembre 18-21; Manila: Diciembre 22-26; Cebú: Diciembre 27-enero 2; Bangkok: Enero 3.

Pero es necesario buscar el punto inceptivo, un conato de comienzo a partir del cual organizar, siquiera con el modesto rango de instancia desiderativa, el decurso de las cosas. Y creo que tal punto puede identificarse con un anuncio que apareció en la revista *Harper's* que por aquel entonces recibía nuestro

Departamento de Filología inglesa de la Universidad de Granada para el que, como muchos lectores sabrán, estuve desarrollando mis funciones docente-investigadoras hasta el 30 de septiembre de 2006. Pues bien, en el número de *Harper's* correspondiente a marzo de 1990, y en la sección de “PERSONNALS” se insertaba, junto con otras muchas cosas más de parecida índole, y bajo el rótulo de “Classified”, lo siguiente: “Asian Girls. Free information. J.W. P.O Box 2329, Jakarta, Pusat, Indonesia”. Por supuesto que escribí y que J(ack) W(est) me contestó de inmediato con toda la información para poner en marcha una vasta operación de pen-pal o “amistad por correspondencia”. A la vista de la abundancia de recortes, cartas, formularios, comprobantes de certificado, etc. que colman los espacios de media docena de mis carpetas, me es imposible asegurar si fue la empresa de J(ack) W(est) [a quien, por cierto, conocería personalmente en mi viaje a Extremo Oriente del verano de 1991] con la que comencé a funcionar. Sí me interesa consignar desde ahora mismo que los servicios prestados por esta, llamémoslo así, “agencia” de Jack West parecían contener, con mucho, la mayor cantidad de datos ilustrativos y de “material” sobre el que desarrollar las ganas comunicativas de uno. En esencia, y más o menos, la cosa era como sigue: A la recepción de una cuota módica satisfecha en dólares USA, Jack enviaba como contraprestación unos pliegos tamaño folio grande con la fotocopia numerada de un montón de rostros de chicas cuya clave, es decir, “name, address, birth date or age, height, weight, civil status, occupation, hobbies, religión, other

information” aparecía en el reverso de dichas páginas grandes. En la primera entrega Jack incluía una carta-circular cuyas líneas iniciales rezaban: “Hello! My name is Jack West. I’m an American living, traveling and working in Asia. My work is getting penpals for YOU! I do this in two ways. One, by responses to my newspaper advertisements and the other is that I *personally* recruit pretty penpals for YOU. I select, interview and photograph secretaries, nurses and co-eds in thee Philippines and Indonesia”, etc. etc. El final de la circular auto-publicitaria especificaba el precio de las listas: unidad por separado, 15.⁰⁰ \$ USA; por pares, a 25.⁰⁰ \$, o en grupos de tres a 30.⁰⁰ \$.

Aunque tendremos ocasión de comprobar estos extremos, puesto que ya dije que conocería a Jack West en persona en mi viaje del verano de 1991 al Extremo Oriente, debo decir que este hombre era un dechado de orden, de puntualidad y de profesionalidad en lo tocante a su trabajo. Y efectivamente, por lo que anunciaba en su carta-saluda, la primera andanada que me envió, ya no recuerdo en qué modalidad, si de una, de dos o de tres listas, incluía en todo caso una profusión de chicas filipinas e indonesias. De esta primera remesa de Jack West seleccioné al buen tun-tún (pues tun-tún me parece la garantía de una foto en papel del semblante de alguien) diez, nada menos que diez jóvenes, siete de Filipinas y las tres restantes de Indonesia. A todas ellas les escribí un aerograma con fecha 10 de agosto 1990, y diez días más tarde, es decir, con fecha 20, les envié 20.⁰⁰ \$ USA a cada una de ellas, por correo, emparedando el billete en dos tapas de cartón negro, remanente de lo que muchísimos años

atrás usara mi padre para la manipulación y conservación de las radiografías. Eso por un lado. Pero es que junto con el anuncio de J.W. asimismo había visto en *Harper's* otros que igualmente me llamaron la atención y con los que me puse en contacto: “Beautiful Asian Women seek friendship, marriage. Send age, interests. GRE, Box 555 Elmont, N.Y. 11003”. Este segundo recuadrillo ilustraba una manera de gestión en la que se desenvolvían la gran mayoría de agencias, a saber: que los servicios se prestaban fuera de la localización en que la materia propia del asunto, es decir, las chicas, se encontraba. Por eso me pareció interesante conectar en primer término con alguien como J.W. cuya base de operaciones se hallaba “a pie de tema”, en el lugar de los hechos, y no mediante una corresponsalía de intermediación de prestaciones sobre realidades teóricas, virtuales. Bien. El caso es que este GRE Correspondence Club me proveyó de la foto y los particulares de otras cuatro chicas, todas ellas filipinas, a las que también envié un aerograma el 9 de agosto y otros 20.⁰⁰\$ a cada una de ellas el día veinte, aprovechando conjuntamente la partida de certificados en relación especificada a las chavalas de Jack West. Tanto este último como los responsables directivos del GRE Correspondence Club incluían en sus envíos postales páginas informativas sobre el país del cual fuesen nacionales las futuras pen-pals. Bajo la rúbrica “How to write to Asian Women” se encontraban apartados sobre “Beliefs & Customs of Philippine Women” y “Tips for writing” por lo que concierne al dicho club. Y por su parte Jack West insertaba en sus correos de fotos y

direcciones sustanciosas reseñas sobre “How and what to write to Asian ladies” llenas de sabrosas sugerencias y de sentido común. Por supuesto su criterio se inclinaba a trasladar a sus posibles clientes potenciales –ciudadanos occidentales predominantemente maduros– una buena dosis de confianza y de optimismo en sus pretendidas relaciones con jovencitas orientales. Entre muchas otras recomendaciones y aclaraciones, aquí van unas cuantas sacadas de los textos de Jack West:

“In Western countries you would be reluctant to approach a girl ten years younger than you for fear of rejection. In Asia, unlike Western countries, where there is such an emphasis on youth, there is respect for age and the wisdom associated with it. Therefore, it is possible for you to write to girls 30 or even 40 or more years younger than you without fear of rejection”.

[“En los países de occidente Vd. sentiría grandes escrúpulos de abordar a una chavala diez años más joven que Vd. por miedo al rechazo. Al contrario que en los países de occidente, donde se pone tanto énfasis sobre la juventud, en Asia la edad es algo respetable y el buen juicio que se le asocia. Y así a Vd. le es posible escribirse con chicas 30 o hasta 40 años más jóvenes que Vd. sin temor al rechazo”] “Print your letter by hand. Do not type. That’s for business correspondence”. [“Escriba a mano con letra de molde. No mecanografía. Eso se queda para la correspondencia de negocios”]

Naturalmente que al comienzo de su escrito Jack West nos dice: “This Guide is designed to aid gentlemen who want to write

to Asian ladies successfully. I have been writing to Oriental women, mostly Filipina, off and on since 1964 and about 70% of the ladies I contact respond”. [“Esta Guía está pensada para ayudar a aquellos caballeros que quieran corresponderse con éxito con chicas asiáticas. Yo me he estado escribiendo con chicas orientales, mayoritariamente filipinas, a intervalos desde 1964, y alrededor del 70% de las contactadas han respondido”]

El final de los dos folios mecanografiados por ambas caras de la “Guide” termina: “If you follow the advice I have given you here, you will be very successful in corresponding with Asian ladies. This will lead you to a great friendship, a passionate romance and a lasting marriage with a loyal wife! Happy correspondence! Good luck. JACK WEST. Your man in Asia”. [“Si Ud. sigue los consejos que le sugiero, su correspondencia con féminas asiáticas será exitosa. Esto le conducirá a una gran amistad, un apasionado romance y un matrimonio perdurable con una esposa leal. Feliz correspondencia y buena suerte. Jack West. Su hombre en Asia”] Sin ningún tipo de violencia imaginativa me atrevo a conjeturar que el pintoresco de Jack se había dejado llevar de la necesidad de hacer publicidad del propio producto al formular este último párrafo de su, por otra parte, y como dije, lúcida y documentada “Guía”.

A lo largo de sucesivas partidas de fotos y direcciones claro está que Jack iría incluyendo otros textos con información y confidencialidades de más alto voltaje aunque sin adentrarse

nunca en lo abiertamente procaz, dígase esto con carácter general y previo a cualesquiera consideraciones y criterios sobre la actividad a la que nos referimos. En su momento, y a la altura del viaje que corresponda, tendremos oportunidad de ocuparnos de las variadas facetas de Jack West. Recordemos que yo no le conocería personalmente hasta julio de 1991, en la que sería mi segunda visita a Indonesia. También en su momento la operatividad de Indonesia para la aventura del sexo y del espíritu quedaría calificada muy, muy a la baja por mí, siempre en relación concorde con lo que representaban otros países asiáticos de su entorno, Tailandia por citar el primero de ellos. El rasgo del islamismo abrazado por el 90% de la población indonesia, qué duda cabe que imprimía unos condicionamientos fortísimos que yo acabaría por reconocer como decisivos. Es cierto que los años y mis posteriores experiencias con – sin ir más lejos – elemento femenino de Marruecos durante mi estancia laboral en Granada, me hicieron ahondar forzosamente en el sentido del Islam que regula y tiñe de especificidad negativa las conductas de las chicas que se confiesan estar gobernadas por tal credo. Pero ya digo que de todo esto se irá hablando conforme los acontecimientos lo demanden. Las dos conexiones de las que acabo de dar noticia, la de Jack West y la de GRE, que ya me habían proporcionado catorce anzuelos con el cebo de mi aerograma y del envío de los 20.⁰⁰ \$, no fueron las únicas con las que preparé mi expedición de finales de año 1990. También, y siempre en la misma sección de la revista *Harper's* se anunciaba “Attractive Oriental ladies seeking correspondence, marriage.

Presentation by American/Asiancouple. Asian Experience, Box 1214 JA, Novato, Calif. 94948”. Llegué a escribir, sí, y me enviaron un impreso de suscripción a su boletín *Asian Experience*, y de petición de un folleto *From Dear Lady to I do* [es decir, desde la primera expresión que un pen-pal escribe en su carta a la promesa de aceptación matrimonial tal y como se expresa más o menos en los cualesquiera protocolos o ceremonias en inglés] . No me convenció este servicio y no anduve equivocado. Con el tiempo se me confirmarían mis primeras intuitivas aprehensiones, a saber: que esta pareja formada por americano y por oriental (malasia, según creo) habían creado un verdadero emporio financiero con el negocio de la intermediación y venta de servicios celestinescos “a lo fino”. Sin embargo, obsérvese, ninguna de las agencias seleccionadas por mí al azar hasta entonces incluía chicas thai en su repertorio; eso, de un lado; y de otro, que excepto Jack West que, según sabemos, operaba a pie de tajo, todas las demás compañías tenían su sede en sus propias casas, exacta y exclusivamente los USA, siempre según los anuncios de *Harper's*. Precisamente el hecho de que la chica thai parecía quedar fuera de la capacidad de gestión de los agentes con los que entré en contacto, fue lo que me hizo intentar una cala directa, exclusiva con “material” thailandés de Bangkok. ¿De dónde sacaría yo la dirección de “Anita's Friendship Club” de Bangkok? Por más que me esfuerzo por atar cabos, seguir la pista a tal o cual detalle, relacionar en origen mi sistema de intenciones, compaginar fuentes informativas, etc. no consigo dar con la clave. En

cuestión de un par de años o así se me patentizaría que esto de la correspondencia y de las listas de personas que se prestan al juego de la amistad por correo es una bola que a partir de la tercera o cuarta remesa en la que uno se enrola puede crecer a velocidad progresiva típicamente geométrica. Hasta bien entrada la década de los noventa yo seguí recibiendo catálogos con, literalmente, miles de chicas anunciadas por las empresas organizadoras de estas verbenas. Ya señalé que sistemáticamente, y cómo no, con base en los USA, como corresponde a un país cuya pujanza se manifiesta en las actividades más insospechadas y abarcadoras de la capacidad humana. Nombres publicitarios de agencia Pen-pal como “Sunshine International” con sede en Hawaii, o “The Pacific Century Club” con sede en San Francisco de California, o “Asia File” operando desde San Diego, California, por ejemplo, se servían con naturalidad y con toda legalidad de las direcciones de quienes hubiésemos hecho uso de los servicios de algún Club, y a partir de ahí se nos remitía un catálogo de fotos de chicas y la información básica consabida, junto con las carátulas o impresos de suscripción para entrar de manera más completa en el juego; o sea, con derecho a obtener las direcciones y/o teléfonos de las mismas chicas de cuya personalidad sólo habían desglosado la reproducción de su rostro y los mencionados datos mínimos. Puedo asegurarle al lector que con este tipo de pasatiempo se puede caer fácilmente en una obsesión alucinógena de ... no sé a ciencia cierta qué. Con media docena de contactos con otras tantas agencias, en cosa de dos meses uno podía encontrarse en

posesión de más de dos mil fotos de verdaderos primores. Una escala de semblantes sugestivos; unas, de apariencia sumisa, otras con más picardía, redonditas, menos redonditas, angulosas, rizadas de pelo, o sin rizar, lisas de cabello, sonrientes, a medio sonreír, más oscuras, menos pigmentadas, de labios como cuerdas, de frondoso crepé o finos, de filo de hoja de árbol desconocido, con dientes iguales, con sugestivos hiatos, chatunguitas –aunque las menos[melenita recogida o en forma de alfombrilla, ojos grandes, abiertos, repletos de femenino pasmo, o de mirada rasgada, caras de niña, caras de jóvenes, todas preciosas, insinuantes; caras de Japón [las menos, hay que decirlo[, de Filipinas (por millones), de Indonesia (con el estrambote del “muslim” en sus señas identificativas la mayoría de ellas), de Malasia, de Hong-Kong, de Singapore, de Tailandia (las menos, también hay que decirlo) !Cuántas veces me he repetido la fórmula no por sabida menos cierta : Mujer bonita + orientalismo = preciosidad exótica. En realidad, toda la trama argumental sobre la cual se sustentaba, al menos virtualmente, el sentido de mis actuaciones no dejaba de ser un puro disparate gratuito, una zambullida en lo irrealizable, una huida hacia un enfrente inabarcable. Mi decisión de escribir a diez, a veinte de aquellas chicas entre una fachada de ... cientos de ellas, no dejaba de constituir una pirueta estrambótica, una apuesta por un número dudosamente existente en un sorteo con cantidad incontable de bolas dentro de un bombo infinito. Porque en un sistema con un mínimo de coherencia, aquella aventura

mía implicaba de momento comprometerme a intentar encontrarme con todas y cada una de las chicas cuya intimidad personal hubiera yo abordado siquiera en un estado tan cándido como el de comenzar a corresponderme con ellas. Esa primera instancia, preparatoria, anunciativa, presentativa tan sólo, sin embargo contenía en sí todas las premisas virtuales que pugnaban por realizarse, por convertirse en actuaciones plenamente encarnadas en el objeto, en “la cosa”. En estos primeros estadios de la narración no me parece proporcionado insistir en ciertos pormenores psicológicos que tendrán ocasión de explicitarse más concienzudamente en su debida latitud. Sólo, recordarle al lector la frecuente vaharada mental que me significaba el hecho de comprobar que eran millones, millones, sí, las criaturas que intervenían en el juego de la posible conexión conducente por su parte a... ¿qué? Tal vez a salir de sus países mediante consorcio matrimonial con el extranjero implicado; tal vez sin causa concreta alguna, pero en todo caso en relación a un vago y general deseo de atisbar algo de Occidente, de los pueblos cuyas economías y modos de vida habían desparramado sus pautas por todo el planeta. Comunicarse con diez, veinte, cien chicas de estas empujaba irremisiblemente a la locura de querer conocerlas a todas, y en mi caso, en mí, en quien sólo con lejanísima virtualidad palpaba el deseo materializable de tomar compañera, el planteamiento del estado de la cuestión aparecía aún más inasible, más irremediamente inaplicable. Aquello era una manera más vivencial, más plena de sentido humanístico de entrar en contacto con una selección arbitraria de chicas, que

los juegos de Internet de hoy día, año 2006, en que estoy escribiendo esto.

Pero volviendo a un punto retrasado, ¿cómo cayó en mis manos la dirección del “Anita’s Club” de Bangkok? Decididamente no puedo precisarlo. Sólo que con fecha 7 de septiembre 1990 me llegó un impreso-formato, un modelo-tipo de acuerdo en el que se ofrecían de entrada dos modalidades básicas de servicio: 1. Ser presentado por correo a no menos de tres chicas, por el importe de 50.- \$ USA, y 2. Ser presentado personalmente en Thailandia a no más de tres chicas, por el importe de 100.- \$. Como remate del texto, y esto es lo que creo que importa más, se decía (traduzco del inglés): “Por el presente acuerdo, y si cualquiera de los contactos indicados desembocara en matrimonio, me comprometo a pagar la suma de 2,000.- (dos mil) dólares USA a Miss. Veluwan por sus servicios, el 25 % de dicha cantidad tres días antes del registro legal del matrimonio tanto en la oficina del distrito thailandés como en mi propia Embajada (como cobertura de todo el papeleo) y el resto el día de la formalización del registro. Si el matrimonio se celebrara en el extranjero, me comprometo a satisfacer a Miss. Veluwan la totalidad de los 2,000.- \$ con anterioridad a la salida de Thailandia de mi proyectada esposa” [*NOTA. Ante la comprobación y repaso repetidos a estas alturas de las carpetas de documentos sobre éste y otros viajes posteriores a Thailandia, descubro un recorte de prensa, evidentemente escapado de mis pesquisas previas, que dice, traducido del inglés: “Presentación / Matrimonio. Contactar con Anita. Apartado de Correos 895,

Prakhanong. Presentaciones a féminas respetables con deseos de casarse y de emprender una nueva vida en el extranjero”. Persiste mi ignorancia del momento en que esto llegó al conocimiento mío, así como del periódico o revista de donde yo recortaría el cuadrito de papel. Queda en todo caso incorporado este detalle informativo al curso del relato[

Confieso que desde el primer instante esto picó mi curiosidad. Y ya me podrá contar el lector: si un hombre con 54 años se taponan los conductos de la curiosidad, ¿qué le queda? Probablemente nada. Probablemente la cesación de ser. Así que me embarqué en el primero de los servicios, en el más elemental, pues para empezar me parecía que bastaba. Junto con la circular que traduje más arriba me llegó otra carta en serie en la que asimismo se me aseguraba que por la tarifa de 50.- \$ recibiría tres cartas al menos de otras tantas jóvenes con sendas fotografías. Así que envié los 50.- \$ de referencia, y, en efecto, entre mediados de octubre y mediados de noviembre me llegaron tres cartas de otras tantas chicas, con las respectivas fotos incluidas. ¿Las cartas? Puro agua chirle. Aunque firmada cada una por un nombre distinto, que sostenía en pura consonancia el exotismo del cuché de las fotos, ante una inspección ocular más esmerada parecían estar escritas por la misma mano, tan sólo cambiando hacia uno u otro lado el sesgo del bolígrafo. Creo que hubiera sido algo elemental para un grafólogo. Yo, sin embargo, entré en el juego con denuedo, con diligente intensidad. Recuerdo que una de las fotos [y digo recuerdo, porque andando el tiempo y en razón de un raptó de despecho, al llegar a la

comprobación de que según mis cálculos aquello no era trigo limpio, las desgarré, las hice trizas y me libré de ellas[...recuerdo que una de las fotos, justificada por una tal Munchetika, me agradaba sobremanera. Las otras dos, también recuerdo, habían elegido una pose más elaborada y una vestimenta más ostentosa, y se señalaban con los nombres respectivos de Kanjana y de Jarunee. Preciosos. Desde luego que mi imaginación quedaba servida. Intercambié cinco cartas con Munchetika, otras cinco con Kanjana y dos con Jarunee. Si la organización de este tinglado funcionaba según mis sospechas es muy probable que al recibo de mis primeras misivas por parte de las chicas (o tan sólo de los nombres!) la jefa Anita comenzara a intuir que yo no era el tipo de cliente, ni mucho menos, que convenía a su negocio; de modo que en alguna fecha de ya bien entrado octubre me envió una circular que por su marcada importancia no puedo dejar de traducir en su totalidad [No se olvide que toda la correspondencia se sancionaba en inglés[

“Club de Amistad de Anita. Algunos consejos de Anita.

Querido amigo:

He de decirte con franqueza que si quieres hacer progresos rápidos en tu relación tendrás que gastar dinero, demostrar que eres generoso y subrayar las cosas materiales que estés dispuesto a ofrecer. Y ello se debe a que en nuestra cultura existe una interrelación establecida entre el dinero y los bienes financieros de un lado, y el amor y el matrimonio, de otro; y que

por lo general, una mujer juzgará la seriedad de tus intenciones por cuánto estés dispuesto a invertir en ella.

Sé que te será difícil entender o aceptar esto, pero a menos que operes de esta forma tus posibilidades de encontrar una mujer conveniente no son nada halagüeñas. Pues, ¿qué? ¿No es el amor lo primero y lo más importante? – te preguntarás. No necesariamente. Tal vez descubras que el amor viene después de haber demostrado claramente de forma concreta que tú estás genuinamente interesado. Después de todo –siguiendo el razonamiento– la sinceridad de un hombre hacia una mujer está en función de poder ponerle su dinero ante ella, y es precisamente esta sinceridad la que generará amor. Cuestiones sentimentales que puedan parecerle importantes, cenas a la luz de las velas o paseos por el parque, sólo como ejemplo, probablemente no merezcan consideración alguna.

¿Hablamos de matrimonio? En este caso tendrás que pagar una dote a los padres de tu futura esposa, haciendo depender la cuantía del acuerdo mutuo. Luego siguen otros gastos: joyas, ropas, invitación al festejo, etc, etc. Así que, querido amigo, una buena esposa no es algo que se consiga por lo barato. En cualquier caso, te deseo la mejor de las fortunas al tiempo de asegurarte todo mi apoyo.

Anita

Hay un arte en ser mujer. Mis afiliadas lo tienen”

La circular no tiene desperdicio. Cualquier concepto de los en ella vertidos consiente una glosa sesuda y bien digerida. Para empezar, ¿quién demonios había hablado de matrimonio? Ahí yo creo que la tal Anita y todas las Anitas posibles, virtuales o reales de Thailandia habían pinchado en hueso si de verdad llegaran a creer un solo instante que yo pretendía empapelarme. Lo que yo quería (porque no imagino que un hombre en sus cabales normalitos pueda, en principio, interesarse por otra cosa en las dichas circunstancias)... lo que yo quería era invitar a una chica thai que me gustara a pasar una temporada en mi casa de España, como he venido haciendo con un montón de chicas más de otro montón de países, y a partir de ahí..., lo que fuere. Nadie más abierto que yo. Porque no se trataba de escamotear ni chalanear dinero, quede esto claro. No es éste el lugar de revelar ciertas confidencias interiores – el lector tiene todo el derecho a que no le importunen con impertinencias no solicitadas – pero baste decir que aun en otras diversas ocasiones en que la contraprestación por parte de la chica, para entendernos, prácticamente no ha existido, me he visto involucrado en una serie típica de cuantiosos gastos que mi alma ha encontrado congruentes y respecto de los cuales no ha metabolizado reproche alguno. Por ese lado, y para mi supuesto particular, Anita erraba. Así que, con fecha 31 de octubre le escribo a Anita la carta que a continuación reproduzco:



UNIVERSITY OF LONDON
FACULTY OF LETTERS

DEPARTMENT OF
HISTORICAL LINGUISTICS

October, 11th, 1950

Ref. No. 412, 27 Sept. 1950

ANITA'S (Richard's) MUM
c/o Box 13-513
12th Street,
Sanchez, Trinidad

Dear Mrs. Johnson :

Thank you very much indeed for the Memorandum (and advice from Anita) enclosed in Mrs. Davidson's letter. Clearly, Miss Davidson is the third female member of your club who has just been to correspond with me.

The issues pointed out in the text of your "Memo", to which I have given full and most serious consideration, obviously deserve a deeper treatment than the one which could possibly be accompanied through correspondence. At any rate, but as long as I am in Spain, most of the explanations contemplated are unlikely to be materialised in an adequate way.

Therefore, it is my intention to travel to Sanchez in the coming future. If so, I may like to meet you, personally, and have a chance to discuss on some of the matters raised in your "Memo".

Incidentally, your telephone is the one indicated for your P.A. instructions, please advise.

Thanking you for your cooperation and assistance,
I remain, sister of yours

My address here is
Hotel San Jaime,
Puerto, 5
13-55 - 13-55-1
Spain

Yours sincerely

Hasta esta fecha yo había recibido dos cartas de Munchetika (perfecta, femenina y gozosamente descafeinadas, tipo: “Me alegro de que estés bien, yo también”, etc.); una de Kanjana (más de lo mismo) y todavía ninguna de Jarunee. Con fecha 13 de noviembre, y cursada prácticamente a vuelta de correo, recibo la muy elocuente carta de Anita que igualmente incorporo traducida por su definitiva significación:

“Querido Tomás:

Gracias por tu carta, y encantada de tener noticias tuyas. Por favor, toma nota de mis números de teléfono y fax que te adjunto. Me complacerá mucho ayudarte en todo lo que pueda en lo concerniente a matrimoniarte con una chica Thai. No obstante, una buena esposa no es nada barato, y aquí te especifico una lista de gastos a los que tendrás que hacer frente:

Billete aéreo	1,000. ^{oo} \$
Alojamiento para 21 días	1,200. ^{oo} \$
Preseas de oro de compromiso	1,200. ^{oo} \$
Dote a los padres	1,200. ^{oo} \$
Anillo de celebración	1,000. ^{oo} \$
Banquete de celebración	400. ^{oo} \$
Documentación/Traducción	500. ^{oo} \$
Pasaporte femenino	50. ^{oo} \$
Gastos misceláneos	2,000. ^{oo} \$
Mis honorarios	2,000. ^{oo} \$

La obtención de un visado para entrar en España no es fácil y lleva probablemente unos dos meses. De tal manera te

verías obligado a pasar un largo periodo aquí o viajar de nuevo a España para regresar a por tu esposa más tarde.

En cualquier caso espero tener noticias tuyas y conocerte en persona en el futuro próximo.

Cordialmente

K h a n i t a (A n i t a)

Veluwan”

Bueno, yo creo que el pastel está ya bastante bien confeccionado y expuesto para la degustación. Para mí, que ya sentía cernirse por encima de mi espíritu un creciente olor a chamusquina, pocos puntos en esta carta estaban desprovistos de sospecha. Pero lo que yo veo aquí como categoría, y respecto de lo cual todo lo demás constituía una pura anécdota, era que la suma de los gastos, de los 9,300.º \$ resultantes de la lista específica, más lo que pudiera provenir de imprevistos, etc. era perfectamente asumible; ahora bien, en mi caso quiero decir, asumible para el *no* empapelamiento, asumible para evitar el empapelamiento precisamente. Se entiende que uno incurra en cuantiosos gastos para evitar un problema pero *no* para zambullirse atado de pies y manos en ese mismo problema. Cada vez que repaso la secuencia de sumandos no puedo evitar una mueca, mitad risa, mitad perplejidad. La sugerencia de Anita sobre los gastos de viaje y alojamiento sonaba a coalición con alguna compañía aérea concreta y con alguna cadena de hoteles, también concreta. Lo más elocuente, los 2,000.º \$ de gastos misceláneos. Es curioso que alguien se atreva a proponer una

cifra respecto de tal concepto. Y en cuanto a los honorarios “alcahuetiles” de la buena de Anita no tengo que decir nada. La mujer ponía su precio y era cuestión de ... lentejas! Empero, lo que más resquemor generaba era el párrafo penúltimo por el que el pobre novio viene a encontrarse ante un dilema conteniendo cada uno de los dos ramales igual carga letal: o bien quedarse nada menos que dos meses en Thailandia; o separarte de la esposa que acabas de mercadear. La primera opción llevaba consigo algo así como una muerte por inanición, por aburrimento, por desarraigo. ¿Quién demonios se va a pasar dos meses así por las buenas en un sitio al que se ha ido a preparar el empaquetamiento y recogida de algo? ¿Cómo se explica que un protocolo de contrato matrimonial, en que la Embajada del novio toma parte constitutiva, no suponga la tramitación previa del visado de la “novia” si tal fuera el caso? ¿Cómo se explica que uno de los requisitos contemplados en el modelo de solicitud y convenio (conducentes al conocimiento de la chica y posterior “empapelamiento” con ella)... sea el haber satisfecho parte de los 2,000.º \$ de honorarios de Anita tres días antes de que tenga lugar el registro civil del enlace? ¿Para cuándo pensaría dejar esta gente el comienzo de la gestión del visado? Pues eso. Y la segunda opción se explica por sí misma. ¿Alguien cree que la separación durante dos meses entre el interesado y “la cosa” no acarrea la desaparición de esta última? Se mirase por donde se mirase, aquello no se sostenía.

Pero no era menos cierto que yo había dado ya el primer paso, el que correspondía a la curiosidad, y había que continuar

hasta que se me cegara el camino; hasta que me encontrara con el cul-de-sac definitivo. De momento mi carta de 31 de octubre haría saber a las chavalas implicadas en mi “pacto o compromiso de correspondencia” que tenía intención de viajar a Bangkok, lo cual añadía un factor cualitativo en cierto modo determinante para el curso de mi relación. Dando por hecho que –tanto por lo que yo pudiere haberles dicho en mis comunicaciones como por la carta a Anita también de 31 de octubre– mis “novias” conocerían mi plan de viajar a Bangkok para Navidades, día arriba o abajo, me interesa ahora comprobar la correspondencia entre ellas y yo desde la dicha fecha de 31 de octubre hasta mi salida de España. De Munchetika... [No puedo dejar de intercalar aquí que Munchetika me gustaba; bueno, entiéndase, me gustaba la foto. Me había dicho en su carta de presentación que tenía 26 años, que estaba soltera, que nunca se había casado; que medía 1'63; que pesaba 53 kilos, que trabajaba de maestra y que vivía con una tía ya que su familia residía “in the country”, en el campo. Sí, aquella chica, su foto, su icono sobre cuché, su representación, su virtualidad... su... lo que quiera llamarse... me gustaba, me conmovía profundamente. Lamento ahora que en el rapto de decepción y de reproches insalvables que dediqué, pasado el tiempo, a todo este asunto, rompiera las fotos de las tres novias thailandesas] ... bueno, iba diciendo que de Munchetika recibí una carta fechada el 29 de noviembre en la que me decía: “I'm pleased to learn you would like to meet me in person”. Terminaba informándome de que vivía en Bangkok “with a friend”. Parece que la tía se había transformado en

amiga. De fecha 2 de diciembre es otra carta suya en la que me comunica su alegría de saber que voy a viajar a Bangkok con la intención de verla. Termina diciendo que puedo contactarla... a través del teléfono y fax de la agencia de Anita que, por supuesto, ya obraban bien en mi poder. En su momento daremos cuenta del resto de la correspondencia con Munchetika.

Respecto de mi segunda novia potencial, Kanjana, también disponía yo de cinco cartas recibidas de ella. En la primera, de 5 de octubre 1990, me dice que tiene 27 años, soltera, 1'55 de altura, 45 kgs. de peso; que son seis hermanos y hermanas en total y que trabaja como “sales woman” (dependienta). En la segunda, de 8 de noviembre, me participa que “*también*” se alegra de enterarse de que probablemente visite Bangkok. Me pregunté y me seguí preguntando sobre el “*también*”. Lógicamente, se refería a las otras dos chicas de mi “contrato” y a la información que les hubiera pasado Anita. En su tercera, de tres de diciembre (y por tanto recibida por mí antes de salir de viaje) me dice alegrarse de saber con seguridad que pienso visitar Bangkok y tratar de encontrarme con ella. Me facilita los mismos fax y teléfonos de Anita, exactamente igual que Munchetika. Asimismo en su momento daremos cuenta del resto de la correspondencia con Kanjana. La verdad es que en vista de la aniquilación que hice de las fotos no me es posible recordar quién era quién de las dos que no eran Munchetika. Sí tenía claro que mi corazón, que el cuévano de mis tropías, el santuario de mis voliciones se había volcado hacia Munchetika, sin que por ello descartara la carga de azar generoso que pudiera

comportar la realidad de mis otras dos “novias”. Y, en fin, respecto de la tercera, Jarunee Revangon, me dice en su primera carta de 31 de octubre de 1990, que tiene 22 años, que pesa 47 kilos y que mide 5 pies y cuatro pulgadas (1,64 metros aproximadamente). Me pregunta si he estado alguna vez en Tailandia y expresa sus votos por que podamos conocernos en persona. Pero es el caso que en su segunda carta, de 27 de noviembre, al tiempo de agradecerme la mía y de alegrarse de saber que proyecto ir a Tailandia próximamente, me comunica que no podrá verme porque acaba de comprometerse con un francés con el que piensa pronto casarse. ¡Pues qué bien! En parte agradecí que me “despenara” y que se ahorrara el paripé de hacer que iba a esperar a mi viaje. Ésta cortó por lo sano en vista de lo que indudablemente le trasladarían las otras amigas, que estarían ya más que al cabo de la calle de mis escrúpulos y de mis melindres. En definitiva, con este bagaje de futuribles emocionales, de direcciones, nombres, contactos, etc. para Tailandia, Filipinas e Indonesia es como me dispongo a volar a Bangkok.

Pero antes de entrar en ulteriores explicaciones creo preceptivo decir algo sobre el estado de las comunicaciones aéreas desde España hacia Extremo Oriente. Y el dato a tener en cuenta no podía ser, en este caso, más positivo a partir precisamente de 1990. Sabido es que antes de esta fecha Madrid no disponía de ninguna conexión bilateral y –ni aun con una escala– directa con Bangkok. Había que trasladarse a alguna de

las grandes capitales europeas –Londres, Frankfurt, París, Ámsterdam, Roma– para desde allí tener opción a dicho traslado. Como probablemente haya yo significado aquí y allá, lo mejor, lo más lúcido es proveerse de un mapa-mundi y en una sucinta ojeada empaparse de evidencia. En el momento en que escribo esto, no puedo proporcionarme los datos que me permitieran asegurar si algún destino del Extremo Oriente quedaba por aquellas fechas cubierto inicialmente desde Madrid. Sé que Iberia voló durante algún tiempo a Tokyo con una escala intermedia en Bombay (India). Y sé también que las Philippine Air Lines se conectaron con España. Pero –y aun descontando que los tales enlaces terminaran pronto su funcionamiento– se trataba de destinos monográficamente lejanos desde los que, por ejemplo, el viajero español llegado allí con especificidad restrictiva hubiera tenido que deshacer parte del trayecto para situarse en un punto desde el cual acceder a casi una docena de países asiáticos en régimen casi perfecto de equidistancia. Y este punto resulta que ha sido y sigue siendo Bangkok. Tailandia, además, ha disfrutado de una “normalidad” socio-política que ha hecho de la nación un referente de estabilidad acogedora. Entiéndase que se hable siempre en mediciones comparativas. Una vez en Bangkok el turista se encuentra estupendamente pertrechado de facilidades para acceder, como indiqué, a India, Sri Lanka, Bangladesh, Nepal, Birmania, Malasia, Indonesia, Vietnam, Laos, Cambodia, Filipinas, Korea, Japón, Australia, etc., pero haciendo hincapié en eso mismo: en que Bangkok ocupa más o menos el centro de esa circunferencia en que se

alojan los demás destinos, y en que, además, Thailandia goza de un ambiente político-cultural, de convivencia, que lo hacen preferible a otros muchos de la zona.

Pues bien, fue en 1990 cuando por primera vez un viajero podía abordar un avión en Madrid, y con una escala en Roma plantarse en Bangkok. La organización total de las quince horas del viaje se descomponía así: dos hasta Roma; una hora de escala allí para que el avión se llenase de italianos; y otras doce más de un tirón hasta Bangkok. Las Thai Airlines, a las que sin duda habré dedicado algún elogio en mis anteriores travesías, habían inaugurado ese año de 1990 la conexión Madrid-Roma-Bangkok. España se iba abriendo paso poco a poco en el concierto de las grandes rutas del cielo. Yo había concertado una primera estancia de algunas noches en Bangkok. He estado revolviendo y escudriñando papeles, carpetas, documentos y billetes y no he encontrado el correspondiente a este vuelo, aunque mis notas de viaje conservan claramente las fechas transcurridas en cada destino. Digo esto porque en cualquier caso debí dejar el tramo Bangkok-Manila abierto.

La salida de Barajas estaba prevista para el mediodía del 18 de diciembre, lo cual, considerando las quince horas de viaje más las siete de longitud por volar hacia el Este, significaba que debíamos llegar a Bangkok al día siguiente a eso de las diez de la mañana. Perfecto. Así tendríamos tiempo de descansar algo y de contar con prácticamente la jornada entera para funcionar. Pero algo ocurrió con uno de los aviones de la recién inaugurada línea

Madrid-Bangkok. Se nos dice en el aeropuerto que la aeronave en que debíamos embarcarnos no ha podido volar hasta Madrid; que quedamos a la espera; que se presagia larga, y que la compañía se hace cargo de nosotros en la forma preceptiva para estos incidentes. Se nos ofrece alojamiento en el Hotel Diana, un tres estrellas cercano al aeropuerto, con comida y un refrigerio incluidos. ¿Y qué hacer? En mi caso el asunto revestía rasgos de cierto pintoresquismo, ya que instalarme en un hotel a unos cuantos kilómetros de mi propia casa no dejaba de ser inusual. Con todo, acepté, y como solo que iba, me asignaron una habitación individual. Me encontraba raro, bien lo recuerdo, pero de no haberme acomodado en el hotel para las horas de espera, me hubiese tenido que venir a Alcalá, y así desconectarme del viaje para volverme a tener que conectar unas horas más tarde, todo lo cual lo entendía yo como alienante, desnaturalizado, perturbador. Por lo tanto, acepté la oferta de Thai Airlines. Ya digo que sólo recuerdo que me encontré raro, algo sacado de los quicios naturales que se prevén para la dinámica de un viaje. Estuve absolutamente solo, parte del tiempo en el comedor; luego tumbado en la habitación, acaso con la televisión puesta y sobre todo conjeturando sobre aquel comienzo de aventura. A eso de las 21:00 horas se nos trasladó al aeropuerto y allí, entre corrillo y corrillo, las consultas preceptivas y esperadas al personal de la Thai y nuestras propias deducciones nos enteramos de que, por fin, debíamos arrancar a eso de las once de la noche, con un retraso, pues, de también once horas sobre nuestro despegue programado. Las noticias comienzan a

concretarse, sobre todo por la actuación de dos empleadas o azafatas de tierra españolas de las líneas Thai, Mónica y Manuela, que están demostrando una conducta heroica en toda la crisis... Sí, se nos dice que nos va a recoger un Jumbo prácticamente a estrenar y que el vuelo se hará de un tirón Madrid-Bangkok, en trece horas; que los turistas de Roma han sido recogidos y vuelan a Madrid para salir ya todos juntos a Bangkok; cuestiones de estrategia aeronáutica que se escapaban de mi sistema de ponderación pero que para el planteamiento que entonces nos ocupaba, mejoraba siquiera levemente el esquema de vuelo. Sin lugar a dudas yo prefería volar en un solo salto, que no hacer la escala preceptiva en Roma. Lo sentía honradamente por los viajeros que tuvieran que pechar con este trasiego añadido en vez de su trayecto inicial Roma-Bangkok. La línea aérea había hecho sus cálculos y había procedido con todo rigor a la instrumentación de la decisión adoptada. A ver. Comenzaron las especulaciones. Si de verdad salíamos a las once de la noche, otra vez a calcular: once más trece del viaje más las siete de retraso por ir hacia el Este... total, que llegaríamos a eso de las siete de la noche a Bangkok. Bueno. Podría haber sido peor. Hacer noche en el avión se había presentado como algo inevitable, cualquiera que fuese la opción final. La segunda noche, la del 19 de diciembre, ya se haría normalmente en Bangkok. En el aeropuerto de Barajas todo es actividad y por lo que respecta a nuestro vuelo, como si quisiéramos compensar el gravoso retraso. Atravesamos el control de pasaportes, la comprobación de tarjetas de embarque, y se nos traslada al avión

en autobús. Todavía no estaba generalizado el acceso a las aeronaves por medio de las mangas o pasarelas conectivas de la puerta de salida de la terminal con la puerta de acceso o embarque propiamente dicha del avión. Una vez allí, y tras pesquisas y registros cada vez más acuciantes y angustiosos, constato que me he olvidado las gafas, las gafas de leer, en alguna parte del aeropuerto, muy probablemente en uno de los dos o tres puntos en que se nos ha pedido que entregásemos esto o lo otro; que enseñásemos esto o lo otro y que al hacerlo hubiera soltado un segundo... me hubiera desprendido de las gafas un segundo, dentro de su preceptiva envoltura o funda. El problema, expuesto como lo estoy exponiendo ahora, por escrito, sentado en mi casa, disfrutando de toda la protección del mundo y de todos los recursos repositivos del mundo para hacer frente a cualesquiera eventualidades, el problema... así como digo, deja de ser problema. Pero allí, con el avión ya prácticamente lleno, por lo menos de pasajeros, y a falta o no de los traslados de mercancías, equipajes o bultos que se transportaran en la bodega; a falta, acaso o no, de las últimas comprobaciones técnicas antes de ponerse a rodar para colocarse en cabecera de pista... allí y entonces el problema de haber extraviado las gafas revestía unas dimensiones de inmensa contrariedad. Me sentía infortunado, revolviendo en el compactado y típico flash parte de lo que me sobrevendría: me pondría en contacto nada más llegar a Bangkok con la Dirección del hotel... y a ver si en régimen de urgencia me “fabricaban” unas gafas sobre la marcha; sí, todo eso una vez en Bangkok suponiendo un funcionamiento esmerado como era

de esperar de aquellas gentes. Muy bien. Todo eso en Bangkok. Pero ahora allí, a punto de salir, en el avión y con todo el viaje por delante, me quedaba secuestrado de todo el mundo exterior, de la información, del traspaso de noticias, tal vez confidenciales, con cualquier compañero de viaje posible con quien, al carecer yo de la capacidad de lectura, malamente podría trasladarle por escrito el efecto vivencial de que pudiese tratarse. Sin gafas, es patético decirlo, me sentía como un fardo, como algo inútil, sustraído a todo el tráfigo espiritual cuyo conducto comunicativo dependiera de la lectura. ¿Qué hacer? Manuela, una de las dos azafatas de tierra, estaba dando las últimas pasadas por la cabina del avión, accionando una maquinita de mano, contando y recontando los pasajeros... Se lo dije como pude... la hice *ver* que sin gafas yo había dejado de ser persona. ¡Qué pedazo de mujer aquélla! ¡Qué gran mujer! La recordaré en tanto viva: rubia, espigada aunque robusta, con caderas un pelín prominentes; atractiva. Vestía una gabardina clara y denotaba gran conocimiento de su cometido: templada, cordial, eficaz. Para aliviar mi amarguísima frustración la mujer me dijo que me abrigara; que regresábamos a la sala de embarque en un momento. Y así fue. Desandamos a todo correr el estómago de aquel Jumbo, bajamos las escalerillas de acceso y me mete con prontitud pero sin apresuramiento en una furgoneta de esas que recorren las pistas como animalitos pequeños dentro de un panorama de gigantes. La noche estaba fría. Nos hallábamos en pleno diciembre. Manuela condujo la berlinita siguiendo esas rutas incomprensibles para los legos y que, por supuesto, casi

nunca se ajustan a la línea recta entre punto y punto. Mi corazón bombeaba anticipación, lástima... ¡yo que sé! Llegamos a la sala de embarque y allí estaban las gafas, en la repisa de la mesa o *stand* de control de billetes y tarjetas de embarque, a la entrada. Allí estaban, como un bultito de color oscuro estúpidamente, gloriosamente quieto, sin haber despertado quizá ni siquiera la curiosidad de ninguno de los viajeros que me siguieron en el paso de aquella especie de aduana. ¿Qué le dije a Manuela? No lo recuerdo. Pero con toda seguridad algo que le hiciera ver el tremendo absurdo de la vida cuando ésta se entretiene en regalarnos tales trastadas. Recogida mi “cosa” ante la indiferencia del par de chicas uniformadas que todavía permanecían detrás del mostrador mientras terminaban de juntar los tickets, etc., Manuela me devolvió al avión. Ya no recuerdo si volvió a subir de nuevo. Creo que no. Creo que ya había hecho todo lo que tenía que hacer a bordo. Se despidió de mí y acto seguido me apresuré escalerillas arriba del 747, como si en la celeridad de aquel último ejercicio físico radicara el buen fin de todo el viaje. A los pocos minutos el bicho se puso a rodar por la pista... y antes de que pudiéramos distinguir a qué altura estábamos, cuánto nos faltaba para... nos fuimos paulatinamente quedando pegados al asiento... para segundos más tarde ver las luces de las casas y de los edificios, torcidas, en sesgo. Es que habíamos despegado, había puesto yo rumbo a Bangkok en la que sería mi cuarta visita. El avión, a estrenar: espacioso, precioso, con el proverbial servicio de sonrisas de orquídea de las prestaciones de azafatas. Trece horas metido en una nave aérea,

por grande y sugestiva que sea, dan para mucho. Yo iba pertrechado de todas las credenciales, es decir, de la correspondencia que ya hubiese intercambiado y de las fotografías que hubiera recibido de mis corresponsales filipinas. De momento mi fijación se centraba en Tailandia y Filipinas. Indonesia quedaba muy en la reserva, sin descartarla de ninguna manera, pero muy en segundo plano para este viaje. Ninguna de sus tres chicas a quienes había escrito y enviado el regalo de veinte dólares USA había contestado. Ahí estribaba lo aleatorio, lo extremadamente fortuito de una dirección y de unos datos facilitados por los oficios de una agencia, en este caso la unipersonal de Jack West. Me aseguré y me reconforté mentalmente con la idea de que los contactos en Tailandia y Filipinas eran más que suficientes para sustentar con creces mi actividad durante todo el viaje. En realidad, Bangkok representaba por sí solo una categoría aparte. Para entonces y para cualesquiera que pudieren ser los planteamientos de mi excursión, Bangkok había adquirido la categoría indisputable de centro de comunicación; de primera escala en el desarrollo turístico del Extremo Oriente. Siempre con un mapa en la mano, Bangkok se constataba claramente que se encontraba a unos veinte grados de latitud sur por debajo de España; y así los trayectos hasta allí podían considerarse como prácticamente “rectos” o al menos siguiendo una curva lo menos descolocada posible. Pero se haga lo que se haga, trece horas dan para mucho. Tal y como resultó la programación definitiva de nuestro vuelo

tuvimos noche al despegar, una cuantas horas de claridad más adelante, para alcanzar Bangkok otra vez casi de noche.

Creo que fue en los ratos inmediatamente previos a nuestra llegada cuando conecté con un israelita que viajaba con su mujer. Ésta se había quedado en su sitio, un poco detrás, y él, puesto que el avión llevaba asientos libres, se había mudado hacia una fila lateral. Imposible recordar cómo comenzamos a contarnos cosas. Me pareció un gran tipo, con una visión directa, sin remilgos, casi, casi, un punto descarnada, de las cosas y de la realidad. Era uno de los viajeros de Roma y el hombre se había tomado con entereza realista lo de tener que estar cinco horas más en el avión. Recuerdo que no era alto; algo calvo; un tanto regordete, con la típica determinación en sus ademanes y en su forma de hablar. Nos entendíamos en inglés, por supuesto. Le conté mis planes. Pocos individuos me podían prestar más confianza y más desenvoltura lúcida que aquel hombre. Le enseñé algunas fotos que llevaba allí a mano en mi bolso neceser. Me dijo que Thelma Pineda, filipina, parecía buena; según la foto su cara desprendía rasgos inequívocos de mujer honrada, hecha y derecha. Sin embargo, cuando le comenté el tema del Club de Anita y le mostré las fotos... ya no sé si de las tres amigas o sólo de una o dos, me dijo con esa seguridad del hombre entendido que se sonríe como preguntándose por qué pierde el tiempo en obviedades evidentes... me dijo que eran unas “puttanas”, y obsérvese que me lo dijo en italiano y no en inglés ni en ninguna otra lengua, como mimetizándose con el habla del país del que era residente o por lo menos desde el que había tomado el vuelo;

que no había más que reparar en su cara y en su atavío. Me maravilló su punto de vista tan... diamantino, tan irrefragable. No cabe duda de que el hombre hablaba desde el fondo de sus convicciones. Y ya en vena de confidencias me dio el buen consejo de que al llegar al aeropuerto cogiera el taxi en la sección de “Departures”. Claro. Un detalle palmario que no obstante se me había escapado anteriormente. El taxi que lleva pasajeros “de salida” (Departures) al aeropuerto está vedado de circular por la zona “de llegadas” (Arrivals), atendida naturalmente por otro cuerpo de taxis; y así, en vez de regresar vacío a la capital, no tiene ningún inconveniente en tomar a quien recién llegado avispadamente se coloque, con aparente falta de lógica en el área de “salidas”. El israelita me aseguraba que por la mitad de la tarifa le llevaban a uno al “downtown”. No puedo precisar si aquello de la mitad de la tarifa resultó así; pero no cabe duda de que la cosa funcionó; y aún quiero recordar que al verse requerido por otro pasajero de llegada, yo, en el momento de soltar al suyo de salida, el taxista puso una cara entre intrigada y complacida. Cosas de los judíos. ¡Quién si no ellos! Y por cierto, el aeropuerto, además de cambiar el antiguo nombre de Don Muang por el de Bangkok International, ha experimentado una transformación impresionante, aunque permaneciendo en el mismo sitio, ampliado.

Como habíamos previsto, llegamos a Bangkok cuando estaba anocheciendo. Y lo que se aparece como una nebulosa es el porqué de mi abandonar (sólo por este viaje, afortunadamente) mi alojamiento de la Sukhumvit Road e instalarme en el Indra

Regent, céntrico y buen hotel, desde luego, en la Rajaprarop Road, arriba de la Phetchaburi, y ésta a su vez, y siempre mirando hacia el Norte, por encima de la Phloenchit, continuación natural en dirección Oeste de la Sukhumvit Road. Probablemente influyera en mi decisión, al menos parcialmente, el hecho de que este hotel pertenecía al grupo IAPA (Internacional Airline Passengers Association) y anunciaba un descuento substancial, que no fue ni mucho menos tanto, porque toda reducción o rebaja se efectúa sobre el precio base, sin tocar los impuestos, que es lo más mollar del coste final a desembolsar por el cliente. Y aunque las cosas mediante el traqueteo de la elaboración razonable, del intercambio de confianza, tienden a arreglarse, no es menos cierto que mi llegada al Indra no fue muy halagüeña. Como siempre, la culpa reside en la maldad humana y en las corruptelas de unos cuantos por las que tenemos que dar la cara el resto, la gran mayoría de normalitos, de ciudadanos pacíficos, al menos en las materias ahora de referencia. Resultaba que, según parece, había crecido alarmantemente el contingente de desaprensivos que habiendo anunciado la instrumentación de la tarjeta de crédito y rellenado preceptivamente los particulares del estadillo..., pues resulta que se estaban yendo sin pagar. Ante lo cual el hotel “exigía” que se estampara la firma del viajero en la impresión de dicho documento, así, de entrada, por adelantado, como garantía total de la cobertura de posibles gastos. ¿Cómo? ¿Que firme yo en blanco mi carátula de la tarjeta de crédito y que el demonio pueda escribir la cantidad que le parezca? ¡Ni hablar! La verdad es que tanto la empresa como el cliente se repartían

buena cuota de razón. Lo que ocurre es que la empresa, el hotel, simplemente podía esgrimir el ultimátum de las “lentejas”. Y a las ocho de la noche del día 19 de diciembre de 1990, después de llevar casi treinta horas sin disfrutar de un acomodo propiamente dicho... ¿era cosa de recoger los bártulos y cambiarme de hotel? Indudablemente la compañía del Indra Regent representaba algo serio, establecido, y un pequeño ejercicio mental de criterio no permitía prever que se “pringaran” falsificando ningún documento de crédito. De acuerdo. Pero las excepciones son las excepciones. Y a mí me repugnaba acerbamente semejante práctica. Así que, después de tener unas palabras con el jefe de recepción quedamos en que depositaría doscientos o trescientos dólares que fuesen cubriendo mis gastos de estancia, y así sucesivamente hasta que al final firmase mi tarjeta de crédito y retirase los dólares depositados. No les pareció mala solución y así lo hicimos. Lo cual implicaba llevar encima suficiente, y más que suficiente “cash”, cosa que en mi caso no revestía mayor problema, pero que en todo supuesto introducía un factor distorsionante en el esquema de gastos de un viaje largo y complejo. Andando el tiempo y con la debida perspectiva, llegué a la irrevocable conclusión de que nunca debí dejar de alojarme en la Sukhumvit Road.

Según mis notas, aquella misma noche de llegada me ocupé en dos menesteres: el primero, visitar a mi sastre hindú John y encargarle diez camisas a 350,- bahts cada una. Entonces se cotizaba a unas cuatro pesetas, así que mil cuatrocientas pesetas por camisa. (Es decir, poco menos de ocho euros y

medio). Aunque los precios habían subido considerablemente desde mi último pedido, la confección a medida seguía siendo tentadora. El hindú y su hijo me reconocieron, o se dieron muy buena maña en fingir que me reconocían, que viene a ser lo mismo. No puedo precisar, ni lo tengo reseñado tampoco, si recogí las camisas antes de volar a Filipinas, o después de mi regreso de Filipinas y antes de volar a España. Sí conservo una tarjeta doble publicitaria y de visita “John’s Fashions” en la que se consigna el encargo y también los dos mil quinientos bahts que pagué por anticipado, teniendo pendientes de pago los mil restantes a la recogida del encargo. Aquel sastre siempre me pareció honesto y cumplidor y me hubiera ensombrecido la conciencia haber tenido con él un diferendo.

El segundo menester fue ir a “Darling: Turkish Baths”. El monosabio del recepcionista me dijo que también me reconocía, que también se acordaba de mí, y nos pusimos a asignar números más o menos certeros, más o menos imaginarios a las chicas que habían sido mis compañeras en mis viajes anteriores de hacía tan sólo... (¿tan sólo?) cuatro o cinco años, y por las que yo pregunté: Oi, Noi, Lynda (a la que dediqué un díptico de sonetos). Noi –una nueva Noi– me hizo una completa y estupenda felación en el baño, tierna, cumplida, sentida y reposada. Luego, cuando copulamos después del masaje, al ver que con preservativo no podía, me lo quité. Creo que ella llegó al orgasmo. Estaba limpiísima, preciosa y me encantó que respondiera a mis besos, abriendo pausadamente los labios suyos. Me dijo que tenía veintisiete años y que estaría en ese negocio

unos dos años más o así. Le pregunté que qué haría después “for a living” y me dijo que se dedicaría a la costura, “tailoring”, de lo que se deduce que una ingente cantidad de personas se emplean en esa ocupación. Mi sastre John me había informado de que tenía a treinta y cinco costureros/as trabajando para él en su empresa. Volviendo a Noi y considerando que un servicio de baño y masaje completo requiere por encima de la hora y media holgada, no creo que las chicas tengan más de tres o cuatro *pases* al día. A los ojos de un extranjero las diferencias ofrecidas por las componentes de aquel precioso gineceo eran mínimas. Con excepción de alguna cuyo gesto se distanciaba decididamente de lo que según mi canon estético me dictara como congruente, la verdad es que era de todo punto difícil decidirse por una o por otra. Quiero decir que no me parece probable que ninguna de aquellas chicas mereciera un trato preferencial en el sentido de actuar el triple o ni siquiera el doble que el resto de sus colegas. Viene esto a cuento por lo que me decía Noi de retirarse en cosa de un par de años. En todo caso, estas y otras reflexiones que sin duda me hubiera hecho con anterioridad y me seguiría haciendo a lo largo de mis todavía bastantes futuras visitas a Bangkok, denotaban cierta equiparación asumible entre trabajo realizado, emolumentos recibidos y precios de los bienes o cosas a obtener por el sujeto interesado. Me parece que eso fue todo lo que hice en aquel día 19 de diciembre de 1990, día de mi llegada a Bangkok. Me había puesto mi traje azul marino de alpaca que realmente provocó una mirada de... entre incredulidad y admiración por parte del jefe de recepción del Indra Regent,

como si se preguntara si yo era el mismo viajero con mucha peor traza con el que había estado porfiando sobre asuntos tan triviales como lo de firmar de antemano una carátula de tarjeta de crédito. Y hablando de otra cosa, un dolor como de... ¿lumbago quizás?... se me fue aliviando poco a poco. Supuse que sería de la paliza del viaje. No le presté más atención.

El día siguiente 20 de diciembre lo ocupé más que nada en ambientarme de nuevo con la ciudad. Un año antes o así mi hermana y mi cuñado habían visitado Bangkok por la que sería su única vez, y en la boutique del hotel donde se hospedaron, el Bangkok Palace, enfrente del Indra, mi hermana había visto un tipo de blusa cuyo color, que a ella le hubiera gustado, entonces no tenían, pero ahora sí; y me había encargado que de hallarse ese modelo, en tal concreto tono, que yo más o menos recordaba, pues que se la comprara. Y así lo hice. La dependienta de la boutique me pidió mil quinientos bahts, y yo le dije la verdad: que mi hermana las había visto por mil doscientos, o sea por cuarenta y ocho dólares USA, a veinticuatro bahts y medio por dólar. La chica pudo comprobar que estaba yo enterado y no puso objeción alguna. Pude sacar la prenda por menos, pero me hubiera envilecido chalanear con esta gente tan digna. Me siento mal regateando con ellos. Me fijo en que los cobradores de autobús llevan unos tubos, rodillos o cilindros huecos para guardar el dinero-moneda y el cambio. Los pocos mendigos que se ven agitan unos como botes o tazas que contienen las monedas ya recibidas o las que hayan puesto ellos como reclamo, aunque de estos prójimos no me encaja un tipo así de conducta. Algunos

se sitúan en las esquinas de los tramos de escaleras de los pasos elevados para peatones. Los salivazos de los nativos suelen ser como globos pomposos y blancuzcos que quedan en el suelo a modo de paracaídas antes de plegarse deshinchado.

Esa noche de mi segundo día en Bangkok, veinte de diciembre, fui a ver a Nang, que a la sazón trabajaba en el Hotel Windsor, mi primer alojamiento en Bangkok como quizás algún lector recuerde, entre los *sois* 18 y 20 de Sukhumvit. Me había puesto yo mi traje de verano-entretiempo azul claro, otra de las magistrales confecciones de Ramón Naz, el sastre madrileño de principio de la calle General Pardiñas. Recuerdo que cogí una de esas moto-taxis que son por su tamaño y por la osadía de sus conductores más maniobreras y rápidas que los taxis propiamente dichos. Le dije al chaval conductor que me dejara a la entrada del *soi* 20, que quería hacer a pie los doscientos metros aproximados que me quedarían para llegar al edificio del hotel. Tal vez fuera porque estuviese falto de reflejos o de apercibimiento; acaso caminara yo algo por el lado de la izquierda más de lo aconsejable, pues por ser Tailandia un país en que el tráfico se mantiene precisamente por esa mano, es obvio que el peatón debe ceñirse a la derecha, justo lo contrario que en España. El caso es que un coche que venía de espaldas a mí casi me atropella. Pegué un respingo pero no pude evitar que me pisara el pie derecho con su rueda delantera; que me golpeará el brazo derecho con el espejo retrovisor y me rozara la pierna con el chasis, dejándome una mancha, más bien tiznajo, en el pantalón, que tuve que dar a limpiar en el hotel esa misma noche para el

día siguiente. Recuerdo que vi a Nang, que estaba trabajando, vestida de encarnado, con uno de esos pomposísimos atavíos. Casi no la reconocí. Algunas compañeras nos dirigieron miradas a hurtadillas. También recuerdo que le di cien dólares USA de regalo, a lo que ella respondió con la proverbial inclinación con las manos en posición de sumisión y rezo. Pero es curioso que no tenga registrado nada más en mis notas. Nada. Absolutamente nada. Supongo que nos reiteraríamos nuestras direcciones y nuestro deseo de seguir comunicándonos. Sin embargo, para intentar prestar a esto un cupo, siquiera pequeño, de coherencia, hay que volver la atención hacia atrás, al vano de cuatro años que discurrió entre diciembre de 1986 –última vez que nos habíamos visto Nang y yo en su ciudad natal de Korat– y ahora, este diciembre de 1990. Mi grado de concernimiento por esta chica, y como no podía ser de otra forma, fue recorriendo los tramos casi preceptivamente fijados en un tinglado de estas características. Estoy seguro de que nuestro encuentro de finales de 1986 remachó mi disponibilidad de gestión y mi deseo de que Nang pudiera visitarme en España. Y aunque todo el asunto terminó en el fracaso más absoluto, en la inoperancia más irredenta, creo que no está de más repararlo a la vista de los documentos acreditativos. Sí, dispongo de unas cuantas cartas de Nang, alguna sin fechar, y de otros papeles que me permiten ahora, casi veinte años después de producirse los hechos, abordar con pretensión de rigor el relato de los mismos...

En efecto, a partir de diciembre de 1986 toda mi vocación se volcó en proveer a Nang de los recursos tanto materiales como

psicológicos para que se trasladara a España, para una visita turística convencional, como había sido el caso y seguiría siéndolo con otra variedad de amigas de diversos países distantes y distintos entre sí. Con fecha 20 de enero de 1987 escribí a Mr. Chaladol Ussamarn, Jefe de Sección de la Agencias de Viajes Diethelm, un hombre influyente, ponderado y honesto al que yo había conocido ya personalmente con motivo del viaje a Viet-Nam y Cambodia (Kampuchea) organizado desde Bangkok por dicha agencia Diethelm. Además, este señor Ussamarn mantenía buenas relaciones, tanto comerciales como privadas, con el polaco-australiano Janusz Kasinowski, de Orbit Tours, de Sydney, Australia, y que había actuado como coordinador de la expedición citada a Viet-Nam y Cambodia. En mi carta, y en resumen, le decía:

Estimado Sr. Ussamarn:

Saludos desde España. Mi viaje de regreso a casa estuvo lleno de aventura, ya que aproveché para hacer escalas en Sri Lanka, Maldivas y Jordania.

Como le informé en su despacho, tengo dos amigas a quienes deseo invitar a España, con todos los gastos pagados, cuandoquiera que puedan viajar este año. Se trata de dos hermanas... aunque sólo una de ellas viajará a un tiempo. Depende de ellas decidir cuál de las dos prefiere viajar la primera. Les he informado por carta de todos los particulares. Le ruego que asista a cualquiera de ellas dos que desee viajar en primer

lugar. Se me ocurre una estancia de entre quince y veinte días, en función de la validez de la tarifa aérea. Me habló Vd. de unos billetes de Aeroflot, ida y vuelta, de unos 700-725 dólares USA, que no está mal. Las he notificado que se pongan en contacto con Vd. a su entera conveniencia. Tan pronto como disponga Vd. del billete, hágamelo saber para enviarle el correspondiente cheque. En cualquier caso espero visitar de nuevo Bangkok dentro de poco. Agradecido por su colaboración, le saluda atentamente...

Esto, como puede suponer el lector, fue el principio del típico tejemaneje de cartas y falsas expectativas que terminaron, claro, en nada, en el cero absoluto. Pero como la conducta tanto de los de Diethelm como mía las puedo juzgar y las juzgo de intachables, abnegadas, me voy a permitir explicitar todo el tema en razón de los documentos que obran en mi poder. En una carta de Nang de 23 de diciembre de 1986 –se cruzó por lo tanto con la visita que un par de días más tarde, a mi regreso de Viet-Nam y Cambodia, les hice a las dos hermanas, Ying y ella, en Korat– me decía que podría venir a España en mayo o en junio; que no podía entonces, entre el momento en que me estaba escribiendo y esos meses por delante, porque tenía que trabajar y que estudiar; que se preparaba para maestra, etc. Lo cual quiere decir que desde mi primer encuentro con Nang, justamente un año antes, ya habíamos intercambiado alguna carta más que no conservo; algún tipo de comunicación que no alcanzo ahora a precisar. Me

seguía diciendo que había recibido “mi carta y mi cheque” y que éste no le había sido posible cobrar; me daba, en fin, instrucciones para que si yo quería transferirle dinero lo hiciera mediante un sistema concreto y a una cuenta del Thai Farmers Bank que me especificaba. Bien. Ello justifica... si es que el término *justificar* significa siquiera levemente lo mismo o algo parecido para mis lectores y yo..., ello justifica mi carta de encargo de billete a Mr. Ussamarn. Nang dejó sin fechar por lo menos la mitad de las cartas que me escribiera. Así, he necesitado un proceso de integración deductiva entre las que sí que me fechó y el curso de los acontecimientos, para hilvanar el relato con suficiente coherencia. Aquí tengo una carta sin fecha de Nang llena de frases cortas, en inglés elemental pero suficiente para hacerse entender. Editorializándolo un poco me dice:

- I'm sorry about everything
 - I apologize for my doing
 - I am very bad because I'm afraid of everything
 - I'm afraid to go to Spain by myself
 - I have never travelled by plane
 - Tomas! If you would like to invite me to go to Spain again I will try and wait for you forever
 - I would like to go to Spain very much, but not by myself.
- I would like to go with you. Thank you very much. Love.

Tengo otra igualmente sin fecha en la que me dice que ha dudado mucho en escribirme, segura como estaba de que yo me enfadaría en cualquier caso; me pregunta qué pienso sobre la idea

que tienen ella y su hermana de ir a trabajar a Jordania (!). Me asegura que le gustaría viajar a España para verme; que me agradece mucho el dinero que la he enviado, etc., etc. Naturalmente que todo esto tiene que ser como rebote del toreo a que nos sometió tanto a mí como a la Agencia Diethelm. Con fecha 18 de febrero de 1987 Mr. Ussamarn me envía esta lúcida carta:

Estimado Dr. Orea:

Gracias por su carta de 20 de enero. Le informamos que la tarifa Bangkok-Madrid-Bangkok en Aeroflot es de 18.780 bahts netos por billete. A esto hay que añadir una tasa de mil bahts de salida. Le rogamos nos haga llegar el pre-pago para así nosotros reservar los citados billetes. [Me especifica forma de pago y cuenta de Diethelm]. No se aceptan cheques personales. Ofreciéndome enteramente a su servicio y en espera de sus instrucciones...

¡Qué gran profesional era este señor Ussamarn! Lo de menos, siendo mucho, es que Diethelm dispusiera de unas gigantescas oficinas en Phloenchit Rd. y en Wireless Rd., justo en uno de los distritos céntricos y comerciales de Bangkok; y que dicha empresa probablemente emplease a más de cien personas. Lo de más es que hay entidades que al primer contacto propagan seguridad y garantía; confianza y diligencia. Y Diethelm Travel era una de ellas. Tengo el duplicado de un télex cursado a

Diethelm cuyo resguardo en papel no consigna fecha alguna, pero que con toda seguridad tiene que pertenecer al mes de marzo o abril de 1987. En él encarezco a Mr. Ussamarn que la fecha de llegada a Madrid del vuelo de Bangkok caiga, a ser posible y como primera opción, en viernes o sábado, y que contacte a Miss Lerskornburi (Nang) para prestarle toda la asistencia que pudiera requerir, etc. Aquello no constituyó sino un incremento de la inutilidad y de la inoperancia. Ya, por fin, con fecha 1 de junio de 1987 recibo una comunicación epistolar definitiva de Mr. Ussamarn en los siguientes términos:

Estimado Dr. Orea:

Le agradecemos su carta de 13 de abril [así, pues, y aun lamentando no guardar copia de ella, yo les había escrito el 13 de abril] y su desembolso de 728,66 dólares USA. A pesar de haber notificado a la Srta. Lerskornburi ponerse en contacto con nosotros en relación con su billete, no hemos recibido hasta la fecha señal alguna de ella. Por lo tanto le devolvemos 698,66 dólares USA (deducidos 30 dólares por gastos de comunicación), etc. Atentamente. Diethelm Travel.

¿Puede imaginarse el lector lo que yo me imaginaba entonces? Me imaginaba que estos thailandeses de entidad internacional, baqueteados en todo tipo de gestiones estarían pensando en lo estúpidos que resultábamos algunos “farangs”, “extranjeros” al enredarnos en cuestiones sentimentales con

féminas thailandesas. Me imaginaba que Mr. Ussamarn me estaría compadeciendo; o acaso ni eso; acaso preguntándose qué escala o rango de nexo podría tener una presunta amistad que se sustanciaba con que una parte se desvelaba en diligencia, celo y concernimiento y la otra no hacía ni caso. Bien. Pues más o menos eso. Conservo otras dos cartas más de Nang. Una de 24 de diciembre de 1987, desde Bahrein. Me dice muchas cosas: que el país [en realidad una pequeña isla del Golfo Pérsico] es muy bueno, pero que ella está muy mal; que el hotel donde trabaja [Moon Plaza] no es bueno; ni tampoco la comida; que tienen que dormir entre seis y ocho trabajadores de India y Tailandia en la misma habitación; que les retienen el pasaporte; que se siente enferma y que necesita asistencia médica; que a ver si le puedo enviar dinero, etc., etc. Un desastre. Lo que me dice en la otra carta a que me refiero, de 18 de febrero de 1988, también desde Manama, es una serie de frases cortitas, contradictorias entre sí, como por ejemplo, que no está acostumbrada a casi nada de Bahrein, pero que puede hacer su trabajo (!); que no sabe nada de su familia, pero que sospecha que a todos les va mal. El único rastro de consuelo que albergan sus palabras es que en el inglés trunco y lapidario en el que ahora me escribe las probabilidades de error son ciertamente altas, y la descolocación de una partícula puede dar la vuelta al significado. Por ejemplo: me dice textualmente: “I came to Bahrein for 40 days”. No tiene sentido. Ni siquiera lo tiene la frase más lógica de “hace 40 días que estoy en Bahrein” porque su carta anterior, de 24 de diciembre de 1987, lo desmentiría al momento. Pues a eso me estoy refiriendo:

a un completo estropicio en el funcionamiento emocional de esta chica. Por supuesto que la conciencia es libre, y en punto a conjeturar sobre cosas raras todos estamos magníficamente pertrechados, y yo personalmente “second to none”, igual que el mejor.

He hecho todo este pequeño recorrido marcando los hitos justos con el fin de apuntalar el relato, desestimando todo lo demás, y en razón de los documentos que obran en mis archivos. Aun tratándose, con mucho, de lo menos reseñable, yo había estado enviando dinero a Nang en variadísimas ocasiones; así sentía yo que mis conexiones se garantizaban un mínimo de respuesta. Porque en las relaciones humanas, sobre todo entre las de hombre y mujer, cuando no existe situación alguna de contacto sensorial; cuando el posible lazo radica en algo tan frágil como los deseos, y estos se alimentan de realidades tangibles; cuando el ligamen entre Nang y yo estaba hecho de burbujas bien intencionadas, de emanaciones con tan precario asidero..., entonces lo único que puede sostener el andamiaje de la duración, en un juego endeblesísimo de “tente mientras cobro”, es el dinero. Y por mi parte está muy bien que sea así. Ninguna objeción. Ningún reproche. Allí donde las acciones concretas, de cuerpo y de alma, no se encargan, no pueden encargarse del cuidado, de la manutención del asunto, sólo allí el dinero puede ir dando largas, puede ir ganando tiempo... o lo que en cada caso constituya el posible acontecer. ¿Cómo mantener, cómo velar por la subsistencia de una soldadura tan gaseosa como la establecida entre Nang y yo, sino por medio de actuaciones cuyo embajador

no fuese el dinero? Porque aquí, y puesto que relativamente de calderilla se trataba, de unos cuantos cientos, ni siquiera miles, de dólares, aquí sí procede remitirse a la prevalencia del “principio” o regla universal. ¿Qué es, si no, lo que les adviene a tantos individuos ociosos, desocupados de los menesteres con que la persona colma el cangilón de su tiempo? ¿Qué les sucede? Pues les sucede que los tumbos a que su inactividad les empuja – barras de bar, mesas de juego, etc.– sólo funcionan mediante el combustible de ir dejando dinero. Todavía más crudamente con las mujeres. Yo llegaría a sentar la ley de que todo lo que no sea estar copulando con una mujer, o sea, intentando reconstruir el arquetipo de nuestra identidad mediante la ilusión de entrar en todo momento en el lugar de donde hemos salido..., todo lo que no sea una ocupación de fuste definitivo..., todo lo demás, únicamente se hace perceptible y asumible mediante la consumición de dinero. Repito: lo de Nang era una bagatela, pero por eso mismo ilustraba ejemplarmente el asunto al que me vengo refiriendo. ¿Qué nos dijimos Nang y yo en el Hotel Windsor, después de cuatro años justos de no vernos y de todo ese pequeño tráfago, diminuto macrocosmos de actuaciones inoperantes? No lo sé. No dejé anotado en mis apuntes más que lo que aquí reseño. Cuando me despedí de ella no fui capaz de conjeturar nada. Se me abría un vano sin posibles referencias.

El tráfico es tan malo en Bangkok como para aconsejar ir andando a cualquier parte hasta dos kilómetros de distancia. Así lo hice (ida y vuelta) desde el Indra Regent hasta el establecimiento de John, el sastre, en el *soi* Nana 3, justo donde

termina la Sukhumvit Road y comienza la Phloenchit: el primer día, en que encargué las camisas, tardamos cuarenta minutos. Andando hice la ida en treinta y cinco, y la vuelta en treinta. [Copio literalmente las notas de viaje]. En la Coffee Shop del hotel me piden que cante, al comprobar los camareros que conocía casi todas las melodías que ejecutaba la orquestina: me pidieron que interpretara las tres melodías que solicité: “Bésame mucho”, “Blue Spain Eyes” y “Strangers in the Night”, una trinca de superclásicos inevitables. Decliné, esforzándome por hacerles entender que mi garganta se hallaba en tratamiento. [Y por cierto, que ni recuerdo ni he dejado nada en mis notas sobre el tema de la vacuna de la faringitis que, por la conjugación afortunada de fechas, acaso la dosis semanal me la pusieran sólo en Filipinas]. Los colegiales –niños y niñas– visten una blusa blanca y un pantalón o falda azul marino. Al despedirse y saludarse entre ellos hacen unas pamemas muy ricas, como de echar a volar desde la mano y con la boca un deseo.

Con el asunto del Club de Anita esgrimí algo así como un juego de perseguido y perseguidor. Después de las consideraciones del hebreo del vuelo Madrid-Bangkok escribí una nota a cada una de las futuras “novias” Munchetika, Kanjana y Jarunee, diciéndoles que podían dejarme su dirección en el Hotel Indra, porque yo me marchaba de viaje, aunque sin precisar cuándo volvería; en mi entendimiento de que si no lo hacían, no tendrían derecho a extrañarse de nada en lo tocante a mi comportamiento, y por no haber comparecido en primer lugar. Desde luego que algunos clubs pretenden explotar la

supersolicitud de que son objeto, en general, las mujeres thailandesas. En mi caso, y como tendré ocasión de explicitar más tarde, todo lo que recibí fueron magnificaciones de la generosidad y de las prestaciones que esperaban de mí, sin decirme una palabra de lo que yo debería razonablemente esperar a cambio.

El 22 de diciembre, y después de dejar en el Indra Regent de Bangkok las camisas confeccionadas y acaso algo más de equipaje que no considerara que usaría en Filipinas, volé a Manila. Siete años habían transcurrido desde mi anterior visita, bastante tiempo para ciertas cosas y apenas nada para otras realidades. La localización del Holiday Inn en el Roxas Boulevard no está lejos de la calle Adriático donde se asentaba el Hotel Midland Plaza, en el que nos acomodáramos Julio Ganzo y yo en mi excursión previa. Uno de los efectos del paso de esos siete años, me informarían, era que habían derribado buena parte de aquel barrio. Inútil, ni siquiera por curiosidad, intentar enterarme de si todavía existía la camarera aquella, por nombre Mila de Guzmán, del salón-bar del Hotel Mabuhai, en la calle Antonio Mabini; y el animador y vocalista al piano que me había permitido canturrear unas melodías allí mismo para el público. Todo lo había arrasado la piqueta del progreso, supongamos que para bien; y en su lugar creo que se levantaba un área comercial de supermercados o algo así. El programa que tenía enfrente de mí era sencillamente ambicioso: intentar entrevistarme con cuatro chicas en Manila y con siete en Cebú. Lo cual requería un portentoso despliegue de gestión. Pero establecido en el Holiday

Inn, sito entre el omnipresente Roxas Boulevard y las calles Vito Cruz y F.B.Harrison, como cuartel general, y empapado del brocardo de los clásicos latinos “dimidium facti qui coepit habet” (el que comienza a hacer algo tiene ya hecha la mitad) me lancé a mi cometido, que no era otro sino la inspección ocular directa de todas mis corresponsales. La primera dirección a la que puse rumbo fue la de Descora Suan, una de las chicas cuya foto proporcionada por Jack West más entusiasmo me había propiciado: rostro tirando a bruno, nariz casi imperceptiblemente achatada, pelo organizado en dos porciones como madejas recién liberadas de la banda o cinturón por su parte media, a uno y otro lado de la cara; sonrisa como de fotografía, entre confiada y expectante, que implicaba la mostración de una hilera de dientes blancos, anchos, con ligeros intersticios entre ellos; todo lo cual según los detalles que la reproducción en papel de una instantánea en blanco y negro permitían humanamente apreciar. De todo el repertorio de datos que, como dije, incluía la “ficha”, los más objetivos y al mismo tiempo más interesantes para mí, por lo menos “a priori”, eran los relativos a la edad y al estado civil, si bien una constatación muy de urgencia, muy por encima, y por si la foto no procurara evidencia suficiente, más del noventa y nueve por ciento de las chicas fotografiadas eran jóvenes y solteras. Descora aparecía con veintiocho años, y, por lo que se refiere a la religión, católica, como el noventa y nueve por ciento de la población en esta parte del país. Con este bagaje de credenciales, además del aerograma de rigor y los veinte dólares enviados el anterior agosto, me planté en el domicilio de

los Suan, en el distrito de Pandacan, dentro de lo que se entiende por Metro [politan] Manila. La típica aglomeración de vecinos y desocupados, sobre todo chiquillos, se produjo cuando di con la casa. Un extranjero, europeo, blanco, preguntando por una nativa. Descora, Cora para la familia, ya no estaba allí. Hacía un año que se había casado con un americano de los USA y vivía en Alemania donde éste se hallaba destacado, de servicio en una de las bases militares en funcionamiento. Me lo comunicaron dos hermanas de Cora: una, la mayor, Tess (Teresita) de treinta y seis años, casada y con familia; y otra, según entendí, la menor, de veinte años, altita, espigadita, con naricilla pegada a la cara a estilo levísimo y graciosamente primate, por nombre María Aloma (Marilou), con dientes un pelín hacia fuera, pero bonita y bien proporcionada en general. Aquello fue el comienzo de una función que se repetiría en multitud de ocasiones: familias enteras, vecindarios enteros que se entregaban al menester de enterarse de quién se trataba aquel que venía de lejos en busca de una de las chavalas de su colectivo. Y bien claro estaba que lo de menos era que estuviese o no la persona requerida, ya que en todo caso constituía algo desconocido, y sobre todo si, como parece, la familia suplía con alguna otra de sus miembros la falta de aquella por quien se venía preguntando. El caso con las Suan era de libro. No, no estaba Cora; se había casado y hacía un año que ya no vivía en Filipinas. En aquellos días de finales de 1990 los directorios de Jack West habían cumplido su mayoría de edad, y todo aquel tiempo prestaba un campo de virtualidades más que suficiente para que un buen número de estas chicas

hubiesen cambiado de estado civil. Pero no importaba. No importaba en absoluto. Hablando de una y otra cosa, vengo en conocimiento de que la foto en blanco y negro del papel del listado no refleja una serie de lobanillos o verrugas que, según sus hermanas me dicen, Cora tiene en el rostro y en la cabeza. Ya no recuerdo si me informaron de que el aerograma se lo habían re-expedido a Cora, que creo que no; pero que en todo caso se habían quedado con los veinte dólares, agradecidas entonces, y ahora, además, sorprendidas gratamente de conocer a tan inesperado benefactor. Pues ya está. En vista de lo visto, y con la general aunque tácita aquiescencia, queda Cora reemplazada por Marilou en el esquema general de mi perspectiva. No se hable más. Como prueba de confianza y de rumbo, como protocolización de la transferencia de protagonismos entre las dos hermanas, invito a cenar esa misma noche a Teresita y Marilou al Holiday Inn.

Me gusta la prensa filipina. En el hotel nos pasaban gratis *The Inquirer*. El ruido de los sistemas del aire acondicionado me resulta un problema. No he pegado ojo la primera noche. En el Holiday Inn hay muchos iraquíes, bueno... moros en sentido lato, con eso de la crisis del petróleo y por el hecho de que buena parte de la población del sur, parte baja de Mindanao sobre todo, es de religión islámica. Estos moracos no parecen estar muy bien vistos en Manila; acaso se deba a su prepotencia económica respecto de alguien tan débil como el filipino de a pie. En el capítulo de las desgracias señalo con régimen de exclusividad el dolor cada vez más pronunciado que se me declaró en

prácticamente toda la parte izquierda de mi cuerpo, desde la cintura hasta el pie, para entendernos, con localización más certera en lo que pudiéramos considerar la cañería interna del muslo. Con las afecciones patológicas desconocidas ocurre lo que con los gamusinos: que hasta que no se caza uno, yo al menos no sé de qué se tratan. Como digo, sentía dolor pero no recordaba haber hecho nada especial, haber efectuado ni movimiento ni esfuerzo constatable que me pusiera en la pista de la etiología, que justificara inteligiblemente ante mis entendederas la razón del mal. Lo de siempre. Hice memoria. Recordé que el último día en Bangkok, 21 de diciembre, ya me habían comenzado los síndromes, y que ya en las tres horas de vuelo de Bangkok a Manila del día siguiente 22 sufrí lo indecible, y todo se agravó con la estúpida espera de cinco horas en el mismo aeropuerto pretendiendo coger vuelo para Cebú esa misma fecha 22, ya que mi diseño original se organizaba volando primero a Cebú y luego ya, de regreso y recogida, todo el resto del viaje. Pero no le di más relevancia. Pensé gratuitamente que esas cosas deben marcharse, desaparecer de la misma manera como han venido; o sea, sin avisar, por sí solas. El día 23, probablemente antes de la cena con las hermanas Teresita y Marilou, visité la clínica del Holiday, pero sólo estaba una enfermera de guardia, por nombre Dang, y no creía oportuno hacer venir al médico pretextando una emergencia especial, y sobre todo haciéndome valer el predicamento de cliente del Holiday Inn. No quise llegar hasta ahí y bien me doy cuenta ahora de que pequé de optimista y de corto. Es verdad que tanto

el médico como casi todo el resto del “staff” profesional no reanudaban el trabajo hasta el día 26. Aquella enfermera, acaso con la mejor fe del mundo, no pareció querer implicarse demasiado, y hasta creo que me regaló el frasquito del linimento *Musculint. DS Liniment. Rubefacient*, y que aún conservo como recordatorio con una tercera parte de su contenido. Me apliqué aquello sobre lo que consideré epicentros de las zonas doloridas. Recuerdo que no me hizo efecto alguno; si acaso, si acaso el del *placebo*, que sólo ejerce su eficacia en las instancias desiderativas del que se lo aplica.

Durante mi cena con las hermanas Suan, allí en el Café Viena de la planta baja del hotel, le dediqué una buena sesión de canturreo al pianista animador. Le sorprendió que yo conociera la musicalidad de tantísimas canciones. Conseguimos un ambiente espiritual propicio mediante la articulación de las melodías de todas nuestras disposiciones emocionales. Y en otro orden de cosas, no dejo de comprobar que “lo español” brilla por su ausencia. La versión general es siempre la misma: España colonizó desde el púlpito tan sólo; los USA desde las escuelas y con la economía. Causa grima constatar que en la relación de Embajadas que incorpora cualquier folleto informativo convencional como el que pueda encontrarse en las habitaciones del Holiday Inn, por ejemplo, no aparece la Embajada española. Tampoco las líneas aéreas Iberia tocan Filipinas. Totalmente descartado este país a efectos de “lo español”. Poquísimos ciudadanos saben aquí lo que es y dónde está España.

Como aclaré al principio de este tramo de relato, eran cuatro las corresponsales de Manila a las que había escrito un aerograma y enviado unos días más tarde un billete de veinte dólares USA convenientemente amortiguado y camuflado entre cartulinas negras en el interior de un sobre. Siempre de entre el muestrario proporcionado por Jack West, quedaban otras siete en Cebú, razón por la que mi viaje a la isla central de las Visayas estaba irrevocablemente programado. Pero de momento se trataba en todo caso de contactar al elemento femenino de Manila. Ya lo había hecho con la primera de las muestras: las Suan. Faltaban, por lo tanto, tres. Tuvo necesariamente que ser el día 24 cuando me lancé a la localización de dos... cromos, dos preciosas abstracciones que con el nombre de Elma Rosella y Juliet Opena aparecían en el directorio de Jack. Dos preciosidades igual que la gran mayoría de las demás. ¿Para qué intentar describir las formalidades gráficas de las fotos en blanco y negro y papel de Jack? ¿Para qué si, además, nunca las encontraría? Intenté conjugar distancias, horarios y mi propia disponibilidad. Ni la una ni la otra paraban ya en la dirección de la guía, ni en el número telefónico que en este caso también para Elma se incluía en la clave informativa. No, claro que no se podía parecer a esa dirección evanescente e incierta de las chicas de la vida, al menos en la totalidad de los supuestos. Pero algo de servidumbre de inestabilidad errante se albergaba en los presuntos domicilios que le habían facilitado a Jack. Éste —como se verá oportunamente, y con motivo de nuestro primer encuentro varios meses más tarde en Indonesia— me comentaría

lo volandero y quebradizo de los alojamientos de todas aquellas criaturas: quién, con una amiga; quién, con unos parientes también en la cuerda floja en cuanto a trabajo y estabilidad “funcionarial”, como lo entenderíamos mejor en España; algunas, ni se sabe. Las señas de Elma Rosella apuntaban a una zona del distrito de Ermita, precisamente de la calle Mabini, acomodo de mi primera visita. Pero la dirección no consignaba sino el sitio de su trabajo, y aquello devino imposible de materializar. Ante mi mostración de su foto quiero recordar que alguien acusó recibo de... su identificación. Sí, la reconocían, se acordaban de su persona, pero no tenían ni idea de su paradero de entonces. Tampoco, mucho menos, era de utilidad alguna el teléfono sugerido por el repertorio informativo de Jack. Acaso perteneciera a la empresa en la que trabajaba o, mejor, en la que había trabajado. Acaso... bah!, cualquier especulación se estrellaba contra la realidad tenaz. Lo curiosísimo del caso es que mi aerograma del 10 de agosto no me fue re-expedido; mientras que la carta del día 20 sí, sólo que sin el billete de los veinte dólares USA dentro. ¿Cómo lo hicieron?: sigue constituyendo un misterio, porque cuando yo rasgué el sobre con un abrecartas todo parecía intacto; la funda-envoltura de papel para el billete de banco, la propia integridad del sobre, su borde, sus junturas selladas. Todo intacto como por magia, menos el billete de los veinte dólares. ¿Cómo lo hicieron?

Y con Juliet Opena me ocurrió más o menos lo mismo, excepto en lo tocante a la devolución de la carta intervenida. Según la información de Jack, ahora tendría diecisiete años, y

mostraba un rostro de adolescente colegiala, aunque su ocupación parecía ser la de vendedora. Tampoco estaba lejos su pretendida dirección: Edificio Regina, de la calle Escolta, en el barrio de Santa Cruz. Hasta allí me acerqué y... una edición corregida y aumentada de lo anterior. Bien recuerdo que un joven que se ocupaba de vigilar aquella zona me dijo que la reconocía perfectamente, pero que ya no trabajaba por allí, y que no podía tener idea de su localización. Lo de siempre. Ya entrado en pormenores, hasta me pareció entenderle que recordaba haberla visto recibir algo, algún mensaje o carta del extranjero hacía unos cuantos meses. Claro, las cosas que yo la enviara. Por lo menos en este caso suyo, mi alivio más señalado radicaba en el hecho de que ni el aerograma ni la carta con los veinte dólares USA incluidos me habían sido re-expedidos. Me hacía ilusión recrear esperanzadamente que aquellos heraldos transcontinentales de mi identidad les habían llegado: enteramente a la una (Juliet) y parcialmente a la otra (Elma). Algo era algo. El chico voluntarioso, limpiador y algo así como vigilante al que me refiero, me aseguraba que sí, que Juliet había recibido lo que fuere... y que se había sentido concernida, apelada. Pero las cosas no podían pasar de ahí. Y se trataba (quiero decir, la foto) de una niñita hechicera, con pelo tipo matojo, tipo greña artística, que lucía pendientes largos (sólo uno de ellos es visible) y reloj de muñeca mientras se sujeta, sonriente, el mentón, la mejilla con su mano izquierda. Pero las cosas no podían pasar de ahí. En un año... el año y pico que la lista de Jack tenía de antigüedad, podía haber pasado de todo. En mi grado de ejecutor del

sarpullido emocional que yo mismo me había despachado rehuía, esquivaba la pregunta, la única pregunta aplicable desde una perspectiva asumiblemente humana: Y de encontrarme con ellas... ¿qué? No, la formulación de tal pregunta sabotaba mis empeños, lanzaba un torpedo de cabeza atómica a la línea de flotación de mi empresa, fuese cual fuese ésta. Lo mismo era una huida terca hacia delante, un ratificarse en el desatino, beodo y ciego como estaba yo para análisis pausados de razón y ponderación. Yo, huelga decirlo, estaba enamorado de todas, precisamente por no haber visto a ninguna, y cuantas más fueran las encontradas, más se adensaría mi pábulo de entusiasmo y de curiosidad hacia las todavía por descubrir. Y la cuestión era: ¿Qué hacer? Si me gustaran todas, llevarlas a todas a España. La solución convencional de quedarse con una, absurdo. ¿Entonces? Seguir manteniendo la situación: ser eterna potencia, nunca acto. Me seguiría gastando todo el dinero de que dispusiese para mantener la latencia, el “stand by” del alma. De alguna manera, yo las había cortejado a cada una de ellas con mi embajada postal doble: aerograma de presentación, y regalo de buena voluntad que, dicho sea de paso, para estas criaturas en circunstancias semejantes constituía una gratificación certera, por lo inesperado del proceder y por el sentido práctico aplicable de los veinte dólares USA. Y de encontrarnos... ¿qué? En razón del único caso hasta el momento llevado a término, el de las hermanas Suan, intuía que cada nuevo contacto personal engrosaría la cargazón de motivos realizados, y que desde su instalación de

cosa latente me serviría de acicate enardecedor para el acceso de las siempre chicas futuras por venir.

Yo portaba varios miles de dólares “cash” como voceros intermediadores que me fuesen allanando los posibles escollos de la perplejidad y de la probable (aunque no esperable) desconfianza, acaso sólo cautela, que mis *novias* pudieran esgrimir. Dólares para regalos, para achatar el borde cortante de alguna situación, para transformar la indiferencia y/o extrañeza de alguna mamá (y si tal fuera el caso) en actitud positiva y abierta respecto de los acontecimientos. ¿Qué podía hacer yo con cincuenta y cuatro años sino ser amable y rumboso? Pero hay cosas que no pueden ser y no son. Efectivamente. No son. Los rostros de Elma y de Juliet seguirían constituyendo tan sólo una realidad virtual en las reproducciones fotográficas en blanco y negro y en papel de los catálogos de Jack y, como tales, eternas, invulnerables al accidente de una posible decepción. Y en cuanto a mis aerogramas y a mis dólares postales me regalaba a mí mismo la ilusión de imaginarlos en poder de sus legítimas dueñas, y de que éstas hubiesen encendido una velita, siquiera de duración circunstancial, en honor de tan espontáneo donante anónimo.

Con las hermanas Pineda me ocurrió lo siguiente. Yo comencé a cartearme con Thelma, la chica que en primer lugar me enviara su foto y que tanta admiración mereciera de mi compañero de vuelo Madrid-Bangkok, el israelita. De Thelma conservo dos cartas, del 3 de septiembre y del 28 de octubre de

1990, siempre como contestación a mis comunicaciones previas. Se trataba de una chica madura, seria. Lo primero que me dice es que no había necesidad de haberle enviado ningún dinero. Según parece, yo había ideado la justificación para mi regalo –en cualquier caso, razonable y aséptico– de que no les costara corresponder conmigo, ya que era yo el que había comenzado, libre y gratuitamente, la operación y no debía dar por sentado sin más que nadie tuviera necesariamente que continuar algo no solicitado. Andando el tiempo se me evidenciaría el hecho de que son millones y millones las chavalas filipinas que esperan encontrar a su caballero adecuado para sacarlas del país. Con todo, Thelma me agradecía mi gesto. Pero he aquí que sobre mediados de diciembre, siempre de 1990, recibo una carta de Gloria Pineda, hermana de la anterior, explicándome que debido a un error en el suministro de los datos de la Agencia *GRE Correspondence Club*, con base, no se olvide, en USA, les ha resultado evidente a las hermanas que yo he escrito a *su* foto; es decir, a ella, a Gloria; y que, por lo tanto, la realidad de las cosas propicia que sea con ella con quien sostenga la correspondencia y contactos que sean menester. ¡Bueno!, supongo que me diría yo; no conozco a ninguna al natural: ¡pues qué bien! Ahora dispongo de dos virtualidades, en vez de una. Un par de años más joven que su hermana Thelma. En la susodicha carta de mediados de diciembre Gloria, además de adjuntarme una foto suya, me explica muchas cosas: que va a cumplir veintisiete años; que está trabajando en el *Shoemart* de Araneta Center-Cubao, Quezón City, etc.

Con toda seguridad que me pasé por allí una de aquellas mañanas. Recuerdo mis pesquisas para orientarme en un sitio inmenso, como un El Corte Inglés de tercera división, pero provisto prácticamente de todo lo imaginable. En su momento me enteraría de que el capital y la propiedad eran chinos, como una buena parte de los negocios que funcionan en todo el sudeste asiático. Un par de años más tarde también me enteraría, precisamente por Gloria, de que la masa de trabajadores y empleados, inficionados por los aires de protesta y toda suerte de reivindicaciones, razonables o lunáticas, “a la occidental”, habían amagado con una serie de huelgas y paros intermitentes, y a la cual los chinos habían respondido cortando por lo sano: cerrando el centro y dejando a unos cuantos cientos de filipinos en la puta calle. Bueno. El caso es que preguntando y preguntando llegué hasta Gloria. Murmullos arrebuajados entre las compañeras (Gloria me diría en ocasión ulterior que al marcharme le habían inquirido... que quién era el caballero tan gentil y tan agradable de mirar que la había visitado). Gloria hacía justicia a su foto: era, además de bonita, graciosa y aunque no muy alta, bien proporcionada, sencillamente atractiva en todos los aspectos. Nos desglosamos un momento de su puesto de trabajo y en atropellada síntesis me di maña para comentar el contenido de las dos cartas de su hermana y el de la suya propia. Esto tuvo que ocurrir necesariamente el 24 de diciembre por la mañana, jornada laboral a todos los efectos, siguiendo más o menos el esquema de las festividades religiosas navideñas españolas. Gloria me invitó a hacer una excursión de ida y vuelta a su casa, a la casa de su

familia quiero decir; al día siguiente festivo, de Navidad. Y así fue. Se presentó Gloria por la mañana en el Holiday Inn, y allí mismo, de entre toda la mercadería de servicios de transporte que llenaban la entrada, los alrededores y los accesos a y desde el Hotel, contratamos un taxista para todo lo que durase el viaje, puerta a puerta. El domicilio familiar de los Pineda se hallaba a setenta kilómetros al noroeste de Manila, en el pueblo de Hagonoy, departamento o provincia de Bulacan, cerca de la línea de costa centro-septentrional de la Bahía de Manila.

Filipinas es un país superpoblado. La gente no mora, ni reside, ni se aloja en los sitios; la gente llena, colma, desborda, hace rebosar los lugares con humanidad, con cuerpos de persona. La superficie de unos trescientos mil kilómetros cuadrados, y no todos habitables, por supuesto, en el año 2007 en que esto escribo se puebla de más de noventa millones de seres; y por la época en que se desarrolla mi relato no serían menos de setenta y cinco. El personal hace lo que puede y vive como puede. La colonización española –no nos cansaremos de repetirlo– dejó los flecos de la lengua patria prácticamente en vía de extinción; pero lo que sí que dejó fue la típica religiosidad pendular o extremosa de la concepción católica, a saber: que cuando las gentes no tienen ningún cometido mejor o concreto que desempeñar se entretienen multiplicándose. (La familia de Gloria, sin ir más lejos, la componían nueve miembros: los padres y siete hermanos; y era de las normalitas, de las moderadas). La colonización USA les dejó todo lo demás: organización administrativa, módulos cívicos de convivencia, y más que nada

el inglés, idioma oficial del país, junto con el tagalo. Aunque de todo esto se irán viendo los detalles y los matices conforme mis relatos vayan alcanzando la temporaneidad correspondiente, sí encarta ahora, en cualquier momento, diríamos, recordar que Filipinas es probablemente el burdel más nutrido de todo el planeta, ya que atiende, además de a los USA, por su instalación de bases militares, a buena parte del sudeste asiático: japoneses, coreanos (sólo entre ellos más de cincuenta millones de parroquianos posibles) y un poco más alejados, pero como clientes fervorosos, a los australianos. A medida que la economía de esa parte del globo se vaya consolidando no tardarán en incorporarse a la clientela de usuarios de turismo sexual los chinos y los vietnamitas. Y si no, al tiempo. Pero estábamos diciendo que con una densísima población las infraestructuras de cualquier tipo devienen insuficientes. La red viaria, bien mirado, no era mala; pero la aglomeración de motoristas y de gente andando conduciendo carricoches lo llenaba todo.

A veces lo mejor para poner fin a una correspondencia es verse en persona las caras y los físicos; lo más demoledoramente eficaz para terminar con el amor, por lo menos entendido bajo su manifestación de encanto y de exaltación del yo..., matrimoniarse ante la sociedad mediante el típico empapelamiento. Contrariamente a su foto y contrariamente a las anticipaciones calurosamente positivas de mi compañero judío del vuelo Madrid-Bangkok (no se puede ser especialista en todo: en saber cómo ahorrar dinero en el uso de los taxis desde el

aeropuerto Don Muang..., etc.) Thelma resultó ser poco o nada atractiva: su verruga o excrescencia en el labio superior (y que la foto no dejaba percibir) constituyó el elemento disuasorio definitivo para mis disponibilidades estéticas. Sin embargo, vuelvo a recalcar, Gloria, sólo dos o tres años más joven que ella, siempre recatada y con rostro redondito como de muñeca, me resultaba deseable. Así es la vida. La familia Pineda, es decir, la madre, el padre y uno de los hermanos mayores, además de mis ya amigas Thelma y Gloria, me trataron como a un personaje: me escrutaron y probablemente sin proponérselo me dirigieron preguntas exploratorias. Como yo seguí teniendo dolores terribles en la pierna izquierda, que con el zarandeo del coche no habían hecho sino aumentar, Gloria me había anunciado que su madre tal vez me preparara algunas friegas calientes de alivio. Yo me imaginaba algún remedio de curandero, de esos que aparecen en las películas y precisamente de estas partes del mundo. Pero como estando sentado, y por esos caprichos de la naturaleza, la cosa no empeoró, no consideramos oportuno poner en práctica ningún tratamiento casero. Cada uno en su papel, todos muy amables, si bien –supuse yo que a tenor de las composturas– con las suspicacias de quienes sólo en el matrimonio ven la solución final para sus hijas. Parece que el catolicismo de estos prójimos, cuando arraiga, es total en lo que respecta a algunas cuestiones. Tengo la convicción de que las mujeres católicas practicantes, no matrimoniadas, siguen viendo en la virginidad su mejor libreta de ahorros. En aquella casa se bebía cerveza San Miguel. El viaje de vuelta fue otro calvario.

No sabía cómo colocar la pierna. Me había traído a las dos hermanas y a duras penas disponía de espacio en la parte trasera del taxi para cambiar de postura en busca de un alivio inexistente. Todas las maneras de situarme incidían en el machaque del nervio afectado. ¡Y yo pensando en mi vuelo a Cebú del día 27, ya reservado, y en mis muchas novias que allí me esperaban! Y me hallaba hecho un guiñapo. De vez en cuando hasta me ponía a conjeturar sobre la realidad de mi dolencia... ¿Sería...? ¿Sería...? La palabra *ciática* se asomaba como a hurtadillas y medrosa por entre las cavilaciones de mi conciencia, pero era tanto el horror que me producía considerarme afectado de algo que siempre pensé que podía ocurrirle a los otros, a los demás, pero no a mí..., que la retiraba de la quiniela de mi espíritu, ayudándome hasta con una sacudida de cabeza para mejor ahuyentar una posibilidad tan dañina. En definitiva, el viaje total de visita a la casa de los Pineda, ciento cuarenta kilómetros entre ida y vuelta, más dos horas justas de espera del taxista me costó mil quinientos pesos, unas cinco mil doscientas pesetas (poco más de treinta y un euros).

Por fin el día 26, y pasados los otros dos de casi total cesantía laboral en buena parte de los estamentos a causa de las imponderables fiestas de Nochebuena y Navidad, me decido a consultar al médico del Holiday Inn. Le explico mis síntomas y, no bien cumplimentado el primer tramo de detalles, me diagnostica, así, tranquilo y con cara de quien ha hecho lo mismo hartas veces en su vida: ¡Ciática! Usted padece ciática. ¿Cómo ciática? Pero si yo... Mis cincuenta y cuatro años todavía no me

habían aleccionado sobre la vulnerabilidad a que estábamos sometidos los humanos. Tal vez por mi buena fortuna de no haber padecido nunca nada grave, lo que se dice grave: una operación que deja secuelas; un trauma de articulaciones que deja minusvalías; una afección de cerebro que deja mermadas alguna o todas las potencias del alma. Yo me quejaba de vicio. Yo me quejaba por el hecho de que ciertas enfermedades, ciertas caquexias existieran independientemente y que pudiera tocarme a mí padecerlas. ¿Cómo ciática? Pero si eso es algo que *a mí* no tendría que sucederme. Escamoteaba la realidad imperiosa de que yo ya tenía cincuenta y cuatro años, y de que sí, que me encontraba muy bien, tan bien como para acometer en cuatro años consecutivos y apretados la salvajada de viajes de aventura que ya mencioné al principio de esta viñeta. ¿Ciática a mí? Igual que aquel ataque de miríadas de ladillas que sufrí en Inglaterra a punto de cumplir mis veintiún años y que estuve remiso de tratar por hacérseme inconcebible que algo maligno, de cuya existencia yo tenía noticia por los libros y por lo que había oído a los demás, pudiera sucederme a mí. Y la única opción posible era, que puesto que me había ocurrido, negar su realidad. Lo que no tenía cabida en mi conciencia; lo que me era inviablemente inasumible es que las malignidades existieran y que se alojaran en mí. ¡Ciática! ¡Usted tiene ciática! –me volvió a repetir bonachonamente el galeno. Claro. De ahí mis terribles dolores durante los cinco días inmediatamente previos, comenzando ya en el vuelo Bangkok-Manila. Claro. Por eso no era posible que ningún remedio casero me ayudara, por muy en plan *placebo* que

me lo administrasen. Parece como si el conocimiento de la causa de mi sufrimiento exacerbara el recuento mental, el repaso mortificante de todos los tramos de tortura que la dichosa ciática me acarrearía. Por eso no encontraba postura en el avión. Por eso no encontraba acomodo en los ciento cuarenta kilómetros de viaje a casa de las Pineda; por eso mi intento frustrado, de cinco horas, de volar a Cebú el mismo día 22 de mi llegada a Manila fue un buen golpe de gracia a mis defensas; por eso, hasta este momento de mirar cara a cara la certeza de mi patología, todo había sido una secuencia enconada de mal en peor, de mal en peor. Así que... ¡ciática! Le conté al médico que dos días antes una de las enfermeras del servicio de sanidad del hotel me había recomendado friegas y aplicación del linimento... Con la mejor de las deontologías y espíritu de lealtad corporativa me dijo que no estaba mal –la verdad es que no me había servido de nada en absoluto; vaya, el mismo efecto que masturbar a un muerto– pero que me tenía que poner un tratamiento. Y yo, ¿qué había hecho; en qué torpezas había incurrido para verme en tan calamitoso estado? El galeno me dijo que se debía a una falta de defensas orgánicas: *jet-lag*, variantes de biotopo, alimentación, etc. La ciática estaba siendo, pues, la protagonista de mi estancia en Manila. Cinco días de dolor más o menos agudo, más menos sofrenado. Me receta unos calmantes y unos anti-inflamatorios, sobre todo un producto *Mefenamic Acid. Ponsian. 500 miligramos*. Aún conservo la funda o recubrimiento de las cápsulas como souvenir.

Esa misma noche del 26 invité a cenar de nuevo a Marilou Suan, esta vez acompañada de su primita Carol, un cromo de dieciséis añitos. Nos colocamos cerca del pianista y estuvimos buena parte del tiempo haciéndole sugerencias y peticiones de melodías. Mi mejor consumo de protagonismo se cifraba en el menester de preguntarle por el título de la melodía interpretada; melodía conocidísima por mí la mayoría de las veces, pero que hubiera sido imposible de solicitar en cualquiera de estos ambientes parecidos por, como estoy diciendo, no conocer su nombre. Y tal fue concretamente el caso de “Smile”, gratísima para mi gusto musical. Las dos preciosidades de chavalas formaron un simpático contrapunto a mi compostura solitaria de león tímido. Me sorprendió mi prodigiosa capacidad de recuperación. Después de haber ingerido las cuatro primeras cápsulas (sin contar con la cura psicológica de haberme entrevistado con el médico, comprensivo y afable) fue cediendo el dolor y subiendo la calidad de mi estado general. Me sentía preparado para mi asalto a Cebú. La melena recortada hacia adentro, hasta el hombro, negrísima, tersísima de algunas jóvenes filipinas me subleva mis resortes estéticos: Hay una camarera de mañana sirviendo desayunos en el Vienna Café que encarna dicho paradigma. Las chicas filipinas suelen llevar un pañuelo siempre en las manos con el que, además de las funciones pertinentes de tal prenda, ellas juegan, monean, lo muestran en poses caedizas, de tentación conciliadora y femenina. Pero, como dije, el mejor protagonismo lo encarna mi recuperación, gradual, prodigiosa.

El día 27 de diciembre vuelo a Cebú, una acuciante aventura. Mi memoria y mis notas distinguen perfectamente que la comunicación entre Manila y Cebú, por tratarse de las dos primeras ciudades del país, es fluida y a precios razonables. Las líneas aéreas internas funcionan tipo “shuttle”, puente aéreo, y la duración del vuelo se aproxima a los sesenta minutos. La ciudad de Cebú es la capital de la isla Cebú, la más central y más significativa del archipiélago de las así llamadas Visayas, y que se organiza en las Regiones VI, VII y VIII. Desde mis primeros escauceos orientadores con nombres y direcciones de las posibles correspondencias, se me hizo evidente que Cebú (ciudad capital con cerca de medio millón de habitantes, y resto de la isla con otros dos millones y medio más) se destacaba como segunda en importancia y peso demográfico y económico después de la norteña Luzón, con Manila y Quezón dentro. Siete, nada menos que siete eran las chavalas a las que había enviado el consabido billete de veinte dólares USA, además del aerograma de presentación. De las dichas siete, tres pertenecían a las listas de *GRE Correspondence Club* (el mismo de las Pineda, para entendernos) y cuatro a los oficios de Jack West. La cosecha se me presentaba abundante en extremo y se trataba de comprobar si mi guadaña disponía de filo suficientemente preparado para hacer frente al reto. Las reacciones de todas estas “pen-pals” a mis comunicaciones y envíos de agosto de 1990 fueron, en general, abundantes y puntuales. Una de ellas, la señorita Detuya, tuvo la deferencia de comunicarme que se había casado, a los dieciocho años, y que por lo tanto pasaba mi concernimiento a su

hermana Mary Ann, de la que me enviaba una foto y todos los “bio-data”. Una vez más hay que tener muy en cuenta que los primeros suministros del bueno de Jack West adolecían de antigüedad. En ese tramo de casi año y medio que operaba entre la recogida de los datos, la disposición de las listas con foto incluida de la chica, etc., y la llegada a manos del usuario, les había dado tiempo a una parte de estas jovencitas núbiles a cambiar de estado civil y cualquier otra cosa. Ya dije que no era problema porque lo que menos faltaban eran piezas de recambio dentro de la misma familia. Así que yo tuve necesariamente que seguir las instrucciones de Cherry Detuya y escribir a su hermana Mary Ann, la cual me envió una carta el 28 de noviembre, y que debí recibir poco antes de ponerme de viaje, dando por hecho que mi programada visita a Cebú sería la mejor manera de contestarla. Según me decía su hermana Cherry, Mary Ann andaba por los veintiún años y las fotos que me hizo llegar patentizaban rasgos como de bondad ilusionante, en el marco de una cara bonita sin alcanzar resalte ninguno de sus características. En otra foto en que aparece junto a su hermana Cherry, Mary Ann, ya de pie y casi de cuerpo entero, deja adivinar la escasa o nula prominencia de su pecho.

Con Yolanda Fuentes me había intercambiado la enormidad de ocho cartas ya. Huelga decir que tanto a ella como a todas las que hubieran cogido el hilo inicial de mis primeros y tantas veces citados envíos exploratorios –aerograma y veinte dólares USA– de agosto de 1990, yo discrecionalmente les seguía enviando billetes de dólares USA bien enfundados y

camuflados dentro de mis sobres certificados. Ni una sola vez, que yo sepa, falló el correo ni tuve noticia de que, enviado a, y recogido por, la persona correcta, intervinieran, por sospechoso, el contenido de dichos sobres postales. Así que Yolanda, Yolie era una gran corresponsal y además, como reciprocidad a mis continuos regalos ella me mandó a su vez una tosca, pero original y graciosa, reproducción en madera de una palmera, con un pie como para figurar encima de un mueble. Con Yolie no había lugar, pues, para el anonimato ni la sorpresa cuando nos encontrásemos. Decía tener veintisiete años y en las fotos que me fue enviando no se podía distinguir ninguna porción de su fisonomía y de su chasis con claridad meridiana, aunque en las instantáneas en traje de baño, con agua de mar justo hasta la pelvis, mostraba unas proporciones agradables a la vista.

Con Joy Dacullo también me había dado tiempo a intercambiarle media docena de envíos. Su primera carta data de 28 de septiembre de 1990, y en otra de 16 de noviembre me incluye una primorosa foto de magistral factura: melenita corta y flequillo hacia su lado derecho, brunos; conato de sonrisa, dentro de un suéter blanco, dejando lucir un proporcionado cuello del que pende una cadenita y un broche o dije, supongo que religioso, en su final. Edad: veinte años.

De Rowena Dacuyan, listada por Jack West, veinticuatro años y un sugestivo rostro según la reproducción de la instantánea, no recibí ninguna misiva anterior a mi viaje.

Con Jasmine Alfante también intercambié tres largas cartas. Según detalles de Jack West, Jasmine, de veintiún años,

tenía recién acabada su carrera de enfermería. Me dice que vive en Cantabaco, Lutopan, Toledo City, una localidad a treinta y siete kilómetros de la ciudad de Cebú. Jasmine enseñaba una carita aniñada y expectante, con pelo largo flanqueando la cabeza por ambos lados. En las fotos que me siguió haciendo llegar se toca del birretito de su distinción de enfermera, y también aparece vestida con un traje de una pieza en su casa. Muy atractiva.

Evangeline (Vangie) Cabato y yo nos intercambiamos tres cartas. Se anunciaba como de veinte años y perteneciente a una banda de música con expectativas de poder trabajar profesionalmente en el “show business”. Las fotos que recibí de ella la mostraban con gracia y al tiempo empaque cinematográfico, absolutamente pertrechada de condiciones para cantar en público y llenar páginas y páginas de papel cuché de revista.

Y por último, en lo referente a mis amigas de Cebú, me faltaba Marivic Rival. Según el *GRE Correspondence Club* andaba por los veintitrés años. En mis apuntes sólo consigno haberle enviado la carta y el regalo de los veinte dólares dentro; pero nada digo del aerograma. Me impactó la reproducción en color de su foto que el *GRE* facilita junto con la ficha informativa sobre sus particularidades. Muy finita, muy lisita como parecía corresponder a sus poco más de cuarenta kilos de humanidad. Pero, como estoy diciendo, atrayente en todo caso y capaz de provocar la curiosidad mía.

Bien. Ya tenía contabilizado el elenco de amigas. Y puesto que mis previsiones incluían una estancia en Cebú de unos siete días, salía a visita o encuentro por jornada. El aeropuerto internacional (es decir, con capacidad de aterrizaje y despegue para toda suerte de aeronaves grandes) de Cebú se halla en la isla de Mactan, localidad de Lapu-Lapu, contigua a Cebú por su lado oriental y conectada a ésta por el puente Mandaue-Mactan. Pero he aquí que a causa de un tifón bautizado como “Rufing” el puente se había deteriorado y para el trasiego entre las dos islas se empleaba ahora el sistema socorrido del ferry, en este caso barcazas más o menos suficientes. Aquel detalle imprevisto puso bastante más sal de la necesaria en el desarrollo de mis andanzas, como veremos en su lugar. Nada más llegar a Cebú se palpa y se aspira un aroma de enjundia exótica, separada, mucho más grata y benefactora que la de Manila, por ejemplo. Por aquel entonces y desde hacía varios años yo venía siendo socio de la IAPA (International Airline Passengers Association). Mediante una cantidad anual, que incrementaba con sobriedad asumible su cuota, se tenía derecho, al menos teóricamente, a ciertas reducciones en los establecimientos y servicios que estuviesen acogidos en la Asociación y reconocidos por ella. En todo el mundo. Dicho listado se especificaba en un manejable librito o guía que se editaba cada temporada. Además, los afiliados recibíamos, ya no sé si trimestral o semestralmente, una revistilla interesante *First Class* sobre cuestiones relativas al turismo y al mundo de las comunicaciones aéreas. Nuestra tarjeta de identidad nos proporcionaba autorización para servirnos de

algunas de las salas de espera, separadas del Hall general, de la mayoría de los aeropuertos del planeta. Como señalo, no era nada del otro mundo, pero en mi caso percibía que podía permitirme el desembolso por la pertenencia a la IAPA sin un desajuste reseñable entre coste y beneficios obtenidos. Pero el demonio no se cansa de enredar y poco a poco las cosas se fueron enrareciendo de esa manera lentamente gradual pero indetenida. Todavía pasarían algunos años más hasta que me diera de baja de la IAPA, pero si menciono el caso de Cebú es porque es indicativo de por dónde empiezan a torcerse las cosas...

Había seleccionado yo el Hotel Montebello por sus supuestas características y porque ofrecía un descuento muy concretado y que se avenía muy bien con las prestaciones que yo esperaba de un sitio así. Efectivamente, cuando llegué me di cuenta de sus particularidades, que un poco más tarde se me magnificarían virtualmente por obra y gracia de un folleto de mano o “brochure” en cuché de colores. Independientemente de la literatura hiperbólica que se emplea de oficio en estas informaciones para el público, el edificio del Hotel se trataba de un diseño colonial modernizado y desglosado del núcleo urbano. Ocupa una extensa superficie de parque, alojamientos, piscina, paseos y parterres: una verdadera joya, algo anticuada tal vez pero conservando el empaque hispánico que sus dueños, según parece de prosapia española, le han impreso. Aduje mi condición de miembro de la IAPA, pero no me sirvió de nada porque me replicaron que tenían un “programa paquete” que me saldría más conveniente que si me aplicaran los descuentos previstos sobre el

precio oficial. La argumentación que mentalmente esgrimí fue la de siempre y la única posible, a saber: que para ese viaje –el de una tarifa aplicable a cualquiera sin distinción– no necesitaba las alforjas de pertenecer a la IAPA. Normal. Ese sería el fallo repetido de las prestaciones de la Asociación, además de otro todavía más lacerante y desnaturalizador: que la tarjeta de acceso a los “lounges” de los aeropuertos dejó de servir como regla general, pues había que proveerse de otra más específica *Priority Pass*. O sea, tanto como hacerse a la idea de que comprar detergente para lavar la ropa no era posible a menos de obtener otro producto para velar por la autenticidad de las características del detergente. Pero como era inaplicable la discusión, me acomodé en la espaciosa estancia 34 de la planta baja. La localización del hotel estaba ligeramente retirada del centro, a diez minutos en taxi, servicio con el que se podía contar permanentemente en la explanada amplísima de la entrada, bordeado todo por setos de flores rojas y arbustos y árboles de esperada frondosidad. Era cierto que Cebú no era Manila. Era cierto que los siete años que mediaban entre mi primera visita de finales de 1983 y esta segunda contenían la mayor parte de las claves sobre la identidad filipina con las que yo confeccionaría mis conclusiones. Las experiencias de 1983 se me habían quedado diluidas, desdibujadas precisamente porque los detalles sobresalientes se habían circunscrito a las vivencias que sólo un viaje en compañía de otra persona puede propiciar. Pero ahora me encontraba en estado puro, solo, como únicamente se debe viajar; lo mismo que las montañas, según la corriente más

auténtica de opinión, han de escalar individualmente, para que nada ni nadie hurte lo que de intransferible implique el trance. Mi verdadera visión de Filipinas comienza con esta segunda visita. Aquí percibía yo en inyección lo que en mis sucesivos y adensados viajes constituiría una repetición perfecta de observaciones y de corolarios sobre las mismas. Pensaba yo en que lo portentoso de la colonización USA en las Filipinas estribaba en que todo lo referente al fuero, al credo y a las apetencias y propensiones familiares, emocionales y religiosas de esta gente podían quedarse como en realidad habían estado siempre: surtas en su pasado y en sus preferencias: nombre de pila españoles, profesión de un catolicismo rancio y supongo que mal entendido, y cosas igualmente pertenecientes al ámbito interno de cada cual y que no cuenta para el desarrollo de la vida práctica de un país; mientras que todo el verdadero nervio social y cívico, toda la organización administrativa e institucional, consagrada y marcada a fuego por la lengua inglesa pertenecía a la herencia USA. Para que ciertas cosas duren no hay crear afectos sino intereses.

Las reglas del Hotel Montebello parecen muy tradicionales y estrictas. La de mayor expectativa de aplicación está claro que sería la de meter a otra persona acompañante en la habitación, proceder clara y terminantemente contraindicado. Una vez significadas todas y cada una de mis “pen-pals”, tuve necesariamente que configurar, plano en mano y como buen estratega, el orden secuencial. La búsqueda de mis primeras candidatas no pudo ser ni más accidentada ni más pintoresca. Joy

Dacullo no vivía en la calle South Barces, sino en la East Borces. Pero es que, además, no estaba en casa cuando llegué y quedamos con su madre en vernos en el hotel al día siguiente. Evangeline Cabato se hallaba cantando en Singapore con un contrato de tres meses. Su madre, amabilísima, me regaló una foto: Evangeline (Vangie) estaba preciosa. Luego el taxista y yo nos fuimos a ver a las Detuya, que tampoco estaban, aunque sí su madre, simpatiquísima y comunicativa: pequeña, enjuta, pero aún atractiva. Les dejé un abanico, lo mismo que había hecho con las dos familias anteriores; si bien, lo circense fue aguantar la expectación portentosa que mi presencia allí despertaba: aquello rozaba lo cinematográfico. Nada más arrancar con Juanito, el taxista, desde el coche hasta la supuesta residencia –un modesto habitáculo no muy salubre y escondido– una escolta de chicos y grandes nos iba siguiendo hasta el lugar; y al llegar allí, tanto esta guarnición de guías officiosos como la población familiar propiamente dicha de la casa se acrecían mutuamente y formaban una audiencia que no encontraba nada mejor que hacer. Hoy, un día de mayo de 2007, es decir, dieciséis años y medio después de producidos los hechos, me estoy esforzando por integrar y organizar armónicamente las escuetas y meritorias notas que siempre fui dejando transcritas a pie de viaje. Hay detalles de cuyo desarrollo no guardo especificación, y tengo que confeccionar el relato en pura consecuencia. Si con la familia Dacullo sí tengo consignado que fijara nuestro encuentro para el día siguiente, supongo que algo dejaría estipulado para con las

Detuya, ya que de momento Vangie Cabato estaba materialmente inalcanzable.

La mañana del día 28 Joy me llama al hotel para decirme que iría a verme a eso de las 10:00, pero lo cierto es que se planta media hora antes acompañada de su madre y de dos de sus hermanos (A fuerza de reseñar situaciones parecidas el lector ya podrá ir observando que tal era la costumbre de estas gentes, sobre todo si un miembro femenino era en quien radicaba la incumbencia: una buena parte de la familia se constituía en “carabina” garante de la buena marcha del asunto). Todo un espectáculo. Los senté a los cuatro y los invité a desayunar opíparamente; para eso era yo como un indiano al revés, venido de un país del que apenas conocían su localización en el planeta, ni tampoco la divisa monetaria o su lengua oficial. Charlamos en plan áulico pero distendido, con la convicción de que entre Joy y yo se alzaba la magia totémica de una especie de institución tabuista: matrimonio con arreglo al ritual católico, fingido o real, pero siempre representativo.

Esa misma mañana, después de despedirme de la familia Dacullo me decidí a ir a ver a Jasmine Alfante, la niña que vivía en Cantabaco, Lutopan, un villorrio o caserío a treinta y siete kilómetros de Cebú, y más o menos a dos tercios de camino entre esta ciudad y Toledo City, ya en la costa occidental de la isla. El paisaje hasta la casa de Jasmine se me presentó atrayente en sus rasgos tropicales: palmeras altísimas, plataneros, bohíos, chiringuitos a lo largo de una carretera o más bien camino sin asfaltar con todo tipo de hoyos, rajas, socavones, hendiduras

(*cave-in-road*), etc. Todo descarnado. Juanito, mi taxista ya habitual, hizo lo que pudo y sólo tardamos una hora y media en cubrir los treinta y siete kilómetros. La casa de Jasmine estaba emplazada en el medio de un trozo de bosque, ya que fuera de lo estrictamente habitable reinaba la vegetación a lo grande, con todos los excesos esperables del trópico: árboles y arbustos tupidos, ramaje de hojas lanceoladas amplias, verde nutrido y combinado, matas colgantes por doquier, etc. Jasmine resultó ser un encanto de niña, atractiva y despejada, instruida y discreta. Sus hermanos June y Eddie; su abuela Juanita y su hermana Evarea, un año mayor que Jasmine, formaron la orquestación de la compañía. Había llevado a término mi cuarta visita, con dos encuentros materializados. La cosa marchaba.

Esa misma noche del 28, en la terraza-comedor de junto a la piscina grande del hotel se acomodó un tipo americano gringo, gringo, como poco, tan viejo como yo o más, alto, algo flaco, de facciones un tanto serias, como si estuviera desarrollando en todo momento un menester profesional, acompañado por tres filipinas: la mayor parecía la madre de las otras dos, o de una de ellas por lo menos en cualquier caso. El tío se sentó a un lado de la mesa rectangular y las tres mujeres enfrente de él, porque “I can see the three of you this way” [*así puedo verlos a las tres*], según sus propias –también lo creo– acertadas palabras. Y le asistía toda la razón según un patrón práctico de la cortesía que yo comparto. La reunión tenía toda la pinta de una “chaperoning parade”: el yanqui, muy cachazudo, muy padrazo y muy suficiente, hablando con un evidente sentido de dueño y señor de la situación. Por mi

parte, la mejor empatización con el medio ambiente se produjo una vez más a través de la música que tres tocadores-cantantes del Hotel Montebello producían como empleados de la empresa: un violonchelo o bajo y dos guitarristas. Interpretaban un montón de melodías en español y yo les acompañaba desde mi mesa, para disgusto del yanqui, que se veía perturbado en su comunicación de novio galanteador de quienquiera que fuere su pretendida de entre las dos nativas. Porque a la mañana siguiente se me aclararían por completo las cosas respecto de nuestro Romeo: se le vio pasear cogido de la mano tan sólo por los extremos de los dedos con “su” chica, seguidos a unos cuantos pasos y con toda naturalidad por la otra compañera joven y la señora de más edad. No puedo recordar si en la viñeta que dediqué a Filipinas con motivo de mi viaje de finales de 1983, o acaso en el cuerpo de algún otro reportaje posterior, he hablado de que la proliferación increíble de agencias intermediarias de amistad y correspondencia que existen en los USA dirigidas al consumidor yanqui tienen su sentido en esa realidad: que hay miles y miles de ciudadanos USA que van a Filipinas a mercarse una compañera. Las condiciones no pueden ser más alentadoras en un principio: colono actual busca compañera en el territorio objeto de antigua colonización y objeto de continuada colonización en el tiempo presente. Porque yo calculo que de los aproximadamente veinte millones de hembras núbiles que en cada momento puedan darse en la población filipina, no menos de una cuarta parte están dispuestas a emprender la aventura de dejarse conquistar, bajo el empapelamiento matrimonial más

reglamentario, por otros tantos extranjeros, ciudadanos USA sobre todo. Un mercado de cinco millones de preciosidades – matiz arriba o abajo– de entre dieciséis y treinta años, inficionadas por la televisión, por la sociedad de consumo y por los estragos fáciles de la filmografía y la publicidad..., una mercancía así, digo, mueve igualmente a otro número correspondiente de varones. En mis posteriores e inmediatos viajes a Filipinas tendría una variedad sobrada de oportunidades de calar en este tema de sociología apasionante. El ciudadano USA de clase media, media-alta es probablemente el animal que menos aguanta el estar solo. Su país, sus costumbres, su idiosincrasia, todo, en suma, le tientan a vivir consorciado, matrimoniado, lo cual no quiere decir que le vayan las cosas bien de esta forma. El tiempo y el progresivo conocimiento del tema me pondrían en la evidencia de que muchas de estas uniones de yanqui y filipina fracasan simplemente porque ésta, la transplantada o transterrada no puede soportar el ritmo de la vida de los USA y prefiere la pobreza, acaso no tan pronunciada, de la que ha huido, a la abundancia de medios para combatir unas necesidades que a su vez han sido creadas en razón de los medios existentes. Y vuelta a empezar el círculo vicioso. Pero claro, en todo supuesto el primer tramo del tinglado siempre es el emparejamiento, y eso mismo o sus prolegómenos era lo que el yanqui este del Hotel Montebello nos estaba dispensando. Con toda seguridad, el fulano había venido a conocer personalmente a su novia y estaba celebrando con todo rigor un protocolo que hundía sus raíces en las costumbres españolas de varios siglos

antes. La próxima pregunta vivencial que uno, tarde o temprano, se atreverá a hacer a estas chicas que se rigen por tan imponente ceremonial es si son vírgenes fisiológicamente. Sería curioso acabar a mis años asociado connubialmente a una virgen. La experiencia, de cualquier modo, es como verse absorbido hacia atrás en el túnel del tiempo; retrotraerse hacia estratos previos de la conciencia y dejarse sorprender por lo que le quieran deparar a uno las leyes cósmicas. Me faltan Rowena, Marivic, Yolanda y Mary Ann por visitar. Mañana, sábado 29 de diciembre, me decidiré al asalto. No respondo de lo que pueda ocurrir. Lo que sí tengo claro es que ha de ser desde España desde donde lograré la recapacitación y desde donde las ideas se me decantarán convenientemente. Todos los filipinos y filipinitos se arremangan las camisas o jubones hasta las tetillas, como para combatir el calor. Las mujeres llevan paraguas. El uso del diminutivo es tan normal para ellos como gracioso para nosotros: uno de “mis” taxistas se llamaba Manolito (abreviado “Lito”); el otro, Juanito. La gente escupe verdaderos chorros de saliva, cual si tuvieran un grifo en la boca.

La visita a Yolanda Fuentes, en Agus, cerca de la capital Lapu-Lapu City, en la isla de Mactan desbordó todas mis expectativas de pintoresquismo e histrionismo forzado. En el porche de su casa pude contar hasta veintitrés personas reunidas, congregadas ante el magno acontecimiento de mi visita a Yolanda. Muy agradables todos. Me puse a cantarles cosas que encerraran el nombre de María, pues así se llamaba la madre de Yolie. Pero el detalle de la clausura (por reparación) del puente

que une Cebú y Mactan [no se olvide que el tifón “Rufing” lo había desmantelado unos días antes] y el uso exclusivo de los voluntariosos pero anticuados *ferries* nos hicieron perder tres horas exactamente de las más de seis que le aboné a Juanito el taxista. ¿Dije voluntariosos y anticuados *ferries*? Pues sí, pero también cochambrosos, cargados a tope: en cubierta una algarabía de peatones, motocicletas, camionetas, coches. Los chavales que venden helados conservan la refrigeración de los cajones-nevera por medio de papel de periódico y tocan una campanilla para anunciarse como ambulantes. Pero la gente vive, lidia al toro diario de la vida y lo suele matar, si no de brillante estocada hasta la bola, por lo menos con dignidad. En la desesperante fila de vehículos surtos a un lado de la carretera, a la espera para el ferry de regreso a Cebú, tuve ocasión sobrada de conversar con el dueño de un todoterreno que me precedía en la cola. Se trataba de un filipino instruido, ambientado en la cultura y portador de conceptos válidos por razonables y realistas. Nos dio tiempo a hablar de todo. Me decía que los USA habían marcado su impronta en el resto del planeta más que por su preponderancia económica, que era ingente e inundaba los mercados de toda la superficie telúrica..., más que por su poderío militar que, consecuentemente con su potencia económica, se permite destacar tropas también en el mundo entero para salvaguardar los propios intereses del país..., más que, asimismo, por su modelo convivencial de democracia, inaplicable en la mayoría de las culturas y en las formas de vida planetarias..., más que por todas estas realidades, que son grandes y variadas,

según él, por lo que los USA mantienen vigentes su influencia y el recordatorio de su ser y existir... ¡es por su industria cinematográfica! Es el cine y precisamente a través del cine como la forma de ser de los norteamericanos empapa, cala, perfora y se asienta en las conciencias de buena parte de la población del globo. No hay diplomacia mayor, no hay embajada más eficaz que la concepción del mundo incardinada, negociada, representada... por la industria del cine USA. Mi interlocutor de circunstancias se expresaba de tal guisa, y yo no podía estar más de acuerdo con él.

Con Yolie me había intercambiado nada menos que seis cartas. Ella siempre empleaba papel con trasfondo de motivos florales o de campiñas verdosas. Era muy activa en lo que a su corresponsalía se refiere. Me dice cosas bastante ocurrentes en su “broken English”, pero enormemente cordiales, por ejemplo: que por qué al cierre de mis cartas escribo yo “love” [lo que en español entenderíamos como “un abrazo”] cuando todavía no nos hemos conocido personalmente. En otra ocasión se despide ella, además de con un “love” con una raya curvada que remata en uno y otro extremo con un redondelito hacia arriba y hacia abajo respectivamente, junto con palitos perpendiculares en el centro. Me dice que eso significa “con un beso”. Según mis apuntes yo le tenía ya remitidos doscientos cincuenta dólares USA en tres envíos sucesivos. La chica se merecía un incentivo alentador por su diligencia y puntualidad en la correspondencia. En el momento de encontrarnos allí en su casa, en Agus, Lapu-Lapu, comprobé que hasta entonces Yolie era la que había mejorado

con su realidad la imagen de la cartulina de la foto. No era bella, pero sí atractiva, con algo menos de pecho del que sus supuestas medidas facilitadas por el *GRE Club* hacía prever; pero armónicas, de cuerpo bonito, dientes un poco avanzados; y eso sí, con el pequeño y ya casi inevitable tilde de un par de motitas con pelusilla debajo de la barbilla. Invité a Yolie y a alguien más de su familia que quisiera y pudiera venir a cenar al día siguiente, al Hotel Montebello que, por cierto, había llamado mi atención probablemente en su único aspecto negativo, y ello era que en la terraza-comedor de junto a la piscina y en el espacioso hall-recibidor general de la entrada abundaban los mosquitos. La empresa había dispuesto una lámpara roja especial que al tiempo que atraía toda suerte de corpúsculos voladores los fulminaba por electrocución o chamusque instantáneo.

Probablemente esa misma noche, después de la visita a Yolie, y disfrutando del precioso relax que se conformaba en el amplísimo y citado hall-recibidor del hotel, fue cuando conocí a un norteamericano, de Michigan, Mr. Roger Saur, y con quien entablé conversación de esa manera tan universalmente espontánea que propician las circunstancias compartidas. Pero lo que constituía la “especialidad” de este hombre es que había hecho el viaje a Cebú para “empapelarse” matrimonialmente con una nativa. Más o menos de mi edad, encarnaba los rasgos más predecibles y más normales que pudieran concurrir en la personalidad de un individuo de clase media alta, o por lo menos desahogada, estadounidense. Divorciado de anterior o anteriores uniones en su país, y con hijos mayores emancipados

completamente, había decidido emparejarse con todas las de la ley con una filipina. Nada más percatarse de que yo conocía el percal, no tanto por haber pasado un par de cursos académicos precisamente en Michigan, cuanto por el camino que mi criterio había hecho tomar a todas estas cuestiones vivenciales, el hecho es que nuestro amigo me habló con toda naturalidad y detalle. Según me comentó, las formalidades son razonables y asumibles, consistentes más que nada en materializar una estancia de diez días para adquirir la condición de “llegado, recibido y anclado”. Yo añadí, por mi cuenta, al argumento total de la conversación la conveniencia de pactar las consabidas capitulaciones de separación de bienes e ingresos. Pero el caso es que estábamos allí, como digo, en el bonito y espacioso hall del Montebello y de pronto aparece un grupo de cuatro filipinos: un hombre de unos cuarenta y cinco años, dos chavales y una chica de veintipocos años que resultó ser la... recién desposada de Mr. Saur. Se saludaron todos con cordialidad y entre los consortes tan sólo se intercambiaron uno o dos ósculos en la mejilla, no recuerdo bien, pero en cualquier caso de esos convencionales que sustancian la pequeña ceremonia de urbanidad de casi todo el mundo, en España por lo menos, a la altura de la época en que escribo esto, todos los años transcurridos del siglo XXI. Pareció tratarse de una visita rápida, de intercambio de noticias de gestión o de mera cortesía, ya que no estuvieron allí más de unos pocos minutos. La chica, no excesivamente bonita, pero en todo caso bien proporcionada de formas y volúmenes, atractiva, sonriente y expedita y más que nada con las credenciales que comporta el

hecho de la juventud palmaria, para quien no estuviera al tanto del asunto parecería que hubiera hablado con Mr. Saur como lo pudiera haber hecho una adolescente de sus características con un amigo mayor de la familia o con un vecino de confianza. Al acabar de comunicarse entre ellos, en un breve *off-side* de uno de los laterales del vestíbulo, lo que justificara el motivo de su visita, el grupo de filipinos abandonó el hotel, no sin que antes “la novia” volviese a festejar a su marido con el inocente protocolo del besito en la cara. Ya solo, y en plan de hombre a hombre, ligados ambos por motivaciones de entendimiento cómplice, Mr. Saur me siguió explicando el procedimiento que regulaba en Filipinas estos asuntos matrimoniales; y en lo concerniente específicamente a él, el hombre había asumido que tal era la mejor manera de realizar lo planeado. Como colofón a la serie de detalles y de valoraciones que me trasladara sobre su “boda” y sobre las especificidades de costumbres y de ritos, en un arranque de confidencialidad me dijo que aun después de haber celebrado, al parecer, todas las cuestiones pertinentes al papeleo y a las formalidades documentales, él no había tocado a su novia. Lo recuerdo de forma vívida, como si lo tuviera delante de mí: “No touch yet”. Le deseé de corazón toda suerte de venturas en su nuevo status. La verdad es que su caso, junto con otros muchos, me ilustró a la perfección el tan repetido segmento de cala sociológica del americano USA que busca compañera en el inacabable depósito pistilar de las islas Filipinas. Claro que aunque raras veces se suele dar el equipo de tagalo y gringa, el sábado 29 de diciembre llegó por la noche al hotel un grupo

familiar: la pareja compuesta por filipino y mujer USA. Él, tipo ejecutivo refinado, pulido, lustroso, esmeril por gafas, tersa calvicie por palio de testa; ella, producto típico, cara de pájaro, ganchuda, también con gafas, grandota, con vestido como de cretona floreada. Venían acompañados de una mucama filipina, la inevitable compostura de chacha nativa sirviendo en casa pudiente. Pero lo más vistoso y relevante era una niña, de unos ocho añitos, producto presumiblemente del emparejamiento susodicho: una preciosidad de estampita: blusa con ribetes calados; falda asimismo con bordado de taladros por todo el dobladillo final; calcetines blancos de encaje, y con una especie como de chorrera o golilla circular a la altura del empeine o comienzo de la espinilla; zapatos de charol negro con floripondios encima. Como digo, un cromo de libro caro en papel cuché, una preciosidad de criatura con pelo largo recogido como en un haz de dos maromas paralelas. No había duda de que lo aristocrático filipino parecía nutrirse tanto de lo finisecular español como del recargamiento tipo nuevo-rico yanqui. Igualmente lo pude comprobar en el atuendo de las que tenían toda la pinta de ser damas de honor o acompañantes de una novia, la celebración de cuya boda tendría que ver de alguna forma con los locales del Hotel Montebello: iban las jóvenes instaladas en unos vestidos florales, de color de rosa, en diseño de corola; su parte de cintura para abajo era lo que más visualizaba la conformación botánica, arrancando del pompis o bum-bum y dando a dicha parte el aspecto de un búcaro redondo y contoneante; y todo ello hecho de gasa, seda, popelín

orquestrado de chorreras, rebordes, arrequives y primorosos recargamientos siempre del mismo color rosa; los zapatos de medio tacón, blancos, lisos, preciosos. Desde luego que para un ciudadano USA sobre todo, y para cualquiera que desee entrar en el juego absolutamente plausible de visualizarse una compañera, es conveniente, por lo que pueda pasar, estar provisto de una fe de vida y estado y/o de partida de nacimiento, si ésta no puede suplirse automáticamente con el pasaporte, carné de conducir o documento de equiparable credibilidad. Y mucho menos estaría mal traerse la fórmula legal de separación de patrimonios, capitulaciones o convenio previo al contrato que fuere, de régimen de independencia de bienes; es decir, no sancionar el negocio jurídico del casorio por el régimen de gananciales.

Lo que menos me gusta es la vestimenta de gala de los filipinos: ese blusón por fuera de los pantalones llamado “barongtagalog”, presumiblemente de seda, con bordados o motivos ornamentales de diversa naturaleza. Se dan algunos tipos verdaderamente llamativos, mitad malayos, mitad chinos (tipo Fu-Man-Chu) con coleta recogida y oscilante como el rabito de un cerdo; regordetes, con ojos de lechón, en un juego de mimetismo con el animal doméstico por excelencia de Filipinas. Hay un individuo en el Hotel Montebello, me ha parecido deducir que japonés, que se ajusta a tales características y sobre el cual estoy montando esta semblanza-patrón de urgencia. Por otra parte vuelvo a constatar una vez más que la gente filipina que hasta ahora he venido observando, en un notable porcentaje tienen lobanillos, verrugas y/o quistes en la piel, sobre todo en

los labios, junto a la nariz; granos de uno u otro tipo: sería cuestión de determinar la relación entre hábitat, dieta, etc.

El control que ejercen los USA a través de los “mass-media” (televisión, radio y prensa) sobre los filipinos es completo. España implantó el catolicismo como modalidad del cristianismo, lo cual ha generado un aspecto bifronte en el temperamento de los nativos: de un lado, cierta conformidad resignada ante el que en cada momento histórico fuera el invasor (España, USA, Japón, etc.); y de otro, una dificultad contradictoria en cuanto al tratamiento de ciertos valores, por ejemplo, los criterios de las mujeres respecto del matrimonio y su supuesta apreciación de su feminidad virgen.

Pero ya es hora de retomar el rastro de mis actuaciones directas, del único y gran tema que me había llevado hasta Cebú. El programa de visitas a mis “pen-pals” se estaba desarrollando con arreglo a una dinámica aceptable, y tan sólo el caso de Vangie Cabato había devenido de momento impracticable por hallarse ésta, como ya dijimos, en el extranjero. Me faltaba conocer completamente de nuevas a tres: Marivic, Rowena y Mary Ann Detuya, en cuya casa de esta última ya había estado como expliqué en su momento. Me faltaba, asimismo, materializar la invitación prometida a Yolie Fuentes, además de las cualesquiera sorpresas que pudieran depararme las amigas ya contactadas inicialmente. Así que, procedamos por orden.

El caso de Marivic Rivalal es enternecedor. Yo la había abordado epistolarmente por los servicios de *GRE Correspondence Club* el 20 de agosto de 1990 mediante carta

con el sufrido billete de veinte dólares USA inserto y sin que, según mis apuntes, precediera aerograma anunciador alguno. Su única respuesta por escrito en forma de misiva que obra en mi poder data de octubre de 1991. El orden de ocurrencias referidas a esta chica se me presenta algo distorsionado, pero puesto que cuento con la evidente facticidad, al menos, de nuestro encuentro, voy a intentar organizar la secuencia de detalles en razón de lo que Marivic me dice en la mencionada carta. Cuando el taxista me llevó a la dirección con la que se anunciaba en el Club de Correspondencia, Marivic estaba mitad jugando, mitad acompañando, en una palabra, atendiendo a una niñita que empezaba a andarse. Recuerdo la cara de halagada sorpresa y de inerte entusiasmo que le supuso mi visita, una vez que se percató de que yo era el que realmente era: un hombre español que tres meses antes le había escrito y le había mandado por pura liberalidad veinte dólares como heraldo de buena disposición. Aquello lo tengo presente como si se tratara de este momento, un día de junio de 2007 en que estoy redactando este tramo narrativo. Recuerdo asimismo que cuando nos marchamos, el taxista, por pura iniciativa y sin que hubiera mediado por parte mía invitación a que me exteriorizara ninguna valoración suya, me dijo: “Ésta es una buena chica”. Y sí, creo que lo era. Los rasgos, el peso y las medidas de su chasis, declaradas en la condensación sucinta de la ficha del *GRE Club*, coincidían a la perfección con la realidad: veintitrés años instalados en 1,55 metros de estatura y menos de cincuenta kilos de peso; más bien lisita, que sin embargo trasladaba a quien como yo por primera

vez la viera, un conjunto armonioso grato a la percepción y propicio al espíritu. Como en tantos otros casos, el transcurso de... digamos, más de un año entre la recepción de los datos para ser publicados y puestos a disposición de los clientes del Club, y el momento de mi visita, había constituido suficiente razón para que una chica núbil se hubiera convertido en mamá. Todo normalísimo. La coonestación de todas estas impresiones y plasmaciones, como antes sugerí, me vienen dadas por la carta, la única carta de Marivic a mí, y que aunque fechada por ella en abril de 1991 yo no recibí sino hasta el 10 de octubre de dicho año. Me dice que lamenta no haberme escrito antes acusándome recibo de mi carta y de mi regalo de veinte dólares USA. Continúa (traduzco holgadamente de su inglés básico): “Ya viste que tengo una niña y que me tengo que ocupar de ella... Cuando viniste a casa me disponía a ir a ver a mi abuela... Muchísimas gracias por la suscripción a *National Geographic*.” [Así pues, yo le había regalado, como a tantísimas otras amistades, una suscripción anual] Me termina diciendo que repare yo en que se ha cambiado de dirección de aquélla en la que yo la visité, y que la encantaría que siguiera escribiéndola amistosamente. En esta carta suya, en papel rayado con bordes amarillos, azules y rojos se adorna por la parte de arriba de la primera página con tres marbetes verticales en forma de cartabón, con los lemas respectivos: “Amaze me!” (asómbrame), Thrill me! (impáctame), Write me! (escribeme). No sé si ejecuté tan sólo una, dos o la tres de estas encomiendas desiderativas de Marivic. Lo que sí aseguro es que aunque entre esta criatura y yo las posibilidades de un

encuentro en el que la contigüidad de nuestras pieles fuera la protagonista estaban a distancias imposibles, lo que sí aseguro, digo, es que mi memoria la atesora como un valor grato y perdurable.

La cena que ofrecí a la familia Fuentes fue todo un espectáculo histórico en el Hotel Montebello. Se me presentó Yolie acompañada... no podría decir si de *sus dos* hermanas o de *dos de sus* hermanas, en todo caso Delia y Sonia, y de... igualmente su hermano o uno de sus hermanos, Rome, así como suena, la ciudad de Roma en inglés. Sonia lucía un lobanillo regular en su labio y Rome otro en el pliegue de la aleta izquierda de la nariz con la cara. Delia tenía un colmillito montado, aunque era graciosa. Menos mal que Yolanda, Yolie, me pareció la más armónica, con un bonito cuerpo o lo que se podía ver de él. Sólo los rasgos sin refinar de su semblante a los que ya me referí: dos motitas en la papada con un diminuto floreo de pelines cada una; los dientes algo salidos como una gran mayoría de filipinos; pero, recalco, el chasis, lo que se dice el armazón de Yolie, correcto y hasta atractivo; pecho proporcionado si bien no prominente; y siempre una melenita hasta el arranque del cuello; compacta, en armoniosa compostura. Aunque ya digo que el evento lo constituyó la cena, sin que la razón fuese el verdadero apetito, ya que se dejaron parte de lo que pidieron: algo de ello en los platos y algo de ello para llevarse a casa. Porque ésta es otra de las características absolutamente esperables que conforman la singularidad económica y de potencial de recursos de Filipinas: la comida

buena que se paga en restaurantes, etc., si no se consume se suele llevar a casa, porque los demás miembros de la familia probablemente no se hallen en la tesitura de comer esas cosas ricas en mucho tiempo. En suma, una economía general –y a dichos efectos, se entiende– como la que imperaba en España en la década de los años cincuenta.

El caso es que los cuatro miembros de la familia Fuentes pidieron tres platos cada uno; o sea, marcando también lo que parecían ser los tres apartados o bloques de opciones del menú: una ensalada de pollo del primero; un plato de marisco (excepto Rome que se decidió por algo que tenía pinta como de chuletas de cerdo... ¡con perdón!) del segundo; y un soberano filete de solomillo, del tercero de los bloques. Eso sí, salvo Rome que se trasegó dos cervezas “San Miguel”, las niñas sólo bebieron “soft drinks” tipo ‘colas’ de las distintas denominaciones en el mercado. Yo, que sola y únicamente encargué un solomillo de ternera (riquísimo, llamado ‘a la pimienta’ y que ya había probado anteriormente) estuve a punto de meter la pata ya que, asumiendo que la ensalada de pollo y verduras que mis amigos habían elegido de primero era todo lo que iban a comer..., así, como en plan dispensador de liberalidades, y aunque calibrando ya por adelantado lo innecesario y ocioso de mi iniciativa, hice que el camarero trajera el menú, y con las mismas se lo pasé a Rome por sí, ya digo, de todo punto improbable, quisiera pedir algo más. El hombre lo cogió sin saber qué hacer... ¡Claro! Ellos cuatro habían pedido todo de entrada. El asunto vino a resolverse por sí solo ya que en ese momento el camarero desembarcaba los

platos de marisco y de pescado. Comprendí súbitamente. Menos mal que mis comensales no estaban para interpretar tales sutilezas de mi proceder. Como digo, con el solomillo ninguna de las niñas pudo, y los camareros, que me parece que ya habían exteriorizado algún gesto cómplice como de extrañeza y/o desaprobación de aquella pretensión aparatosa por parte de mis invitados a engullir todo aquello,... los camareros, repito, prepararon una envoltura de papel de aluminio en donde pusieron tres medios solomillos. Mi única compensación, si así puedo llamarla, fue que cuando me dijeron que no podían más y “que no querían postre”, me vieran a mí comerme el mío, la consabida copa de fruta natural. Todo un *show*. ¿Coste de la cena entera? Mil setecientos cincuenta pesos; o sea, un poco más de *seis mil* pesetas. [Unos treinta y siete euros]. Creo que bien puede uno permitirse estos lujos inocentes, sobre todo si se tiene en cuenta que cualquiera de los nuestros, mi sobrina sin ir más lejos, dilapida cientos de miles de pesetas en tabaco y coca-colas que no le benefician la salud, de un lado; y en trapos superfluos que no usa más que un par de veces, de otro. Ahí radica la razón de que yo me encuentre satisfecho y deportivo al regalar a Joy Dacullo, por ejemplo, los medios para que estudie en su centro de enseñanza superior, por lo menos el primer año; es decir, unas cincuenta mil pesetas; o que regale a Yolie doscientos dólares USA; cien dólares USA a Jasmine Alfante, y que esté pensando en incluir un billete de diez o veinte dólares en cada carta que curse a cualquiera de mis “pen-pals” filipinas. Se trata de un país donde el dinero, si bien empleado, “goes a longer way”, luce

más. Especialmente ahora que el tifón Rufing ha hecho un estropicio.

El 31 de diciembre, lunes, me visita Rowena Dacuyan, a quien necesariamente (aunque no lo distinga mi memoria ni lo tenga consignado) tuve yo que dejarle un recado en su casa con su madre, la cual me informó de que su hija trabajaba como recepcionista en el Hotel La Nivel. Rowena estaba a punto de cumplir los veinticinco años y se me apareció como desenvuelta e íntima al mismo tiempo. Tanto con ella como con las demás el primer tramo de mi aventura vivencial lo suministraba mi acuciante curiosidad por comprobar el grado de parentesco o cercanía que se diera entre la reproducción de la imagen con que yo contaba y la realidad en persona. Es curioso que no respondiera a ninguna de mis dos cartas –que en puridad contaban como una, ya que si la primera se trataba de una presentación, la segunda era de consolidación de la anterior y, además, insertaba veinte dólares USA como ya he dicho más de una vez– y que sin embargo haya sentido interés por hablar conmigo, conocerme de manera personal y directa. Me hizo gracia al decirme con toda naturalidad que era “hija ilegítima” ya que sus progenitores no estaban oficialmente vinculados. La dije que eso no debía preocuparla lo más mínimo, pues que se trataba de restos de legislaciones teocráticas trasnochadas. En aquel nuestro primer encuentro la hice un regalo de cien dólares USA. No me chocaría nada que me entendiera con esa mujer. Tiene la carilla graciosamente algo achatungadita, y parece que es la que más pecho tiene de todas las amistades que he visto hasta la

fecha. Al estirar los brazos y descolocarse la parte de arriba del traje de chaqueta-pantalón dejó apreciarse la blancura calada de un bonito corpiño. Porque más que sujetador, lo que llevan aquí muchas mujeres es una prenda interior que además de sujetar guarece las ideas del corazón y el ensamblaje de las costillas. Y a propósito, aquí a las *toilettes* se les llama “Rest Room” o “Comfort Room”.

La visita a Mary Ann Detuya en la mañana del martes día uno de enero de 1991 fue una experiencia enternecedora. Mucho tiempo hacía que no me encontraba una criatura tan amable y tan enfervorizadamente decidida a agradar o agrardarme a mí. No puedo decir sino que quedó la primera en mis preferencias. Es bajita más bien y algo rellenita, pero dispone de una gracia persuasiva y fragante. Fue todo un deshacerse en atenciones conmigo: colocándome la toalla que llevaba yo para los asientos normalmente de plástico; cogiéndome el bolso azul para que no me estorbara; acercándome pastel, bebidas, café, etc. Como digo, un encanto de criatura, un primor de persona. Puede merecerse un viaje a Cebú. Va a matricularse en su segundo año de College, y a tal efecto le hice un regalo de cien dólares USA en un sobre cerrado, y que ella, sin saber qué contenía, rehusó varias veces, hasta que me di maña en hacerla ver que se trataba de algo que, de haberlo podido evitar, lo hubiera evitado, ya que mi idea mejor era haber traído regalos “reales” para mis amistades, pero que ello no era realizable por razones obvias.

El día de mi partida, estando yo a media mañana en la piscina del Hotel Montebello, me fue a visitar Rowena y a

llevarme un precioso obsequio. Se trataba de una artesanía representando una especie de falucho o salisipán monovela con una vaina o pocillo para colocar el bolígrafo o lápiz. Un primor, original, de gusto selecto y simple, y sobre todo muy intuitivo ya que a mí, desde tierra..., me agradan sobremanera los motivos del mar. El resto de la jornada lo recuerdo bien. Mi plan era tocar en Manila y sin salir del aeropuerto continuar hasta Bangkok. Hasta ahí bien, normal. Pero el caso es que mi impedimenta se iba complicando porque la asignatura del equipaje idóneo por excelencia no se acaba de aprender. Para aquel viaje me serví de la funda porta-trajes de El Corte Inglés y del maletín de ejecutivo con compartimiento adosado, de todo lo cual, peor que mejor, podía tirar, evitando así el detalle de tener que separarme de nada de ello, realidad que, por sí sola, marca de entrada la diferencia esencial, y yo diría definitiva, entre las maneras y los estilos de viajar. No sé si fue Mary Ann o Joy la que me regaló una obra de arte, algo así como el bastidor de un enorme roscón de Reyes, tanto en su parte comestible como en el vano interior, pegado a una tabla y acristalado, colmado de conchitas, lentejuelas, motivos marinos, etc. Me fue de una mortificación terrible aceptarlo, porque no aceptarlo hubiera significado una violencia inhumana, un desaire inconcebible. Y lo grande es que estas buenas gentes no parecían percatarse en absoluto de nada; ellos no habían viajado nunca, ni sabían donde estaba España; ellos instrumentaban el ejercicio del regalo en un “aquí y ahora” imperturbable, puro, que se mantuviera inmodificado por los tiempos de los tiempos. Le daban a uno las cosas como si uno

podiera darse la vuelta, colocar lo que fuese en su sitio justo y seguir como si nada hubiera sucedido. Aquella especie de roscón relleno de adornos marinos pesaba sus buenos dos o tres kilos y era de manejo más que incordiante. Con todo, me hice cargo de ello mediante una envoltura lo más protectora que pude, y por medio de un asa confeccionada con una cuerda hecha trenza “ad hoc”. Traerlo a España fue todo un reto de manipulación artesanal. Pero lo de verlo en España estaba todavía muy lejos. Ahora correspondía hacerlo llegar al primer avión para el primer tramo de vuelo, y más que nada para superar el trámite más persuasivo y más eficaz como era el arrancarlo, el sacarlo del sitio donde se había operado la cesión, el paso de la propiedad de aquella gente a mis manos. El rato de viaje hasta el avión en Cebú fue manifiestamente mortificante. El puente que conectaba el territorio de la isla principal con la isleta de Mactan, donde se hallaba el aeropuerto internacional..., el puente, digo, seguía hecho pedazos por efectos del tifón Rufing; así que había que continuar sirviéndose de los *ferries* o barcas más o menos acondicionadas. Lo más delicado era transitar por las pasarelas de embarco y desembarco. Precisamente en este último menester, en el de desembarcar, me vi materialmente incapaz, yo, incapaz de agarrar los tres apartados que conformaban ahora mi equipaje de mano y único, y ante mi expresión de SOS, entre resignada e iracunda, bien recuerdo que un señor, creo que norteamericano, me echó una mano haciéndose cargo de mi maletín hasta haber salvado yo la angostura y la precariedad circense de la pasarela.

Hace un par de páginas di a entender que mi vuelo a Bangkok se había realizado sin más interrupción que mi obligada escala en Manila, pero ahora es el caso que a la vista de mis notas no puedo asegurar si todavía hice una noche en Manila. De haber sido así, puedo certificar que sería en contra de mi voluntad, ya que el tejemaneje de deshacer y volver a hacer equipaje para una noche es una de las cosas más enojosas con las que yo pueda encontrarme cuando de la dinámica de viajar se trate. No lo sé. Únicamente recojo que regresé de Manila a Bangkok el día tres de enero, en la que sería mi quinta visita técnicamente contabilizada a la capital de Tailandia, y siempre según mis notas lo hice por fortuna en la última plaza del avión de las 15:00, que me ponía en Bangkok a las cinco de la tarde (una hora de diferencia) ya que de otra forma el siguiente vuelo habría retrasado dicha llegada hasta las diez de la noche, cosa que no me hubiera hecho ninguna gracia. Como me suponía, no tenía recado alguno del Club de Anita y decidí dar por terminado el asunto por esta vez. En los rotativos publicitarios para turistas como el *Out & About*, distribuidos gratuitamente en los hoteles, se anuncian varias agencias más, también casamenteras, ligonas o simplemente “gancheras”, cosa que tendré en cuenta. Acabaré dándole la razón al hebreo del avión de mi viaje Madrid-Bangkok tantas veces citado, a quien los precios del Club de Anita le parecieron de puro disparate. Considerando, eso sí, el panorama articulado de Filipinas, ponerme aquí en Bangkok a diseñar una nueva estrategia cortejante me pareció en aquel momento exagerado y contraproducente. ¿Cuántas noches hice

en Bangkok antes de volar a España? No lo tengo registrado, pero nunca serían más de dos. Mis notas sobre actuaciones concretas para este viaje terminan aquí. En el Indra Regent había dejado parte de mi equipaje y por fin me permitieron obviamente pagar con tarjeta. Me fijo en los sistemas de servicios de comedor tanto en Filipinas como en Thailandia y respecto de los hoteles donde me he alojado: es operativo, ya que hay mucho personal empleado y los camareros están pendientes de retirar cualquier plato o cosa cuyo uso esté de más: envases, cubiertos, restos de comida, tazas, etc. Buen sistema el de “dejar el tajo limpio” sobre todo cuando se dispone de material humano en cantidad. El juego de dignidad que esta gente imprime a sus menesteres y actividades para con los extranjeros es admirable: despliegan comprensión y paciencia ante los excesos y desmesuras consumistas de los “Westerners”, sea en lo referente al sexo, sea en lo referente al hecho de concebir Bangkok como un gran bazar, desprovisto de cualquier otro aliciente que no sea el de comprar artículos más o menos superfluos y que se tienen ya en casa. Es probable que las clases en la Universidad de Granada comenzaran el martes siguiente, día ocho de enero. Así que no había más remedio que recoger velas y marcharse.

Ya una vez en España y en la decantación de toda la vivencialidad del viaje recién acabado fue cuando tuvo lugar, en tiempo y forma, la liquidación del tema del Club de Anita, de Bangkok. Veamos: con fecha 30 de enero de 1991 me llega una cartita de Kanjana. Me dice que recibió mi nota del Hotel Indra, pero que cuando se puso en contacto con ellos no encontraron

rastró de mí [la excusa socorrida y normal, cuando se quiere escurrir el bulto]; que fue una pena que no la llamara al teléfono que me había dado en su carta anterior [No, gracias; eran el teléfono y fax, respectivamente, del Club de Anita, que los tenía yo muy sabidos]; que muchas gracias por la suscripción a un año de la *National Geographic* [Sí, gracias aceptadas; es un regalo que he prodigado a... docenas y docenas de amistades de todo el mundo, y en su caso lo entendí como una liberalidad de buen gusto y de cortesía]. En otra carta suya más, ésta del 15 de mayo, me dice: que me agradece mi carta y que se alegra de saber que tengo intención de visitar Bangkok de nuevo, y que entonces está segura de que podremos encontrarnos [Así pues, yo he debido de seguir escribiéndola naturalmente en los primeros meses de 1991]; me agradece mi invitación a visitar España, pero que no lo ve posible en su condición de mujer soltera; que de momento es preferible conocernos en Bangkok, etc. [Lo previsto. ¿Qué cojones tendrá que ver el hecho de estar soltera, casada o viuda para hacer turismo gratis con todos los gastos pagados en un país como España durante unos cuantos días? Pues eso]

Fecha también el 31 de enero recibo una carta de Munchetika, como puede suponerse muy de circunstancias, muy escuetita. Me dice: que no ha tenido noticias mías por algún tiempo [absolutamente falso y mendaz, ya que estuvimos en contacto epistolar inmediatamente antes de mi viaje y luego en Bangkok por medio de mi notificación] y que supone que estoy bien y que he pasado unas buenas vacaciones de fin de año; que no sabe si efectivamente fui a Bangkok como se lo había

anticipado [enternecedora manera de ignorar la evidencia]; y que muchas gracias por la tarjeta que recibí de *National Geographic* informándola de que estaba suscrita, como regalo mío, a dicha revista durante un año [de acuerdo: gracias aceptadas y agradecidas]

Y ya por último, y fechada el 14 de mayo, siempre de 1991, recibo otra carta, esta vez de una tal Veena, al parecer nueva de reemplazo, ya que por ausencia de la “comprometida” con el caballero francés, el trío original de mi todavía contrato y todavía en vigor teórico, quedaba cojo de una pata. Me dice la tal Veena que su amiga Munchetika le ha pasado mi última carta, ya que ha contraído matrimonio y cree que es mejor que ella, Veena, me conteste [¡Qué emoción; hay que ver el gancho que tiene esta agencia para colocar a sus pupilas!]. Me sigue diciendo Veena que tiene treinta y tres años; que lleva dos de divorciada; que es propietaria de una tienda en la que trabaja como modista, y que espera que seamos amigos en el futuro. [Sí, hombre; soy lo que tú quieras, ¿por qué no? De momento y en vista de mi, al parecer, poca diligencia en tomar decisiones casamenteras el Club de Anita me había rebajado la calidad del material: treinta y tres años, divorciada, etc.]

Bien. Hasta aquí la evidencia documental. Yo estaba ya en España, en mi casa, contando con toda la perspectiva a mi favor, sin prisas, sin deber nada a nadie. Pensé en si merecía la pena abrochar el asunto con una apostilla final, con un mensaje de despedida definitivo. No puedo materialmente ponerme en el pellejo y en el espíritu que conformaron mi criterio entonces. Me

separan, ya lo dije, más de dieciséis años. Sí puedo asegurar que mi mente se planteó ciertas cuestiones elementales y las resolvió sin ninguna violencia de principio, por ejemplo, que los gastos de los cincuenta dólares USA de “matrícula” junto con las idas y vueltas con el correo, las suscripciones a *National Geographic*, etc., etc. eran una bagatela cuando las enfrentaba al gusto de haberme satisfecho una curiosidad. Por ahí la cosa estaba clara. Y aunque el dicho gasto hubiera significado una cantidad diez veces mayor que la incurrida, mi reacción de complacencia hubiera sido igualmente positiva. Me había enriquecido la conciencia; había expansionado el volumen de mi corazón al haberme procurado aquel pequeño agujero por donde otear una parte del eterno femenino thailandés, dentro de la estructura organizativa en que éste se encontraba encofrado y regido. Ésta era para mí una verdadera categoría de valores. Las demás anécdotas se reducían a eso... a anécdotas. La primera de ellas venía servida sin propensión alguna a lo escabroso, ni a lo negativo o pesimista, a saber: que las supuestas “novias” del Club de Anita en el momento en que llegan al país de que se trate –España sin ir más lejos– y en su calidad de desposadas, cogen un avión de regreso a su casa y se colocan de nuevo en el mercado con vistas a un nuevo comprador. Eso, si es que alguna vez salen física y materialmente de Tailandia. Y no porque me parecieran “puttanas”, sino porque formarían parte de un sistema estatalizado e institucionalizado, como institucionalizado y estatalizado había que entender el sexo ofrecido en los centros oficiales tipo “Darling”, por poner un ejemplo. ¿Qué hacer por lo

tanto? No dejaré de deplorar, al cabo de los años, el rapto de incontinente negatividad en el que caí y que me condujo a la destrucción de las fotos de mis “amigas” del Club de Anita; y no porque me parecieran “puttanas”, repito, no; sino porque hubieran estado patentizando y testimoniando acusatoriamente todo el tiempo el fracaso de mi gestión; aunque la verdad es que, aun sin sus fotos, el sentimiento de desaire y desajuste emocional sigue igual de vivo. ¿Qué hacer por lo tanto? Acabé no resignándome a dejar de dar un toque de atención al Club de Anita, algo así como un recurso al pataleo por lo fino; una lanza quijotesca rota en pro de la crítica edificante, de la represalia cordial. Les envié a cada una de las chicas y a la propia Anita la siguiente carta:

“Dear... [Anita, Munchetika, Jarunee, Kanjana, Veena]

It was rather disappointing that circumstances would not prompt our meeting in Bangkok during my stay there over this past Christmas and New Year season. I do agree with Anita’s Club reminder that a Thai lady is not a matter to be considered lightly. From the perspective of a Spaniard such as myself a prospective female-partner is, at any rate, something to be pondered calmly. On my part, and to start with, to have travelled some 14.000 miles is the first of a series of proofs showing that the issue is receiving my utmost attention. Nevertheless, one has to be somewhat critical

about the whole business. Granted that each and every step seems to have to be taken under the exclusive surveillance of the Club, I foresee very little success for the Thai ladies in their aspiration to become partners of a foreigner such as myself. Up to now I have learnt the various expenses and requisites I am supposed to meet in order to be eligible for becoming the companion of a Thai young lady. This is fine with me. No objection whatsoever.

Now, I would very much like to know something about the credentials, both personal (has the young lady had any sexual previous experiences? –for example. It so happens that I am a very jealous person and would automatically disregard consideration for a non-virgin female, etc.), and professional (the way she is making her living: if she is a sales girl... where? If she is a teacher... what does she teach and where, I mean, at what sort of school or institute or the like; if she has not disclosed any occupation, what is she doing for her living at the present time?, etc., etc.) I beg you to understand that all this works in the benefit of her future condition and of her social status within the Spanish “milieu”, at least. Once I should have acquired some information, even brief, on the points afore mentioned, it would be my pleasure to invite you to spend a period of time in Spain, in my home, for you to get acquainted with my country’s human atmosphere. I guess this is

absolutely possible by my sending to you a letter of invitation, my signature being formalized and authenticated before a Notary Public, stating that you are planning to stay in Spain for the period of time shown by the dates on your return air ticket. This ticket –pre-paid by me in Spain– you would collect in Bangkok when notified by the Airline or Travel Agency selected for the purpose.

As I said, since none of these matters has been even hinted at by you in your correspondence, I did not find it advisable to rush to a personal encounter with you during my stay in Bangkok, moreover when I suggested the possibility of your contacting me at the Indra Regent Hotel and no sign or reaction was shown from you.

If you are still interested in our prospective relation, so am I. Let us, then, reconsider the entire thing from the beginning and hope for the best. I foresee to travel again to Bangkok in the not too distant future. By the way, the one-year subscription to National Geographic is obviously a Christmas present for you from myself.

Sincerely.”

Aunque los términos de esta carta los considero sobremanoera inteligibles para..., prácticamente, cualquier lector, a efectos editoriales incorporo asimismo su versión en español:

“Estimada amiga...

Me ha contrariado bastante el hecho de no habernos podido encontrar en Bangkok durante mi estancia allí estas fiestas de Navidad y Año Nuevo. Estoy muy de acuerdo con la circular del Club de Anita en el sentido de que una señorita thai es una cosa bastante importante. Desde la perspectiva de un español como yo, una futura compañera es algo que hay que sopesar reposadamente. Por mi parte, haber viajado, de momento, unas catorce mil millas es la primera de una serie de pruebas de que he dedicado al tema interés y atención. Sin embargo, hay que ser algo crítico respecto de todo el asunto en general. Si todos y cada uno de los pasos de este proceso hay que darlos bajo el exclusivo y completo control del Club de Anita, me atrevo a vaticinar poco éxito de las jóvenes thai en sus aspiraciones a convertirse en las compañeras de un extranjero.

Hasta el momento he quedado bien enterado de los diversos dispendios y requisitos a los que tendría que hacer frente para ser candidato a obtener a una joven thai por compañera. Estupendo. Ninguna objeción. Pero también me gustaría saber algún detalle sobre las credenciales, tanto personales (¿ha tenido la joven alguna experiencia sexual previa? Ocurre que soy, digamos, muy celoso y desestimaría de inmediato y

automáticamente a cualquier chica que no fuese virgen) ... tanto personales, digo, como profesionales (a qué se dedica en este momento: si es dependienta, dónde; y si es maestra, qué enseña y en qué centro; y si no ha declarado ocupación alguna, en qué se ocupa en el presente, etc., etc.) [NOTA: Observará el lector que cada uno de estos apartados corresponde a Kanjana, Munchetika y Jarunee, respectivamente. No hay lugar para la ambigüedad ni para el disimulo] Te ruego que entiendas que todo esto redundará en beneficio del status futuro de la señorita dentro de la sociedad española. Una vez que hubiese yo obtenido información, por parca que fuera, sobre las cuestiones arriba planteadas, me encantaría invitarte a pasar un par de semanas, por ejemplo, conmigo en España, en mi casa, para que te ambientaras en la atmósfera social de mi país. Lo cual es perfectamente posible mediante una carta mía de invitación –protocolizada ante Notario Público– en la que se declare que vas a estar en España con todos los gastos pagados el tiempo indicado por las fechas de llegada y regreso de tu billete de avión prepagado por mí en España y que tendrías que recoger en Bangkok cuando la compañía aérea o la agencia de viajes te lo notificara.

Como digo, puesto que ninguno de estos puntos se ha mencionado en tu correspondencia no me pareció aconsejable precipitarme a un encuentro personal

contigo durante mis días de estancia en Bangkok, sobre todo después de haber sugerido la posibilidad de que me contactaras en el hotel Indra Regent y no diste señales de vida.

Si todavía tienes curiosidad e interés por mí, a mí me pasa lo mismo respecto de ti. ¿Por qué no considerar, pues, todo el asunto desde un principio y ver qué se puede hacer? Tengo planes de viajar a Bangkok de nuevo en un futuro más bien cercano. Y por supuesto fui yo quien te hizo la suscripción a un año de la revista National Geographic a modo de regalo navideño.

Afectuosamente.”

* * * * *

Y hasta ahora.

**Jeanette; Nancy Elena; Marisa; Paquita; Jackie:
Santo Domingo (República Dominicana).
Semana Santa, 24-31 de marzo de 1991**

En 1983 había realizado yo mi primer viaje a la República Dominicana (en adelante: RD) que, desde entonces y ya junto con Brasil, constituiría una de las cotas occidentales más insustituibles en la oscilación pendular de mis preferencias aventureras. Por otra parte, ya quedó informado el lector de las calas que llevaría a cabo en los predios del Lejano Oriente, y del ritmo intensísimo de mis actuaciones allí, sobre todo a partir del capítulo inicial de este volumen. La presente excursión a “La Española” que me apresto a relatar haría mi número cinco. ¿Qué me impulsó a desplazarme a Santo Domingo aquella Semana Santa de 1991, considerando que no habían transcurrido ni siquiera tres meses desde mi apretadísimo viaje a Tailandia y Filipinas? Tercas y acuciantes razones debían de asediar mi conciencia para empujarme a semejante dispendio de energías y de recursos. Y creo que encontré dichas razones. En la penúltima viñeta del volumen VII de *Mujeres, lugares, fechas...* presento a una de las heroínas, Yocasta Jeanette, que encabeza el título. En dicha ocasión, diciembre 1989-enero 1990, que se correspondía con mi tercera visita a la isla, sólo hubo lugar para encontrarnos, saludarnos y... prácticamente despedirnos, todo en una instancia inceptiva y perfecta, una coincidencia de oriente y ocaso. Todavía en mi cuarto viaje, que acometí desde Brasil, y ya de

regreso a España en julio de 1990 no tengo registrado nada, absolutamente nada en mis apuntes. No sé si no la busqué, o la busqué y no la encontré, o cualquier variante aplicable en el juego de posibilidades. Quiero recordar que en aquel mi cuarto viaje a la República Dominicana estuve secuestrado por la incumbencia atosigante de quien, con el nombre de Paquita, justifica buena parte de la viñeta final del ya citado volumen VII. Fuere lo que fuere, el caso es que, como digo, Jeanette y yo no nos habíamos visto desde hacía catorce meses, y en los laboratorios de mis deseos y de mis inquietudes se incubaban quiméricos motivos respecto de esta chica; bullía una retorta colmada de desasosiegos y futuribles... y esto, naturalmente, no tenía más que un solo tratamiento: el de la pura acción. Así, pues, concebía yo este quinto viaje, esta Semana Santa de 1991, dedicada exclusiva, monográficamente como compensación y reparación de mis dos anteriores, por lo menos en lo tocante a Jeanette.

Dicho esto, que es rigurosa y penitencialmente cierto, no es menos cierto que un estado de latencia continuado relativo a Jeanette había estado operando ininterrumpidamente y en la práctica desde el momento de encontrarnos. Mi correspondencia con ella es cualquier cosa menos volandera o de circunstancias. Conservo en total cuatro cartas tuyas, todas fechadas entre abril y junio de 1990. Conservo también la copia de mi respuesta a, supongo, su primera misiva, hecha y derecha, de 1 de abril de 1990. Lo que yo le dijera no lo considero relevante, y más que nada ahora que lo estoy relejendo. A toro pasado, hallándose uno

en posesión del resultado de las cosas, sobran disquisiciones y dialécticas. Voy a ceñirme a comentar alguno de los detalles que Jeanette me participa en aquella primera, y por lo mismo memorable, carta de 1 de abril de 1990. Me da las gracias por mis “cartitas”. Claro. Aun conservando copia, como señalé, de tan sólo uno de mis escritos a ella, es evidente que yo tuve que escribirle las veces que fueran a inmediata raíz de nuestro encuentro en Santo Domingo durante mi vacación de diciembre 1989-enero 1990. Me dice que con el regalo en metálico que le hice [claro, lo recuerdo perfectamente: se trató de los cien dólares USA que le metí en su bolsillo momentos antes de despedirse de mí a la entrada del Hotel Continental y subirse al taxi] “tuve que comprar útiles para la Universidad”. Lo típico en casos así es que justo después de recibir mi regalo se pusiese a pensar en la propiedad o impropiedad, en la lógica o el pintoresquismo de que alguien en mis circunstancias la distinguiera con semejante liberalidad tan por las buenas..., pero que pasadas las primeras rondas de acertijos y de sopesaciones mentales dejara primar la conveniencia y la operatividad. ¿Le había causado yo mal alguno, detrimento alguno? Pues claro que no. Muy al contrario. Entonces, ¿a qué darle vueltas? Y por lo tanto Jeanette había empleado mi regalo en lo que le pareció más conveniente. Y muy bien hecho. ¿A quién podría amargarle un dulce? “Me despido y te mando un besote grande y un abrazo bien fuerte”. Me deja pegada en el papel la marca de los labios con carmín rosa, y además me incluye en el sobre una de esas tarjetas de plástico prefabricadas, ésta concretamente con la

leyenda: “Por haber tardado tanto pero voy volando hacia ti”, así, todo seguido, sin más puntuación. ¿Para qué? En su segunda carta, de dos de mayo, y como no podía haber sido de otra manera, me participa de sus sentimientos y valoraciones confusas, superpuestas, lógicamente contradictorias. Me dice que se quedó sorprendida por el contenido de mi carta: “¡Sabes! No estoy acostumbrada de que me manden dinero, ni mucho menos que alguien que no fuesen mis padres, se preocupen por mí, gracias por tu regalo, me sirvió de mucho [pues claro, mujer, para eso estamos, para un cosido o para un planchado; para actuar polivalentemente: de padre, de hermano, de protector, de follador, etc.] pero no me gustaría que lo vuelvas a hacer”. Después de recordarme su teléfono, se me despide así: “Sabes que tienes una amiga que te quiere de gratis”. Más de una vez he hecho idea de consultar a algún dominicano culto el verdadero sentido de la expresión “de gratis”, si es que tuviera alguno más allá de lo usual. En su carta siguiente, de 21 de mayo, vuelve a emplear el coloquialismo “estar..., ponerse guapa” y que no es otra cosa sino “enfadarse”, “ponerse de uñas”, “contrariarse”. Me confiesa que le gusta comer mucho y lo mejor posible. Y por fin, en la última de las sólo cuatro cartas que tengo de ella, fechada en 13 de junio, Jeanette me participa de lo que parece ser el resultado de sus meditadas ponderaciones: “¡Sabes! con respecto a los dólares no quiero que te hayas sentido mal [descuida; nunca me sentí así] porque yo tampoco lo hice [me alegro; pareció en un principio que sí]... el hecho era que no estoy acostumbrada a este tipo de cosa [a lo bueno se acostumbra uno pronto, mujer] y

además porque te consideraba como un extraño” [las dádivas y la liberalidad abren las puertas de la confianza]. Luego la incalculable Jeanette continúa: “Tomás quiero decirte algo, no sé cómo lo tomarías, quizás pienses que estoy loca, que hoy digo una cosa y mañana otra” [A estas alturas la carta, que me permito editorializar algo, ya que Jeanette escribía a veces todo seguido, sin más protocolo sintáctico y ortográfico que el de hacerse entender, y a mí con eso me bastaba..., la carta precisamente alcanza el final de página, como si un azar caprichoso hubiera dispuesto que coincidieran el comienzo de la página siguiente y la revelación que me tiene que hacer Jeanette, por otra parte adivinada de antemano]. “Tomás, quiero pedirte una ayuda monetaria, ya que eres la única persona en quien puedo confiar”. Una confesión de doble valencia: verdad absoluta y motivo de alegría lo que dices de mí, porque nunca hubiera encontrado mi alma una fuente de satisfacción más abundante que la de servirte de utilidad y apoyo. Eso de un lado. Pero no parecía menos doloroso reconocer que en todo su espectro vivencial no hubiese alguien más, tus padres, tus hermanas, tus... vecinos... ¡yo qué sé! en quien pudieras confiar. Sigue Jeanette contándome cosas tan lógicas como previstas, cuya transcripción no añadiría nada esencial al nervio del argumento. Termina Jeanette su carta: “Mi madre te manda muchos recuerdos, yo le he hablado mucho de ti y ella dice que eres una persona muy sincera y por lo tanto le caes bien”. Bueno. Cosas peores que caerle bien, por sincero, a la madre de una novia potencial nuestra le pueden ocurrir a uno. La

verdad es que, andando un poco de tiempo, doña Asunción sería la receptora de continuados regalos florales por mi parte.

Aunque siempre en grado menos eminente que Jeanette, otra de las niñas que seguía manteniendo mi tensión emocional era Maritza Aquino, desde el principio y por mor de simplificación, Marisa. Ya quedó explicado en una viñeta asimismo correspondiente al volumen VII de esta serie, que la conocí en mi tercer viaje a la RD de finales de 1989 y comienzos de 1990; que seguí encontrándome con ella en mi cuarta visita, la de julio de 1990. Pero en lo que no creo haber hecho el suficiente hincapié es en el hecho de que, aun tratándose de una estrella, si no menor, sí en cualquier caso no perteneciente al rango deslumbrante de Jeanette, por ejemplo, Marisa se había mostrado muy activa en su correspondencia conmigo, y de ahí que el rastreo de nuestra relación epistolar la considere oportuna para justificar los encuentros del presente viaje. En una carta de diciembre de 1990 se dirige a mí “¡Querido amor!”; me dice que se sintió tan contenta cuando recibió mi llamada ya que estaba pensando en mí. Me traslada una catarata de ternezas; me dice que me quiere y cosas por el estilo. Y lo grande del caso es que mi sentimiento hacia ella era recíproco; yo no podía desear más que el mayor cúmulo de bendiciones, la mayor abundancia de felicidad para aquella chica preciosa, graciosa, pintoresca en extremo. Mis sucesivos relatos darán testimonio de la constancia de nuestra relación, yo diría que alimentada decididamente por la correspondencia de Marisa que alcanzó nada menos que hasta 1993. De 4 de marzo de 1991 es otra de sus cartas que tal vez no

llegara a mis manos antes de emprender el viaje del que nos estamos ocupando en este capítulo. Sigue con su cordialísimo tono: “Recibí tus cartas el 28 de febrero”. Claro que yo mantenía con ella mi correspondencia puntualísima, en la forma habitual que yo siempre me he impuesto para este tipo de cuestiones, y aunque mis registros no son todo lo completos que ahora desearía, sí me atrevería a asegurar que también tuve que enviarle algún dinero, amén de tal o cual llamada telefónica. Me dice que su tía me manda saludos. La institución de la niña o joven viviendo con la tía o con la abuela en la capital Santo Domingo es moneda corriente. Me termina diciendo que la especificación “detrás de Tele-Antilla” que me había recomendado para su dirección..., que no la ponga ya, porque es motivo de extravío de cartas. Bueno, pues a ver si se pone de acuerdo consigo misma. El lector podrá apreciar cómodamente que una chica así había por fuerza de suscitar una buena porción de concernimiento en mí. Desde el mismo instante de conocerla, cuandoquiera viajase yo a la RD, Marisa constituía una referencia obligada, si no en exclusiva por la aparición de alguien tan fulgurantemente persuasiva como Jeanette, sí en grado de alto interés, de enardeciente continuidad.

También y para este viaje –no se olvide nunca, de Semana Santa de 1991– contaba yo con la muy atractiva posibilidad de Nancy Elena, a la que había conocido en mi anterior visita de julio de 1990 a “La Española”. ¿Quién era Nancy Elena? Se trataba de la prima de Julie, la mujer de “El Chino”, a quien y a cuya familia había acompañado yo en 1984 al aeropuerto en mi

intento fallido de volar a Haití de manera convencional. Luego, y con motivo de dicha peripecia, tuvimos “El Chino” y yo ocasión de coincidir alguna que otra vez. En una de ellas apareció Nancy Elena, cuya semblanza ya quedó realizada en su momento. Ahora, a la vista de las notas de las que me estoy sirviendo para la confección de este fragmento, puedo asegurar casi sin ninguna duda que Nancy y yo no habíamos compartido intimidad todavía. Sé que me causó una inmejorable impresión, como quiero reflejar en el último relato del volumen VII, relato –recordemos siempre una vez más– correspondiente a mi cuarto viaje a la RD, el de julio de 1990. Aquella chavala tenía algo, definitivamente. De momento disponía de la frescura imprevista de lo no esperado, de lo que entre un par de cosas atractivas, digamos, surge como aún más atractivo por sí. Porque tal era el caso de Nancy Elena. Había aparecido de la manera más impensada, cuando yo me encontraba dentro del tráfago natural y frondoso del juego de mis actuaciones con otras chicas, y sin embargo se había ganado una cuota nada desdeñable en el panorama de mi interés. Conservo de ella dos cartas bastante lúcidas y expresivas: la primera, fechada el 26 de agosto de 1990, me ayuda a organizar y valorar detalles y situaciones. Se dirige a mí como “Estimado Señor” y me dice que contesta a vuelta de correo mi misiva de 10 de agosto. Claro. Todo se trataba de la ocasión de habernos encontrado y acaso de mis intentos no llevados a término de haber estado con ella antes de venirme a España. Me habla de que recibió mi recado, pero que cuando llamó al Hotel Continental ya me había ido. Sí, ahora veo con más y mejor

claridad que yo aún no había culminado con ningún encuentro íntimo mi proyección emocional con Nancy Elena. Esta primera carta suya es, ya digo, aunque cordial y cálida, algo protocolaria, como correspondía a una chica a la que puedo asegurar que la familia de su prima Julie le habrían hablado de mí en términos de elogio y de respeto. En apoyo de mi criterio estético, en lo tocante a Nancy Elena, me complace constatar que yo no me anduve lerdo en hacerla ver que me interesaba y que el hecho de habernos conocido por puro azar no restaba entidad al entusiasmo por ella con el que yo en primer lugar me había sorprendido. En su segunda carta, fechada el 27 de noviembre de 1990, se dirige a mí “Querido y apreciado amigo”, acusando recibo de lo que yo le hubiera escrito anteriormente. Nancy Elena tenía tacto epistolar; en comparación con otras amigas, su nivel de ortografía era aceptable y su capacidad de organizar las frases, encofrando en ellas el argumento requerido, era asimismo suficiente. Me dice que en esos momentos no tiene trabajo, pero no se refiere a esa contrariedad en tono lastimoso ni vergonzante, sino para hacerme ver que aun a ella, activa por naturaleza, le pueden ocurrir cosas así. Aunque sigue tratándome de “Usted”, en esta su segunda carta libera algo más el protocolo. Me transmite los saludos de su “abuelita”. Ya dijimos que la institución de las tías y de las abuelas en cuyas casas de la capital Santo Domingo viven las chicas jóvenes en busca de mejores oportunidades..., es algo entrañable. Nancy se despide con un “cuídese muchos (sic) y hasta siempre”. Absolutamente cierto que esta chica por derecho propio ocupaba su lugar en la

recámara de mis planteamientos y de que la tendría yo muy presente para cualquier futuro desarrollo. A todo esto, y como embajada conseguidora y de buena voluntad, yo, en mi respuesta a su carta comentada de 27 de noviembre le había remitido un regalito de cien dólares USA. Era lo mínimo del mínimo que en aquel momento y desde España podía hacer. Pues bien, con este equipaje premonitorio de grandeza aleatoria y de voluntarismo incierto es como emprendí esta quinta visita a la RD, y en concreto a su capital Santo Domingo.

El aeropuerto internacional “Las Américas” ha estrenado terminal. La anterior estaba cochambrosa. Altura de los tiempos. Puesta a punto. Modernización inevitable. La mayor pega que encuentro a las flamantes instalaciones es que tienen los asientos de hule-plástico. El fondo, lo esencial, la gente... siempre lo mismo o muy, muy parecido. Salir del aeropuerto y ya siempre lo mismo: racimos de transeúntes, cambistas de dinero, agentes proporcionadores de taxis, etc. Más en el exterior aún, la chatarra semoviente de los coches. ¡Al Continental! A partir del segundo viaje dejé de reseñar una serie de elementos fijos que se mantendrían prácticamente inalterados hasta el final absoluto de mis excursiones a la RD, con la única excepción de que mi postrer hospedaje en Santo Domingo lo constituyó el Hotel Lina, también en la Avenida Máximo Gómez. Y en el Continental la misma habitación o por lo menos en el séptimo piso, mirando hacia el Malecón, hacia el mar; y allí en Recepción, la misma gente conocida, por turnos; la misma musiquilla en el hablar; Rafael, el “bell-boy” principal, encanijado como un sarmiento,

medio flotando dentro de su uniforme azul con gualdrapas y galones lacios; pero ahí estaba. Y en el espacio reservado a los taxis, Daniel, mi amigo, el del Chevrolet con aire acondicionado y con una raja en el parabrisas que llevaba hacía varios años y que se propone seguir llevando, por el coste excesivo, en caso de repararlo, según él, que le descompensaría todas las ganancias de seis meses, etc. El lector, seguro que está preparado a obviar todos estos detalles y a darlos por sobreentendidos. En la RD hay lugar para todas las manifestaciones de la religiosidad, y en las últimas décadas toda suerte de desviaciones del cristianismo junto con el credo católico conviven más o menos en armonía con un verdadero enjambre de otras sectas de indefinible filiación. Pero lo que aquí procede reseñar es que el catolicismo arraigado se manifiesta por los signos más absolutamente pintorescos que puedan constituir el espectro de pautas para la cumplimentación de un credo. Se me aseguró que muchas personas observan el Viernes Santo con abstinencia de sexo y comida, y aun chicas jóvenes, como la propia Jeanette me contaría; y por su parte Marisa me participó la creencia en lo de “quedarse pegado”; es decir, lo que puede ocurrir a todo aquel que en Viernes Santo se bese con impulso sensual, erótico; no digamos los que se afecten al ajuste de la cúpula. “Ta bien” [Está bien] es una versión aseverativa, equiparable en coloquialismo al “¿Cómo tú ta?” [“¿Cómo tú estás?”]. Hay una emisora de radio llamada “Cima” y la ilación entre disco y disco o entre noticias era, al menos en esta Semana Santa de 1991, “siga en... Cima”, consigna eminentemente semiótico-conclusiva cuando me

encontraba yo apareado con alguna de las cinco mujeres que justificaron esta vacación mía de ahora.

Jeanette llegó al hotel con una blusa blanca de algodón; pantalones negros adervichados, o sea, tipo aéreo por la mitad, como con un fuelle extensor, y ajustados por el pie, por el empeine, a la manera, ya digo, magrebí, sahariana; zapatos de medio tacón, negros, con los que sin embargo me igualaba, si no me sobrepasaba, levemente en estatura. Consumidas unas rondas de reflexiones articuladas, optó por acceder: se fue al baño y apareció con una toalla por encima del panty corto y del “bra”. Hacía tiempo que no veía una corrección tan opulenta de senos. Tanto el brassiere, generoso de proporciones, con franja más bien anchita a la espalda, y dos grapas o pretinas el broche o ajuste, como la braga eran, digo, de color blanco tostadito, clásicos en su diseño. Mis manos se detuvieron con una agonía de complacencia en sus senos, mientras ella, sentada en el borde de la cama, se desabrochaba el cierre de la doble presilla. Con un gesto entre consentidor y suplicante me dijo sólo: “Trátame bien”. Fue hermoso que nada más aceptar mi acceso a ella, se levantó, se acercó y comenzó a besarme, mitad turbada, mitad aventuradamente. Iba limpísima, esmeradamente turbadora e invitante. Diecinueve años en esplendorosa sazón. Tuve, cómo no, un coito súper precoz, que ya casi ni me molesté en justificar, ¿para qué?

Las dominicanas (no digamos las haitianas) y en general todas las caribeñas, incluidas las cubanas, sobre todo las más morenitas, se frotan la nariz con el dedo índice y son propensas a

escupir, cosa que me desagrada, que me inquieta. Podríamos formular una especie de “ley de la negritud”, a saber: a más oscuridad de piel, más rotundidad en el sorbetón acompañado de torcimiento de morrete y de pasada del mismo dedo índice por sobre el labio superior, debajo de la nariz.

Con Cordelia, mi amiga institucional, tuve un encuentro íntimo. Se conservaba bien: buen pecho y piernas un poquito arqueadas en forma de tonel, pero esbeltas.

De Francisca Verdía, o sea, Paquita, guardaré siempre su tono de voz de arrastre suave y marginal, y un mirar así como a ningún lado, con dificultad para iniciar la sonrisa. Pero precisemos algo más, a través de sus cartas, la altura emocional en que yo podría encontrarme entonces respecto de ella. Para empezar, Paquita era una chica algo extraña. Ya quedó relatado en un volumen anterior la manera como nos conocimos y como intimamos. Se había casado con un dominicano, habían tenido un chaval, se habían divorciado y ella, así, de propina liberal, había adoptado a otro. Como digo, simultaneaban en su personalidad rasgos de incuria de criterio junto con chispazos solidarios dignos de todo encomio. Escribía francamente mal, más que por la profusión endémica de fallos ortográficos (fácilmente obviables en razón del sentido del contexto), por la endiabladamente endeble caligrafía que convertía a sus palabras en dibujos asimétricos, jeroglíficos faltos de sistematización aun para los mismos vocablos, dentro de su arbitrario y veleidoso desconcierto gráfico. Nuestro encuentro original databa de mi viaje de julio de 1990. En la viñeta correspondiente a dicha

latitud de mis escritos el lector encontrará los fundamentos y la inyección de mi relación con Paquita. Así pues, tenía en mi poder tres cartas recibidas en España y previas a esta mi quinta visita a la RD. Naturalmente que el contenido de su correspondencia reflejaba el, acaso, sin igual impacto que le hubiera producido a Paquita mi habitual rumbosidad, y la pobre chica, proclive a la confusión, había confundido una situación concreta, de duración llamativamente estable, pero a fin de cuentas caediza... con lo que a ella mejor pudiera convenirle. Insisto en que mi proceder con ella había revestido caracteres de liberalidad sobresalientes, y que cuando la perspectiva o el elemento que en su caso lo sustituyera se asentara en la conciencia de Paquita, ésta forzosamente reconocería que yo le arreglé la vida durante un par de años en que no dejé de enviarle dinero desde España, cuando no de dárselo en mano en la RD. Así, lejos de mí sentimiento alguno de tibieza o desapego, sino todo lo contrario. Pero vamos a sus cartas. En la de 8 de noviembre de 1990 me dice que ya tiene teléfono en su casa; que recibió mi carta con obsequio [solía ser indefectiblemente un billete de cien dólares USA, aunque ya no puedo asegurar si esta vez también se trataba de unas gafas de sol]; que me había escrito en no sé cuantas ocasiones más y que una vez le devolvieron la carta [absolutamente improbable todo, si bien tratándose de su caligrafía... ¡ a saber lo que la buena de Paquita puso!]; que se le había perdido la tarjeta con mi dirección que yo le había dado [¡vaya, hombre!] y que le había pedido los datos al “chofel del taxi” (sic) que se los dio equivocados. Bueno. La carta es una

sucesión de calamidades, entre las cuales no entender materialmente lo que dice no es la menor. Y sin embargo cada vez que pensaba en esta criatura me sentía enternecer, me sorprendía yo mismo en disposición de prestarle toda mi ayuda posible, toda mi aquiescencia, todo mi apoyo. Su segunda carta, fechada el 4 de diciembre de 1990: me dice que fue un placer haber hablado conmigo [por lo tanto yo había cumplimentado el hecho de que me hiciera saber el número de su estrenado teléfono]; insiste en que tiene deseos de que vaya a la RD y de que nos veamos; que cumple veintitrés años el 22 de diciembre; que ha tenido problemas con su brazo derecho, que no lo podía mover debido a la depresión, según ella; y también con la vista. Un verdadero desastre de mujer. Veintitrés años, dos hijos, salud precaria, cultura para bracear tan sólo en plan de supervivencia por encima del analfabetismo, etc. Y sin embargo no podía dejar de apreciarla. Si bien ya dije en su momento que se trataba de una joven grata a la vista –aunque en los encuentros íntimos tenidos hasta ese momento no hubiera sido nada del otro mundo– su valoración finalística en el concierto erótico quedaba prácticamente reducida al mínimo; al punto de que un poco menos ya constituiría un desaire, una indiferencia lesiva a su persona. Paquita me apenaba profundamente, me impulsaba a mandarla a paseo definitivamente en multitud de ocasiones, pero siempre había algo en ella, entre evidencias irremediabilmente condenables y destellos voluntaristas de un arreglo remoto de la situación, que me movían a seguir apoyándola. Un verdadero caso patológico. Y, en fin, su tercera carta sellada el 28 de

febrero de 1991. Me acusa recibo de unas cosas y de otras no; me dice que se ha encontrado muy mal de salud, pero que se está recuperando. Tenga en cuenta el lector que esto que lee es la traducción al castellano normal de la calamitosa ortografía de Paquita...

Con este panorama, nos volvimos a encontrar en Santo Domingo. En mis notas tengo registrado que pasó conmigo todo el día del Miércoles Santo, y que el juego de mis cinco chicas, por difícilmente compatible, me produjo por lo menos y que yo recuerde, una circunstancia cómica. Me iba defendiendo yo como podía para que no colisionasen los encuentros, pero sabía que fatalmente algo tendría que ocurrir, sobre todo por el asedio telefónico a que me tenía sometido Marisa Aquino. Con ésta, precisamente, había quedado yo para las tres de la tarde del viernes, cita estipulada el miércoles por la mañana. Acabo de decir que casi todo ese día miércoles lo pasé con Paquita, y estando en mi habitación con ella sonó el teléfono y escuché un saludo convencional que en ese momento *me pareció* la voz de Marisa; así que sin perder más tiempo en preámbulos la espeté que nos veríamos a los dos días siguientes, el viernes, como acordado, a las tres de la tarde, dándola a entender que no me llamara más y colgando. Más tarde, al otro día, conjeturé que se había tratado de doña Brunilda Vásquez, y con la que me comuniqué en otro momento para desfacer el entuerto. No imagino lo que la buena señora se pensaría de tan enardecido aprendiz de amante. Pero estábamos con Paquita, en mi habitación, y ya dijimos que una de sus aficiones más

inoportunas era intentar comunicarse telefónicamente con su casa en Sabana Grande de Boyá, sobre todo porque *todavía* el Hotel Continental no tenía instalado un servicio automático para llamadas fuera del área metropolitana, y la gente de Recepción hacía lo que podía, que era muy poco. El teléfono era el punto flaco de Paquita. En aquella ocasión celebramos un tanto por compromiso una vez, antes de procurar cada uno dormir en su cama respectiva; y otra, por la mañana: lo clásico y lo mínimo; menos de eso lo hubiera considerado un insulto. Ese mismo día, jueves, y ya desde su casa, me puso en el teléfono a su madre y a uno de sus niños, supongo que al suyo natural, propio, y no pude conseguir que me dijera si era hembra o varón, si era Francisco o Francisca. Sólo oí que –así, como coreados o instigados por la compañía de los mayores– pronunciaban la palabra “papá” repetidas veces. Creo que desde ese instante no me sentí con fuerzas para seguir con el asunto. Paquita me llamó “su novio” a un amigo de la familia, componente para más señas de un grupo de música “rap” y con quien también me puso al teléfono. Su madre, que me trataba de “don Tomás”, me habló de que Paquita estaba muy enamorada de mí y que miraba al futuro con énfasis teniéndome a mí como su más señalado valedor. Y yo, a todo esto ¿qué podía decir? Callar era no lo mejor, sino lo único. También recuerdo de Paquita un echar el pie derecho un punto derrengado hacia fuera y luego hacia dentro. Su piel desde luego que estaba suave y calentita. Su morretes, dos gajos gordezuelos como de mandarina de huata para hacer tapizados.

Pues tal era el panorama. Con todo, y aun a la vista de tanto estropicio que –como se habrá podido constatar– Paquita me trasladaba desde su forma de ser... yo no podía dejar de sentir cariño por esta mujer. Lo que ocurre es que personas así no ayudan, mejor, quiero decir que apenas se dejan ayudar. ¿Cree alguien que Paquita, desde su situación normal de clase media baja, digamos humilde, ponía medio alguno para replantearse el mundo, su mundo? Quiero decir, para captar con proporcionalidad y buen criterio el juego de valores y de correspondencias que intervienen en la vida de cada cual; para determinar al menos en las ocasiones más significativas lo que las cosas *cuestan*, lo que esas mismas cosas *valen*, y aquello para lo que sirven. ¡Qué va! Este tipo de personas –y no descarto que por una imperiosa razón de fatalismo congénito– montan su existencia en una huida hacia delante sin freno; en un cálculo quimérico e inexistente de probabilidades para ganar; desestimando el formato, la carátula constante denunciadora de la evidencia, para perder. Y Paquita parecía abocada a esta segunda opción, a la de perder. La realidad me demostró que el chorro de billetes de cien dólares USA que yo ponía en sus manos no se encaminó en su aplicación a los mejores fines. Ejemplo: entre comprarse unas gafas de sol normales y buenas por veinticinco dólares USA o comprarse otras de idénticas prestaciones “pero” de marca Ray-Ban, al precio de cincuenta, tirando literalmente veinticinco dólares por la moda de la marca..., pues ya me entiende el lector. Y todo así. Literalmente todo así.

La que no me defraudó fue Nancy Elena. La recuerdo sin precisión fotográfica en los detalles, pero perfectamente ensamblada su persona en un todo de armonía. Estuvimos juntos una sola vez. No encuentro entre mis papeles ningún dato o registro posterior. Aquella chica me gustaba y mi memoria siempre tendrá abierta una hornacina de reconocimiento para su morenía rizada.

Con Marisa estuve dos sesiones. Rezamos un misterio glorioso en cada una de ellas. Tenía las palas de los dientes delanteros un poquito más pronunciadas, al menos eso me pareció. Accedió a felacionarme; me dijo que sabía “un chin salado” y procedió a depositar dos salivazos en la gruesa moqueta de la habitación.

En el periódico *Listín Diario* de 31 de marzo acabo de leer “importantizando”, suponemos que del verbo “importantizar”. También se emplea la forma “dizque” por “dice”, y también “al parecer, por lo visto”. “Dar bola” o “dar pum” es coger a alguien de auto-stop. “Un quintal” es un billete de cien pesos dominicanos, y uno de mil es “un millar”. El taxista Bienvenido llamó “hediondo” a algún pasajero que ensució su coche (probablemente pasajero haitiano).

Ana Rosa Mercado, “Jackie”, la nueva recepcionista del Hotel Continental, ha subido de golpe muchos enteros en mi aprecio. Hoy, domingo 31 de marzo, día de mi partida, viste una blusa azul pálido, claro, con unas franjas rosadas horizontales. Lleva también un cinturón anchote negro que estrangula bellamente el vado de sus formas, enalteciendo los globos

mansos de sus senos. Trabaja temporalmente en Santo Domingo, pero reside en Puerto Plata. Libró de sus ocupaciones el Sábado Santo, día 30 de marzo, y su turno es de siete de la mañana a tres de la tarde. La vuelvo a mirar y compruebo que su pecho justifica la expansión de velamen de la blusa, y la natural oscilación produce un desplazamiento de las masas tiernas y supongo que cálidas. Definitivamente Jackie me atrae. Tiene unos bachecitos en la frente, como residuos de alguna cicatriz. Pero en conjunto, su cara, en fotogenia y diseño, es una de las más genuinas y compensadas unidades que haya visto yo en la República Dominicana.

**Jeanette; Jackie, Olga y Judith; Vilma; Idelca;
Marisa: Santo Domingo / Puerto Plata (República
Dominicana), junio de 1991**

Tuvo que tratarse muy probablemente de aprovechar la estela, el impulso todavía reciente de mi anterior viaje, tan sólo tres meses antes, y de consolidar lo que me hubiera parecido consolidable. De un lado, las primeras piedras hacia la consecución de intimidades con algunas de mis recién conocidas; y de otro, la continuación del cultivo de mi amistad a pie de incumbencia con las relaciones ya establecidas. Jeanette y yo habíamos liquidado el capítulo de la correspondencia, y el desarrollo que pudiera existir entre nosotros tenía que radicar, o bien en el contacto personal, o ya en plan supletorio, en la comunicación telefónica. De Paquita no volvería a tener noticias hasta una carta suya de agosto a España. Así, pues, prescindo de informarla de que me hallo en Santo Domingo ahora en junio. Recordaba sus palizas de teléfono desde el Hotel Continental. Algunas de ellas se me hicieron tan sólo penosamente soportables y me estropearon parte de la vacación. Llamar a Sabana Grande de Boyá era difícil y ella pretendía monopolizar las actividades de los recepcionistas. Así que decidí irrevocablemente no contactarla por esta vez. Ya veríamos en el futuro.

Siempre moviéndonos en el vano de los tres meses transcurridos entre marzo y junio, constato de Marisa una carta fechada el 17 de junio que debió llegarme después de mi vacación, ya que tengo consignado que la contesté a mediados de agosto. En cualquier caso, me informa de que está recibiendo la *National Geographic* a la cual la suscribí; y que le gusta mucho. Me habla de otras cosas variadas: de que la vida en Santo Domingo es muy difícil porque “se trabaja mucho y se gana poco”; que quiere venirse a España, pero que el Servicio de Inmigración no la deja porque “creen que voy a la prostitución, porque en España hay muchas dominicanas en eso”, etc. Me encarece que vaya a Santo Domingo “ahora en las vacaciones” y una sucesión de expresiones no por consuetudinarias y esperadas menos entrañables. Bueno, pues aquí hubo suerte, ya que lo mejor que pudo ocurrir a su carta fue que se cruzara conmigo y de esta forma mi contestación fue el vernos.

En alguna otra viñeta me he referido a Cordelia como mi amiga “institucional”. He querido decir que, además de ser uno de mis primeros encuentros femeninos en Santo Domingo, Cordelia pasó una vacación en España, en mi casa, invitada por mí. Al cabo de unos cuantos años, concretamente a partir de 1993, Cordelia se puso en situación de venirse a trabajar oficialmente y con todas las bendiciones de las leyes laborales, de entrada a España, luego a otros sitios de Europa. Nuestra amistad se ha mantenido invariable e inasequible al transcurrir del tiempo y a la oscilación de los talentos y de las circunstancias. Así que, cuandoquiera la figura de Cordelia haya

aparecido en estos escritos míos, entiéndalo el lector como algo con lo que ya se cuenta. De Cordelia conservo infinidad de cartas y postales que no añadirían nada a la realidad, a saber: que esta chica, en su momento, tomó una decisión acertadísima que la mejoraría decididamente su cosmovisión y bienestar, y respecto de lo cual cualquier otro detalle es pura anécdota ociosa. Vayamos, pues, por el orden en que las cosas se organizan en mis páginas de notas de viaje y en el caso que nos ocupa, nada menos que el sexto a la República Dominicana (en adelante: RD).

“Mi relación con Jeanette parece definitivamente liquidada”. Leo esto en mis apuntes, hoy que redacto la presente viñeta, un día de julio de 2007, o sea, dieciséis años después de los hechos, y me quedo algo sorprendido por la rotundidad tan sin aparente marcha atrás de mi expresión. ¿Qué ocurrió? Las notas que se toman dentro del mismo marco donde tiene lugar la ocurrencia, si lúcidas y compactas en el momento de producirse, suelen devenir insuficientes, ambiguas, desdibujadas, simplemente inservibles si se espera demasiado para encofrarlas en su valor proporcionado. Por suerte, la naturaleza de las cosas que estoy contando se muestra proclive a facilitarme la labor de integración, de recomposición y reconstrucción de lo que entonces justificara mi estado de ánimo. Así con este pasaje sobre Jeanette. Me había invitado su mamá, doña Asunción, a comer en su casa a una hora prudencial, a eso de la una y media de la tarde, y Jeanette y yo habíamos convenido en vernos en mi hotel con holgada anticipación, lo cual me habría permitido sedar mis desasosiegos con su compañía redentora. La casa de la

familia Castellanos se hallaba en la Avenida Eduardo Brito, una zona de edificios nuevos del barrio Los Mameyes, al otro lado del río Ozama, y por lo tanto llegar allí hubiera supuesto de veinte a veinticinco minutos en taxi desde el Hotel Continental, algo completamente asumible. Pero he aquí que, alrededor de una hora antes de lo que pudiéramos considerar como momento razonable para ponerse en marcha, me llama Jeanette y me dice que no puede venir al hotel; y yo en un raptó de frustración encorajinada tampoco voy a su casa como habíamos quedado. Mal, muy mal hecho por mi parte, pero de la única forma que mi alma entendió que podía servirme para hacer ver a Jeanette el putadón que me había perpetrado, era esa. Mal, muy mal hecho por mi parte. El desaire se lo había infligido a doña Asunción y lo sentí por ella. Claro que en su momento, probablemente en un viaje posterior, me explicaría Jeanette que la pobre señora se había extrañado muchísimo, y que esperaron todo lo que era dable esperar, especulando con la posibilidad de que me hubiera extraviado, etc., pero que, bueno, ley de vida, con el tiempo el incidente se había ido desvaneciendo en el tráfago de las demás cosas. La razón última de mi proceder, empero, la instalo yo en estratos más profundos y más operativos al tiempo; y ello es que yo no me consideraba persona sociable en semejante tesitura, y que en caso de haber asistido a la comida, mi estado de ánimo hubiera echado todo a perder. Se trató, pues, de evitar males aún mayores que los que yo, *inevitablemente* estaba padeciendo. Pocos berrinches recuerdo con tanta acrimonia y negatividad como aquél, y pocas veces también he percibido que me asistían

todas las razones del mundo para indisponerme. Porque sé distinguir con todo rigor entre una instancia desiderativa gratuita que a uno le complace construirse para gusto de su optimismo sin base, y unas expectativas sostenidas y garantizadas por un pacto formulado de antemano. Se me dirá que la garantía que eso encierra cuando se trata de una chavala joven sujeta a mil mudanzas de criterio..., es escasa o nula. Muy bien, de acuerdo; eso lo sabemos todos sin haber asistido al colegio. Por eso mismo, y ya que apelando a la razón no se consigue nada en ciertos asuntos, hay que apelar al instinto. Y tal creo que hice yo, apelar al instinto de Jeanette (poniéndola en la pista del motivo de mi espantada) y al instinto mío, haciendo lo que en ese momento me dictaron mis cojones y no los postulados evangélicos del *Kempis*. Una pena de arroz que doña Asunción me había preparado, sabedora de que a mí me gusta mucho.

Entre las cosas desagradables que tienen que ver con la salud, razón primera y principal, por no decir única, de todos los demás desarrollos, resulta que me asomé otro conato de ciática. Menos mal que tenía allí a don José Alcides Bencosme que me recetó (y regaló de entre las muestras que tenía en su consulta) unos analgésicos y antiinflamatorios, Besaprin y Traumox, que me enderezaron. El toque de atención, de cualquier forma, estaba dado y todo parecía indicar que el portentoso trajín al que andaba yo sometiendo a mi persona tenía que pasar la factura por donde fuere.

Los problemas entre Haití y la RD siguieron interesándome a ritmo creciente. Pocas colectividades presentan

un grado más agudo de racismo que el dominicano respecto del haitiano pobre; y digo “pobre” porque el haitiano rico, el uno por diez mil de la población, es culto y potentado a la vez, depositario de los valores de Francia condensados y administrados con arreglo al patrón que la coyuntura histórica determine. Pues bien, lo gracioso del caso es que, con los haitianos al lado, los dominicanos no quieren trabajar la recogida de la caña de azúcar: prefieren, o bien no hacer nada, o marcharse a New York. Y así, los haitianos, en cantidades que oscilan entre los dos y los tres millones han “invadido” pacíficamente la mitad este de la isla en los últimos setenta años. El problema de su repatriación es algo candente con que las conveniencias y las facciones políticas diversas se pelotean, sobre todo en temporada de elecciones.

“Mi viaje a Puerto Plata para ver a Ana Rosa Mercado (Jackie) fue lo mejor, aunque la avioneta [220 dólares USA por dos horas de vuelo –una de ida y otra de vuelta– y tres de espera] de la compañía Victoria Air me dejó mareado y con mal cuerpo para varios días”. Hasta aquí la literalidad de mis notas que, por supuesto, consienten glosa y matización. Sobre Jackie ya dije en mi anterior viñeta que se había destacado como chica atractiva e interesante; y además, como trabajaba en la Recepción del Hotel Continental, las credenciales de las que era portadora se me exteriorizaban natural y continuamente. Yo comencé a tenderle puentes por ver de posibilitar un abordaje como y cuando pudiese ser, porque realmente la chica me gustaba. En su menester mostraba en toda circunstancia un comedimiento ejemplar y un

tacto esmerado. Yo hasta le regalé un abanico de entre los que siempre llevaba en el bolso para obsequiar a las amistades. Recuerdo que nada más alargárselo lo desplegó y empezó a abanicarse ensayando poses femeninas y candorosamente insinuantes con las que quiero creer que exteriorizaba su aprecio por mi detalle. Me dijo que se marchaba unos días de descanso con su familia, a Puerto Plata, y me dejó su dirección y su teléfono, pero sin atisbos de ninguna concesión especial por su parte. Por la mía, lo vi muy claro: estando de vacaciones, con todo el tiempo del mundo y con el suficiente dinero, decidí hacer turismo y marcarme el tanto de visitar a Jackie en Puerto Plata. Visto lo visto, el servicio de avioneta era lo único practicable. Me alquilé, como digo, una y realicé el vuelo con las modalidades ya señaladas. No recuerdo ahora lo del mareo, pero puesto que lo consigno en mis notas, tuvo que ser así a la fuerza. Los pilotos de este tipo de aparatitos los manejaban como si de una bicicleta se tratase: algo tendría que ocurrirme en mi sistema de equilibrio y en el estado de mi simpático para marearme. Estas navegaciones aéreas son, qué duda cabe, muy instructivas. Desde el aire se combinan distancias, parajes, etc., y se aprecian perspectivas inéditas. Desde Santo Domingo a Puerto Plata prácticamente se corta el país por su centro, aunque la noción de lo curvo le confunde a uno cuando se trata de ir en una supuesta línea recta. Lo peor de estas avionetas monomotores es que hacen un ruido endiablado del que el piloto y acompañante no pueden zafarse por ir allí, prácticamente pegados al motor, y así la comunicación en el mejor de los casos hay que hacerla a

voces. En lo que a mí respecta, me interesé por tal o cual detalle, por tal o cual concentración urbana que intentaba yo hacer coincidir con su identificación en el plano que llevaba en las manos. La RD es un territorio feraz, de buen color, de variedad de recursos y capaz de sustentar con holgura a sus ocho millones de habitantes. Lo demás pertenece a las consecuencias de la política profesional. Llegamos al aeropuerto “La Unión” de Puerto Plata. Le dije al piloto que me esperase lo que hiciera falta, porque en todo caso regresábamos a Santo Domingo para la hora de comer. La dirección que me había dado Ana Rosa rezaba una calle de “Los Reyes”, barrio o pedáneo de Puerto Plata, según mis apreciaciones al sureste del núcleo urbano y no excesivamente lejos del aeropuerto, y hasta allí me encaminé en taxi. Encontramos la casa, con Jackie y su padre dentro. Éste me pasó a una especie de patio y me ofreció un “poco” de agua, que en realidad era un “coco” de agua, ya que hizo acompañar su oferta simultáneamente con la maniobra de coger un coco verde, como una sandía pequeña de forma a pepinada, y aprestarse a sajarla de un machetazo. Nos reímos con la confusión *poco* por *coco* de mis entendederas. Me dijo Jackie que la acompañara, que iba a ver a su madre que vivía en otra casa separada. Me despedí del padre, un hombre joven, amable, de pocas palabras y que a los ojos de un extranjero como yo parecía estar como la mayoría de los dominicanos, sin hacer gran cosa, allí en su vivienda, ayudándose a dejar transcurrir la existencia. La madre de Jackie era una mujer igualmente joven aún, si bien ya se sabe que en estos climas una hembra joven de cuarenta años lleva ya

treinta siéndolo. La vimos medio tumbada, medio recostada en un camastro, flanqueada por dos preciosidades de chicas que, como Jackie, eran hijas suyas y se llamaban Olga y Judith respectivamente. Me sorprendió, así, tan de repente, la belleza y las proporciones tan sobresalientemente buriladas de aquellas dos criaturas que en nada desmerecían de Jackie. Por supuesto que las tres eran indiecitas oscuras. Charlamos un poco y de nuestra conversación se desprendió que, al parecer, las tres hermanas estaban fuertemente comprometidas, y hasta diría que raptadas, por una de las muchas ramas religiosas que iban imperando cada vez más en la isla. Me mortificaba ver tanta belleza viviente convertida en monjas seglares, y tan sólo relacionadas con el mundo de los deseos y de la competencia, del éxito y del derrumbe, etc., en aquellos aspectos que les permitieran seguir haciendo de eso, de monjas seglares. El tema era delicado y no era cuestión de patearlo allí. Jackie, por su trabajo, era la más comunicativa, sin llegar nunca, ni mucho menos, más que a una expresividad contenida, recatada. Sus hermanas, ni eso. Me sonreían cuando algún término de mi conversación subía el listón del coloquialismo, del que ellas no dispusieran en su repertorio. Me enteré de que Olga tenía veintidós años y Judith veinte. Así que Jackie era la mayor, con veinticuatro. En aquella escena de la madre, real o fingidamente inhábil, atendida por sus hijas, capté de golpe uno de los principios de estas sociedades, falso como principio y fatal como realización, a saber: que el hecho de tener mucha descendencia se visualiza como una garantía de los padres de conseguir apoyo y sostén cuando no se puedan valer por sí

mismos. Ya ha demostrado la realidad que esa es una de las formas más certeras de generar miseria, pobreza y desamparo.

Regresé de Puerto Plata abrumado de concernimiento. Me había enamorado de las dos nuevas hermanas. Repasaba mentalmente los rasgos de una y de otra, aun a través de una sesión tan relativamente corta de escaneo... sus caras, sus bocas, sus volúmenes, sus erguimientos, sus facciones todas, y no encontraba tilde o mácula en ninguna de ellas por lo que la hiciera preferible a la otra. Me habría hecho acompañar de las dos, de las tres, porque Jackie, la primera de las hermanas y a la que se debía todo este desarrollo seguía ahí y seguiría constituyendo mi principal posibilidad de contacto en Santo Domingo. Mis sucesivos relatos sobre nuevos viajes a la RD pondrían de manifiesto que todos mis intentos con las hermanas Mercado se estrellarían calamitosamente contra el muro de desapego hacia lo humano –por lo menos hacia lo humano que yo representara– que su condición religiosa les había impuesto. Siempre estuve telefoneándolas en mis posteriores visitas. Correctas en sus respuestas, educadas en la catequesis de ayudar al necesitado (y yo lo era de su intimidad, del concierto de sus vidas en sintonía con la mía propia), de no ofender por ofender. Pero no recuerdo que mis sugerencias recibieran por su parte la más mínima consideración operativa.

“El Hotel Hispaniola, Avenida Independencia esquina con Lincoln [75 dólares USA, supongo que más impuestos] pertenece a IAPA y acaso la próxima vez lo pruebe”. Desconozco por qué tenía anotado esto, pero por consideración a lo que entonces

pudo haber constituido un tema de mi interés lo incorporo literalmente de mis páginas de apuntes.

Estuve una velada con Vilma Esther Cabrera, chica que desempeñaría un copioso cometido en todos mis desenvolvimientos posteriores. ¿Cómo la conocí? Seguramente en el hall del Continental. La Avenida Máximo Gómez y su intersección con la Avenida Independencia eran puntos conectivos preferidos por muchos viandantes que en busca de autobuses y “conchos” transitaban por allí. Había universitarias, había oficinistas, chicas de toda suerte que se dejaban caer desde más arriba hasta casi El Malecón con el fin de tener mejor acceso a las paradas del transporte colectivo. No descarto que a Vilma la viese bajar por la acera de la Avenida Máximo Gómez a la altura del hotel. Allí me salía yo muchas veces, a charlar con alguno de los taxistas y a tomar notas visuales para luego llevarlas al papel. Vilma me dijo... bueno, no me lo dijo así pero me aseguró que reservaba su virgo para un futuro marido. “Me felacionó y le puse perdido el vestido negro con unos disparos de semen: me masturbé y al acabar le introduje el pene en la boca para que cooperase en el acto. Es atractiva y dulce, finita; no tiene casi tetas. Le regalé doscientos dólares USA porque me dijo tener problemas económicos”. He transcrito literalmente las notas para no enredarme con valoraciones especulativas, y porque Vilma volverá a aparecer continuamente hasta mi último viaje a la RD. Se me olvidaba decir que Vilma era clarita, blanca en un noventa por ciento de su cuero.

“Contacté con Idelca, pero no concertamos ningún encuentro. Queda en la reserva. Me parece que tiene conciencia de poseer un calibre por encima del normal, y quiere dispensar su presencia con cierto miramiento”. Hasta aquí una vez más la literalidad de mis notas. ¿Quién era esta chica? Por si sirve de asistencia en el enfoque para la valoración de mis actuaciones, vaya por adelantado que nunca celebré, ni siquiera de lejos, ninguna intimidad con esta chavala. Debí de conocer a Idelca Tavarez en el hall del hotel. Yo me bajaba allí con mucha frecuencia: la música ambiental rebosaba de las melodías de las canciones españolas más en boga entonces. Me he cansado de decirlo: donde más Pantoja, y más José Luis Perales, y Dyango, y Rocío Dúrcal, y Julio Iglesias, etc., etc., he escuchado en todo el mundo es en la RD. Sin duda y con mucho. Y no digamos de otros hispanoamericanos: Ana Gabriel, “la Ronquilla” como allí la llamaban; Luis Miguel; El Puma, etc. El hall del hotel era un estupendo sitio mediante el cual uno se hacía visible y uno disponía simultáneamente de una magnífica atalaya de observación. Creo haber informado en su momento que el Hotel Continental era un “tres estrellas” cuya construcción había corrido a cargo de su propietario, que era arquitecto y que había hecho primar en su diseño la amplitud de dimensiones en todo lo relativo a los espacios habitables. Lo único más ajustadito era el recinto de la piscina. El hotel auspiciaba multitud de reuniones y congresos, y con motivo de uno de estos “saraos” fue como tuve que encontrarme necesariamente con Idelca. En aquella primera ocasión ocurrió lo que rezan mis notas. Y puesto que me

correspondí durante más de año y medio con esta mujer, de mis explicaciones para cuando coincidan en el tiempo con los motivos de sus cartas. Sólo informar que Idelca era blanca, de extracción europea probablemente al cien por cien.

Estuve con la inevitable Marisa, sin que cambiara en nada el panorama. Sigue obsesionada con que “podíamos casarnos” y ya comenzó a hartarme. Le pedí que me conectara a su hermana Josefina y no parece que le hiciera mucha gracia, aunque sus maneras son siempre corteses y comedidas. Me dice que quiere irse a Guatemala o a Colombia, donde vive otra hermana suya y su marido, pero bien mirado no le parece que el traslado vaya a reportarle muchos beneficios; así que creo que se va a quedar en Santo Domingo.

Me reúno a comer un día con Dany Díez, el médico estomatólogo, hijo de su homónimo y buen amigo de mi familia en Alcalá de Henares. Dany a la sazón residía en la RD haciendo prácticas de especialización de su carrera. Le acompañaban dos primos: Amarilis, su referencia femenina estable, y una amiga de esta última, Ivguenia. Cualquiera de las dos estaba como para soltar las amarras y cometer locuras.

La actividad que más me interesa es la de leer la prensa diaria y diversa. Los artículos de los editorialistas son frecuentemente muy buenos, justos, lúcidos, con un fino unguento humorístico. Debí de ser por entonces cuando instruí al hotel para que al vendedor que les proveía a ellos cada mañana le hicieran subir a dejarme un ejemplar de cada uno de los tres o cuatro diarios más establecidos: *Hoy*, *El Listín Diario*, *El Siglo*,

etc., y ya por la tarde me encargaba yo de adquirir *Última Hora*. Conservo junto con mis papeles más preciados, centenares de recortes de la prensa dominicana, una de las más vivas del mundo; una de las que a través de su riquísima terminología idioléctica más enriquecen la cosmovisión de un español culto y curioso.

La noche del jueves 27 creo que dejé pasar estúpidamente una ocasión de oro. Llegó al vestíbulo una chica morena, estupenda, con un juego de senos generoso y sugestivo. Por vacilar yo y no resolverme vi como un tío se acercó a ella y la sacó del hotel, la desglosó hacia la calle y no la volví a ver más. Según los recepcionistas es que habían concertado una cita allí, pero a mí me daba igual. Sentí el acíbar del fracaso y el escozor frustrante y recriminante de la irresolución. Y es que los errores con la sazón del tiempo se vuelven insoportables.

Marilou; Gloria; Elena Alfante (Manila, Filipinas).Hilda; Lenny; Yanti; Juniati; Janti; Chypriana; Gloria Sanz; Anna; Purnama; Ina (Jakarta, Indonesia). Bencha; Wee; Nan; Lat; Bül; Saipin; Dthai; Phou (Bangkok, Thailandia) julio-agosto de 1991

Siempre tomando a Madrid como punto de partida, el viaje que emprendí el 16 de julio de 1991 me llevaría a Thailandia (Bangkok), Filipinas (Manila) e Indonesia (Jakarta), en lo que sería mi sexta, tercera y segunda visita a cada uno de estos países respectivamente. Como quedó advertido en mis anteriores viñetas, yo me había embarcado en la aventura de la “amistad por correspondencia” (pen-pal), que presentaba tantos terminales como chicas contactadas. A estas alturas de mitad de 1991, y salvo contadas excepciones, yo seguía escribiéndome con todas aquellas a quienes ya había encontrado personalmente en Filipinas, además de todas a las que *todavía* no me había dado tiempo material, cósmico, de ver a lo vivo, bien se tratara de Filipinas, bien de Indonesia. La actividad que yo me veía desarrollando era sencillamente portentosa, pues portentoso considero continuar alimentando el interés de unas doce chicas, por así llamarlo, fijas y establecidas con visos de permanente incumbencia, más el de alrededor de dos docenas más que, siquiera por un par de cartas como máximo, se habían cruzado en la retícula de las listas de nombres y direcciones en existencia, y

a las que por el más elemental sentido de la urbanidad yo religiosamente contestaba. A aquellas con quienes, por incapacidad física o por inconveniencia geográfica momentánea –una chavala me escribió desde Ghana, África Occidental– o por la razón que en cada caso operase en concreto, no les podía garantizar el mantenimiento de una correspondencia regular –y no se olvide, siempre con la virtualidad latente, actualizante, de poder encontrarnos, de podernos ver mediante, se da por entendido, un viaje mío hacia ella– ... a todas estas criaturas cuyo concernimiento quedaba desarrollado en el tramo de redacción de una o de varias cartas, yo tenía preparado el siguiente escrito-patrón, al que solía acompañar, si la ocasión lo consintiese, un regalo significativo en forma de billete de dólares USA. He aquí mi carta de desistimiento en cuestión:

“Dear ...

It was awfully thoughtful of you to have written to me. I thank you very much for your generous gesture. However, sadly enough, I am no longer in a position to keep correspondence with any pen-pal as for some time now I have been and still am steadily engaged to some lady. Long time ago the pen-pal agent was kindly requested by me to delete my name and address from his lists, but he seems to have done so only recently, so up to right now I have been receiving letters which I must reply in the way I am replying yours.

Anyhow, by your letter you seem to be a terrific young lady and I am sure you will not find any difficulty to walk along the path of success in life. Happy 1992 and thank you once again for your kindness”

Pues tal era el panorama. Se trataba de cribar, fijar, especificar, seleccionar a todas aquellas chicas con las que ya me hubiese encontrado; de desengancharme de ese otro buen número de amistades impracticables; y de cumplimentar las que fueran surgiendo sobre la marcha. Sí, se trataba de mantener vivos la tensión y el apego mediante el obsequio continuado (dinero u otra cosa) y la correspondencia. La “otra cosa” además del dinero solía ser una suscripción a *National Geographic*. Durante varios años, y a razón de unas seis mil pesetas por persona, que era el coste de los doce números, estuve satisfaciendo facturas de más de cien mil pesetas. No puede chocar, por tanto, que la National Geographic Society me tenga catalogado como un suscriptor no sé si de honor, pero seguro que sí de probada y leal entidad.

Mi horizonte de actuación se hundía en el infinito. Cada carta cruzada en régimen de aceptada normalidad se traducía en mí en el correspondiente deseo de conocer a la correspondiente en persona. Eso de momento. Luego, ni yo mismo lo sabía. Yo había iniciado una huida no ya hacia adelante sino hacia toda la vastedad de la indeterminación, de lo sin medida, sin cotas; del infinito, como antes dije. Era un programa que, al tiempo que se fagocitaba, regeneraba sus mismos supuestos con los que seguía dando pábulo a dicha fagocitación. Y en tanto todo aquello

durase no era posible percibir los límites de la cordura, las líneas de demarcación entre la exaltación autosuficiente y el dominio de la realidad dura e implacable. Como el drogadicto, en tanto permaneciese el efecto de la sustancia inoculada, así sentía yo el tirón sordo de mis propensiones, de la levitación alucinógena de mis asideros y de mis referencias homologables. No, claro que no era una huida hacia adelante; era todo un desglose de las dimensiones constatables y un zambullirse en la inmensidad de la “terra incognita” del alma, y de su capacidad para generar portentos. Aunque mis atisbos de compartir química espiritual con algunas de las chicas contactadas eran escasos, por no decir que inexistentes, sin embargo yo no quería prescindir de ellas, y por tanto seguía escribiéndome. Es como si conformasen el cuerpo de reserva y guarnición de las demás, de aquellas con las que mis antenas intuitivas mejor compaginaban; de aquellas que se me antojaban más sintonizadas con mi sistema de cortejo. Porque no se trataba de elegir,... elegir ¿entre quién? Imposible decidirse por una, si todas eran una absoluta variable sin resolver. ¡Cómo recordaba a Ciorán con todas sus especulaciones sobre las excelencias del *no* acto; de la pura virtualidad! Y por si fuera poco, la estructura de mis viajes-visita a estas chicas implicaba una distorsión y un forcejeo, ya que ellas no vislumbraban más que el “empapelamiento” matrimonial de entrada, y eso era lo que yo contemplaba como el último paso “if at all”.

En este viaje decidí llevarme el “trolley”: las ruedas ahorran energías, sobre todo cuando en ciertos aeropuertos no hay carritos disponibles y los pasillos sin cintas transportadoras

son largos. Dicho pequeño artilugio lo había adquirido en Londres, nueve o diez años antes, y me había gustado por la proverbial simplicidad del espíritu anglosajón. Se me dirá que poco o muy poco margen para la mejora puede existir en un utensilio de estas características, a partir de un primer modelo que recoge básicamente todas las finalidades perseguidas. De acuerdo. Pero si a eso se añade una ligereza en el material empleado, una reducción al máximo de los grosores de las varillas de la estructura y una proporción adecuada del diámetro de las ruedas, entonces podemos afirmar que hemos conseguido la perfecta funcionalidad para el carrito.

Esta vez decidí alcanzar de entrada el punto más distante, volando de un tirón hasta Manila. La combinación con mucho más ventajosa la proporcionaban las Thai Airlines: Madrid-Roma, dos horas; una de escala técnica allí para repostar y llenar el avión de italianos; doce horas más en el aire hasta Bangkok; tres horas allí en espera de la conexión, y otras tres más, siempre con Thai Airlines, hasta Manila. Que el lector eche cuentas: veintiuna horas justas desde el primer despegue hasta el aterrizaje final; una barbaridad a la que ahora, diecisiete años más tarde, miro con asombro y con incredulidad, si no fuera por eso mismo, porque era cierto, certísimo de toda certidumbre. Añádase a esto los flecos temporales que pudiéramos llamar de marginalidad anterior y posterior a la realización estricta del viaje en ejecución, es decir, el estado de ánimo desde el momento en que uno sale de casa y se encamina al aeropuerto, con las preceptivas dos horas mínimas de protocolo previo al

embarque; y el otro par de horas desde que el avión toca tierra en el destino final de llegada hasta que uno se encuentra... ¿útil?..., ¿operativo? tras instalarse en el hotel y adecentarse. En total, más de veinticinco horas de brutal esfuerzo, de paliza acumulada en progresión geométrica. Ahora, con la debida perspectiva, me quedo pasmado ante semejante despropósito, sobre todo teniendo en cuenta que yo esperaba de mí mismo las máximas prestaciones a partir del momento justo de tomar contacto con el punto de llegada. Para todo esto que estoy refiriendo se necesitaba una fabulosa motivación, que era precisamente mi motor por excelencia; un acicate personalísimo, un *El Dorado* intransferible que equivalía al más estimulante y persuasivo de los afrodisíacos, a la más redentora de las justificaciones. Se computaban nueve horas de retraso por desplazamiento hacia el este. A cambio de esa artificial pérdida de tiempo se lograba, sin embargo, por el lado positivo, más aprovechamiento de la luz, la llegada a eso del mediodía –en este caso– a Manila; pero también todo el tinglado implicaba una duración de más de treinta y tantas horas sin tocar cama. Y aun así, sabido es que los biorritmos no funcionan con arreglo a proporciones puras, sino que acumulan distorsiones y descompensaciones como para que, en una palabra, el viajero tarde al menos otro día entero más en encontrar siquiera un acople precario, cercano a lo asumible. Y todo esto con casi cincuenta y cinco años. En el centro de la vorágine de uno de estos *maelstroms* de actividad, ¡cuántas veces me ha brincado espontáneamente a la memoria la figura del D'Artagnan sesentón llevando a cabo la proeza de cabalgar

treinta y dos horas seguidas, día y noche, más de seiscientos kilómetros para decirle a Luis XIV algo que éste ya sabía! La gloria literaria de Dumas, además de por las muchas razones que cada cual quiera argumentar, en este pasaje concreto radica en la maestría con que hace a D'Artagnan portador de una motivación gigantesca, de un pundonor descomunal al pretender informar al rey de una supuesta primicia. Así conmigo. A mis setenta y un años, y por puro deporte, me embarqué en hacerle a un amigo alcaláino, de casa, una traducción al inglés de un texto técnico en español, relativo a andamios de construcción, de unos diez mil (10.000) caracteres según el recuento informático al uso. Por supuesto que de no haberse tratado de algo gratuito –al menos en la modalidad de servicio urg... entísimo, de un día para otro, como se me fue planteado– no hubiera acometido la formidable proeza. Dediqué doce horas sin desperdicio, cinco y cinco en dos tramos iguales, y un tercer tramo de dos horas para el menester de mecanografiarlo. Me probé a mí mismo que nuestra personalidad dispone de recursos desconocidos, que afloran cuando se ponen al servicio de la consecución de un propósito, asimismo desconocido hasta entonces. Es bueno, a veces, dejarse llevar por la aventura con el fin de explorar fronteras más y más ignotas de nuestras capacidades. Cuando en algunos momentos de la existencia se conjugan al azar acicate, pundonor, curiosidad... respecto de la propia autoestima, orgullo por alcanzar cotas inexploradas..., entonces se pueden producir este tipo de mostraciones. Si D'Artagnan, según se nos dice en *El Vizconde de Bragelonne*, cabalgó sin parar treinta y dos horas, yo

estuve en varias ocasiones más de cuarenta sin tener opción a un lecho; y después, aun habiéndolo tenido, sometido penosamente al “jet-lag”, o desajuste de las coordenadas de tiempo y espacio, con consecuencias visibles para un par de días siguientes más. Claro que para mis viajes posteriores más o menos a los mismos destinos instrumenté la posibilidad –realizada en tan sólo una ocasión y, si considerada en su pleno conjunto, desproporcionada y negativa– de hacer una noche intermedia en el Hotel del Aeropuerto de Bangkok, circunstancia que veremos en su momento y en el viaje que corresponda.

En el vuelo hasta Bangkok a unos cuantos chinos que ocupaban asientos cercanos al mío los tomé por japoneses, y con motivo de unos zarandeos fuertes del avión les dije una de las pocas palabras en japonés que conozco: *damé: terrible*. Una señora asentía repitiendo la palabra. Luego me aclaró que eran chinos de Taiwan. Intentamos hablar de política. Me esforcé en hacerle comprender a la señora la máxima de Deng-Xiao-Ping sobre eso de que “gato blanco, gato negro da igual con tal de que cace ratones”. Ella me trató de enseñar a pronunciar *Den*, que me sonó como a estacazo, con *t*, mientras que yo ponía en práctica mi mímica y mi onomatopeya en lo relativo al gato. Un miembro de su grupo, de una fila de más adelante, y que sabía inglés, se encargó de “traducirle” las picardías y cuchufletas que a mí se me iban ocurriendo. Las dos horas últimas de vuelo, antes de aterrizar en Bangkok, fueron de turbulencia continua. El Jumbo 747-400 pegaba coletazos como de estremecimientos y amagos de querer cambiar el curso impuesto por la inexorabilidad de la

tecnología. Lo que más inquieta al pasajero es comprobar a través de las ventanillas que las alas suben y bajan, a sacudidas, en sus porciones más alejadas del cuerpo de la aeronave.

En Manila descubro que el Holiday Inn ha subido los precios un 35 por ciento limpiamente. La guía de IAPA (International Airline Passengers Association) indicaba 88 dólares USA, pero a esto hay que agregar casi un 24 por ciento de impuestos. ¡Una exageración! Así que para mi tercer día me cambié ya al Silahis, un punto por debajo en excelencia, aunque catalogado también como de cinco estrellas. En mi segunda y última jornada de estancia en el Holiday invité a cenar a Marilou Suan y a su hermana Teresita, ambas presentadas al lector en una anterior viñeta. Las referencia más recientes de Marilou lo constituían dos cartas tuyas, fechada la una el 6 de mayo; y la otra el 1 de julio: en ésta acusaba recibo de la mía de 4 de junio (en la que adjuntaba yo un envío de sesenta dólares USA), y que según toda evidencia llegó a mi dirección en España después de haber emprendido yo el viaje. La primera de las misivas de Marilou a las que me estoy refiriendo, la del 6 de mayo, contiene todos los elementos cuantitativos y cualitativos, síndromes y síntomas, indicios y presupuestos de una situación típica de mujer que se siente cortejada formal y materialmente por un extranjero con el telón de fondo del matrimonio como salvoconducto para la salida del país (Filipinas, en el caso que nos ocupa) y el inicio de una nueva existencia en los predios vitales del varón salvador. El bombardeo de una suscripción a *National Geographic* y de envíos de dinero “cash” prácticamente

en cada carta comportaba un formidable cuerpo de allanamiento de cualesquiera tibiezas e incertidumbres que se pudieran alojar en una chavala de veintiún años como Marilou. Por supuesto que yo estaba a siglos luz de considerar “empapelamiento” alguno y mucho menos aún uno de tipo matrimonial. Entonces, se me dirá, ¿a qué perder tiempo, dinero, etc? No lo sé, respondo. No lo supe nunca; porque creo que no era cuestión de saber o no saber; se trataba de entrar en un juego por el que precisamente se percibía uno vivo, operante, dispensador de volúmenes y cuotas de incumbencia hacia otra persona, concretamente una mujer de singularidad exótica suficiente como para protagonizar el otro frente de la partida. Era mantener la tensión por la tensión, sabedor de nada pero intuidor de todo; intuidor de que en tanto las cosas se produjesen así, el personaje principal, yo, tenía más que asegurada su cuota de salvación, de tropía de inmortalidad. Con sus inevitables analogías y diferencias propias, imagínese el lector este paisaje multiplicado por diez, pues nunca menos de diez fueron las chicas con las que en un principio, en el principio del primer par de años, sostuve esta relación epistolar y de personales encuentros. Mis cartas y el dinero que iba enviándoles sostenían a punto, en el disparadero, todas las virtualidades de nuestros contactos, de mis portentosos aunque trabajosísimos viajes de reunión. “Journeys end in lovers meeting”, ¡qué gran verdad la de Shakespeare! Sólo a finales de 1993 algunas de estas opciones se habían desgajado definitivamente del posibilismo, y mis menesteres se concentrarían en tan sólo la mitad de las chicas inicialmente abordadas, lo que todavía –

considerando que cada año de mi tiempo era un saco de arena a mis espaldas— implicaba una más que considerable aportación y consumo de energías. Y lo grande del caso era que, una vez llegado al sitio donde se producía el encuentro programado y anticipado por mi corresponsal, mi alma no cerraba la puerta a la admisión de nuevas candidatas que aparecían en virtud de la espontánea inmediatez con que el azar caprichoso se produce en cualquier instante. Han sido muchas las veces en que yo me he preguntado si estaba cuerdo y la respuesta siempre ha sido la misma: sí, cuerdo hasta la locura, hasta la locura de comprobar que si el hombre es la medida de todas las cosas, en el espectro de estas capacidades lo que falla es el hombre, no el sistema. El sistema a mí me consentía asumir la realidad de mantener una docena de referencias femeninas en perfecta armonía, sin mediar quiebra alguna ni violencia alguna de principios. El único que aparecía corto en este juego complejo es el hombre, lastrado de poquedad y de carencias. Pero el sistema funciona. El sistema no repele, no muestra incompatibilidad con ninguna manifestación del espíritu; el sistema se encuadra en una retícula de armonías. Por lo tanto, yo no estaba loco; sí drogado con la tentadora pócima de la vida.

La carta de Marilou de 6 de mayo citada contiene un muestrario temático de la más pura ortodoxia: “I am still thinking on what to say about your proposals”. La palabra “proposal” en inglés, contiene el inconfundible sentido de proposición tendente, conducente al emparejamiento. Y además de las cualesquiera insinuaciones que se pueden agazapar en las cárcavas del

lenguaje, de lo que no puede haber duda es de que mi plan tanto con Marilou como con todas y cada una de las demás criaturas contactadas y abordadas se fundamentaba y se caracterizaba por una premisa, consideración o proyección inicial e innegociable, y era que la chica en cuestión tendría que aceptar de momento mi invitación a venir a mi casa aquí en España, conocer la percalina, y luego, sólo luego, sólo y siempre después de ese trámite... pues de acuerdo: pensarlo y obrar en consecuencia. A tales alturas de mi historia pasaban ya de media docena las chicas extranjeras (Brasil, República Dominicana, Nicaragua, Finlandia,...) que habían llegado a mi casa de visita, patrocinadas por mí en todos los términos (billete de ida y vuelta, garantía de acomodo y protección, etc.) y algunas más que seguirían (del propio país de Filipinas, de Korea del Sur) con posterioridad al tiempo en que tienen lugar los hechos que conforman el presente relato. Tal era mi plan porque humanamente no podía ser otro. Confusamente especulaba yo con quiméricos posibilismos, como el de que se juntaran dos o más invitadas en mi casa al mismo tiempo, necesariamente en verano, ya que mi lugar de trabajo hasta 2006 seguiría siendo Granada y ello me significaba una conjugación de fechas altamente problemática y aleatoria. Pero en mis cálculos entraba todo. Ante un panorama de satisfacción consolidada, yo no descartaba enajenar, si no toda, sí buena parte de mi propiedad y/o de mis contados activos financieros, con el fin de sostener la viabilidad de mi relación multifronte. Bien. El caso es que en la dicha carta de 6 de mayo de 1991 Marilou recorre en respuesta, cuando menos en reacción, la tanda de

cosas que yo tuve necesariamente que participarle, sobre todo y casi en plan monográfico, la de que contemplara la posibilidad de visitarme en España en las condiciones de gratuidad total ya señaladas. Se alegra de que yo haya expresado mi deseo de volver a verla en Filipinas, cosa que –sigue diciendo– en función de los términos de mi correspondencia ella da por seguro. Una buena carta, muy femenina, si bien lastrada e inoculada con el tema omnipresente en la conciencia de estas criaturas, a saber: que el horizonte matrimonial era lo único divisible, lo único que otorgaba razón y sentido a seguir hablando, a seguir viviendo. En nuestra cena del Holiday Inn me di cuenta de que me gustaba algo menos ahora, y sólo habían transcurrido seis meses. Teresita me dijo que Marilou era virgen –para ésta hubiera sido demasiado delicado tratar el tema– y que la virginidad era la mejor inversión para una chica, la mejor “wealth” que podía concurrir en una mujer filipina. Seguí hablando con Teresita –no se olvide, la hermana mayor del clan Suan, casada y con cuatro o cinco hijos–, la cual me comentaba detalles sobre las dificultades que el gobierno filipino pone para dejar salir a *una* nacional. Ya sabemos que Filipinas es un país superpoblado, entendiéndolo por ello que en una superficie habitable de unos 300.000 kilómetros cuadrados se acomodan cerca de cien millones de seres: varios de ellos se emplean en los destinos árabes del Golfo Pérsico, en la construcción y en la extracción de petróleo; viven en condiciones míseras ya que la cultura aristocrática del Islam ha alentado siempre el esclavismo. Como son cuestiones ampliamente aireadas por la prensa internacional, no me extenderé. Conforme

más tarde comprobaría yo con motivo de la invitación que cursé a una chica filipina, en cuanto a lo de abandonar el país las hembras se atenían a un código algo más estrecho, aunque yo siempre me pregunté cómo es que solamente en Madrid capital se decía que se hallaban residiendo más de veinticinco mil filipinas. Y hablo de 1991.

Me doy cuenta de que la vestidura de gala Barong Tagalog con todos mis respetos no me gusta: es un blusón “made of ramie, jusi or piña, and is often worn in place of a suit, as it is considered formal attire” (*What’s on*, Manila, July 15-28, 1991). Ya digo que a mí no me gusta: le da al que lo lleva una facha algo panzarra. En Manila no deja de llover. Y además se empiezan a notar los efectos del anunciado tifón “Herming”. Por esos días un Jumbo de las PAL (Philippine Air Lines) procedente de Hawai al aterrizar se comió la pista entera y posó el tren de aterrizaje delantero en la tierra: estuvo el aeropuerto bloqueado cinco horas sin que les ocurriese nada en absoluto a ninguno de los pasajeros ni tripulación.

Cumplimentada, siempre de momento, mi cuota de incumbencia con Marilou, me apresté a conectar con Gloria Pineda. Desde nuestro encuentro anterior, seis meses atrás, nos habíamos correspondido. No había duda de que yo la había invitado a venir a España, pues esa y no otra era mi proyección con todas y cada una de las en un principio pen-pals. Y en un fax-carta que me envía el 18 de junio me da cumplida cuenta de sus gestiones y me explicita el rosario de requisitos que, según sus pesquisas, exige su país para dejar salir legalmente a alguien

como ella. [Andando el tiempo, y en vista de la imposibilidad legal de que Gloria pudiera venir a España –entiéndase, excepto mediante matrimonio con todos los pronunciamientos documentales–, le diría yo que hiciese lo que cualquiera de las veinticinco mil filipinas residentes en Madrid había hecho; y que de esa manera todavía le quedaban en reserva el ejemplo de las restantes veinticuatro mil... Pero bueno. Todo en su momento.] Gloria era una chica de treinta años, sazónada y bonita, y los términos de su fax de 18 de junio son inequívocos: quiere todo, que la saquen de Filipinas, que la saque yo, cosa de todo punto esperable y muy puesta en razón. Otra cosa muy distinta es la falta de decisión y de coraje que me demostraría. Pero ya digo que todo a su tiempo. Gloria trabajaba en el supermercado de Araneta Shopping Center, de Quezón City. Recuerdo imprecisamente que antes de encontrarnos en este viaje mío tuve que acercarme a su lugar de trabajo. Recuerdo en cualquier caso que aproveché la ocasión para comprarme un bolso, un bolso de mano para equipaje de mano y que resultó una maravilla: ligero, con capacidad engañosamente enorme y resistencia sorprendente. La dependienta aguantó con digna paciencia mis exteriorizaciones de desencanto y frustración cada vez que ella me sacaba y mostraba un modelo que disentía del que yo tenía más o menos en la cabeza. La verdad es que en tales casos uno no sabe lo que quiere hasta que lo encuentra, porque es prácticamente imposible diseñar por adelantado lo que no se ha visto. Aquí la realidad escueta predomina sobre la imaginación. Cuando la chica me enseñó el bolso, así, sin gran convicción por

su parte en vista de la poca fortuna con los cuatro o cinco tipos anteriores, cuando lo desplegué, lo abrí, lo sopesé, etc., y debí asentir fehacientemente, ella dio un recatado suspiro de alivio por haber acertado con la elección de un parroquiano tan discriminante. Reconozco que me salió un poco de la prepotencia occidental.

Yo debí de dejar a Gloria un recado, probablemente a través de un tío suyo. Porque el caso es que estaba yo en mi habitación del Silahis, orientado hacia el mar de la bahía de Manila, en el Boulevard Roxas... y llaman a la puerta cuando yo no esperaba a nadie. Se trataba de Gloria. Supongo que habré dejado dicho ya que, aunque no muy voluminosa, Gloria disponía de unas preciosas proporciones. Una gran mujer aunque no muy grande. Tengo recogido en mis notas que pasamos una tarde juntos y un día y una noche enteros en esta segunda ocasión nuestra. Hubo, pues, dos encuentros. Hay cosas que no se me desglosarán nunca de la memoria: una, las dimensiones “king” de la cama: 2 x 1,90 metros exactamente. Así sí se podía compartir lecho con alguien. En todas nuestras cópulas –y esto sería también para recordar– Gloria se excitaba sobremanera, y como invitación a la inevitable comparsa del orgasmo que ya se dejaba percibir, gritaba, exhalaba: “It’s good; it’s good; it feels good; don’t stop; go on”. Durante la noche en que compartimos tálamo sufrí un mal sueño de contenido desagradable, pero no recordaba nada al volver en mí, medio asustado, medio gritando. Gloria, toda solícita y al quite, me aseguró que era una pesadilla. Una de aquellas tardes ese mismo tío de Gloria al que antes me he

referido –su nombre acaso aparezca en posteriores apuntes– y con el que ésta parecía mantener buen trato, me llama al hotel y en buen tono, entre respetuoso y urgido por una curiosidad que en todo caso a él solo le hubiera correspondido justificar, me pregunta que... bueno, imposible reproducir las palabras exactas, pero algo que se aproximaba mucho a... que cuáles eran mis intenciones respecto de su sobrina. ¡Oh!, qué placer poderle decir a alguien en un caso así que mis intenciones entonces eran y seguirían siendo conocer las intenciones de la otra parte. ¡Que cuáles eran mis intenciones para con Gloria! ¡Pues conocer las intenciones de Gloria!: conocer qué esperaba de hombres como yo; conocer cuáles eran sus propensiones, sus puntos débiles, sus puntos fuertes; conocer... ¡bah!, no quiero vejar al lector con una retahíla de propósitos que sin violencia se desprenden en pos del primero de ellos declarado. El hombre debió de quedarse con harta desazón. A fin de cuentas hablaba con alguien que, sin quererlo ni proponérselo, portaba instancias de prepotencia tan naturales y tan inevitables en mí como natural e inevitable era la realidad de encontrarme yo en Filipinas, colonia de mis antepasados; y en algo tenía necesariamente que plasmarse... eso –evitemos ponerle nombre a ciertas cosas. He salpicado mis escritos con estos buceos –siquiera superficiales– en tan inquietantes y demoledoras evidencias sociológicas como entiendo que es, entre otras, la percepción de superioridad sobre alguien en todas las facetas de la existencia. No por habitual y repetido es menos acuciante, menos inapelablemente descarnado, hasta cruel. Porque el que así ejerce esa disposición de

predominio, de ninguna manera percibe haberse estado pertrechando de tal o cual atributo o cualidad para su instrumentación concreta en un aquí, allí, ahora o cuando fuere. Es una maravillosa asunción que se lleva puesta por dentro; que aflora siempre que su portador la necesita en su relación con los otros. Yo la he sentido en la carne viva de mi impotente vergüenza en multitud de ocasiones cuando alguien, tantos prójimos me la han impuesto. Sólo con pensar que comencé a viajar al extranjero en 1953 y que España no llegó a lo que podríamos considerar como aprobado mínimo en relaciones internacionales hasta 1986, fecha de nuestra incorporación a la Unión Europea... pues está dicho todo. Por no perdernos en indefiniciones diluidas y vagas, esos treinta y tres años, más o menos, de ver países y gentes me significaron mucha humillación a expensas de multitud de nacionales. Por el hecho de ser español se nos endosaba la carga de la prueba; o sea, que éramos ciudadanos de tercera división hasta que no demostráramos lo contrario. Y mis cojones y yo... ¡vaya si lo demostramos! Y eso es hacer patria a lo grande y a lo bestia, pero patria. Hacer fuerza con los quicios del alma, con los gatos de la voluntad y del pundonor para levantar la parca medida de la consideración que otros tengan por tu país... eso es hacer patria. Y en el siguiente vaivén de la Historia, en el que aún nos encontramos, a España le está tocando ejercer un protagonismo de tipo medio respecto de cuya realidad una nutrida cantidad de países pueden calificarse de ancilares. Y una de estas comunidades claro que puede ser Filipinas, sobre todo para el caso que ahora nos ocupa. Según

Gloria, su tío desempeñaba una función correspondiente en preeminencia al tercio alto de la sociedad del país, con un sueldo de unas cincuenta mil pesetas mensuales, y que, salvadas las diferencias y hechos todos los ajustes pertinentes, significaba un status de relativo nivel tirando a razonablemente alto. Y sin embargo, por teléfono percibo que él sabía que estaba hablando con alguien más pertrechado, más preparado para la supervivencia en el puro sentido darwiniano. En fin, entre nuestros dos encuentros a Gloria la eché cuatro polvos y puedo decir que en lo que a mí se refiere ella constituía una de las candidatas que, al menos en teoría y sin aún mediar convivencia, más se aproximaban al patrón de compañera estable que mi alma había diseñado.

Desistí definitivamente de ir a Cebú por todas las razones, aunque con dos de ellas sobra: porque no tenía ganas; y porque hubiera sido un concierto interminable de contactos. Ahora bien, ya quedó ampliamente explicitado que el material humano a quien no pudiera visitar tenía que mantenerlo a toda costa vivo mediante la correspondencia y, más que nada, mediante los envíos de regalos en forma de billetes de dólares USA. De esa manera sostenía yo la tensión a distancia; posponía la ejecución, aplazaba la mostración de la realidad de mi persona, convertido en todo lo que humanamente cabía interpretar: rey mago, caballero andante, benefactor, corresponsal, etc. Opté, así, por mandar desde Manila telegramas y/o faxes a Rowena Dacuyan; a Jasmine Alfante; y a mi última y reciente “pen-pal” Divina Maraveles: las dos primeras en Cebú, y la restante en

Dumaguete, en la parte sudoriental de la isla de Negros, justo enfrente del ápice más meridional de Cebú, al otro lado del delgado estrecho. A las tres las he invitado a venir a verme. Pero empezamos por el principio. Rowena era una chavala interesante y de indudable pujanza erótica y vivencial, dentro de su feminidad. Desde nuestro primer encuentro en Cebú, durante mi visita en Navidad 1990/Año Nuevo 1991, o sea, hacía seis meses y medio, nos habíamos intercambiado cartas, fotografías y faxes. Por mi parte, le había regalado una suscripción a *National Geographic* y le había adjuntado en mis sobres varios billetes de cien dólares USA que le habían llegado perfectamente y venido de perlas. Trabajaba de recepcionista en un hotel de Cebú City y ello me prestaba la facilidad de disponer de un servicio telefónico y de fax de alguna garantía, dadas las circunstancias existenciales de la mayoría de los filipinos, más bien por el lado de la carencia. Rowena tenía veinticinco años y nada más conocernos me trasladó una indudable impresión de alguien con cierto conocimiento en las relaciones humanas. Ahora, en Manila y desde el Silahis, quise sostener mi cuota de influjo sobre ella por medio de un fax, enviado a las 09:48 del 22 de julio y en el que le decía que era un viaje por sorpresa mío al Far West y que no podía acercarme a Cebú; pero que, ¿por qué no venía ella a verme a Manila? (gastos pagados, por supuesto, etc.) Por cierto, que tengo literalmente apuntado en mis notas de a pie de acción: “Hasta este momento en que estoy escribiendo esto (13:30 del miércoles 24 de julio) no sé si se va [Rowena] a decidir a venir a verme”.

A Jasmine asimismo la había estado sirviendo muy bien durante todo este tiempo desde nuestro encuentro en Navidad 1990/Año Nuevo 1991. En varias cartas sucesivas le había ido incluyendo hasta un total de unos quinientos dólares USA, que era ciertamente una cantidad significativa. Jasmine se deshace en frases de agradecimiento en sus cartas pormenorizadas y puntuales. Me cuenta todo: su reacción y la de su familia cuando me presenté allí en su casa de Cebú; me pregunta si también he invitado a España a las otras “pen-pals” mías [¡menuda cuestión!]; me informa de que su padre está trabajando en Arabia Saudí (¡!); que aprobó sus exámenes y que por fin tiene el título de enfermera; que ha de decidir entre intentar trabajar de momento en un hospital y adquirir práctica o hacerse a la idea de viajar a España y estar conmigo; que le parece más oportuno y razonable quedarse por ahora en Filipinas trabajando y que en el futuro seguiría sopesando mi invitación a venir a España; que algún día espera poder conseguir la suficiente solvencia económica como para devolverme los cientos de dólares que le he estado regalando; me dice que le escriba a su padre, a Riyadh, Arabia Saudí, a la dirección de una compañía de perforación de petróleo... La verdad es que el correo en Filipinas era barato, en valoraciones occidentales, y también muy asequible para los filipinos. Las cartas solían tardar alrededor de doce a quince días, y por lo que yo había experimentado muchas veces y seguía experimentando, los envíos bien preparados conteniendo un billete o más de banco entre láminas de cartulina negra, habían llegado todos sin problema alguno. Mi correspondencia con

Jasmine fue fabulosa en cantidad y contenido, incluyendo en ella comunicaciones de su padre y de una hermana suya, Elena, que es precisamente la que me llama el martes 23 al Hotel Silahis para informarme de que Jasmine está trabajando ya de enfermera en un hospital de Cebú City, y que procuraría llamarme al día siguiente. Elena tiene una voz quebrada, delicadísima, azorada y tierna por teléfono. Ni me dio tiempo a preguntarle la dirección del hospital o “Infirmery” donde Jasmine se hallaba trabajando. Se le acabó el tiempo y sólo pudo decirme: “I love you”, y yo sólo pude decirle “I love you too”. Y en efecto, la amaba y acaso la siga amando.

Yo supongo que todo esto tal vez suene a estrambote sentimentaloides, pero ello no le quita ni un punto de autenticidad. A veces se requieren infinidad de procesos, de coincidencias, de instancias encontradas al azar en el espacio infinito de las categorías, en el buche de la memoria y de la proyección. Sí, a veces se necesitan miríadas y enjambres de manifestaciones del espíritu, jugando y combinándose entre ellas, permutándose, colisionando hasta acomodarse, siquiera un instante, en la experiencia de un alma para que se den trances tan espectacularmente hermosos y conmovedores como este que estoy relatando. Claro que la tal Elena, hermana mayor de Jasmine, y ésta habrían hablado y trajinado en incesantes especulaciones fabuladas sobre *mi* realidad; seguro que a través y a lo largo de tantas cartas ya cursadas y de tanto dinero ya enviado a Jasmine como regalo mágico de un fabuloso benefactor... Elena se habría forjado una noción más que

entitativa de mí como para protagonizar esta llamada desde ella misma; no ya *en nombre de* su hermana sino en el de ella misma, por cuenta y riesgo de sus sentimientos, de las señales de su corazón. Y en ese momento único, en ese taladro en el ser que supuso decirme “I love you” y de repetirle yo a mi vez “I love you too” quedó compulsivamente compendiada la razón de existir, la formidable dignidad, lacaya y majestuosa, mendiga y opulenta de la condición humana. Y lo más tremendamente tierno de todo fue el hecho de que para materializarme dicha llamada, Elena me dice que tuvo que desplazarse quince kilómetros desde Cantabaco, Lutopan (Toledo City) hasta el teléfono más próximo. A mí se me saltaban las lágrimas cuando se lo contaba a Gloria Pineda, pues lo curioso del caso es que las diferentes llamadas, las varias llamadas de Rowena [que finalmente no fue a Manila] y la de Elena Alfante se produjeron en mi habitación mientras pasaba el día entero del martes 23 con Gloria, prácticamente encerrado con ella desde las once de la mañana en que fue a buscarme, hasta las siete de la tarde en que bajamos a cenar, y vuelta a mi habitación a eso de las diez de la noche. Me agradó que Gloria conociera esa parte de mi vida privada, la que correspondía al trajín de las amistades por correspondencia. ¿Por qué, por qué –me preguntaba una y otra vez–, por qué la humana conducta suele rechazar sin más estos proyectos entre un hombre y una porción desconocida de virtualidad? De acuerdo con calificar de frívolo el supuesto programa de que un varón, yo en este caso, se dispensara cuotas de participación en la intimidad simultánea de varias mujeres,

para desistir a continuación de su aventura y abandonar dicho concernimiento hacia ese harén de féminas con perjuicio para ellas y sin detrimento para él. De acuerdo con que hay muchas maneras de hacer el felón, el descastado y el malandrín, y que dentro del brocado de que “el hombre es la medida de todas las cosas”, una de estas cosas puede ser, y es, que la historia del mundo está rebotante de estas anomalías, de estas quiebras de la armonía y de la compaginación concorde entre hombre y mujer. Pero se trataba de que yo me hubiera vaciado al completo; de que yo con Rowena, y con Gloria, y con Jasmine, y con la hermana de ésta, Elena, habría consumido hasta el tope de mis últimas reservas de hombría y de capacidad y se lo hubiera trasvasado a ellas, y, dada la realidad de las circunstancias, ninguna de ellas en justicia pura podría decir que hubiera tenido “un mal partido” o que hubiera hecho un mal negocio; las hubiera dado un hijo a cada una, si eso hubiese sido su proyecto. Aquí, curiosamente, es el hombre, el individuo concreto el que falla, porque el sistema no puede decirse formalmente que no sea capaz de consentir tal modelo. Fuere lo que fuere, el telefonazo de Elena me habría propiciado enamorarme del amor, que probablemente sea el estado de santidad más cercano a lo divino en que nadie pueda encontrarse. En sus insondables e infinitos recursos, la divinidad le ha permitido a la persona atisbar, siquiera de lejos, un paraje perteneciente al ámbito sin fronteras de la beatitud. Yo no me enamoré de Elena, yo me enamoré de su palabra; de lo que me dijo: “I love you”, y de lo que yo le dije a ella.

De Divina Maraveles no he sabido hasta el momento nada: parece la más endeble desde el punto de vista de la maniobrabilidad autónoma. Dice tener dieciocho años y que estudia en la Escuela de Enfermería de la Silliman University de Dumaguete. Es curioso que hasta este viaje mío de julio de 1991, y que ahora estoy relatando, sólo disponía de una carta que Divina me había enviado con fecha 24 de junio y que yo había contestado el 15 de julio, es decir el día anterior a mi marcha. Tratándose de alguien que ocuparía un lugar destacadísimo en mis relaciones con el Lejano Oriente [Divina conseguiría venir a mi casa en España años más tarde: de todo lo cual se dará en su sazón la oportuna cuenta], choca reseñar que fue ella la que escribió en primer lugar: “Obtuve tu nombre de las listas de gente que desean tener amigos”, me dice en traducción textual. No exactamente. Eso de “amigos” es enormemente elástico y difícil de armonizar la mayoría de las veces. Divina... claro que aparece en uno de los papelones de fotos de Jack West, pero en el escrutinio inicial que hice de toda aquella información, y tratándose de tal cantidad de caras, no me detuve en ella. Otra cosa es que, como creo haber dicho aquí y allá, una vez que entra uno en este juego de la correspondencia, el nombre de cada cual salta, vuela, rebota, se posa en multitud de ámbitos absolutamente impensables para el involucrado. Y eso es lo que ocurrió con Divina: que vio mi nombre en algunas listas multiplicadoras, que le llamó la atención supuestamente mi status universitario, etc., y que se decidió a escribirme.

Pero volvamos al Hotel Silahis que, por cierto, parece querer decir en tagalo “dispersión de los rayos del sol”, y cuyo parentesco con *celaje* salta a la vista. Los limoncitos verdes y pequeños que sirven en los restaurantes a veces los traen envueltos en una gasa para que al exprimirlos no les salgan las numerosas pipas. Le he dado una “call card” con mi dirección completa a una recepcionista, Emmeri Gain, preciosa niña que dice haber cursado tres años de “Asian Studies”. Ella y otras como ella incardinaban un tipo de eterno femenino inquietante, por lo remoto y cercano a un tiempo. Recordemos el caso de Mr. Saur, el norteamericano, en el Hotel Montebello, de Cebú; y también el del otro yanqui, el que en la terraza de junto a la piscina me miraba con aire de mosqueo porque yo canturreaba todas las melodías interpretadas por la orquesta: eran mucho mayores que sus novias y sin embargo encajaban en uno de los esquemas que funcionaban en la sociedad filipina para con sus jóvenes casaderas. Yo creo que tenía cierta ventaja, al menos sobre los ciudadanos USA, porque mi procedencia prestaba a los oídos de mi interlocutora de turno un regusto de exotismo. España era exótica y desconocida totalmente para la mayoría de los jóvenes. Un español con dinero y con ganas de ser sociable y generoso tenía más puertas abiertas con las mujeres que un yanqui en condiciones equiparables. A efectos conversacionales el simple hecho de ser europeo otorgaba mucha más materia de conversación interesante, por ignorada para la interlocutora, y un techo mucho más alto de expectativas. Empecé a tontear con Emmeri y me preguntó, entre curiosa y desafiantemente

insinuante, que si yo pretendía hacerla “my girl friend”. De buena gana le hubiera dicho que sí, aunque la verdad no recuerdo cuál fue mi respuesta. Una noche en el piano-bar “Bienvenida” reparé en una exquisita camarera, Edith. Le di de propina doscientos pesos –el dólar USA cotizaba entonces a unos treinta pesos, y el peso a unas cuatro pesetas– y le dije que me recordaba un poema, la rima XXXIV de Bécquer “Cruza callada y son sus movimientos”... que medio se lo traduje. Pasaba y pisaba con una sumisa elegancia, con una discretísima compostura tal, que me dejó impactado. Visten estas camareras una especie de blusa de color arcilla o crema marrón, con mangas anchas, como aletas, y una falda verde que por delante forma dos lóbulos redondeados, y que al andar, su natural abertura permite ver la pierna de su portadora hasta el arranque o comienzo del muslo. Le pasé a Edith un papel que ponía “You’re lovely. With all my true Spanish respect. I’d love to see you”. Dentro iba un billete de cien pesos: recordemos, cuatrocientas pesetas. Vi que se lo llevaba doblado y que en un aparte del fondo del local, detrás de la tarima del piano y de los músicos, lo leía con otra compañera. Luego se acercó a mí y con un remolineo suave de su mano derecha, por bajo, me saludó y se dio por enterada. Más tarde se vino a mi mesa y me dijo que tenía veintisiete años; y que también tenía marido y dos hijos: uno de tres años y el otro de diez meses tan sólo. Yo me despaché, creo que con mucha cortesía pero acaso también con algo de prepotencia: le dije que me encantaba su figura y su porte y que daría cualquier cosa por poder *estar* con ella. Y ella... –¿qué otra cosa podía hacer si yo

era el primero y el *foremost* en saber que su banda de maniobra era escasísima o nula?— ... me dijo que me llamaría [cosa que no hizo] y que se acordaría de mí siempre [cosa que ignoro, pero que es muy probable].

La cama de mi habitación 704 es doble con toda propiedad. Es un cuadrángulo de dos metros de ancho por un metro noventa de largo, por lo menos, pues ésta acaso sea la medida que se entiende por “king’s size”, “tamaño regio”. Caben dos personas con cierta holgura, y así lo pude comprobar cuando Gloria se quedó a dormir. La Bahía de Manila en la que se recuesta todo el Boulevard Roxas tiene fama de proporcionar bellísimas puestas de sol. Creo que contemplé una cuando vine con Julio Ganzo en 1983. El sistema de visitas en los hoteles sigue siendo de permisividad controlada: un supervisor a la salida de los ascensores de cada planta está al tanto de toda persona que accede. La esencia del sistema radica en que, siendo como son *dobles* las habitaciones, un cliente *individual* puede entrar a quien quiera. Es un sistema realista de las necesidades de la ciudadanía y sobre todo de los extranjeros. Otra de las cosas que me emociona de las mujeres es la línea rectísima que les forma el pelo suelto en su borde: algunas se dejan caer una crencha por delante y otra por detrás, parecido a una Y (i griega) invertida. La misma Gloria tiene un pelo precioso, larguito; ojos achinaditos más que nada cuando se ríe; labios gordezuelos y tiernos, y un aliento impecable.

La primera noche de llegar al Silahis le eché un polvo a una furcilla, una tal Jane; estuvo algo remisa a chupármela, al principio, y siguió remisa. Pero era mi primera intimidad en casi un mes (desde que estuve en Santo Domingo) y no hice más que penetrarla... y me corrí. Algo así me dijo ella... “You have not... for a long time”. El teléfono me ha dado algo de lata, ya que desde la habitación no se puede llamar directamente a fuera de la ciudad, y el tejemaneje con el Operador me ha sacado de quicio más de una vez con instrucciones erradas. Excepto para las llamadas locales aquí parece que no se estila eso de marcar un número... y ya está, sino que se entiende que siempre es “persona a persona”. Por eso me descomponía ante la insistencia de que: “¿Con quién quiere Usted hablar?” Un día tuve la evidencia de que en casos como el mío escuchaban las conversaciones, pues debido a la deficiencia de la línea y al hecho de que mi amiga Rowena Dacuyan estaba indecisa, irresoluta y algo tonta, tuve que repetir la llamada dos veces a intervalos de una media hora: la voz de la telefonista del hotel me dice: “You want Cebú? Again?”, como si hubiera estado al tanto de toda la charla.

A Vangie Cabato no llegué a verla nunca en persona. Se trataba de la niña que formaba parte de un grupo musical, y por lo tanto disponía de cierta flexibilidad, en términos comparativos, para viajar y moverse con relativa holgura. Esta condición itinerante de Vangie le prestaba un aditamento de curiosidad añadida, de pequeña exacerbación con la que yo encontraba debatiéndose a mi alma, pues si difícil y costoso era ya de por sí

trasladarse al Lejano Oriente a contactar con amigas... estables, más desazonador y voluntarioso era lo de querer echarle la red a una libélula cantarina que saltaba de país a país, aun cuando ello fuera sin dejar eso que latamente se entiende como Sureste Asiático. Por lo tanto, unas veces era la propia Vangie quien me escribía, y otras era su mamá Wilhelmina, sabedora y/o por simple adivinación intuitiva de que esta concreta amistad de su hija no era cosa de desperdiciar. Ni que decir tiene que yo les había suscrito a *National Geographic* de regalo. A la altura temporal de 25 de febrero de 1991, fecha de una carta de Vangie desde el Dynasty Hotel de Singapore –y como contestación a vuelta de correo de un fax mío enviado dos días antes– las cosas se habían aclarado en gran parte. Yo le había mandado en sucesivas veces unos cuatrocientos dólares USA, de los que Vangie me había acusado recibo en términos esperables de gratitud y reconocimiento. Me había hablado de sus deseos de hacerse una cantante de la suficiente entidad como para poderse mantener a ella y a su familia. Me había hecho llegar cantidad de fotos tanto de ella sola, sin más, con un micrófono en la mano y sobre el escenario, como con su grupo orquestal que recibía el nombre de Tux & Minks (es decir, “Smokings y Visones”). Vangie a todas luces parecía preciosa, nacida en 1970 y a punto de cumplir los veintiún años. Las cosas parecían que le empezaban a funcionar y así, en la citada carta de 25 de febrero me dice que de momento le es imposible dejar de hacer lo que está haciendo, es decir, viajar y cantar con el grupo; y que por lo tanto, que me agradece mi invitación de venir a España, etc., etc.

Ya digo que, por lo pronto, entre la madre y la hija existía una buena sincronización, lo cual me alegraba. A mí me era tan deseable que mis cartas (casi todas conteniendo un billete de cien dólares USA) las encontrase la hija como la madre, y si se me apura preferiría que el regalo fuese directamente a las manos de la madre; y que, por añadidura, ésta se enterase del texto de mis escritos, para que así tuviera la evidencia sobre quién escribía a su niña y qué le escribían, y así evitar conjeturas engorrosas sobre la personalidad de los “pen-pals”. Además, Wilhelmina puntualmente me hacía saber dónde se hallaba Vangie con la banda musical, al tiempo que me agradecía la llegada de *National Geographic* a la que ya dije que les había igualmente suscrito. ¡Ah!, se me olvidaba decir –y por supuesto, relativo a todas mis correspondencias– que en Filipinas para escribir las fechas se suele poner primero el número de orden del mes, luego ya el del día y el del año. Uno de febrero se escribe 2-1... seguido del año, lo cual puede despistar y de hecho despista para todas las fechas en que los días no pasan del número *doce* dentro del mes.

Bien. Salvado este escueto preámbulo que nos ha permitido colocar a Vangie en una cuadrícula orientativa, y siempre dentro de mi deseo de mantener mi presencia virtual en el ánimo de todas mis amigas, telefoneé a su casa de Cebú. La conversación deviene una tortura. La verdad es que esta gente se maneja mejor en inglés escrito que hablado. Primero se puso la madre; luego Cheng, una hermana, y tras ímprobos intentos y esfuerzos logré enterarme de que Vangie se hallaba de gira

artística en Abu Dhabi, o sea, en la parte de Península Arábiga que constituye los Emiratos Árabes Unidos. Bueno. La gestión estaba hecha, que era lo que importaba. Se trataba de mí, ejerciendo mi realidad a distancia, marcando influjo, proyectando el palio de mi concernimiento mediante el despliegue de mi voluntad y de mis recursos. Me sentía satisfecho de ir cubriendo mis áreas de compromiso. Lo que seguía en bondad al hecho de no poder estar en un lugar era dar noticia de la presencia de uno, como si estuviera diciendo: “No estoy en Cebú con vosotros, pero estoy en Manila, a una hora de vuelo y a tres o cuatro de podernos ver en persona en caso de necesidad”.

Respecto de Rowena, bien a sabiendas mías y mediando mi permisividad, creo que me la jugó: después de un tira y afloja molestísimo de llamadas telefónicas y de amagos de que quería venir a Manila a verme, pero que no tenía dinero –cosa irrelevante en este contexto específico, ya que el único dinero que requería era el que la permitiese conducirse a mi presencia, pues a partir de ahí nadaría en la abundancia– ... que no tenía dinero, repito, que no tenía a nadie que la sustituyera, etc., etc., después de todo esto me llama finalmente desde el aeropuerto (!), pues allí me dijo textualmente que se encontraba, la mañana del jueves para informarme de que todos los vuelos estaban llenos y de que tan sólo el de las doce del mediodía... “Bueno, no –le dije–, a esa hora en que tú deberías llegar debo yo de haber salido del hotel para la terminal internacional del aeropuerto; así que dejémoslo para otra ocasión”. Quedamos en que yo le mandaría un regalo a través del PNB (Philippines National Bank) y así lo

hice: cien dólares USA le fueron transferidos a su cuenta, al número que ella me había facilitado. Recuerdo que la funcionaria empleada del banco se atrevió a socializar un poco en plan confidencial conmigo, y me preguntó si la novia a quien le estaba enviando el dinero era bonita: “Oh, sí, ya lo creo; y estoy loco por ella” –dije yo. Me siguió preguntando si era yo turista y que si había visto a Rowena en persona: le dije que sí a ambas cosas, matizando de propina que Rowena no era tan atractiva como ella misma (que en verdad era atractiva), cosa que no se creyó pero que le agradó sobremanera. En lo relativo a que Rowena me llamara desde el aeropuerto Mactan de Cebú no hay nada chocante. La gente viaja en Filipinas de manera muy poco encorsetada en lo tocante a tiempos de espera, protocolos de reserva de plaza, etc. Para un vuelo tipo *shuttle* entre Manila y Cebú sé por experiencia que la gente se traslada al aeropuerto y adopta la modalidad de “stand by” como si se tratara de la cola de un autobús, sin más procedimiento que esperar a que salga un avión con plazas disponibles. Volando desde Manila y dentro de Filipinas la conexión tipo lanzadera “puente aéreo” con Cebú, de una hora de duración, es el enlace de más frecuencia del país. Para el lector que haya encontrado en el proceder de Rowena algo extraño, por lo de marcharse al aeropuerto sin más, le diré que no tiene nada de anormal. Otra cosa es que la guapa de ella se hallase bajo el influjo de un síndrome femenino de caprichosa inestabilidad.

El papel que emplea esta gente se nota que es reciclado y en las empresas públicas como Bancos, Hoteles, etc. se hace uso

de carpetas, tacos de hojas, etc. con rótulos escritos a máquina artesanalmente en vez de impresos de elegante y costoso formato, que es lo que solemos hacer en Occidente.

Bangkok, jueves 25 de julio de 1991. Despego de Manila a tiempo de llegar a Bangkok a buena hora e instalarme en el Manhattan Hotel, al que no había ido desde 1986. Pero antes de eso me pateé el aeropuerto durante una hora y media intentando enganchar una buena conexión para Jakarta. Estaba empeñado en no romper la secuencia del viaje y así dividir toda mi vacación en los tres tramos diseñados: Filipinas, Indonesia y Tailandia, sin cuñas intermedias. Pero no parecía estar a mi disposición semejante desarrollo. Quizás en este momento el lector suficientemente avezado en geografía (y si no, mediante la consulta de un mapa) podría preguntarse por qué no volé desde Filipinas a Indonesia sin más. El caso es que también me lo pregunto yo, y la respuesta no puede ser otra que la escasez de vuelos directos entre estos dos países, en comparación sobre todo con los numerosísimos existentes entre Tailandia y Singapur. Seguro que tuve que considerarlo, pero no tengo nada consignado en mis notas de viaje. Hacer el trayecto Manila-Bangkok-Jakarta-Bangkok parece, y en realidad es, menos operativo, más engorroso que el de Manila-Jakarta-Bangkok, con un ahorro de un veinticinco por ciento en los tramos. Sin embargo, y como regla general, una vez en Bangkok las combinaciones de ida y vuelta con Indonesia son mucho más frecuentes. Eso por lo que respecta a mi vuelo de regreso de Manila a Bangkok. También se me ocurre que, dado que mi

billete original era Madrid-Bangkok-Manila-Bangkok-Madrid, la desaparición del trayecto Manila-Bangkok podría haber causado un desarreglo en el esquema difícil de recomponer. Ya se sabe que las variaciones que consienten y que no consienten las tarifas aéreas es tema de alta especialización y de enojoso intrínquilis. Algo que también saqué en claro, más claro de cómo aún lo tenía, es lo que muchas veces se suele olvidar: y es que hacerte con un billete de avión por agencia es menos caro que obtenerlo directamente de las líneas aéreas que sean. Me dirigí a Thai Airlines para comprobar tan sólo que sin entrar en sutilezas me pedían unas ochenta y cinco mil pesetas por un billete estándar Bangkok-Jakarta ida y vuelta. Además de caro incluía una escala en Singapore; así que, aunque válida, la información resultaba absolutamente oficiosa. Tenía que volar, o bien con Garuda Indonesia, sin escalas, al día siguiente, viernes a las seis y cuarto de la mañana o esperar ya al sábado para volar también con Garuda, o ya al domingo para hacerlo con Lufthansa. Los de Garuda ya se habían ido del aeropuerto, pero los de Lufthansa tenían las oficinas abiertas y allí un thailandés muy competente me explicó, según él, todas las opciones: si volaba con Lufthansa al menos uno de los trayectos me costaba sesenta y ocho mil pesetas: él me hacía la cuenta en dólares USA, en bahts y en pesetas, cosa por otra parte fácil por el sistema de múltiplos en cuadratura que toleran casi a la perfección las tres divisas entre sí. Puesto que lo que yo quería era no haber tenido que salir del aeropuerto (tasas repetidas, transporte, alojamiento, etc.) y empalmar para Jakarta... y eso no era posible, opté por dejarlo

todo, continuar en Bangkok y decidir sobre la marcha. Acerté de pleno. Aunque se me dijo que al día siguiente, viernes 26, celebraban fiesta en la capital de Tailandia, y que acaso no funcionasen las oficinas, me arriesgué; me alojé, como dije al principio, en el Manhattan, Sukhumvit Road, y decidí agenciarme un billete a Jakarta por mis medios, y que en cualquier caso era independiente del mío original. Digo que acerté. Allí mismo los servicios turísticos del Manhattan me ofrecían un billete *return* a Jakarta por diez mil bahts. Pero me acordé de Diethelm Travel, de mis buenos amigos del viaje a Viet-Nam y Cambodia, y el viernes 26 me fui a ellos. Conseguí un billete por nueve mil cuatrocientos bahts, algo menos de cuarenta mil pesetas, lo cual no está nada mal para un vuelo de más de seis horas entre ida y vuelta, saliendo a las 11:35 de la mañana del sábado 27. Era una clara oportunidad de visitar Jakarta y de conocer al gran “Celestino” de Jack West, hombre que se me antojaba interesante. Así que en una jugada de fortuna ahorré casi diez mil duros porque además mi plan hubiera incluido hospedarme por una noche en el Airport Hotel, que a pesar del descuento IAPA que me hubieran hecho no habría bajado de diez o doce mil pesetas.

Me debí de dejar olvidadas en el Silahis de Manila las gafas de sol y me compré otras por seiscientos cincuenta pesetas. Las thailandesas me siguen fascinando. Fui corriendo al “Darling” que está justo enfrente del Manhattan. Saludé al carita de mono del señor mayor recepcionista y elegí a un tipazo de chavala –Nii me dijo que se llamaba– algo difidente y sosa

cuando quería. Comprendo que el “body massage” incrementara a ochocientos bahts (en vez de los seiscientos reglamentarios) el servicio. Se trata de que en una colchoneta neumática, enjabonada por todas partes, se tumba uno y la chica te frota más que nada con el pecho de todas las maneras posibles. La eché un polvo allí mismo en la colchoneta y así me relajé, listo para el masaje. Además de los ochocientos bahts de entrada en Recepción le di a Nii cuarenta dólares USA, y otros quinientos bahts; en total unas nueve mil pesetas, un regalo en comparación con cualquier otra cosa parecida pero nunca igual.

Hoy día 26 de julio, viernes, encuentro por la tarde hecha la cama de mi habitación, y encima de la almohada una orquídea, la flor nacional, la enseña floral de Tailandia. He visitado una de las “agencias de amistad” Thai que se anuncian en las revistas de uso turístico, que se regalan en cualquier hotel, sobre todo la *Out & About*, de formato grande. Tras los registros, pesquisas y comprobaciones que tengo que llevar a cabo para la composición de todas estas viñetas, ahora puedo precisar... sí, ahora puedo afirmar con total certeza que fue en uno de estos rotativos turísticos *Out & About* donde vi anunciado originalmente el Club de Anita Veluwan. La agencia de la que ahora estoy hablando está cerca del Manhattan, en uno de los *soi* de la misma mano. Por supuesto que no hice uso de sus servicios ni mucho menos, pero sí me supuso suficiente interés informarme sobre su funcionamiento. Hay que pagar mil bahts para hacerse socio. El establecimiento propiamente dicho era una especie de camaranchón, almacén o trastero que daba a la calle, y regentado

por un hombre. Un vídeo estaba siempre puesto, mostrándose sobre una pantalla de televisión y pasando chicas, se supone que con sus identificaciones y nombres y claves, una vez que hubiera uno accedido a la membresía. La cuota de los mil bahts anuales permite mirar los vídeos durante quince horas por semana, sospecho que las mismas horas de funcionamiento de la agencia; y por cada cita primera con cualquiera de las chicas que uno hubiese elegido después de repasar el vídeo, había que pagar mil quinientos bahts. Comparado con el negocio de la señorita Veluwan esto parecía más arreglado y menos secretista. La vez pasada, por Navidades, sólo se anunciaban *dos* agencias o Clubs; ahora ya son cuatro. Se ve que la tendencia se va consolidando, aunque aquí parece que la dignidad selecta de la mujer thai hay que pagarla, porque los precios se acercan a las tarifas europeas y desde luego son más elevados que lo que indudablemente serían para los filipinos (inexistentes, que yo sepa, por el momento, para esta modalidad). El sistema filipino ya hemos visto que se reduce a que cada cliente pague por la información básica a la agencia norteamericana y luego que cada cual se las apañe como pueda. El método thailandés es más directo, si bien hay que acometer todo el procedimiento estando ya uno en el país como primera providencia, cuestión que en mi caso se daba por entendida ya que Bangkok en cualquier supuesto era lugar de contacto de ida hacia, o de vuelta de, cualquier destino del sureste asiático. En la agencia que visité en Bangkok y a la que me he estado refiriendo había un australiano, un chico joven, bien parecido, que me dijo estar esperando a una chavala

concreta de las mostradas por el vídeo. Le deseé suerte porque por pitos o por flautas ninguna de estas cosas resulta fácil por las buenas.

En el aeropuerto de Bangkok a uno de los limpiadores con fregona de flecos largos le vi abanicar el suelo húmedo con un cartón grande a modo de aspa. En el restaurante del Manhattan observo una vez más que el sistema hotelero en estos países está montado en el hecho de disponer de muchos empleados, sirvientes (eficientes, discretos y corteses) llevando y trayendo a, y desde la mesas, cualquier utensilio, plato vacío, chisme o adminículo del que ya se ha hecho uso y sólo está ocupando espacio. Las habitaciones están limpias: además de los aspiradores convencionales se usan unas escobas en forma de cola de pavo real desplegada, digamos de unos ciento veinte grados de circunferencia. Deben de estar hechas de ramas de algún árbol acondicionado para tales menesteres. El trolley con ruedas me ha ahorrado, me está ahorrando algún esfuerzo. Es siempre de considerar el llevarlo, sobre todo cuando se viaja con un solo bulto como es el bolso filipino mío. Hoy día 27 en el comedor del Manhattan, a la vista de un nuevo pelotón de camareras se me ha hecho evidente por penúltima vez la esencia de la belleza y de la vida; y del estrechísimo maridaje entre ambas cuestiones. Eran dos las camareras que me han propiciado la degustación del bocado de la melancolía; que me han demostrado que si la felicidad existiera sería cuestión de reunir en pedacitos durante toda la vida la mayor colección, el más completo alijo de trozos de felicidad. Supuesto que la felicidad

no existe, no queda más que una vocación trópica, indefinida en su duración, de la esperanza. Traigo aquí a cita las quizás menos de cien páginas primeras del libro de Ausencio Rodríguez *Síntesis de un nuevo sistema de filosofía*, donde el tema de la felicidad es como un constante resorte que desde los primeros acentos le impulsa al lector a seguir el razonamiento del autor, embarcado en un decurso novelesco tipo “what happens next”, sólo que en clave filosófica. Un meritísimo trabajo el de nuestro cura, y al que, y aun a sabiendas de no estar preparado para tal lectura (por incapacidad personal, por supuesto) espero algún día dedicar todo el tiempo que sea. Así creo cumplimentar la condición de amistad que nos ha unido. De manera que la contemplación de las camareras thai esta mañana del 27 de julio en el comedor del hotel Manhattan de Bangkok me ha transferido el pensamiento a la obra y a la persona de Ausencio Rodríguez García, sacerdote filipense de la Congregación del Oratorio y, ante todo, filósofo. El poema-rima de Bécquer “Cruza callada y son sus movimientos”... repito que es la creación literaria que más veces ha advenido a mi conciencia cuando contemplo el discretísimo estilo de deslizamiento levitante del andar, del desplazarse de estas mujeres thai. No he visto aún a ninguna correr, apresurarse. Tampoco a las filipinas. El traje que me he encargado en Bangkok me va a costar cien dólares USA justos. Para ahorrarle trabajo al sastre, se lo he hecho “copiar” del azul marino de verano, uno de los muchos que me confeccionara Ramón Naz y que me había llevado para este viaje. [El traje resultaría una preciosidad, con forros esmerados y toda suerte de

bolsillos auxiliares; color ceniza tirando a azulado suave]. Este sastre tenía su establecimiento allí, en un aldeaño o local anejo al hotel. Recuerdo que denunciaba con convicción y con cierta vehemencia los anuncios disparatados de ofertas imposibles de cumplir que aparecían en cualquiera de las revistas y revistillas para turistas, en las que por los mismos cien dólares USA que me había costado lo mío, ofrecían unos cuantos pantalones y unas cuantas camisas más, rozando la total incredulidad del posible comprador. ¿Entonces –le preguntaba yo– por qué se anuncian impunemente todos estos establecimientos en infinidad de sitios? El hombre contestaba no saber; simplemente, machaconamente se limitaba a repetir: “They can’t make it, they can’t make it”. Y era cierto. Hay cosas que apuran tanto los supuestos de lo posible que acaban por despenarse, sin pudor y sin más miramientos, en el hueco de la impostura y de la sinrazón. Siempre según mi sastre, el cliente presunto que, atraído por la sin par oferta, se acercaba al lugar en cuestión a encargar el lote, recibía sin más la negativa para tal encargo. Probablemente, en cualquier caso, algo pediría, algo compraría, algo se llevaría, acercándose lo más posible a las cotas inalcanzables de la original oferta. Veamos algunos ejemplos de anuncios en tal vez la revistilla de más difusión entre turistas, *This Week*, agosto 4-10, 1991: Por 147 dólares USA la empresa President International ofrece el siguiente servicio de caballero: tres trajes enteros; un traje de recepción; dos chaquetas; tres pantalones; seis camisas de seda; cinco corbatas de seda; un kimono de seda, advirtiendo, además, que no hay engaños en dicha oferta, “no gimmicks”. He elegido

el primero de los muchos anuncios de la revista, todos parecidos, con ligeras oscilaciones. Todos ellos dando toda clase de señales, de planos pormenorizados de la localización de la tienda, teléfonos, etc. Claro que no es cuestión de incorporar aquí, en este relato mío, la transcripción de los numerosos ejemplos que ocupan otros tantos espacios en todas las publicaciones turísticas al uso. La verdad es que cosas así aturdían y fomentaban el desmadre del criterio. Ya lo hemos dejado dicho en otras ocasiones: una buena parte de la población asalariada en Thailandia estaba dedicada a labores de costura. Cualquiera de estos establecimientos que anunciaban confección disponía, el que menos, de talleres con 30-40 asalariados que por poco dinero trabajaban una media de doce horas al día, seis días por semana. La cosa era lacerante, sangrante. Todo el mundo tenía en la cabeza la tremenda descompensación entre los salarios por hora trabajada de los orientales y de los occidentales; de la aguda subida de precios que significaría la reclamación por parte de todos estos cientos de millones de habitantes del sudeste asiático de salarios acordes con un mínimo de justicia global, no digamos equidad. Sí, todos nosotros, ciudadanos pudientes del prepotente hemisferio occidental teníamos eso en la cabeza, pero no era cuestión de intentar ni pretender hacer subir el nivel de toda el agua de los océanos con el aporte de una sola gota. Y eso parecía ser el caso. A menos que uno se hubiera acercado a cualquiera de estas tiendas y le hubiera dicho al responsable: “Como sé que este mismo trabajo que Usted me va a prestar costaría tres o cuatro veces más en mi país... pues le voy a pagar a Usted tres o

cuatro veces lo estipulado”. Ya sabemos que la especialidad de estos servicios de confección, además del precio atractivo, y siempre dentro de las cotas de lo posible, radicaba en la rapidez proverbial. Los virtuales clientes se extrañan invariablemente de entre la legión de turistas que habían caído por casualidad frente a la sastrería que fuere, y que, teniendo que salir del país, por lo menos de Bangkok, al día siguiente, supeditaban la aceptación de la oferta a la entrega de los trabajos en el tiempo récord de unas horas. Pero, en fin, las cosas tenían un límite..., límite que el sastre encargado de hacerme el traje me trazó en los términos y en la manera que quedó indicada.

Ayer comí el mango que me regalaron en el hotel Silahis de Manila. Creo que cuanto más maduro, más digestivo, menos hilachoso y de mejor gusto. Tiene un hueso como la lengua de un perro o como un pequeño calzador. Hasta ahora este viaje lo estoy llevando mejor que ninguno en cuanto a cansancio y efectos de demolición y agotamiento tanto físico como mental. Desde luego es recomendable viajar por el día y desdeñar las sandeces de los viajes de noche. Viajar de noche supone no descansar esa noche ni tampoco el día que le sigue, por el cansancio desajustado y perturbador acumulado en el viaje nocturno. Los viajes largos en los que se implican varios husos horarios son penitenciales, altamente perjudiciales para la organización de las constantes biorrítmicas del viajero. Se recomienda descansar veinticuatro horas en casa con anterioridad al viaje; es decir, acometer éste con el máximo de defensas. Pero claro que todo esto en la práctica puede servir de muy poco. En

mi caso las condiciones psicológicas priman sobre cualquier otra consideración. En mi caso que es, claro, el que más me interesa, el desarreglo con el movimiento del intestino me acarrea serios trastornos, exacerbados directamente por el atropello de horas y el descabalamiento de funciones acordadas por costumbre. Pues no por capricho ni por ocurrencia existe la bien trabada tradición, mantenida a tenor de los detalles específicos de raza, cultura, etc., de que el tiempo dedicado al cuarto de baño constituye un ritual de señaladísima primacía en el quehacer de la persona. Cuando todo esto que voy diciendo se proyecta y se encaja en la realidad de que estos grandes viajes míos los realicé a punto de cumplir, y una vez ya bien cumplidos, los cincuenta y cinco años, creo que adquieren toda su persuasiva significación los temas sobre los que estoy divagando.

En Jakarta han construido un aeropuerto nuevo, mucho más lejos del “downtown” que el anterior que yo había visto en 1983; y consiguientemente también cuesta más, tres veces más exactamente, unos veinte dólares USA el traslado. Ésta es mi segunda visita al país. Así, como principio general, yo siempre buscaba hoteles pertenecientes a IAPA que, al menos sobre el papel, ofrecían siquiera pequeñas ventajas sobre los demás a los miembros de dicha organización. El Hotel Indonesia tiene todo ocupado y decido marcharme al Kartika Chandra, en la Jalan (calle) Gatot Subroto, y que parece tener gusto más... indonesio, más nativo. Quedamos en que esto era el 27 de julio de 1991. A las cuatro y media de la madrugada del día siguiente un almuédano cabrón me desvela con su llamada a los rezos, que

bien podría guardar para él y no difundirlos sirviéndose de los potentísimos amplificadores que le presta el progreso desde uno de los muchos minaretes que tiene Jakarta. Por supuesto que todos los días vamos a tener la misma historia. ¡Ahí va, pues es verdad! –me dije yo. Resulta que Indonesia es mayoritariamente de religión musulmana. Confieso que esa fue la primera vez que dicho detalle del islamismo tomó cuerpo en mi conciencia. Confieso que hasta ese momento yo no había considerado ni en broma ni en serio lo del islamismo. Naturalmente que yo había visitado con anterioridad comunidades y países cuya religión, cuando no oficial y absoluta, sí que era por lo menos predominantemente mahometana. En Marruecos, Argelia, Malí y Níger había estado yo en 1969. Luego seguirían Turquía, Egipto, Senegal, Maldivas, Jordania... Por supuesto que me había expuesto al islamismo con la visita a todos estos lugares del planeta, pero... ¿cómo razonarlo?..., yo no había sido consciente de ello, porque creo que en dichos casos era más la dinámica externa la que primaba sobre toda otra realidad; era la aventura general sustentada por el contacto con el país, con sus superestructuras proyectadas como un todo sobre un espectro de valoración ecuménica... lo que predominaba en mi conciencia; en el hecho de estar yo allí y de moverme, de pasar de un sitio a otro, de tomar notas, etc. Era, en una palabra, la peripecia espiritual más externa y diluida en parámetros sociales. Y ahora en Indonesia se resaltaba lo cercano, la vivencia de persona a persona, más que la relación entre persona y medio, entre individualidad y ámbito. El concepto hecho realidad de “lo

islámico” reconozco no sin cierta perplejidad que se me hizo aparente a partir de este viaje a Indonesia, muy cerca ya de mis cincuenta y cinco años.

Siempre siguiendo la información de Jack West en sus directorios fotográficos, de las tres potenciales “pen-pals” indonesias a las que me había dirigido un año atrás, una era “muslim”; la otra, católica; y la tercera, budista. Había hecho esa cala en los tres credos con toda intención, si bien ninguna de ellas había contestado. [Tiempo de sobra me quedaría en Jakarta para comprobar todos estos extremos] Y aunque no sea objeto de los relatos pertenecientes a este ciclo, años más tarde en Granada (España), concretamente a partir de 2001 iniciaría una relación polivalente, multifrontal con cuatro hermanas marroquíes (de las cinco que constituían la totalidad de las hijas de la misma familia) que espero que motiven con justificado peso literario mi incumbencia con ellas. Sí puedo asegurar ya desde ahora mismo que “lo islámico” es una de mis experiencias más catalogadamente específicas, más separadamente distinguibles de cualquier otra experiencia con mujer. Pero, una vez más, lo resaltablemente reseñable aquí es que ninguna de las instancias hasta este momento con marchamo musulmán –mucho menos las menciones identificativas de Jack West de muchas de sus fotografías– habían significado nada para mi conciencia. Fue la saeta del maricón del almuédano santón a las cuatro y media de la madrugada del 28 de julio de 1991, desde un minarete de los muchos que hay en Jakarta, lo que trajo a concernimiento directo, y ya para siempre, el tema del Islam. Acababa de descubrir que

Indonesia era mayoritariamente musulmana y tenía que pechar con esta gaita que hasta el momento sólo se me había evidenciado por los rezos del muecín, en colisión frontal con mis ganas de que no me perturbasen en esas horas de cama. Me enfrentaba, eso sí, sutilmente al islamismo; al islamismo fuera de los países y lugares que tradicionalmente se han tenido, y con toda razón, como cuna y alojamiento del islamismo: Arabia, África, Cercano Oriente... Pero ¿Indonesia? Pues sí. Indonesia, en el momento en que esto escribo con más de doscientos veinte millones de seguidores del Corán, y en la época a la que se refiere la narración sólo unos ciento ochenta..., Indonesia es el país donde más musulmanes viven del planeta entero. Islamismo un poco rebajado, si se quiere; un poco *sui generis*, pero Corán, y muecín, y alminar a la postre. Menos mal que esto de las religiones suele ser un aspecto más bien privativo de cada Estado y hasta de cada persona, y que las relaciones financieras, de negocios, de transacciones, de mercadería, de contaduría, de comercio turístico, etc. obviamente se rigen y ejecutan con arreglo a parámetros y algoritmos internacionales carentes de vitola ideológica. Así, más o menos, discurría mi mente al comienzo de aquella primera jornada en Jakarta.

El servicio doméstico en los hoteles está desempeñado por muchachos y muchachas indistintamente, ya que cualquier actividad en estos lugares tan superpoblados se lleva a cabo por quien sea, sin remilgos. Hoy día 29 de julio encuentro que están haciendo mi cuarto dos muchachitas, dos “trainees”, estudiantes de escuela. A una de ellas le explico un poco la geografía y la

historia de España, con relación al Islam, puesto que me dice que ambas son “muslims”.

Pero en fin, una vez más o menos asentado y recuperado del viaje, mi cometido primero y principal era conocer personalmente a Mr. Jack West, con el que, como dijimos, yo estaba relacionado a través de la correspondencia y de mis peticiones de algunas de sus listas, desde hacía ya casi un año completo. Tendremos a partir de ahora variadísimas y sorprendentes ocasiones de traer a la persona de Jack West a mis páginas en razón de tantas y tan peregrinas interferencias y ocurrencias que yo... compartí con este hombre. Pero quede dicho desde este preciso instante, a manera global, que este Jack West constituyó uno de los contactos personales más sugestivos de toda mi vida. Si digo que mi trato con él alcanzó cotas de amistad, tal vez erraría; pero el caso es que nuestro campo de intereses y procederes contaba con el formidable común denominador del disfrute de la aventura, del encuentro con mujeres exóticas desde la atalaya apreciativa de nuestro patrón occidental. Nuestro contacto duró ocho años justos, y si acabó diluyéndose en los imponderables de la imposibilidad, su mejor crédito es certificar que estuvo sostenido a través y por encima de numerosas vicisitudes por nuestra invariable solvencia respecto de cuestiones de intimidad sexual para con las miríadas de chicas a quienes Jack en alguna forma representaba y aireaba ante un incontable público.

Al tiempo que le hacía una nueva petición de material, y en mi carta de fecha 10 de mayo, tuve necesariamente que

explicarle la suerte que había corrido con las personas y las direcciones de Manila y Cebú suministradas por él, durante mi viaje de Navidad 1990-Año Nuevo 1991. Fechada el 1 de junio de 1991, y recibida por tanto antes de emprender el presente viaje, Jack me escribe una carta muy profesional y muy expresiva. Me traslada su pesar por el hecho de no haber podido yo contactar con Juliet Opena y con Elma Rosella, ambas de Manila. Admite que el tema de las direcciones es hartamente inestable, sobre todo tratándose de chicas dedicadas a vender mercadería en la calle. Me pregunta por el paradero de Descora Suan, la hermana de Marilou y casada ya con un yanqui. El propio Jack me lo especifica: “She [Cora<Descora] really wanted to go to the USA”. Ya advertí que de ninguna de las tres chicas indonesias contactadas –mahometana, católica y budista respectivamente– había yo recibido señales de vida. Me dice Jack que no les mande dinero; en todo caso un dólar USA para la materialidad del franqueo, pero nunca los veinte dólares USA que de entrada adjunté en bloque a cada una de mis primeras catorce potenciales “pen-pals”. Jack West era un titán del menester en que se desenvolvía y con el que oficialmente se ganaba el sustento; pero al mismo tiempo incurría en carencias de conocimiento y de criterio que daban al traste con ciertas apreciaciones y valoraciones sobre cuestiones relevantes. Su enorme mérito, la cualidad que le prestaba credibilidad de primera mano era la de estar allí, *in situ*, a pie de gestión, presente en el lugar de los hechos, y no como la mayoría de las agencias de intermediación que tenían sus bases cómodamente en los USA y desde allí tan

sólo manejaban virtualidades. Hasta ahí las credenciales de Jack le hacían incomparable con cualesquiera que pudiesen, siquiera teóricamente, competir con él en los temas del caso. Ahora bien, yo estaba en total desacuerdo con lo de no mandar dinero. Jack era justo diez años más joven que yo; así que cuando él me escribía esto estaba en sus 44-45 años, y a tales latitudes de la vida la mencionada diferencia de edad cuenta. Mi única posibilidad de suscitar curiosidad y/o interés en cualquiera de aquellas chavalas veinteañeras era mediante el reclamo de la rumbosidad; sobre todo porque era un proceder que podía permitirme y que no mermaba en nada la economía de mi nivel de vida, mi calidad de existencia. Pero tal vez la carencia menos salvable en la personalidad de Jack, y siempre hablando de su desempeño en los asuntos que estamos tratando, era su ignorancia de Thailandia. Jack no había puesto los pies en Thailandia, y todo lo que decía o creía saber lo sabía, claro está, por las partículas móviles en el éter de la información, de la prensa, la radio, la televisión y todo lo que constituye esa vaga y engañosa participación de todos en lo de todos, en virtud de la globalización a que el progreso técnico nos ha llevado, queramos o no; nos haga falta o no. Esta carencia de Jack en lo relativo a su conocimiento de Thailandia inoculaba cierta inhabilitación a los muchos y muy variados, marchosos y pormenorizados escritos-circulares a sus clientes, con información precisa sobre todo lo que humanamente pudiera interesar a los compradores de su mercancía. Jack era un gran profesional que, aun en los periodos más exacerbados de postración y de dificultades con su vida,

hacia gala de unos fundamentos prácticos de ciudadano proveniente de la cantera de aprendizaje en la que los USA hacen trabajar a todos los súbditos que lucen su pasaporte, aun los más desposeídos de credenciales de buena reputación. Simplemente Jack conocía Filipinas, Indonesia y Singapore; y desconocía Thailandia. Y he aquí que precisamente Thailandia constituía por sí sola una categoría aparte, si no muy distante sí absolutamente bastante distinta. Sobre esto de los paraísos terrenales para hombres emprendedores y deseosos de aventura, cuando se trata de mujeres hay que esperar lo peor; hay que esperar las mayores distorsiones gratuitas, las mayores vulneraciones de lo simplemente verdadero por lo falso, por lo infundado. La condición humana encuentra alivio, consuelo, en denigrar aquello que por poquedad de la persona se le presenta inalcanzable. Sobre estos temas concretos de la relación/búsqueda hombre-mujer se han perpetrado y se seguirán perpetrando las mayores y más lacerantes mamarrachadas mendaces. Y se preguntará uno: ¿Y por qué? Lo he dicho antes: por la inconsistencia de la condición humana, a la que un pecado original, el que fuere, y cometido por quienes fueren, ha mermado las perspectivas de grandeza de ánimo a la persona.

En lo relativo a mujeres Jakarta es un cero a la izquierda en comparación con la media docena de ceros a la derecha de Thailandia. Recuerdo a aquel desgraciado... no le distingo bien en detalle, sólo sé a ciencia cierta que un viajero, un... ¿nativo indonesio? en nuestro regreso de Bali, ya camino de Singapore, y que al tocar en Jakarta nos dijo a Julio Ganzo y a mí que aquél

era el sitio para el emporio del sexo, la capital del país; que los ocho millones allí compactados se prestaban a los más intensos y más espectaculares rendimientos de descubrimiento y aventura. ¡Mentira! ¡Putita mentira! ¡Absolutamente falso! Y si la comparación, en vez de establecerla con Bali, de donde procedíamos, la hubiésemos establecido con Tailandia, entonces ni siquiera habría cimiento para la comparación. Tailandia ofrece sexo selecto, sexo transcendido de arte, que escarba en la profundidad de las raíces de una cultura de servicio y –en cierto modo– compasión por el “farang” o extranjero. El sexo en Tailandia puede acomodarse a los sentires y a las expectativas de cualquier pretendiente, desde el más abollado y miope hasta el más exaltadamente espiritual, artísticamente sibarita o especialista estético. El sexo en Tailandia nunca ha de darse por sabido, aunque esa es la argumentación del lisiado mental que no está a la altura de la vivencialidad.

Pero vayamos a encontrarnos con Jack West después de estas digresiones. Yo solía llevar siempre un bolso de mano, japonés, de tela como de seda, de esos susceptibles de agrandarse o encogerse mediante la instrumentación de las correspondientes cremalleras. Me lo había comprado años atrás en Londres y me seguía sirviendo por lo poco que abultaba cuando vacío, lo mucho que podía contener cuando lleno y la gran resistencia del tejido de que estaba hecho. Llevaba yo entonces en Jakarta un plano de la ciudad, una toalla pequeña y un neceser de urgencia. El calor húmedo se hacía sentir por demás en los coches, en los taxis, cuya tapicería de plástico o sucedáneo de cuero constituía

un tormento para las posaderas. Sin embargo, los muy cucos de los conductores se sentaban sobre una alfombrilla de esas hechas de bolas de madera o del material que fuere, para así no reposar el cuerpo en el asiento. Claro es que para eso estaban las criaturas la tira de horas trabajando, quién sabe por qué miseria de sueldo. La toalla me servía para estos menesteres. Recuerdo que los taxis no eran caros, en general. Ahora bien, tal vez sobre la base de que no eran caros los conductores se permitían unos rodeos considerables. A veces el usuario necesitaba un traslado de un kilómetro en línea recta; pero dado que alguna de las autovías elevadas se interponía no había más remedio que conducir hasta el cambio de sentido más próximo, que solía prolongarse varios kilómetros. Con el tiempo, y en caso de que existiera la interrupción de alguna autopista, se le pediría al taxista que le dejara a uno frente al punto deseado, ya que los pasos elevados para peatones no distaban tanto entre sí como los cambios de sentido para vehículos.

Conforme me iba aproximando a la casa de este hombre, qué duda cabe de que mi conciencia se iba asimismo disponiendo para lo que entonces fue y más adelante seguiría siendo una de las vivencias más frondosas. Decir que aquella parte de Jakarta estaba espesada de gente es ocioso, ya que la isla de Java es uno de los territorios con más densidad de población del mundo, y dentro de Java la capital de la nación abunda en lo mismo sólo que con más intensidad. Abigarramiento de gente y profusión de puestos y tenderetes es lo típico del sudeste asiático. Precisamente crucé por un... una especie de mercadillo y al

preguntar a un hombre por la localización de las señas de Jack West, se adelantó a mi indagación y me dijo que si lo estaba buscando. Me vio extranjero, más o menos eso que se entiende por blanco/ario y coligió sin duda que lo buscaba. Me dijo sonriente: “Ah, Mr. West?”, al tiempo que me señalaba una vivienda cercana, porque el hecho es que ya me encontraba yo a menos de cincuenta metros del domicilio del americano. Su casa, creo que de madera, modesta, tipo semi palafito, con unas escalerillas conducentes a la terraza o plataforma desde la que se accede al interior. Vi a una mujer, nativa, joven, de unos treinta años, acaso menos, allí en el patio o parcelita enfrente de la edificación; lucía una coleta grande y llevaba un niño encima, de alrededor de un año. Era Liza, la mujer de Jack. Al verle yo a él, sentado, semi tumbado en una hamaca... pues, digamos, no había duda; en estas ocasiones, y salvadas las identidades, uno reproduce incesantemente el encuentro entre Stanley y Livingstone. “You are Mr. West, I suppose” –le dije, y desde aquel momento hasta no más de pocos minutos transcurridos puedo decir que nuestras conciencias rellenaron allí, a lo vivo, ya con concreciones, el año que habíamos estado comunicándonos – cliente y proveedor– por carta. Mr. West es un tipo decididamente curioso y al mismo tiempo –tal me lo pareció y me lo siguió pareciendo a través de los años– un gran profesional. Tiene barba y representa unos cuarenta y cinco años. Dice ser de Cincinnati (Ohio, USA), divorciado y con un hijo de catorce. Encarna el hartazgo del hombre occidental ciudadano de la mayor potencia sobre la tierra, USA, respecto de la mujer

liberada y mandona. Su caso es paradigmático. Su compañera actual, Liza, es una javanesa morena y bonita –ahora me vuelvo a fijar ya más de cerca– de cara redonda y que le ha dado dos hijos. Parecen vivir en armonía. Mr. West habla muy en americano pero se le entiende bien, con un tono uniforme. No se sulfura, y en su estatismo de gestos es suficientemente expresivo. Tiene un golpe de risa entre explosiva seca y como de tos, que es lo más estentóreo que se permite cuando se trata de celebrar algún golpe de conversación. Como era un poco antes de media mañana, le acompañé a que hiciera su desayuno/comida allí cerca, en un como tascucio, merendero, chiringuito, todo a lo indonesio. Jack –pues ya nos habíamos empezado a llamar por nuestros nombres de pila– se enjaretó entre pecho y espalda, comiendo a medias con el tenedor y con los dedos, un plato de arroz y de pollo, amén de algo parecido a rodajas de pescado o emparedados de carne y/o de verdura con cereales. Se tragó dos jícaras de refresco. Todo por algo así como 125 pesetas, unas 2.050 rupias, un poco más de un dólar, ya que en ese momento 1 dólar USA equivalía a 1.950 rupias. Una delicia verle embaular, sin preocuparse luego de lavarse los dientes y sin haberse preocupado antes de lavarse las manos: ¡bah, pamplinas!, pensaría. Además de su labor de “recruiting pen-pals” y no sólo para particulares sino también para mayoristas como “Asia Presentation”, dice dar clases privadas de inglés, sobre todo a japoneses que viven en buenos pisos en el centro de Jakarta. Jack aseguraba estar en posesión de un B.A. universitario (o sea, el equivalente de lo que entendemos en España por Diplomatura) en inglés, aunque a las primeras

rondas de trajinar por la calle, como se verá, y ante algunos casos de conveniencia de entenderme con los nativos, estando yo en compañía de Jack, éste demostraría no saber prácticamente nada del Bahasa Indonesia, a pesar de llevar residiendo varios años. Jack era perdidamente torpe e inútil para los idiomas. Pero bueno, él sabría lo que hacía, mejor que nadie. Por el hecho de ser angloparlante a él querían entenderle todos, aunque Jack mostrara poco interés por lo que los nativos decían en su propio lenguaje. De regreso a su casa para despedirme de su mujer seguimos hablando Jack y yo más distendidamente cada vez sobre los temas de las chicas, de sus identidades, de las posibilidades de entablar una relación personal más acuciante una vez producido el encuentro. Jack descubrió en mí un caso excepcional de aventurero del espíritu. Me contó muchas cosas sobre sus amistades anteriores en Filipinas; sobre la fragilidad poco fiable a veces de las direcciones facilitadas por las chicas. Me sacó cuatro o cinco bloques de cartas, pues él, al tiempo que proporcionaba direcciones al resto del mundo, también se seguía escribiendo con un buen número de criaturas de Filipinas y Singapore sobre todo. Lo de Singapore hay que aclararlo. Jack estaba emparejado con una indonesia, que por ser musulmana [ya veremos más adelante los variados desarrollos y secuelas de dicha particularidad] probablemente, casi con toda seguridad, le habría inducido al hombre a contraer con arreglo a las leyes o costumbres del Corán. Sin embargo, para la ley civil Jack no parecía poseer la residencia oficial definitiva en el país, y por lo tanto cada cierto tiempo (no recuerdo si me dijo cada año) estaba

compelido a abandonar Indonesia y entrar de nuevo para así hacer que los plazos comenzasen una vez más a correr desde un principio. La ciudad-estado de Singapore se prestaba a esto a las mil maravillas. Jack, en efecto, creía en la institución de la amistad por correspondencia; la vivía; vivía de ella como fabricante y como consumidor de su propio producto. Con mucho, lo más relevante de ese momento de mi estancia en Jakarta es la conexión con Jack y la indudable percepción por parte de éste de que yo estaba allí para llevar a cabo el más ambicioso de los *desiderata*, el de conocer personalmente, y una por una, a todas mis corresponsales, cosa que para él, como me confesara, resultaba sobresaliente en extremo. Porque, efectivamente, cuando uno va al diccionario a comprobar el significado de *pen-friend*, el elemento más decisivo inserto en la definición es el de que tal amistad por correspondencia suele implicar que *nunca* se llegan a encontrar los corresponsales. Jack se había topado con un hombre diez años mayor que él, pero que compartía enteramente todos los decálogos y leyes menores que pudieran existir, que pudieran haberse formulado desde el comienzo de la historia del mundo sobre la captación, percepción y compaginación con nuestra otra orilla, nuestro complemento, nuestro imán: las mujeres. Y resulta que en esta parte del mundo las mujeres virtualmente accesibles significaban un colectivo de muchos millones, y daban pábulo a toda suerte de expectativas y conjeturas, posibles e imposibles, por parte de otros colectivos no menos numerosos de varones occidentales que miraban a este

sudeste asiático como la despensa de donde extraer un tipo de alimentación distinta de la estomacal.

El día 28 de julio, caluroso y húmedo, habíamos pactado Jack y yo dedicarlo a visitar “pen-pals”. El hermano de Liza, Del, o sea, el cuñado indonesio de Jack, como guía indispensable e intérprete de lo más elemental e irrenunciable, ya que, como dijimos, la competencia de Jack con el Bahasa Indonesia era prácticamente cero. Jack y yo habíamos concertado que yo le compensaría con treinta dólares USA por toda la jornada, precio absolutamente asumible para mí y muy interesante para él, ya que, a tenor de lo que le vi pagar por aquel copioso desayuno-comida, treinta dólares se hacían cargo del alimento casero de medio mes para él, su mujer y sus niños.

Pero antes de nada, una palabra sobre cuál era la situación de la que yo en ese momento partía, respecto de mis corresponsales indonesias. Según compruebo en mis notas de viaje, como denominé, “a pie de ocurrencia”, además de los tres contactos pertenecientes al primer gran envío en masa de agosto de 1990, yo debía de haber escrito a alguna chica más acaso inserta en cualquier lista ulterior suministrada por Jack. Sea lo que fuere y como fuere, las notas de viaje que tengo delante de mí me informan ahora de la ejecución material de las visitas concretas a las personas específicas de las chicas con las que, siempre al buen tuntún y según todos los indicios había yo deseado relacionarme. De toda esta tirada de virtuales novias jóvenes, tal y como se predicaba en el directorio de Jack, ninguna había contestado, aunque ahora, con la mejor claridad que presta

la perspectiva y la natural criba de impurezas desorientadoras que a veces se produce en la conciencia, hasta me parece que... escribir, escribir..., yo sólo había escrito a las acomodadas en la tanda tantas veces citada de agosto de 1990; o sea, tres chicas; y que aquéllas a las que me disponía a ver directamente ahora en Jakarta, con Jack y su cuñado Del, habían sido cuestión de interés sobre la marcha, por una comprobación también sobre la marcha de sus identidades y de la carga de curiosidad que suscitaban sus fotos en mi espíritu, sin minusvalorar el detalle de una de ellas que decía profesar el protestantismo. Ya digo que de ninguna de estas chavalas había yo obtenido noticia. Ahora bien, en agosto de 1990, y mediando escasas fechas de diferencia, yo había recibido la primera carta de dos chinas-indonesias, sin que hubiera existido propiciación mía previa. Se trataba, huelga decirlo, de algún repertorio de los que Jack difundía con el muestrario de varones que a él mejor le parecieran en cada ocasión. Con la primera de ellas, una tal Wellia, intercambié media docena de cartas y como providencia de buena voluntad le hice una suscripción a *National Geographic*. Hubo un par de cosas que me instaron a aflojar el interés por esta mujer, siendo la principal y suficiente su negativa a decirme la edad que tenía, y también a enviarme una foto. Usaba de juegos bobos y de consideraciones..., no retóricas sino sandias para no decírmelo, para no abastecerme de ese tipo de información. Su última carta a mí data de finales de abril de 1991.

La otra corresponsal, asimismo chino-indonesia, me pareció desde el principio una hembra hecha y derecha,

interesante. Se trataba de una Ph.D. en Químico-Física, obtenida dicha graduación en la Alemania Federal en 1981. Decía tener cuarenta y tres años y su manera de expresarse dejaba traslucir por todos los poros una mente cultivada. Había visto las credenciales intelectuales que Jack había adherido a mi semblanza, y la mujer con toda probidad y coherencia me había escrito. También, cómo no, le hice el regalo de una suscripción a *National Geographic*. Widajanti, pues tal era su nombre, parecía ser una fémica en toda la extensión de la palabra. Nos intercambiamos tres cartas de ella por otras tantas, por lo menos, que yo le escribiría. En una de sus misivas, larga y pormenorizada, y evidentemente a petición mía, me dice que no conserva el anuncio o boletín en que aparece mi nombre como “pen-pal” dispuesto a comunicarme con corresponsales extranjeras; que no conserva la nota ni muchos detalles, pero que le llamó la atención mi requisito de que mi amiga potencial tuviera que ser alguien ordenada y limpia. Me sigue diciendo que tal vez yo no esté bien informado sobre las características de la mujer indonesia actual, y que lo del orden y la limpieza se encuentra casi sin excepción en las mujeres de la generación de su madre; que ella misma, como profesora universitaria que es, con los consiguientes compromisos de trabajo, viajes, etc. no tiene tiempo de desempeñar el cometido de las labores domésticas, y que para eso se sirve de una chica que vive allí con ella en su casa, pero a la que no puede exigir grandes cosas porque la dejaría plantada “sofort” [“enseguida”]; todavía emplea palabras alemanas]. En resumen, Widajanti parecía ser una mujer

en toda regla y muy capaz seguramente de satisfacer a algún pusilánime medroso de quedarse solo aun a temprana edad, pero no para un “menorero” como yo. Su última carta citada, de 9 de enero de 1991, la contesté el 31 del mismo mes, y probablemente le diría que había encontrado alguna “pen-pal steady” [corresponsal estable] o algo así, porque la correspondencia cesó. Andando el tiempo, supe con certeza que la minoría étnica china en Indonesia, sobre un tres por ciento de la población total, es la más activa y la que prácticamente lleva a las espaldas el peso del progreso que pueda atribuírsele a la nación. Por lo menos en el caso de los hombres es público y notorio dicho axioma.

Pero volvamos a la peregrinación programada de visitas del día 28. Lo primero que hace Jack es pasarnos por casa de sus suegros y presentarme a sus dos cuñadas (parece que semi-hermanas de Liza, aunque ambas nacidas del mismo padre), Hilda Emira Meiyanne y Lenny Marina Octavianty. De dónde sacarían estos pedazos de nombres tan suculentemente sonoros y rimbombantes, no tengo idea, ya que el nombre de su padre era Augusto Zacharias, o al menos así y como tal me lo participó su yerno Jack. Pero el caso es que, ¡bah!, como si nada, todos eran “moros” practicantes del Corán, no parece que con vehemencia ni con obsesión fanática, pero sí con la suficiente convicción y sostenibilidad como para que en el futuro próximo, que se desvelará cuando encaje dentro del relato, las dos hermanitas acabaron por parecerme dos soberanas pelmas. Claro que sin haber entrado en desarrollos ulteriores ambas hermanas me parecieron aproximables, abordables, etc., sobre todo cuando por

su parte, y al saber que yo era “el amigo” europeo de Jack, se deshicieron en ese tipo de hospitalidad tan engorroso y tan estéril que suelen ejercitar estas criaturas practicantes del Islam; engorroso y cargante, digo, hacia quien como yo perdonaba todas esas monsergas a cambio de un poquito de aperturismo, de sentido de la realidad y de progreso. Y esas y otras muchas particularidades son las que precisamente no se dan ni pueden darse en la concepción retrógrada y quietista del credo “moro”. Pero bueno, digo que antes de consideración alguna, y en el momento de presentármelas Jack, Hilda me pareció francamente bonita, más bien menuda. Dijo estudiar Derecho en Sumatra. La otra, Lenny, quizá la más expresiva, era también la más joven de las dos, a falta de tres meses para cumplir los dieciocho años. Jack la había incorporado en uno de sus papelones de fotos y decía de ella que le gustaba la correspondencia, cocinar y leer libros. Era espigadita, ni fea ni guapa; agraciada, diría yo, con un toque de irresponsabilidad inocente.

Nuestra primera visita fue a la familia Purba. Estamos en lo de siempre. Yo tendría que haber contactado a una Ona Purba, que en la foto de Jack aparecía sonriente, luciendo una dentadura unánime, igualada; boca grande y sugestiva, y pelo alborotado dentro de unas cotas de civilidad. En ese momento tendría veintiún años y sus “hobbies” parecían ser ir al cine, leer y la natación. Pero lo que más me atrajo fue su filiación “protestant” en la ficha. Recuerdo que nos recibió su madre, una señora bien parecida, con un buen chasis y que llevaba un vestido color marrón claro, de una pieza, sencillo. Desde luego, hay que

ponerse en el pellejo de cualquiera de las personas visitadas y tratar de indagar lo que les prestaría su mente en forma de sospecha, conjetura o adivinanza al recibir a tres tíos, cada uno de su madre y de su padre: un moro, un americano USA, y un español con la pintoresquísima embajada de visitar a una chavala de veintiún años. Por supuesto que todas las medidas de sindéresis y de urbanidad se esgrimían en dosis masivas. El moro hablaba; Jack en su momento enseñaría a la madre la foto de la niña y se presentaría como el artista y el agente reclutador de chicas que quisieran participar en el juego de la correspondencia. Era cuestión de entrar con buen pie. Y nosotros sin duda que lo hacíamos. El caso es que Ona, a quien yo supongo que habría escrito, no está en Jakarta, pero al poco rato de permanecer nosotros hablando con la madre y con un hijo, quien sí que está y que aparece en escena es una hermana de Ona, llamada Yanti y que me parece una preciosidad sin desperdicio; un cromo de criatura: formas compensadas, rostro cinematográfico. Nos dice que estudia Medicina. La sustitución ya se ha operado. Donde decía Ona dígame Yanti y todos tan contentos. Eso es lo mejor que tiene jugar con virtualidades, que a la primera realidad que aparece en escena ésta se lleva el gato al agua y desaparecen las virtualidades. Como había quedado con los Zacharias para cenar en mi hotel Kartika Chandra el lunes, acuerdo cenar con los Purba en el mismo sitio el martes. Recogemos y nos volvemos a poner el calzado que habíamos dejado a la entrada de la casa de los Purba y continuamos nuestro recorrido. En un momento de la mañana, tal vez cercano al mediodía, el cuñado de Jack aduce su

perentoria necesidad de acudir a la mezquita para efectuar los rezos preceptivos en la no menos preceptiva hora del día. A duras penas puede Jack convencerle, apelando a que yo soy extranjero; a que le he satisfecho ya la compensación por el trabajo de acompañarme, y al hecho de que también había para él una gratificación separada y personal. Creo que en el tramo que va de la observancia fidedigna de una religión a su instrumentación de rígido fanatismo es donde se acopló la transigencia de Del para flexibilizar el mandato del profeta, seguir acompañándonos y, bien ir rezando por el camino, o acumular la cuota de rezos que ahora se saltaba a la correspondiente en su próxima sesión. Lo que decimos: ¡Como para que un país funcione con esta camada de ciudadanos! Ahí Jack se apuntó un tanto, porque como extranjero él también, más aún, como ciudadano USA en primer término, y luego como marido de Liza, disponía de algún ascendiente sobre la entera familia de su mujer. Continuamos desplazándonos en taxi, yo con mi toalla para neutralizar en lo posible el molesto efecto del plástico en los asientos. Ahora vamos en busca de la señorita Gunadi, de nombre Frida. Me había llamado la atención el hecho de que (siempre según la información suministrada por el directorio de Jack) hablaba inglés y era budista. Estaba en sus veintitrés años y el resto de los detalles me daban igual: que le gustaba la música, la natación, etc. Damos con la casa. Para estos menesteres de búsqueda de direcciones claro que la gestión de un nativo es esencial, sobre todo porque ya dijimos que Jack no hablaba prácticamente nada de Bahasa Indonesia: el muy torpe y muy americano en ese

aspecto de dar por sentado que todo el mundo debería hablar inglés y así no tener que preocuparse él de hacer esfuerzo alguno para entenderse. El caso es que Frida no está, ya se ha casado. Claro, me voy dando cuenta de que en el momento de referirme a los pliegos de fotos de Jack éstos han cumplido casi dos años, y que en una criatura núbil y bonita ese tiempo es más que suficiente para que le pueda ocurrir cualquier cosa. El rostro de Frida me había impactado, por una sonrisa frontal, despejada, con seguridad plena. De rasgos achinados, rotundos, elocuentes... Pero las que sí que están son dos preciosidades de hermanas, Juniati y Janti. Una de ellas –no organizo los nombres y las personas ahora– toca el órgano y nos interpreta unas melodías. Todo primoroso. Portentosa acogida. Nos ofrecen repetidamente agua servida en tazas de cristal con tapadera metálica, todo un ritmo de simplicidad elegantísima. Como he quedado con las otras dos familias para el lunes y para el martes respectivamente, las emplazo a ellas para el miércoles, también a cenar a las siete de la tarde. Chicas exquisitas, achinadas asimismo, que nos acompañan hasta la vía principal para coger un taxi y no se extrañan en absoluto de que les preguntemos sobre la dirección de nuestra próxima visita: con toda naturalidad nos ayudan. Bien recuerdo que cuando nos quitamos el calzado en el umbral de su vivienda nos hicieron un elocuente ademán como de que no nos preocupásemos; que ellas estaban por encima de esas bobadas, gran detalle demostrativo de su talla social y cívica. Esta familia parecen con mucho los más permisivos, los más “compasivos” y comprensivos, los más

cosmopolitas, ya que me insistieron en que me volviera a poner los zapatos y no me molestara con inconveniencias. ¡Qué elegancia tan aromática y tan espontánea! Manejan un poquito el inglés y se ve que son de clase alta; tienen una sirvienta que también hace con nosotros la tertulia; y una especie de desván-garaje, ocupado con piezas de repuestos de automóvil, menester al que, según parece, se dedica el marido de Frida. Me dicen que recuerdan haber visto las cartas que le enviara yo a Frida.

Ahora nos ponemos a buscar a Theresia, que con el número 53 en el directorio de Jack nos muestra la foto de una chica de ojos grandes, absortos, pelo abundoso a ambos lados hasta los hombros, en corte clásico; labios carnosos y cerrados; facciones interesantes; católica; amante de la lectura, etc. Pero por primera vez se nos produce el natural e inevitable accidente de que la foto publicada no corresponde a la ficha identificativa que, en sí, está correcta. Y así, nos recibe una hermana de Theresia, Chypriana, una hermosura de chica en fino, de veinticinco años. Luego llegan la madre y el hermano, acompañado de su mujer, y se organiza el coloquio. Hay muchos mosquitos y me acuerdo de mi Aután y de mi “tartera” eléctrica con pastillas difusoras. Aquí sí dejamos el calzado a la entrada. Los Zacharias son musulmanes y con ellos hablo de Mahoma y del Islam, de España y del califato; los Gunadi son budistas y charlamos de Sakyamuni Gautama Sidharta Buddha; los Purba son luteranos y les comento las bulas de Wittemberg y la escisión de Lucero de la iglesia católica papista. Chypriana y Theresia son cristianas (católicas, por más señas) y no decimos nada excepto

señalar el dato. Theresia está fuera de casa, pero no es óbice para que quedemos para el jueves su hermana, ella y yo, invariablemente a las siete de la tarde a cenar, por supuesto. Un primor de gente. La madre sale a la calle a comprarnos una botella de refresco dulzón que no pude terminar. Caminamos los tres, Jack, su cuñado y yo, hasta la avenida principal. Esta población vive como en chalecitos, a los que se accede por un pequeño embovedado sobre los canales de aguas residuales al aire libre, que en algún momento llegan a oler mal pero no irrespirablemente. Estas cloacas amplias corren paralelas a las viviendas. Me dice Jack a preguntas mías que las ratas son numerosas y que salen por la noche. Todavía no he visto ninguna [pero no tardaría mucho]. En el camino de vuelta al hotel busco, sin encontrarle, al chico que por la mañana vendía mapas en la carretera a los coches, aprovechando la retención del semáforo. El precio de los taxis es razonable, y el carácter de los conductores muy templado.

Jack y yo confraternizamos por momentos. Él seguía comprobando que yo era el único cliente suyo de un país lejano que se hubiera presentado con la pretensión de contactar en persona a las corresponsales servidas por sus menesteres de reclutador. Andando el tiempo ya tendremos oportunidad de ver los graves y comprometedores tropiezos con los que Jack tenía su vida enfrentada, lo cual generaría mi extrañamiento definitivo de su identidad. Pero a la altura de este relato, nuestro consorcio iba todo lo bien que pueda imaginarse en tales circunstancias. Teníamos el cimiento común de que las mujeres conformaban el

telón de fondo de todas nuestras proyecciones vitales, y ese nexo se destacaba suficientemente, persuasivamente con visos prósperos cualquiera que fuere el desarrollo ulterior de nuestras incumbencias. Me habla de que ha anunciado en su red de correspondencia un adminículo o pequeño complemento sexual. Se trata del así llamado “goat’s eye” (ojo de chivo) que no es sino un aro de cuero cubierto exteriormente de pelitos finos, supuestamente de chivo si el nombre corre parejo a la fidelidad del significado; un cepillo en forma de anillo, fabricado a la medida del pene en erección del interesado. El comprador le da la medida exacta requerida a Jack y éste, a su vez, lo encarga a cualquiera de los muchos artesanos que pueden hacerse cargo de estas labores, y se lo cobra al cliente corresponsal. Parece que estas fantasías se colocan muy bien entre los nórdicos. Y digo fantasías por no decir sandeces, dado que Jack me enseñó algunos de esos anillos y no creo que nadie pueda follar con eso puesto, ya que el más liso e igualado de los que me mostró no podía obviar una buena dosis de rudeza y tosquedad y que en mi opinión haría la penetración impracticable. Jack lo anunciaba como el *summum* de la naturalidad, réplica de las costumbres de los habitantes de las islas menos civilizadas de Indonesia, etc. Repito: una bravata fantasiosa de descarrío sexual e inutilizable en la práctica. Jack me dice que la polla de esta gente es más bien pequeña y que por eso los europeos disfrutaban de cierta preeminencia y reconocimiento entre las mujeres en el tema del folleteo. ¡Si él lo dice! Pero también digo yo desde ahora que la visión de Jack en algunos aspectos del trato con mujeres era

completamente errónea. Y espero que tales argumentos vayan saliendo conforme el relato adquiriera la latitud correspondiente. Al final de ese día agotador le pago los treinta dólares USA pactados a Jack, y otros diez a su cuñado por su trabajo de guía, y todo el mundo más que contento.

Cenando en el Coffee Shop, llamado Nusa Indah Grill Restaurant del hotel, la animadora interpreta “Bésame mucho”. Cuando la saludo y le digo que soy español [parece que en el comedor había otro ¿español? catalán] se sorprende: le canto allí mismo en su mesa las palabras de dicho bolero y me dice que canto bien. Hoy es lunes día 29. Me fijo en que los chefs-cocineros al cuidado del buffet del desayuno llevan gorros largos, blancos y altos, de unos treinta y cinco centímetros o más, con tablas a partir de la franja lisa de la cabeza. En el centro diagonal de la mesa, cubriéndola casi toda, se halla una barca con proa de dragón, cargada con las viandas del buffet. Los del servicio doméstico reponen el florerito de lotos: una virguería de detalle. Observo también una manguerita adosada a la pared, junto al inodoro y que debe servir para ducha de las *pudenda*. Lo que sí queda evidenciado es que a un occidental, español por ejemplo sin ir más lejos, con la normal compostura que se pueda esperar de él, le hacen un recibimiento altamente positivo. Las camareras del restaurante visten una falda color moteado, amarillo y azul, quizá negro, con abertura pequeña por detrás. Los indonesios son dados a los sombreros redondos, rígidos, altos; y a las fajas, bien alrededor del talle o colgando, a modo de estandarte de la cintura. Difieren de los thailandeses por una mayor suntuosidad o

despliegue de pequeñas fanfarrias ornamentales: dragones con la boca abierta y llena de dientes, pero en expresión que más que terror lo que dan es risa. Las mujeres son algo menos laminadas, de corte menos aporcelanado y preciosista que las thailandesas. Suelen tener las indonesias los dientes grandes, como palas que parecen coadyuvar con la sonrisa. Pero la verdad es que la mayoría son francamente bonitas y de una amabilidad primera y externa increíble: las visitas que hicimos a las casas de las “pen-pals” me emocionaron vivamente; algo que no olvidaré mientras me asista la memoria.

El cachondeo con las palabras no se hizo esperar, porque el indonesio que hablaba Jack era... reducidísimo por no decir inexistente, y tendía a repetir vocablos o locuciones que mi oído percibía como inexactas, por la inoperancia que producían en su interlocutor, y recurrentes, aunque las ocasiones y los temas difiriesen entre sí. Así que todo ello me daba pie a mí para asociar gratuitamente vocablos y conceptos. Una de las expresiones por las que Jack sentía predilección me sonaba a mí claramente como “capón, capón”, y que luego resultó ser “capán, capán”, que en un principio entendí que quería decir “vacío” (adjetivo). Y así, cuando una de las hermanas Gunadi dijo “empty” yo muy ufano dije “capán, capán”, pero que definitivamente significaba “de vez en cuando”: total, casi lo mismo que “vacío”. Una cosa buena del Bahasa Indonesia es que aun cuando el ochenta y tantos por ciento de la población es musulmana –recordemos: el país con más seguidores del mundo– la lengua adopta alfabeto latino y no arábigo, ni sánscrito, ni

chino, etc. haciendo de este modo de Indonesia, con excepción de Filipinas, el país más cercano a Occidente de todo el Sur y Sudeste Asiáticos.

En el hotel Kartika Chandra le dejan a uno una chocolatina cada noche en un envasito de cartón. En la nevera no hay bebidas alcohólicas ni tonterías exóticas, sino una jarra de agua fría, dos *tetrabriks* de zumo de frutas, y dos cartones de barquillos redondos con azúcar tostada dentro: algo práctico, simple y de buen gusto; y además sin sobreprecio, gratis, incluido en la tarifa del alojamiento.

30 de julio. Las camareras del comedor se cambian de uniforme. Hoy llevan una blusa de manga semilarga ajustada, con una cinta por encima del codo, abombada en forma de tulipa, hasta el hombro y con un cuello de golilla, con chorrerillas y una cinta-lazo que, al parecer, lo cierra; falda apretada y lisa justo hasta la mitad de las rodillas: todo en color rosa papaya. Tienen en el continente un componente malayo, más acusado que, digamos, las thailandesas y menos polinésico que las filipinas. Las bonitas son muy bonitas. Un ejemplo de lo que digo podría ser Chypriana, la hermana de Theresia. Por cierto que hasta ahora en el tema de las “pen-pals” casi todo ha sido carambola: Lenny Marina, una de las cuñadas de Jack, aunque más bien callada, es simpática y femenina, con los colmillitos montados; por eso en la foto se guarda mucho de sonreír. Además, Jack la había centrifugado *ex profeso* al juego de la correspondencia y me consta que él barruntaba que yo me aficionara a mantenerme en contacto más o menos permanente con ella; y sin embargo, al

primer pronto me impactó más su hermana Hilda, la que estudia Leyes en Sumatra. En vez de Ona Purba, descubro a su hermana Yanti; en vez de Frida Gunadi me encuentro con sus dos hermanas; en vez de la desconocida correspondiente a la supuesta y errónea foto de Theresia se me aparece Chypriana, una preciosidad de mujer, y ya puestos, me regalan una foto linda de la verdadera Theresia, que me pareció tener cara como de pajarito o pollito absorto. Esa es la ventaja, decía Jack, de existir familias numerosas: alguna de las hermanas tiene que encartar a la fuerza. Hoy también, 30 de julio, me compro un mapa de Jakarta y me dedico a localizar las direcciones de mis posibles y ulteriores visitas: las señalo en una cuadrícula de coordenadas y así organizo la peregrinación. Reflexiono sobre la actividad de Jack: está casado con musulmana y teóricamente se ha convertido al mahometanismo, pues Liza nos lo recordaba: que su marido, para casarse con ella había tenido necesariamente que abrazar la religión islámica. Jack, ya sabemos, tenía como *hobby* escribirse con numerosas chicas de todo el Oriente y así procurarse direcciones que luego negociaría como uno de sus medios de vida de la manera ya señalada. En plan liberal y amplio de miras yo asumí en un principio que a Jack le sudaba la polla lo de la religión de su mujer; pero al tiempo él me decía transigir con alguna de las prácticas, como la de levantarse en mitad de la noche a hacer compañía a Liza durante los rezos, habida cuenta de que él no celebraba dicho rito de corazón. Pero ese ceder poco a poco, el tiempo demostraría que prendió en la conciencia de Jack con más intensidad que la deseable y acabó

por hacer de él un tipo obsesivamente peligroso que con el fin de socavar, siempre según su criterio, el imperialismo inaceptable del Tío Sam, se había echado en los brazos del terrorismo fanático moro. Una verdadera lástima, pero no puedo dejar de señalar esto, todavía algunos cientos de páginas antes de que nuestra relación se diluyera en la consunción más absoluta. Jack decía que transigía con las cosas de la religión de su mujer y de la familia de ésta “para tener paz”. Pues bendita guerra, pensaba yo. Liza había visto en Jack a un ciudadano USA, con todo lo que eso implica de valor añadido aun en las circunstancias más agudas de crisis y de abaratamiento de valores; y Jack se había unido a esta guapa mora por tener a alguien con quien follar regularmente sin preocuparse de tener los hijos que pudieren venir, ya que uno de los principios coránicos es la bendición de la prole; mejor cuanto más numerosa. Ya dije que Jack era justamente diez años más joven que yo, pero su aspecto desaseado, a veces hasta sucio, y su carencia de dinero no eran precisamente credenciales como para imaginarlo abordando los favores ni de lejos de ninguna de las chavalas con las que yo sí tenía posibilidades. Jack blasonaba a veces de independiente, pero la familia Zacharias le tenía cogido de los huevos. Eso sin contar con lo de que “dos que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma opinión”.

A la cena de la noche del día 30 me fallaron los Purba. Tal vez la culpa fue mía por súper confiado y no llamar de antemano para reconfirmarlo. Lo siento, porque Yanti parece una

preciosidad y dice ser luterana. No puedo remediar que me venga a la conciencia eso tan agreste, pero tan descriptivo, de que “primero por el útero y luego por el ano”. Aquí la palabra *taxi* se escribe *taksi* y sus chóferes suelen conducir con los pies descalzos, por lo menos los que hasta ahora he visto. Creo que, en general, en Jakarta carecen de algo del rodaje turístico que prima, por ejemplo, en Bali. Mi queja al *management* del hotel estuvo motivada porque los de Recepción no supieron o no quisieron darme los recados a tiempo, es decir, que no me los dieron hasta que no me vieron abajo y yo pregunté si tenía algo. Y los de la agencia de viajes no parecían saber que lo primero que se hace cuando alguien está en una “waiting list” es averiguar cómo va el avión y si son mil, o cien, o diez o uno los que están en dicha lista de espera con el fin de saber a qué atenerse.

El 31 de julio, por la mañana, recupero vivamente el dato... quiero decir que se me actualiza con vigencia espontánea la realidad de que una paisana mía, de mi pueblo Alcalá de Henares, Gloria Sanz, casada desde hace algunos años atrás con un indonesio, trabaja de secretaria en la Oficina Comercial de la Embajada de España en Jakarta, en la Jalan (calle) H. Agus Salim 61, una zona bonita y noble de la ciudad. Nuestro encuentro se caracterizó por las notas típicas de sorpresa y halago. Habiendo nacido en la misma ciudad y perteneciendo a familias amigas desde siempre, es decir, desde que cada uno de nosotros dos había nacido, resulta que en Alcalá no recuerdo que hubiésemos coincidido nunca: Gloria porque también había

trabajado en el extranjero; y yo porque mi curso académico tenía lugar en Granada. Yo sólo recordaba haberla visto cuando muy niña. Y ahora me presentaba de pronto y sin avisar allí, en la mismísima Embajada de España. Un éxito y un acierto. Gloria se desvivió desde ese mismo instante por poner a mi disposición toda la asistencia que ella fuera capaz de instrumentar. Y bueno, ya señalaremos en su momento nuestros contactos y sus intervenciones, siempre oportunísimas, en favor de mis intereses. Esa noche del 31 de julio vinieron a cenar conmigo los hermanos Gunadi: Hong Hong, chaval de diecisiete años y sus dos hermanas, Janti, la mayor, y Juniati, un año por debajo. El chico ya conduce un hermoso coche nuevo. Se ve que tienen dinero porque las hermanas, además, venían vestidas con cosas caras: blusas de seda calada, pantalones de raso o *batik* abombachados. La mayor, Janti, es un primor de bonita y se ajusta a las cualificaciones que de la raza china en Indonesia me había dado Gloria por la mañana: emprendedores, capaces, trabajadores.

1 de agosto de 1991. La camarera espigada y guapa de la Coffee-Shop se llama Nang-Nang. Hoy todas ellas visten una falda rajada en un lateral desde la altura del comienzo exterior del muslo, blusa a cuadritos color marrón y verde, alternando con un tono claro. En el canal 4 que presenta la televisión del hotel Kartika Chandra se anuncia el “One-on-One” para conversaciones eróticas con chicas por teléfono. Suelen cobrar entre dos con cincuenta y cuatro dólares USA por minuto, mínimo ocho-diez minutos, especificando, eso sí, que hay que

tener dieciocho años al menos para acceder a tal servicio. Me pregunto cómo lo pueden controlar y comprobar.

2 de agosto de 1991. Me encuentro con Jack y con su cuñado Del a las doce del mediodía para montar la segunda redada de visitas. Pero esta vez –bien lo tengo reseñado en mis notas– el muy moro Del [de + él = Del] no nos perdonó los rezos y se nos ausentó en un par de ocasiones, tan seriecito y tan cargado de razón. ¡Menudo desempeño. Como para levantar a un país! Las visitas en esta segunda jornada siguen teniendo de todo. Según parece yo había escrito a una tal Anna Fude y/o tal vez a su hermana Eli, ya que ambas aparecían en uno de los listines de Jack. Ambas fotos las representaban por demás bonitas, con la única diferencia previa y objetiva de que Eli hacía un par de meses que había cumplido los veinte años, y Anna ni siquiera tenía diecisiete. A su dirección nos encaminamos. Conocimos a Anna y a su padre, un señor que nos dijo ser director o algo así de una escuela primaria, además de profesor de inglés del mismo centro. Vestía como de uniforme: correcto, templado. A mí me tranquilizó la presencia del padre ya que la chavala, que, ya dije, aún no había cumplido los diecisiete años, se encontró más comunicativa. Hablaban los dos inglés, Anna menos que su padre pero suficiente para estos cometidos de la conversación convencional. De aquella visita sí que nos quedó a todos un poso de tranquilidad auténtica, ya que la presencia del padre sancionaba de legitimidad y anuencia cualquier explicación que diésemos sobre el por qué alguien como yo estaba allí preguntando por ellos. Jack convenientemente, y tal vez hasta yo

mismo, llevábamos con nosotros los directorios correspondientes a las identificaciones de las chicas por visitar. De las hermanas Fude conservo dos cartas, una de Anna sin fecha; y otra de 20 de mayo de 1992, de Eli. En ellas ambas me acusan recibo y me agradecen mi regalo de suscripción a *National Geographic*, junto con otra serie amable y comedida de instrucciones y teléfonos para cuando me halle de nuevo en Jakarta. Claro que estas dos misivas son posteriores al encuentro objeto de mi mención ahora; y que de éste sólo puedo reseñar que Anna y su padre me conocieron personalmente; y también que, dada la corta edad de Anna, quedó patente que el hecho de aparecer en los directorios de Jack se debía exclusivamente a su deseo de intercambiar correspondencia en plan de adolescente colegial; y que desde ahora su hermana Eli sería, en todo caso, la que se encargase de cumplimentar cualquiera que fuese la carga de concernimiento que implicara mi entrada en escena.

Siempre siguiendo mis notas, a continuación nos acercamos a visitar a Supriyati Ngafani, de veintitrés años y que resultó ser morita. Y digo *resultó* porque a veces, las menos, eso sí, Jack omitía tal detalle en su descripción de la ficha técnica de cada chavala. Y ahora cuando consulto las informaciones constato que yo me he encargado de marcar a mano la filiación religiosa de la referida. Ni mis apuntes reflejan un solo dato más ni yo por mi cuenta puedo rescatar nada de esta chica. Creo que no estaba, o que si estaba, nuestro encuentro y la conversación que intercambiáramos no fue bastante para contrarrestar el tapón de olvido que ha prevalecido hasta la fecha. Se nos va haciendo

tarde y ya sólo nos concedemos dos últimas gestiones para dar por terminado el ojeo, ya que no caza. En el domicilio de los Marbun, Eli, mi contacto teórico y virtual, la que aparece en catálogo, no está; pero la que sí está es una encantadora hermana suya, cuatro o cinco años más joven, de nombre Purnama, y que nos hace un té riquísimo. La madre de su cuñado Boling [marido de una tercera hermana, Sinurmala, asimismo agraciada y muy atractiva] habla un poquito de holandés mezclado con alemán y hacemos que nos entendemos, por lo menos para prestar a la tertulia un poco de complicidad social, un poco de dignidad compartida en clave occidental europea. Nos despedimos y puesto que un hermano del citado Boling tiene teléfono, albergo la indudable convicción de cartearme con Purnama. Estoy seguro de que la he causado una muy buena, muy sólida impresión.

La última y definitiva gestión, absolutamente y definitivamente última y ya de regreso yo a mi hotel, se la dedicamos a una Margaretta I.W. perteneciente a la primera y masiva remesa de envíos, tanto de aerogramas como de cartas incluyendo un billete de veinte dólares USA, que había efectuado yo un año antes. Jack conocía la dirección de la Academia donde Margaretta había estudiado y adonde yo supuestamente había cursado la carta. Ya señalé en su momento que un año en la vida de estas chicas podía significar un verdadero nudo de cambios, avatares y modificaciones; que los directorios se habían quedado obsoletos y que algunas de las señas facilitadas por las corresponsales eran de “tente mientras cobro”, endebles y quebradizas, naufragables al primer vientecillo de cambio de

fortuna en la existencia de sus titulares. Pero bueno. El último intento era precisamente eso: el último. Del se dio maña esta vez para hacerse entender con economía de recursos, y así una secretaria o conserje nos alargó un montón de correspondencia que había llegado a aquella Academia-Residencia y que allí yacía, en los archivos del centro por no haber alcanzado a sus destinatarios. Recuerdo que mi corazón golpeó fuerte cuando busqué, barajando y sorteando, alguna de las dos cartas mías, si no las dos. Aquel detalle, de que parte incardinada de mi espíritu, gestionada y proyectada un año atrás pudiera estar ahora allí, descansando, en yaciente espera a que su promotor y autor la rescatara..., aquel rato de comprobación de toda aquella correspondencia sin duda que constituyó la mayor concentración de flujo emotivo de tal vez la jornada entera. No estaba. Allí no había nada. ¿Qué ocurrió? No lo sabré nunca. Margaretta había desaparecido para siempre, y si llegaron a sus manos mis envíos o no, seguirá alimentando la conjetura en que en buena parte radica la aventura de la vida.

Yo había terminado con la cimentación. No era capaz de señalar más ámbito porque ni un *Superman* podría llenar ni siquiera de mínima altura todos aquellos encofrados que aguardaban a partir de ahora dedicación, ejecución, desarrollo. Jack, comprendo que no diese crédito a su capacidad de asombro. Dentro del barullo existencial al que su poco claro pasado le había conducido, no es menos cierto que su mente procedía con esa fundamentación práctica del hombre USA doctrinado en principios de validez automáticamente universal, diría yo. Y él se

apercibía de que yo era su primer cliente que estaba empeñado en conectar los dos cabos: el de la inepción y el de la realización. Y yo estaba cumpliendo con lo que mi más severa conciencia me señalaba, a saber: que ninguna de mis corresponsales, quiero decir, de las chicas a las que yo hubiera abordado en primer término, quedaran sin cumplimentar. La pequeña agresión que significaba mi carta hacia el estado normal de plácida inadvertencia de mi “pen-pal” únicamente quedaba compensado, justificado y legitimado con el hecho de mi mostración, de mi trasladarme hasta la receptora de mi sugerencia epistolar y decirle: “sí, soy yo el que te escribió esto y esto; el que te regaló el billete de veinte dólares USA para tus gastos; y el que te suscribió como cortesía a la *National Geographic*.” Había dado cima a la primera fase de todo el tinglado: sentar las bases para cualquiera que pudiere ser el curso de acción de las operaciones futuras; en una palabra, sentirme satisfecho conmigo mismo.

Cuando llego al hotel encuentro un regalo de las hermanas chinitas Gunadi: una primorosa camisa de *batik* a la que no se han molestado en arrancar la factura y el precio adjuntos: unos 12,50 dólares USA, alrededor de 1.400 pesetas, que aquí en Indonesia es... dinerillo. Las telefono pero no parece que su expansión afectiva respecto de mí sea suficiente como para superar las barreras de su conservadurismo de clase alta. Me dice Juniati que ha venido a traerme la camisa ¡con el chófer! No tengo idea de si, de haberme encontrado aquí en el hotel, y estando ella sola, el rumbo de la dinámica se hubiera traducido en alguna ocasión de signo glorioso. Me dijo que su hermana

Janti se había ido “a las montañas” y que no sabía si volvería hoy, día 2, o mañana o cuándo.

Con uno de los responsables de la Recepción me enredo en el típico “impasse” de la comunicación. Probablemente a alguna indagación mía el hombre me dice que en el “*donton*” de Jakarta hay esto y lo otro... En el “*donton*”, y lo estoy escribiendo con toda fidelidad... ¡Ahhh!..., exclamo yo estentóreamente: “you mean down-town!”, en el centro de la ciudad, el centro comercial más propiamente dicho. Ahí hubiera querido yo ver a todos estos filólogos de vía estrecha que se permiten vituperar la pronunciación de tal o cual hablante de inglés no nativo; cuando la grandeza de esta lengua franca de los siglos XX y XXI reside precisamente en eso: en estar preparado para comunicarse y entenderse con alguien que pronuncie al cien por cien londinense y con cientos de millones de asiáticos, por ejemplo, que al “down-town” lo llaman “*don-ton*”, y que al hecho de encontrarme a mí muy fuerte y viril, como la chavala del hotel Manhattan de Bangkok unos años atrás, lo articulara *yubelitón* [you are very strong]. Y ya antes de retirarme me quise disparar un cartucho incruento de curiosidad: llamé a Wellia, la corresponsal que nunca quiso decirme la edad. Me cogió con la guardia baja, porque al preguntarme que cuándo había llegado, sólo pude decirle cuándo me iba, que era al día siguiente. La mujer pareció sentirse muy defraudada al comprobar que todas las jornadas anteriores que yo había estado allí las había consumido en otros menesteres. Yo, de todas formas, le dije donde me encontraba, y que podía venir a verme, que yo la

invitaba a cenar (aunque yo tal vez no lo hiciera por haberlo hecho ya). Pues bien, la muy payasa me dice: “I can’t make it”. Pues hasta este momento, diecisiete años justos después, en que estoy desarrollando las notas de aquel viaje. La mayoría de las mujeres siguen sin querer darse cuenta de que un hombre, para guardar una baraja entera y usarla con una sola mujer, tiene que ver en esa mujer algo más que una mujer; tiene que ver que una legión de jugadoras no serían capaces de dar a la partida de la existencia el fuste que la elegida sí que sabe dar. Wellia distaba mucho de ser una buena jugadora.

3 de agosto. Gloria y una amiga suya chino-indonesia, Cristina, me invitan a visitar el parque Mini-Indonesia, algo parecido a lo que los soviéticos tienen montado con el Parque de las Quince Repúblicas. Nos detenemos en Irian Jaya (Nueva Guinea Indonesia) por ser la más llamativa. Esta mañana he oído en el hilo musical del hotel el “Porrompompero”. La sirvienta de Gloria, Muggi, coge muy bien un recado en español. La musulmanita Ina, de la Travel Agency del Kartika Chandra me da la buena noticia de que han confirmado mi billete y de que está O.K. Me voy inmediatamente a su oficina pero sin llevar conmigo el billete, tal vez porque lo pasara por alto, tal vez porque no lo creyera necesario. Para mi sorpresa Ina me dice que se sube a mi habitación conmigo, con el fin de colocar el preceptivo *sticker* y ahorrarme otro trasiego a la agencia. Ya en la habitación reparo en que el billete lo puse en el “safe” con las demás cosas de valor. Mientras yo bajaba a la “caja fuerte” ella se quedó esos tres-cuatro minutos que duró mi ausencia sola en

mi cuarto, y a mi regreso, en vez de abrir yo directamente con mi llave, llamó y me abrió con su carita de pajarito, con el belfo inferior algo saliente y con pestañas de pelitos tímidos. Le dije por cortesía forzada si quería “estar” conmigo, siquiera un rato. No sé si me llegó a entender. Era morita. Sentí que me lo agradecía en lo íntimo, acaso porque su feminidad no se hubiera visto halagada en mucho tiempo de esa manera en que yo se lo estaba diciendo. Aparte de que técnicamente debía regresar a su punto de trabajo, Ina no pareció ser capaz de asumir un desenlace distinto de aquél al que sus ganas innatas de agradar la habían llevado. No pasó nada más, quiero decir. Pero que una empleada de una agencia de viajes se suba a la habitación de un cliente y se esté allí sola esperando varios minutos a que éste regrese con el billete, y todo por ahorrarle la molestia de hacerle pasar de nuevo por la agencia, en los bajos del mismo hotel, eso, digo, no deja de ser sobresaliente; muy de niña musulmana; muy de... no saber lo que se quiere y lo que se puede. Con todo, la recuerdo como a una criatura entrañable. Tuvo que conocer mi dirección en España, bien porque se la diera yo en una tarjeta de visita (improbable), bien porque en la documentación del billete obrase por alguna parte. El caso es que la Navidad de ese mismo año recibí de ella una conmovedora postal. Ina trabajaba para Aryan Delta Tours Travel, que disponían de un local Arcade Suit 003 en el inmueble del hotel Kartika Chandra. En su postal me escribía distintamente la dirección de su domicilio. Mi alma se pregunta qué habrá sido de este encanto de niña que, por lo que a mí respecta, es como si hubiera nacido para agradarme, acaso con

los topes inevitables de su formación religiosa. En la habitación del hotel tienen un volumen de *The Teaching of Buddha* y otro del *Corán*.

4 de agosto. Día de mi partida. Otra de las camareras del Kartika, que viste blusa blanca y falda negra –en contraste con blusa amarilla y falda de flores estampadas, como es el modelo de las demás– se llama Amandayani y también es muy bonita, pero asimismo “muslim” (es una plaga): tiene la carita redonda, pelo un puntito crespo, poquito pecho y piernas ligeramente, graciosamente pronunciadas en los gemelos. Pero la más airosa de todas sigue siendo Nang-Nang. Le pregunte lo que le pregunte, le diga yo lo que le diga, ella se ríe y me contesta “thank you”, supongo que por temor a equivocarse. Ayer me comí la fruta de regalo que me trajo la Dirección del hotel. Había una naranja pipuda, insípida excepto por lo que recordaba el sabor de la mandarina; dos manzanas menudas pero sabrosas; un pequeño racimo de uvas negras; y otra unidad, igual que un higo grande, con piel rugosa como cáscara de color marrón y que se desprende fácilmente: la carne se parece en la forma a un ajo grande y sabe a algo intermedio entre manzana y pera. Conservo el hueso que es de color pardo oscuro, y redondo como una piedra lavada de río, como un pezón grande y granado. La mañana del día de mi partida de Jakarta la dedico a despedirme, como mejor puedo, de mis amistades. Telefono a los Gunadi y hablo con Juniati; hablo con varios de los Zacharias; no encuentro a los Fude; hablo con el cuñado de las Marbun; me llama Gloria Sanz para desearme buen viaje; me despido de los

Purba, comunicándome, al parecer, con otra hermana más, desconocida. No llamo, sin embargo, a la payasa de Wellia por suspicaz y poco espontánea. Me siguió ocultando su edad y no creí que el asunto debiera progresar. La tarjeta de crédito VISA del BBV (Banco Bilbao Vizcaya) por fin emite la autorización de hacerse cargo de la factura del Kartika, unas cien mil pesetas. Esto de las tarjetas que fallan le pone a uno en evidencia cuando menos se espera; y en países punteros como USA es motivo suficiente para pedir responsabilidades por “embarrassing” (es decir, por “poner en evidencia”, como mejor traducción) al cliente. Por supuesto que yo tenía crédito hasta un millón de pesetas y mi tarjeta estaba “in full standing”. De todas formas voy a requerir del Banco que me suba el listón de lo permitido gastar. Claro que a tales efectos todos los bancos son idénticamente iguales. Yo había abierto cuenta en el BBV por amistad con Manolo Fernández Márquez, que unos años atrás trabajaba en la sucursal de la calle Mesones de Granada. Esta gente al *fax* lo llama con todas las letras *facsimil*.

El viaje al aeropuerto no llega a las 19.000 rupias, contando con los peajes de 1.500 y 3.000 rupias por circular por las autovías elevadas, así que colijo que el moro hideputa de mi llegada (¿y si no fuera moro?) al que di veinte dólares USA más otras 5.000 rupias por llevarme del Hotel Indonesia al Kartika, se aprovechó de mi buena fe. El avión sale con una hora de retraso porque el aeropuerto no da abasto a vuelos con Singapore y con Europa; si bien Bangkok, que yo sepa, es la única y natural escala de las líneas Garuda a Europa. En la sala de espera

internacional, previo al embarque, me encuentro saludando a las que me parecieron dos primores de criaturas: se trataba de dos coreanas que vivían en París; una de ellas, con la que hablo, maneja el inglés holgadamente y es de todo punto atractiva, un esmalte en porcelana, una regla de oro en proporciones; la otra tiene los ojillos tan estirados de las comisuras que parece bizca, y no lo es: sus ojos se asemejan a dos almendras colocadas al sesgo, una enfrente de la otra. Les dejo una tarjeta mía con el futurible (improbabilísimo pero no imposible) de que me vean, una o las dos. Unas preciosidades de chavalas: espigadas, con rasgos que, bien mirados y hechos los pertinentes y sutiles distingos, se ve que no son japoneses (éstos suelen tener los huesos de la cabeza más rotundos) ni chinos (éstos tienen otro guiño en los ojos). Son coreanas.

En el avión paso miedo porque va hasta los topes: y menos mal que se me resolvió el pasaje. Al llegar a Bangkok parece como si estuviésemos dando vueltas ya que la aproximación definitiva nos lleva media hora justa. El aterrizaje, sin embargo, perfecto, un colchón. Como el que no quiere la cosa éste es mi séptimo viaje a Bangkok. Observo que a las mujeres thailandesas, o al menos a muchas de ellas, les ocurre lo inverso que a otras orientales, y es que sobre los treinta años es cuando se les pone la cara más acusada de niña: lo comprobé con Bencha (29); con la camarera del Ambassador, Dueng-Dueng Praha (30), una monada de chatilla; y hasta con Nang (29), la hermana de Ying. Llego al Manhattan Hotel con un taxista al que le digo que espere, por favor: “please, wait for me here”, porque no tenía

reserva de habitación. Voy al mostrador, parlamento durante un rato porque tienen que realizar varias comprobaciones, lo normal en estos casos; no hay que ser ningún viajero avezado para entender este tipo de cosas. A todo esto, yo me había dejado el equipaje entero en el taxi; pero con el fin de estar preparado para cumplimentar cualquier constatación de algo, posiblemente el billete..., no puedo recordarlo ahora, diecisiete años después..., tal vez un recibo..., el recibo o factura de mi anterior estancia en el Manhattan y así apuntalar mi condición de cliente, etc., regreso al taxi, agarro todo el bolso, lo saco del coche y lo meto conmigo al hotel sin dejar durante un solo momento de repetir al taxista que..., por favor, siga esperando..., que yo saldría en cuanto me dijeran definitivamente lo que fuera, y entonces saldaríamos la cuenta del viaje del aeropuerto y la espera..., que no habría problema. [¿Y qué problema podría haber por mi parte? –se preguntará el lector. Ninguno, por supuesto]. Por fin los del Manhattan, después de mirar y remirar, comprobar y volver a comprobar... me dicen que no hay habitación para esa noche. Bueno. Habíamos tardado alrededor de un cuarto de hora en toda esta gestión, pero a la postre podíamos saber a qué atenernos. Salgo al parking del hotel... ¿dónde está el taxista?, ¿dónde demonios se ha metido este tío? Pregunto a un par de fulanos que estaban por allí, acaso vigilantes, tal vez ayudantes espontáneos con los equipajes o simples ciudadanos que acostumbran a hacer tertulia en esa parte de Sukhumvit Road. Me dicen que se ha ido. ¿Cómo que se ha ido? ¿Sin cobrar? Aunque toda esa gente no hubiera de tener vela directa en el

asunto, descargo mi extrañeza y mi contrariedad diciéndoles como mejor interpreto que puedan entenderme... diciéndoles que he estado gestionando mi alojamiento y que sólo hasta este instante no he sabido que no me podía quedar en el Manhattan, además de haberle repetido machaconamente al taxista que me esperase..., que se esperase. Monto mi bolso en el *trolley* y me dirijo al Ambassador Hotel. El Hotel Manhattan se halla situado entre el *soi* 15 y el *soi* 13, y el Ambassador entre el 13 y el 11, con la particularidad de que ambos *sois* son mutuamente accesibles y están intercomunicados por detrás a través de una calleja paralela a Sukhumvit. Llego a la Recepción de la zona central del Ambassador, con su magnífico Hall y sus empleadas vestidas como si fueran reinas sacadas de una fantasía..., eso, oriental. Sí, aquí sí tienen habitación y procedo a la cumplimentación rutinaria del relleno de la ficha y... voy a consignar igualmente el número de mi tarjeta de crédito. Abro el bolso grande negro, el que compré en Manila, pero no veo el otro pequeño, uno muy manejero, con cremallera, de unos 20 x 13 centímetros, con los colores de la bandera francesa, regalo, creo de mi vuelo en el Concorde a Brasil en 1978. No lo veo. Busco. Rebusco, desordeno, alboroto, medio saco y medio desparramo parte del contenido allí mismo, al pie del mostrador de Recepción del Ambassador Hotel de Bangkok aquella noche del 4 de agosto de 1991, y sobre las once. Aquí las conjeturas que uno comienza y continúa haciéndose constituirían un buen muestrario de psicología patológica; porque una cosa es tratar de recapitular dónde ha podido ir a parar un chisme, algo...,

ateniéndose a los accidentes, atributos cercanos al menester de uno: a ver, yo lo puse aquí, siempre estuvo en el bolso, y ahora en el bolso no está... ¿Dónde lo he podido poner, perder, dejar, extraviar? Y uno va cubriendo módulos cercanos, controlados: lo metí al salir de Jakarta y hasta durante el vuelo quiero recordar que eché mano de él para la comprobación de... Una de las cosas que suele hacer la memoria joven es incorporar hasta cada instante presente que se va sucediendo todos y cada uno de los demás instantes pasados que han fraguado el contenido vivencial del lapso de tiempo de que se trate. Y yo he podido blasonar de que hasta muy bien entrada mi sesentena cada instante de instalación de mi conciencia era ese mismo instante y la procesión ordenada, numerada y completa de los demás instantes anteriores, cuando la voluntad así lo requería y así convocaba a capítulo a las vivencias. Y con el bolso de mano yo hubiera estado seguro... seguro ¿hasta dónde?, ¿hasta un cien por cien o hasta sólo un setenta, un ochenta, un noventa? No, la seguridad apodíctica se nos dice que únicamente pertenece a la aseidad, a lo sobrenatural; pero nunca al factor humano. Y cuando el repaso de las constantes lógicamente asumibles falla, la cosa se suele poner mal, muy mal, peor, porque se empiezan a considerar virtualidades rayanas en el absurdo. ¿Y si se me hubiera olvidado en el mostrador de las Líneas Thai en el aeropuerto? ¡Pero si yo no recordaba haberme acercado a ningún mostrador de las Líneas Thai! ¿O sí? En tales estados mentales uno deja de ser persona para convertirse en fardo a merced de cualquier movimiento que el azar quiera imponer desde fuera. De momento, en la

Recepción del Ambassador se hacen buen cargo de mi situación, y tampoco podría decir con cordura lo que hacen, porque el porte, la distinción de las recepcionistas vestidas con las galas normales de su protocolo me parecen cualquier cosa menos criaturas que fuesen por un instante a desmoronarse. Claro que toman buena nota de mi situación, y que llaman al aeropuerto y a los servicios correspondientes de objetos perdidos de la Policía y a las cualesquiera autoridades previstas para ocuparse en un caso así. Lo hacen todo, sólo que para una mente española no resulta muy creíble que se pueda conjuntar eficacia y compostura. Las diosas de Recepción proseguían con su majestuoso quehacer de las mil cosas que se implican en la atención de un establecimiento turístico hacia sus clientes. Bien. Se ha avisado a la Policía, al aeropuerto, a todos los servicios que el protocolo instrumente en casos así, que no deben de ser pocos. Bangkok, ciudad turística por excelencia, podría arrojar en sus estadísticas... ¡yo qué sé! un número exponencial de sucesos como el mío. De acuerdo. Lo que ocurre es que nunca con fidelidad más sañuda se produce la terrible verdad de que una multitud de estropicios juntos aparecen como un cálculo frío, una valoración sin sujeto pasivo, podríamos decir, mientras que un solo caso particular de tales calamidades reviste toda la nomenclatura particularizada y detallada de tragedia cercana. Y lo que yo protagonizaba se acomodaba plenamente en esta segunda categoría. En el típico remolino de inconsistencia pensante, vuelvo al Hotel Manhattan a ver... a ver ¿qué?, a ver si por el camino se me ha caído... La secuencia de disparates

empieza a dispararse con la incontinencia típica de estos estados de carencia de apoyos lógicos. No ando, levito. Por Sukhumvit Road siguen pasando gentes, ajenos todos a mi problema. Una preciosa chica me saluda y me invita a quedarme charlando con ella, así lo exteriorizan sus ademanes inequívocos. Pero mi alma gime, abrumada por un desatino tan absurdo como real, y no tengo recursos más que para cuidarme de sobrevivir, de que no me trague el *maelstrom* de desdicha y de vicisitud. En el Manhattan no hay nada. También todos los empleados de Recepción están advertidos; todos conocen mi caso; en su rostro... inexpresivo para nuestras mediciones de los estados anímicos quiero advertir un punto, un signo, un destello de empatía, de empuje a favor de mi causa. Todo el mundo está advertido. Saben que me hospedo, de momento, en el Ambassador, ahí al lado; por ese tema no hay que preocuparse: me consta que esta gente son naturalmente solidarios. Pero ellos no pueden hacer nada, nadie puede hacer nada. Son ya las doce y media de la noche del cinco de agosto. Y puesto que mi alojamiento está en el Ambassador, me encamino de vuelta una vez más allí. Al doblar desde el *soi* 13 al 11, y por encima de una especie de jardinera o contenedor de piedra percibo una rata inmensa que me ofrece todo el decurso de su chasis, desde el giro súbito de la cabeza hasta el último centímetro del rabo, como repugnancia horrenda de mal agüero, como aderezo final de todas las penalidades. La mente en tales coyunturas es una bomba que no deja de expeler, compactadas, toda suerte de virtualidades, medio visualizadas, medio razonadas. Yo creo que

llevaba algo de dinero; no, probablemente bastante dinero, suficiente dinero aún “cash” en el bolsillo interior de la parte derecha del pantalón. Pero el pasaporte, la tarjeta de crédito (si es que era una la que únicamente llevara), ya no recuerdo si el billete de regreso, además de otro tipo de “cash”, pesetas, por ejemplo, que sí recordaba llevar unas doce mil o así, por eso de hacer frente a cualesquiera gastos extraordinarios al pisar España y antes de llegar a casa... todo eso obraba en el dichoso bolso de mano. ¿Qué iba a ser de mí; mejor dicho, qué era lo que tendría que hacer a partir de entonces? Mi cabeza producía con trazos claros, inconfundibles lo que un segundo después se esforzaba en borrar: tanta era la amargura y la desintegración anímica que me zarandeaba y me anegaba. Porque sin querer, con la aversión que implica sugerirse y servirse uno raciones generosas de desolación y desesperanza, así me iba yo alimentando (al tiempo que los vomitaba) con los nutrimentos que mi conciencia no dejaba de generar. Distinguía a veces confusa, a veces perfectamente, entre las situaciones de quebranto material, biológico, y las de quebranto anímico. Entre las primeras pasaban por mi memoria el pavoroso estreñimiento que sufrí en Escandinavia en 1965, en mi viaje con Berita al Cabo Norte. Me produjo pequeñas desgarraduras en la parte más exterior del sieso, además de un derrame de un montón de hilillos sanguinolentos en uno de los ojos; pero ello solo se fue recuperando por sí mismo sin más trámite; eran veintiocho años los que intervenían en la ocurrencia. También durante mi travesía del Sahara en 1969, al comienzo del viaje, saliendo de Ceuta, porque me debió de sentar

fatal el baño en el mar y la garganta se me resintió con un dolor atroz, que asimismo amainó en veinticuatro horas debido, supongo, a la portentosa coadyuvación de mis treinta y dos años. Mi ciática ya referida de siete meses antes en Manila, con el encono añadido de que por no saber ni sospechar de lo que se trataba, estuve unos cuantos días sufriendo sin poner remedio; y algún pequeño detalle más: acaso el forúnculo molestísimo en el muslo, que tuve que ir tratando con apósitos durante todo el camino desde Alcalá de Henares hasta Málaga el verano de 1962, cuando partí a visitar a la familia Watt. Creo que de esto me ocupo con el detalle requerido y pertinente a su momento en mi *Un castellano en Granada*. La garganta me ha dado siempre la lata, y tal vez con un poco de búsqueda me encontrara con más situaciones en que mis viajes han experimentado menguas de propósito y de logro por causa de mi propensión a las afecciones laríngeas. Una inoportunísima y excesiva dosis de sol recibida en la playa Anakena de la isla de Pascua, me supuso la típica quemadura, leve, por supuesto, y que las manos samaritanas de Gabriela, la camarera del Hotel Foresta de Santiago de Chile, se encargaron de mitigar con la aplicación de un buen ungüento “after sun” (Véase la historia completa en el volumen IV de *Mujeres, lugares, fechas...*) Eso, y en un breve e incompleto recorrido, por lo que respecta a las contrariedades somáticas. En lo relativo a la tranquilidad espiritual, a la armonía neurovegetativa, tampoco puedo decir que mi experiencia haya incurrido en problemas realmente serios durante mis viajes. Susto grande sí pasé cuando en mi segunda visita a Inglaterra me

entretuve en Londres más de lo debido y perdí la conexión que me permitía embarcar en el enlace programado para el cruce del Canal de la Mancha. Era 1957 y la precariedad de los recursos y servicios en España acarreaaba no disponer de una segunda oportunidad en casos así: se perdía el horario concreto del transporte... y se perdía todo. Allí descubrí que una de las conquistas del progreso era dispensar a los ciudadanos de un país con una suficiente flexibilidad en las prestaciones; y así yo me pude aprovechar de la enorme diferencia que había entre la España y la Inglaterra de 1957: sólo tuve que esperar a la salida del próximo y siguiente *ferry* con el mismo billete. Contrariedad también la experimenté en 1975 en el Check Point Charlie entre el Berlín del Este y del Oeste, donde por costumbre rutinaria le tenían los *vopos* detenido a uno el coche un par de horas, tan sólo para poner a prueba la paciencia. Mi caso revistió un aditamento de *suspense* aleatorio y novelesco, y es que al pedirme los policías que abriera la maleta del coche repararon en un taco de direcciones de amistades que llevaba yo suelto, ni siquiera dentro del bolso. Yo creo que fue por fastidiar, sólo por incordiar: lo cogieron y se pusieron a hojear las fichas o papeletas con los nombres y hasta leyendo algunos de ellos en voz alta. Intrigados, me preguntaron que... qué era aquello, y les dije que lo que estaban viendo: una agenda o bloque de direcciones y teléfonos de amistades. Cuando se cansaron de vejar me dijeron que continuara mi camino. Como todo esto se explica en el volumen III de esta serie, no hay por qué insistir. La sensación absoluta de orfandad impotente que sentí en el control “aduanero”, por

llamarlo de alguna forma, de Argelia, en el viaje al Sahara mencionado más arriba y que con detalle consciente se relata en el volumen II de la misma secuencia. O el miedo estrujador y anestesiante que hizo desbocarse al corazón mío de la caja de los costillares cuando despegamos del aeropuerto Stroessner, de Asunción hacia Montevideo, con el parabrisas de la cabina de pilotos rajada y tuvimos que regresar a Asunción. Si existiera un artilugio, un ingenio fiable medidor de ansiedades probablemente hubiese alcanzado una de las cotas más acusadas. Puede todo eso leerse en el mencionado tomo IV. Y un sinnúmero de roces con la fortuna, contrariedades superficiales, reveses de poca monta que carecen de entidad como para darles entrada en la relación de cosas recordables y mucho menos literaturizables...

Pero esto de ahora de Bangkok era el conjunto de todas las contrariedades, el epítome de todas las aflicciones, de todos los infortunios. Fugazmente me representaba sin documentos, sin tarjeta(s) de crédito –aunque tal vez con suficiente *cash* en el bolsillo como para continuar con mi programa–. Porque creo que también tenía mi billete en la carterita. Tendría que ir a la Embajada española, y nada más empezar a visualizar secuencialmente la lacerante procesión de despropósitos... mi razón pegaba un respingo, rehuía el castigo y se empozaba todavía más en el lodazal de la desesperanza, en un verdadero “Slough of Despond”. No pensaba. Mi cerebro estaba plano, no emitía más que vibraciones chatas, desprovistas de propósito, logísticamente inanes... Había llegado una vez más al Hall principal del Hotel Ambassador... Vagaba, estrujado por la

preocupación, rebozado en la incertidumbre, mimetizado con el absurdo... “Mr. Ramos”... Me detuve mirando como un *zombie* las vestiduras opulentas de las recepcionistas... “Mr. Ramos”... Algo muy malo he tenido que hacer, pensaba, para haber merecido este castigo tan desabrido, tan desproporcionado, tan alevoso... “Mr. Ramos”... Con todo, si pudiera dedicar esta agonía tan desafortunada, este cáliz de espinas... y salvar la cuota de humanidad. Pero no sé si podía... “Mr. Ramos, Mr. Ramos Orea”... ¿Cómo? Un momento. ¿Es a mí? Sí, es a mí; me llama una de las recepcionistas, sin alterarse mucho, mostrando tan sólo una ondulación ligeramente más pronunciada en su tono de voz, en su sonrisa, en su diligencia. Sí, sí... soy yo, ¿qué pasa? Me dice que acaban de llamar del Hotel Manhattan y que alguien, parece ser que un taxista desde su coche, ha lanzado lo que creen sin duda que es mi bolso de mano, y que me puedo pasar a recogerlo cuando quiera. Una expansión de signo contrario, de signo aumentativo no sólo en lo anatómico sino en lo desordenado del pensamiento; una contracción seguida de explosión, dañino todo, enormemente peligroso para un corazón lesionado, operado o con recursos endeble. Por fortuna el mío lo resistió; aguantó el golpetazo de sístoles y diástoles desbocadas. “Sí, un momento –acerté a decir a la recepcionista–, que se espere el que ha encontrado mi bolso y lo ha llevado al Manhattan. Seguro que no se negará a recibir una gratificación”... Inocencia en estado puro, angélico, de recién nacido. Y es que el que no sabe es como el que no ve. Y sin intención no hay dolo. Y a veces ni hasta con buena picha se

puede joder. Me planto todo exaltado en el Manhattan y me entregan el “purse”. La explicación no puede ser más fácil. El taxista no me entendió cuando le dije que se esperase, o no entendió por qué tenía que esperarse cuando yo había ya parlamentado una vez con la Recepción del Manhattan. No. El hombre no entendió, y antes de mi segunda entrada con el bolso grande entero se había dado prisa en abrírmelo y coger el “purse”, el bolsito. Parece que un imbécil de entre los tres o cuatro individuos que allí se hallaban le dijo gratuitamente que yo había “checked in”, que me había registrado *ya*, y la cosa no parecía carecer de lógica puesto que me había llevado el bolso grande. Y el caso es que esta gente es, en general, bastante de fiar; pero cualquier número también está en el bombo. Esta gente no es mala, no. Pero el mal existe, supuesto irrenunciablemente teológico, y de vez en cuando se posa en alguno de tus asuntos y te lo empoza, te lo desvirtúa y a ti te hunde sin remisión. El pobre hombre pensó – ¡qué desgarró de criterio y de sentido, qué crimen horrendo de proporción! –, pensó que no le iría a pagar, sí, pensó que me habría registrado en el hotel y que le estaba dejando tirado, y si no, el hecho de haberme metido con el bolso. A pitón pasado, todo es fácil... Si hubiera yo apuntado la matrícula, dar con el taxista hubiera llevado sólo minutos. De esta otra forma la operación había costado dos horas y una infinidad de padecimientos. Era ahora la una de la madrugada del cinco de agosto de 1991. Así que, no lo olvide el lector: se trató de eso, de que el taxista no me entendió; que algún pobre idiota le informó mal; que pensó que no le iba a pagar o algún disparate

así de absurdo, y que en el primer rato que estuve en Recepción parlamentando con los del Manhattan describió la cremallera de mi bolso grande –así viajo yo de confiado en Thailandia–, extrajo el pequeño con todos los documentos, etc., y se marchó. Lo compruebo y menos mal que sólo faltan las doce mil pesetas, aproximadamente, en papel. Lo demás, intacto. Según me cuentan, ahora ya en un tono más distendido, el taxista llegó a la rampa de entrada principal de coches y sin detenerse arrojó el “purse” por la ventanilla. ¿Qué proceso mental, me pregunto, tuvo lugar en los entresijos de la conciencia de este hombre? ¿Entendería de dinero español? ¿Calcularía siquiera por encima el valor de los billetes de banco y de las monedas en pesetas? En la más de hora y media que tardó en regresar tuvo que entretenerse algún rato, tal vez deteniendo el taxi entre carrera y carrera, tal vez sobre la marcha. ¿Qué proceso mental, sí, tuvo que dirigir su ejecutoria al no destrozar ni deshacerse de ninguno de los otros documentos y títulos? ¿Podríamos calificar de *honrada* la actuación de este ciudadano? Ni entonces se me ocurrió apuntar la matrícula de aquel taxi, ni en toda mi vida restante de viajar lo hice, aunque confieso que la idea es buena, un diente más en el piñón de los *desiderata*, una quimera más en el camino de perfección que no acabamos nunca de transitar. ¿Quién está dispuesto a prever una situación así? Doy toda clase de parabienes a la gente del Manhattan, me traslado rápidamente a mi Hotel Ambassador y urjo a Recepción a que llamen a la Policía, a los servicios de objetos perdidos del Aeropuerto, y a todo el mundo que haya podido tener conocimiento de mi

desdicha pasada. Que... gracias a todos, que los quiero mucho; que quiero a la gente thailandesa; que estoy absolutamente pasado de rosca, colapsado, devastado y desbordado. Sobresaltos así pueden acabar con el mejor repertorio de constantes cosmo-bio-rítmicas, y malograrle a uno el metabolismo psicosomático de por vida. Yo tuve suerte. Eran ya casi las dos de la madrugada cuando conseguí conciliar un ramal de descanso, porque toda mi persona había traspasado los umbrales de las sensaciones, como aquellas bujías de las motos que al formárseles un puente no podían parar y condenaban al motor a morir por sobreactuación auto-consuntiva.

Día 5 de agosto. Un poco más repuesto, voy al sastre y me pruebo. Resulta que aquí se estilan las hombreras, y le digo que me las quite, o por lo menos que me las rebaje, que me las atenúe, porque creo que me dan un aspecto a lo Juan Centella. Tampoco se puede pedir mucho por cien dólares USA que me cuesta el conjunto completo de dos piezas. Por la tarde voy a ver, es decir, salgo con la intención de visitar a Bencha. No la he visto desde que nos encontramos en el Hotel Windsor en 1983, ya que en diciembre de 1985, cuando me dejé caer por su casa con el taxista Bill, no estaba y sólo una hermana suya nos recibió amablemente y me dio el teléfono de una empresa en la que Bencha estuvo trabajando hasta hace tres años (así me lo comunicaron ellos y así me lo confirma Bencha desde su casa). Llegamos y es ella la que sale a abrirnos: un primor de criatura, fina y escueta, graciosa en su armonía y en sus proporciones. Dijo que se acordaba de mí, pero que no me había escrito más

porque había extraviado definitivamente mi dirección. Me presenta a su padre: todo un caballero thai, vistiendo, con el torso desnudo, la típica colgadura enroscada de cintura hasta abajo. Me hace la señal del “Sawasdee” (“Welcome”) con las manos juntas en actitud de orar. La hermana de Bencha nos trae al taxista y a mí unas Coca-Colas con pajita ya dentro. En la casa ya hay teléfono, lo cual es un alivio, y la empresa en la que Bencha trabaja dispone, claro, de télex, fax, etc. Quedamos Bencha y yo para cenar juntos el miércoles día 7. Lleva una falda estampada de motivos pequeñitos, como florales, de color marrón oscuro a cuadritos, estrías y redondeles. [Por esas cosas del pensamiento saltarín reparo en que en los hoteles de Bangkok, y creo que también en los de Jakarta según oí decir, hay unos cabos de vela muy apañados, en caso de apagón].

Después de ver a Bencha me voy al “Darling” y elijo a Wee (o Wii, como creí entenderla). Es una chica proporcionada, con un gesto un pelín esquinado, como de travesura natural, inconsciente. Accede a follar conmigo de entrada porque capta que de esa manera me libero de la tensión. Pero lo que le da la talla de buena profesional es que además de quitarme los zapatos (cosa que acaso deban hacer todas), cuando yo me despojo del slip y de los pantalones ella dobla cada cosa en un extremo del asiento-sofá de la estancia. Luego me da un buen baño y el masaje que me aplica es de lo mejor. Le doy de “extra pay” mil bahts, que me parece justo. Esa misma tarde, después de comer le había echado dos polvos a una hermosa thai, de nombre algo así como Bül, que se sentó conmigo cuando yo estaba en el

restaurante. No era lo corriente ver chicas por libre en los comedores de los hoteles. Esta chavala parecía estar familiarizada con el lugar. Aquel refectorio del Ambassador constituía uno de los lugares más acogedores de todo el establecimiento. Abierto las veinticuatro horas para hacerse cargo de la posible dinámica de cualquier tipo de comensal, los que se sintieran con ganas de tomarse el desayuno cuando los demás incurrieran en el horario de cena, por ejemplo. La localización de este restaurante correspondía a la sección del complejo más cercano a Sukhumvit Road, y era el lugar más popular, por así decirlo, sin que le faltaran los típicos primores de los juegos de agua y cascadas semovientes por medio de cazoletas accionadas por contrapeso. También existía una estanquilla de surtidores que al chocar con cristales coloreados por distintas luces producían el efecto de un simple y elegante juego cromático.

El caso es que el día 5 de agosto lo saldé con tres polvos que para ser los tres con preservativo los llevé muy bien. Ahora estoy expectante respecto del encuentro con Bencha. El próximo viaje debo traerme fotocopias de alguna nota biográfica mía o “Who’s Who” y más tarjetas de visita, y algunos condones más porque en esta ocasión me estoy quedando corto. Acabo de hablar con Nang y de nuevo la terrible escisión que existe en lo tocante a las mujeres en este país se me ha vuelto a patentizar desde mi retina de extranjero. Las chicas públicas son encantadoras y accesibles, con un tipo de accesibilidad refinada, gratísima. Las demás, las otras, las... ¿normales? son o parecen

ser pozos de insondabilidad. Vengo reflexionando todos estos días sobre aquello en lo que últimamente el amor me parece consistir. El amor es como un palio que se cierne por encima del tiempo de los mortales, sin tocarles pero al mismo tiempo determinándoles, designándoles. Por debajo de ese palio nosotros, enamorados o no, engastamos y ensartamos nuestros momentos con episodios más o menos fugaces, amoríos, escopetazos líricos, sarpullidos subitáneos. Éstos sin aquél no son nada; pero menos es todavía eso que hemos dado en llamar “palio informador” sin esos nutrientes. Las dos instancias se consorcian, juntas o por separado, y son imprescindibles la una de la otra. Ocurre, eso sí, que cada una parece como si evitara a la otra; que en tanto las presencias pueden coincidir, pueden simultanearse, las esencias se nos antojan incompatibles. Aquel que dispone de la “situación” parece alejado de la realidad de las “acciones” y viceversa.

El Hotel Ambassador mantiene a lo largo de todo el año un tipo de ofertas de alojamiento. Ahora, por menos de cinco mil pesetas se dispone de habitaciones de la Sukhumvit Wing. Los servicios están llenos de detalles de delicadeza: ver a estas chicas hacer la cama, por ejemplo, es una lección de urbanidad. [Sigue el pensamiento jugándome trastadas. La noche de mi tragedia, ya sabe el lector, al caminar desde el Manhattan al Ambassador, vi una rata. Iba con el horror de pensar que la iba a ver, y con la desazón de no verla, ya que me parecía imposible que en aquella calleja no aparecieran animalitos. Recuerdo que en Indonesia –acaso legado musulmán, acaso coincidencia sin más

pretensiones— a algunos de mis comensales se les escaparon eructos de entidad más que natural]

Hoy día 6 he vuelto a “Darling” y he contratado un “body massage” de Nan, una exquisita muñeca, previo polvo para rebajar la tensión. La chica portaba una cadenita dorada en la cintura y tenía los pies graciosamente dispuestos, con los dedos achataditos y algo abiertos. El “body massage” se realiza en un colchón neumático que la joven embadurna con espuma espesa y repetida. Boca abajo le frotan a uno el reverso, dejándole sentir el suave cepillo venusino trajinar arriba y abajo de la espalda, de mil maneras: luego, vuelto hacia arriba, se desliza la chica por debajo también suspendiendo el cuerpo de uno, levitándolo, facilitado todo por la escurridiza lubricación de la espuma.

Día 7 de agosto. Reconfirmo mi billete. Pero yo estaba todavía con el regomeyo estúpido de mi acercamiento institucional a la mujer thai; quería agotar mis ganas de escudriñar en las posibilidades de tener a una mujer thai con todos los predicamentos legales, si es que ello era lo procedente. El escaqueo con el Club de Anita había exacerbado la cuota de irracionalidad ciega, acaso inconsecuente, que opera en los entresijos del alma de las personas inquietas; una tozudez que se cura mediante la arribada al grado mayor de evidencia. Y yo tenía que arribar a dicho punto, a dicha evidencia, instrumentando ese tipo de gestiones en las que contienden y acaban neutralizándose las dos motivaciones originales: la del auto-engaño con el fin espurio de no dejar en la conciencia rescoldo alguno de falta de diligencia; y la verdaderamente

positiva, que es quedarse como uno está y no marear la perdiz. Algo muy parecido –discurría yo– a lo que sucede cuando se dice que se quiere vender lo que en el fondo no se quiere vender: se pide un precio suficientemente abultado para que el más animoso y optimista de los virtuales compradores se abstenga; y así nosotros nos justificamos con esa perversión en la que no creemos. Más o menos eso, y salvadas las diferencias temáticas, era lo que me ocurría a mí con el asunto del quimérico emparejamiento con mujer thai. Había que terminar de tragar toda la pócima para que la vomitona, cuando se produjera, fuera absoluta...

El caso es que me acerco a la oficina PTS (Professional Translation Services) en la Mahatun Plaza, junto a la Phloenchit Road, que, además, actúa como asesoría legal para toda suerte de materias relacionadas con el empapelamiento matrimonial. Conservo con bastante detalle la enumeración de requisitos, que debí anotar allí mismo, y... bueno, para qué insistir, la primera evidencia que le anega a alguien como yo es que cualquier cosa que tenga que ver con el papeleo, y sobre todo con cierto tipo de papeleo, mata y arruina toda posibilidad de desarrollo ulterior y armónico del asunto. Luego, y paralelamente, saco la impresión de que las Agencias o Clubs que negocian o gestionan emparejamientos aciertan al cincuenta por ciento, *fifty-fifty*. O sea, que puede uno ahorrarse esta suerte de trámites y actuar por su cuenta sin más, sin temor a equivocarse pero también sin falsas expectativas de probabilidades de acierto. Así me lo asegura el muchacho letrado al que consulto. Me cobra

doscientos bahts, pero yo le doy trescientos en prueba de agrado y de confianza. Sigo atando cabos en lo de agenciarme una compañera y percibo que las bazas están del lado de Gloria Pineda. Las filipinas tienen la gran ventaja de que están educadas según el patrón español en lo relativo a lo religioso, y por el norteamericano en lo relativo a lo demás. Una combinación que los propios yanquis están aprovechando bien.

Bencha me comunica que hasta el viernes no puede verme, a causa de su trabajo, y me inquieta pensar que si algo ocurre el viernes ya no tendría ocasión de encontrarme con ella el sábado, antes de irme. Espero que el viernes me dé tiempo a decirle todo lo que se me ocurra. Hoy, tarde del miércoles 7 de agosto, está cayendo un fuerte chubasco en Bangkok, el primero en los días que llevo aquí. La gente española viaja en los meses de julio y agosto, sea donde sea. Ahora es la estación húmeda, lluviosa, en Tailandia, aunque este año parece que ha resultado o está resultando más seco que de costumbre. Reparo en los detalles que los thailandeses tienen para con la hostelería: las servilletas están tersísimas, sin llegar a la rigidez del almidón; en la Coffee-Shop (o sea, restaurante popular abierto las veinticuatro horas) de la Sukhumvit Wing del Ambassador hay una cascada, ya dije, dentro de un paisaje natural de rocas y agua y hierba, que ameniza el panorama; hay también un juego de surtidorcitos cuya agua forma, al caer, una especie de sombrilla en tonalidades distintas por medio de unas refracciones cromáticas o láminas cambiantes que producen los variados colores. Sigo reflexionando sobre el tema de la compañía y

compruebo que en muchos de nosotros, y en mí especialmente, opera el factor no ya del interés o capacidad de concernimiento que yo sea capaz de desplegar respecto de la dama en cuestión, sino del interés y concernimiento que *ella* sea capaz de demostrarme a mí. Así se lo decía yo a Gloria, creo, la primera velada en que estuvimos largamente disertando; y creo asimismo que es Gloria la criatura que con más normalidad hasta ahora ha sabido llevar su relación conmigo. El virguito de Marilou no sé si es suficiente incentivo como para hacerme decidir: a Gloria la veo la más preparada, la más avezada, y –por pensar que no quede– podía ella estarse en mi casa de Alcalá de Henares mientras yo estoy en Granada, y vernos cada dos fines de semana o así. De esa forma ella se entretendría cuidando de la casa, aprendiendo cosas, hablando español con mi hermana, etc.

Esta tarde de 7 de agosto he ido también a “Darling” y he entrado con la número 10, Lat, encantadora chica que se ha demorado complacientemente lo indecible con el masaje normal. Pero lo más fascinante fue nuestra conversación. Su inglés traspasaba las lindes de lo reconocible, y a veces la palabra más común que ella me decía yo no la encajaba y ella se llegaba a exasperar con razón. Me dice que tiene una hermana allí también actuando, número 104, y si no es mal parecida voy a ver si mañana día ocho, jueves, paso con ella.

8 de agosto. He perdido un segundo bolígrafo. No puede ser más irrelevante la materialidad, pero es indicativo de que la atención y la presteza respecto del control de las menudencias momentáneas me van traicionando. He perdido dos bolígrafos;

las gafas de sol; más el percance del hurto del bolsito de documentos y dinero: cuatro fallos que ojalá tuviera en cuenta para el futuro. Me he apuntado a la excursión “Thai Village Cultural Show” que pasa a recoger a los viajeros del Ambassador a eso de la una menos cuarto del día y termina a las seis de la tarde. Recuerdo ahora a la recepcionista “mayor”, por así decirlo, del hotel, que parecía una soberana, vestida distintamente de rosa hasta el suelo, con una banda luminosa por los espejuelos y fulgores que la esmaltaban. Parecía una reina de un cuento de fantasía, y sólo era –en la vida real; es decir, la que menos me importaba a mí entonces, en el momento de verla– una recepcionista “jefe”, acaso con un sueldo de cinco mil pesetas al mes. Descubro el juego de las luces de colores del comedor-terraza del Ambassador: se trata de que el agua, que al salir del tubo del surtidor forma una copa perfecta invertida o sombrilla boca abajo, va cayendo sobre una pantalla redonda pintada de un color para cada uno de sus cuadrantes de noventa grados, y que a su vez gira por encima de unas bombillas que reflejan vivamente desde abajo el color del cristal de cada una de las porciones pintadas. En la excursión al Rose Garden de hoy he visto unas dependencias donde se vendían camisas artesanales y donde tres virtuosas las estaban dibujando, al parecer directamente sin más, sin modelo ni patrón antepuesto: sobre la superficie impoluta blanca de la tela cada una de ellas trazaba lo que mejor le parecía. Les pregunté que cómo era que no usaran original y me dijeron, bueno, me dijo la supervisora más bien, que lo hacían con la imaginación pero que habían tenido su entrenamiento

previo como dibujantes en escuelas de Bangkok. El caso es que de sus pinceles y de las pinturas líquidas allí dispuestas salían formas finísimas y exquisitas, bellos y proporcionados diseños de pájaros, plantas y flores. En el show de los elefantes, o sea, de las cosas que hacen los elefantes amaestrados: arrastrar pesos, llevar gente a lomos, etc., después de un baño que el más grande de ellos se dio para a continuación sacar del agua un tronco de árbol, se le encandiló la verga y yo no había visto ni he vuelto a ver una cosa igual: el doble de larga que la de un burro y por lo menos el doble de ancha, de color entre marrón y crema, con vetas como rosáceas, acaso la red de venas. ¡Qué disparatada y qué grotesca la hipérbole, tan cara al temperamento hispánico para este tipo de escatología, de la cantidad de saliva que tendrían que emplear el paquidermo y la hormiga para tener relaciones íntimas! En esta excursión había caído junto a una pareja, uno y una quiero decir, de jóvenes nórdicos, de Noruega exactamente, asimismo huéspedes del Ambassador. Cuando el show del cipote del proboscidio, la chavala, suficientemente bonita, se hizo por un momento la ausente, la distraída dudando entre si no mirar o asumir el reto. Y por parte del chico, con su pareja allí al lado, quién sabe el sistema de comparaciones que podría establecer su mente. Unos minutos después el mismo elefante ejecutó la prueba de docilidad y de buen entendimiento, para lo que se necesitaba a alguien del público, preferiblemente jovencito. Apareció un rubiales y se prestó a colocar su cabeza, boca arriba, debajo de la pata derecha delantera del elefante durante unos segundos. A la orden del cuidador, tanto animal

como persona volvieron a sus posiciones normales mientras todos nosotros, los asistentes, les dedicábamos una traca espesa de aplausos. ¡Uuufffhhh!, creo que dije yo... “yo no me pondría debajo de un bicho de estos”. “Ni yo tampoco –terció el nórdico–. Todos podemos tener un mal día”. Sabia y elocuente reflexión.

El complejo Ambassador City dispone de treinta y un sitios de expansión y alterne: restaurantes, bares, cafeterías, salones, piscina, etc. Posiblemente toda la urbanización albergue en cualquier día de trabajo cerca de diez mil personas, entre empleados, trabajadores y huéspedes. Hoy día 8 de agosto he visto de espaldas, andando enfrente de mí, a cuatro chicas que, a juzgar por su uniforme elegante y discreto, debían pertenecer a alguna de las dependencias del Ambassador. Cada una de ellas compendiaba una categoría separada de estética *ying*: las cuatro diferían sensiblemente en altura, volumen, chasis de piernas y hasta cimbreo; pero creo que entre las cuatro completaban todo un muestrario de feminidad oriental. La camarera de mi habitación, y que me hace asimismo “la descubierta” por la tarde, a eso de las seis y cuarto, se me ha convertido en un rito porque suele coincidir conmigo dentro del cuarto. Se llama Natsei o algo así. A esa misma hora, que es cuando suelen cenar los locales y nativos, me he fijado en la exquisitez y simplicidad de la vestimenta del personal femenino del comedor, sobre todo de una joven: blusa en verde claro; falda verde oscura; zapatos negros planos; con una especie de chalina o chorrera de cuadros blancos y verdes, como un mantelito doblado, ¡y ya está! Melena corta y

morena con flequillo. Me vio mirarla mucho y se hizo la oficiosa encontradiza con amabilidad y tino. Al preguntarle me dijo llamarse Saipin, de veinticuatro años, casada con thai, sin hijos aún. Me dice que soy el primer extranjero que le ha dicho que es bonita, y yo le digo que no seré el último. Y es que, excepto por la dentadura que la tiene algo desigual, algo atropellada pero fácilmente reparable, su figura es de una armonía excepcional y elocuente. La blusa al plegar algunos trozos de su superficie hacia dentro permite destacar jovial y discretamente el montículo de los senos. Hoy he ido también a “Darling” y he pasado con Dthai, hermana de Lat, con la que estuve ayer miércoles 7. Hemos copulado en la bañera agradabilísimamente, porque se ha dejado acariciar los senos, bonitos, proporcionados y generosos; y se ha dejado besar con intensidad toda la carne de los labios. Después del “body massage” yo empezaba a vestirme y ella me señaló que me tumbara en la cama; que aún nos quedaba media hora: así que me administró un suave sobo por las articulaciones. Una joya de chica.

Día 9 de agosto. Hoy, un poco por llenar el tiempo y otro poco por ver algo distinto, he reservado excursión a los cocodrilos. Pero mi alma está pendiente de las siete de la tarde, en que debe venir Bencha a verme. Si Bencha se marcha antes de las diez de la noche probablemente me acerque a “Darling” a mi casi segura última visita por esta temporada. Ni que decir tiene que lo de los cocodrilos es una amenidad turística más. El domador-cuidador consigue el acmé del show cuando, sonriente, medio mete la cabeza entre las fauces del enorme reptil. ¡Brrhh!

Suponemos que antes de cada representación se da de comer al animalito a reventar para que no tenga más remedio que hacer ascos a la carne humana. Me halagó sobremanera advertir que una de las melodías que servían de pauta para las secuencias o piruetas del domador era el bolero “Es la historia de un amor como no hay otro igual”. También, saliendo de un altavoz entre los demás ruidos se podía percibir “El concierto de Aranjuez” y la banda sonora de *Juegos Prohibidos...* “Dicen que somos dos locos de amor”. La excursión se completó con una visita al pequeño zoo. Resulta que el promotor, fundador y dueño de todo el complejo –criadero de cocodrilos, pequeño zoo, tiendas– es un chino. Aunque, por supuesto, no con la brutal y abrupta diferencia de Indonesia, debido a la indolencia y quietismo que implica el islamismo, aquí en Tailandia son también los chinos los más trabajadores, los más emprendedores y no pierden comba.

Bencha Yukhong llegó con una amiga, Jub, a la hora señalada. Ambas trabajan para la multinacional Procter & Gamble, Bencha en calidad de secretaria “to Sourcing Manager”. Tiene veintinueve años y se conserva bonita, con el toque inconfundible de la fisonomía de muñeca de un buen segmento de estas féminas. Para mí, quiero decir, para el esquema de mi experimento, Bencha podría haber sido una cualquiera de entre los demás millones de thailandesas. La conocí en 1983 cuando en mi primera visita a Bangkok (y a Tailandia) me hospedaba en el Hotel Windsor, también en Sukhumvit Road, y ella trabajaba allí de coordinadora o gobernanta de piso; nos habíamos cruzado un

par de cartas: yo conservaba la suya fechada el 23 de enero de 1984, cuya fotocopia había llevado yo conmigo para la ocasión de encontrarla en su casa y para pasmo y complacencia de Bencha. Desde entonces yo estaba en posesión de sus señas familiares y de su teléfono. Y he hablado líneas arriba de “experimento” porque a excepción de ella misma; de la ya reseñada Nang, y de alguna levísima escaramuza con Saipin, mi conocimiento de la chica thai fuera de la clase de hetaira de los servicios públicos, no existía. Bencha, Nang, y en menor grado Saipin eran “lo otro”, lo supuestamente normal, lo no excepcional. Y sin embargo esto que nos gustaría entender como *normal* constituía la opción más hermética, más insondable, más inaccesible. Dentro de mi situación claro es que todo podía adquirir carta de naturaleza, porque se partía de la nada y yo estaba abierto a cualquier epifanía. Jamás he visto un cisma mayor, una sima mayor entre las posibles posiciones mentales de alguien como Bencha y alguien como yo. Ahora, pasados los años todavía veo más claro que la única instancia referenciadora que hubiera podido dar sentido a cualquiera de mis palabras, de mis gestos, de mis actitudes respecto de Bencha, y ya desde el primer instante de hablarnos como dos ciudadanos que han convenido encontrarse..., eso, digo, esa justificación general no podía ser otra que mi proyecto de matrimoniarme con ella. No se me pregunte nada de todo lo que llenaría los espacios intermedios de actuación, porque ni lo sé ni me otorgo capacidad de representármelo. Sólo veo con claridad suprema que un extranjero, *farang*, como yo sólo disponía de una virtualidad, el

matrimonio, para dotar de verosimilitud, de congruencia a todo lo que desde el mismo principio de las cosas se hiciese, pensase o dijese con relación a Bencha. No sé si llegué a romper el protocolo en el momento de nuestro encuentro, porque si mal no recuerdo los thailandeses *no* se tocan; se hacen el saludo *sawasdee*, con las manos juntas, ya sabemos, y fuera. Nada de apretones de manos, y mucho menos de roces de mejillas. Cenamos y sellamos una complicidad emotiva para el porvenir. Le hice entrega a Bencha de un resumen biográfico-académico, creo que el que aparece en *Directory of American Scholars* (1982) y de una foto mía tamaño mediano, de las que me sacara mi colega Juan Antonio Díaz López en Granada.

A eso de las diez de la noche me fui a “Darling” completando así una semana entera, de lunes a viernes. Me ocupé con Phou [*lluvia* en thai, según me dijo], una primorosa niña de dieciocho años, la tercera parte de mi edad, y que junto con los menesteres del oficio tenía detalles de adolescente tierna, como quedarse acurrucada a mi lado, tumbada en la cama, sin acabar el repaso en mi brazo izquierdo. Le gustaba follar pero no pude celebrar más que una sola vez porque con el plástico tenía las sensaciones algo adormecidas. Su pelambreira mojada parecía como un pincelillo después de enjuagarse; como un flequillo diminuto hacia arriba. Me encantaba cuando me daba cachetitos en las mejillas, así como para reconvenirme o como para asentir. Sin embargo, me dejó tocado de amargura cuando me dijo que el dinero que ganaba se lo enviaba a sus padres que vivían en el norte, junto a Chiang Mai; que ellos conocían la actividad de

Phou pero que no le decían nada. Buen proceder de la chica pero deplorable situación. País relativamente pobre pero rico en mujeres bonitas.

Al día siguiente, antes de salir para el aeropuerto, voy a comprar un mapa de Thailandia y termino adquiriendo *dos* mapas y dos glosarios de Thai al inglés. Reparo una vez más en que la cultura angloparlante representa con mucho la parte más frondosa del muestrario de actividades y de experiencias en el planeta en estos dos últimos siglos. Por qué tantísimos saberes raros han sido abordados por un angloparlante y no por un hispánico, por ejemplo, contesta a la pregunta sobre la diferencia entre una y otra cosmovisión.

Julia; Ralitzia; Boriána; Katia; Ventseslava: Sofía (Bulgaria). Diecinueve años después, 19-31 de agosto de 1991

Voy a relatar la historia de un fracaso, de un fracaso completo, de un doloroso y multidisciplinar fracaso; eso sí, con la decidida pretensión, ya que no convicción, de que la pluma encuentre recursos tan legítimos y congruos como cuando, ufana, se regodea en la glorificación de un éxito. El asunto “Bulgaria” venía de muy antiguo, concretamente de 1972. Por esas cosas que a veces ocurren, desgajadas de lo que pudiéramos entender por normalidad, Bulgaria había optado en época tan temprana por dar un paso decidido hacia la potencialización de su turismo. El litoral del Mar Negro justificaba la consabida oferta de playa, mientras que otras particularidades del interior (monasterios, campiña atrayente, etc.) anunciaban asimismo su intención de incorporarse al mercado. Bulgaria había sido y era la pequeña favorita dentro de la gran familia de países satélites de la URSS. Los idiomas ruso y búlgaro son muy parecidos, sin decir que sobre todo la era Breznev supuso el aprendizaje prácticamente obligatorio del ruso por parte de la población búlgara. Tal vez en razón de esas buenas relaciones la gran hermana URSS permitiera que Bulgaria instrumentase alguna medida de cara al exterior sorprendentemente flexible para la época, cual era, por ejemplo, la no exigencia de visado, al menos para los súbditos españoles y provenientes de la parte de acá del Telón de Acero.

Querían promocionar la ciudad vacacional de Albena, junto a Varna, en el Mar Negro, y creo que lo consiguieron. Pero ya dije que estábamos en 1972. Lo que no he dicho es que esta vacación mía dio lugar nada menos – ¡qué enjundia no tendría! – a mi... llamémoslo novela *Amor se dice obitcham en búlgaro: Rotos y descosidos en el Telón de Acero*, y de momento todo lo que de literario generase ese viaje está recogido allí. De entre los varios protagonistas de dicho libro destaca Renata, a la sazón una de las guías búlgaras que nos asignaron al grupo turístico español. Renata era hispanista, más tarde profesora de español en un Instituto de Sofía, y de ahí su menester con todos nosotros durante nuestra vacación. Como resultado de un golpe de azar gracioso es el caso que Renata y yo volvimos a conectar quince años más tarde, en 1987. Por las razones que fueren Renata había pasado de la típica agnosis del materialismo histórico a una posición de creyente activa, no sé si de acuerdo con la ortodoxia católica u oriental, pero en todo caso cristiana. Si se me apura, y desde mi óptica natural, yo hasta hubiera calificado a Renata de... beata. A partir de nuestra renovada conexión, las expresiones vertidas en sus frecuentes y largas cartas derramaban entusiasmo por... España, por lo español, por la lengua española, por nuestras instituciones y..., bueno, asimismo y de rebote, por mí; por todo aquello que mi personalidad pudiera compatibilizar con sus afinidades arriba indicadas. Desde 1989 Europa se hallaba bajo la incrédula ilusión de la caída del Muro de Berlín y el consiguiente aflojamiento del abrazo del Gran Hermano soviético a todos los países de su órbita. Bien en la realidad, bien

bajo la impresión del que ingiere un placebo, el caso es que la esperanza de apertura y la instancia desiderativa de zafarse de la reglas de convivencia que habían imperado en las comunidades comprendidas bajo la tutela soviética habían generado una actitud de cambio. Desde últimos de 1987 (en que Renata y yo retomamos el contacto) en adelante todo fue un flujo de correspondencia incontenible. Renata me contó su vida: había dejado el turismo; se había casado con un piloto militar aéreo; se había separado; tenía dos hijas, entonces de trece y diez años respectivamente; estaba dando clases de español, ya dije, en un Instituto de Segunda Enseñanza, etc. etc.

Toda esta serie de amagos y de inmediateces tuvieron su eclosión en septiembre de 1990, cuando Renata vino a España, concretamente a Sigüenza, a un curso de perfeccionamiento de español para profesores búlgaros. Aquellos días significaron una inmersión profunda en todo lo que portara esencia de españolidad. Por supuesto que yo la paseé, la agasajé, la invité, la enseñé, la regalé, etc., etc. La mujer estaba como loca. Una de nuestras excursiones fue a la localidad de Horna, a doce kilómetros de Sigüenza, donde se encuentra el manantial a partir del cual se origina el curso del río Henares. Renata recogió un puñado de tierra de allí mismo y la guardó celosamente en un plástico para llevárselo a Bulgaria. Aquella vacación fue su espaldarazo. Ella nunca había salido de Bulgaria; no sé, acaso a Rumanía; no creo. España le parecía un emporio de progreso, de modernidad, de forma de vida apetecible. El Muro de Berlín había caído pero la Historia se encargaría de demostrar que la

limpieza de los escombros duraría un buen puñado de años, y que no se pasa de la noche a la mañana de un régimen centralista y esclerotizado a una economía de mercado libre. Bulgaria estaba echando a andar y las diferencias con España parecían, y eran, abismales. Entre Renata y yo todo quedó desvelado, organizado. Nos contamos todo: planes, realizaciones, logros, programas, expectativas, etc. Renata, al igual que esas personas meritorias que se desviven por ofrecer más de lo que realmente son capaces de reunir para ellas mismas, me animó hasta lo indecible para que fuese a Bulgaria, a Sofía concretamente, donde ella y sus hijas vivían: que lo pasaría estupendo; que los precios estaban tirados; que un extranjero con cualquier tipo de divisa fuerte era... el amo, etc. Ese muestrario de medias verdades tan tópicas y tan maniobreras, por supuesto, que en el caso de Renata se declaraban con todo el marchamo de la buena fe y de las mejores intenciones. Bueno, pensé. En los últimos años había yo encallado en la fijación asumible, pero al fin y al cabo fijación, de estudiar y aprender algo de ruso. Tontee un poco con unas clases que organizara la Universidad de Granada, para constatar una vez más que esa era, entre otras tantísimas más, una de las maneras más tipificadas de perder el tiempo y el dinero; porque había que pagarlas, naturalmente. Lo mismo que hiciera con pleno éxito, y en su momento, con el alemán, pretendí seguir dos cursos seguidos de ruso de cuatro semanas cada uno en Moscú a mediados de los ochenta, justo después de mi, hasta ahora, definitiva y última visita a la entonces URSS en 1983. Lo he dejado explicitado en el volumen III de esta serie *Mujeres*,

lugares, fechas... Mi frustración fue mayúscula ya que la organización de tales cursos no preveía que uno se quedara en la Unión Soviética los doce o catorce días que mediaban entre curso y curso, y aconsejaban en plan de sugerencia desprendida y amistosa que regresara a España al final del primer periodo de cuatro semanas y volviese a hacer el mismo viaje para el segundo periodo de las otras cuatro semanas. Claro que me cagué en sus muertos e interioricé el poco éxito de estos sistemas tan inflexibles que no incorporan en sus esquemas algo tan sencillo.

El caso es que yo quería aprender algo de ruso, y según mis muy probadas entendederas el único método hubiera sido el de estarme dos meses en la URSS siguiendo los dichos cursos. ¿Cuál podría ser la otra alternativa menos mala? Planeé mi segunda visita a Bulgaria como algo polivalente, mediante lo cual cumplimentara la invitación vehemente de Renata junto con mi propia curiosidad, de un lado; y una vaga justificación de que allí mismo, en Sofía, me dieran clases de ruso. ¿Quién? La propia Renata era, asimismo, profesora de ruso, idioma que dominaba a la perfección. Hablamos del tema, y para evitar cualquier lastre de subjetivismo comprometido, por pequeño que fuera y que el tema pudiera llevar consigo, Renata me explicó que había tratado el asunto con una buena amiga suya, profesora igualmente de español y de ruso y que estaría encantada de impartirme las lecciones que hiciesen falta...

Volé a Sofía el 19 de agosto de 1991 en un Tupolev ruso de las líneas Balkan: pelado de comodidades; lo justo, y se acabó. Las azafatas, vestidas con falda azul oscuro y blusa blanca

con tiras encarnadas y azules. El menú del vuelo: unos embutidos, queso y algo como requesón, saladillo, etc. Botellas grandes de cerveza, buena y no muy cargada según me dijo un pasajero contiguo, porque yo no la probé. Creo que es una acertada compensación para la prodigalidad y abundancia de mis anteriores inmediatos viajes. En estos bloques todo parece desarrollarse con medidas suficientes para que las cosas se sostengan en su función de tales, sin añadir un solo punto de lujo ni de exceso. El aeropuerto de Sofía, discretísimo y cordial. No recordaba absolutamente nada de diecinueve años atrás. La gente, acogedora, despreocupada. Renata lucía el mismo vestido que había traído a España el año anterior: amarillo, anchote, con dos hileras como de volantes sin llegar a los faralás. Aquí hay que hacerse a la idea del alfabeto cirílico, lo cual es una dificultad añadida. El hotel que me ha reservado, el *Órbita*, en el 76 del boulevard Antón Ivanov es un tres estrellas equivalente a una en España; digamos, como el *Casablanca* de Granada, con la diferencia de que la constelación astral se justifica con el edificio grandazo, algo destartado, con el consabido restaurante de mesas con manteles sucios y remendados. El mobiliario de mi habitación 228 en la planta entresuelo es de formica. Los agarradores/tiradores son bastos, sin refinar. La regadera de la ducha del cuarto de baño vierte directamente al piso, sin compartimiento propio, sólo con una leve inclinación para el desagüe. El colchón de mi cama se encaja en una estructura o armazón de madera con los lados levantados, como fronteras cortantes.

[Se me olvidaba decir que el tiempo del vuelo Madrid-Sofia fue inferior a las tres horas, y que el avión no iba lleno; toda la parte delantera, libre, se destinó a las azafatas y demás auxiliares. El avión no se movió durante el vuelo. Al aterrizar escoró un poquito, primero hacia el lado derecho, luego hacia el izquierdo hasta estabilizarse. Las tapicerías están baqueteadas por el uso. Se suscitó un incidente, y ello fue porque un grupo de unos diez o doce españoles, chicos y chicas jóvenes, habían ocupado asientos de “No fumadores” y sin embargo se pusieron a fumar. Ni la tripulación, ni las azafatas ni el resto del personal se encontraban con autoridad como para hacerles desistir de su actitud. Me quejé a ellos pero la pobre gente me miraba, miraba luego al grupo de ruidosos compatriotas y me hacían un gesto de que... no podían hacer nada; no tenían autoridad ni moral ni coercitiva para impedir aquella tropelía. Y en casos así no cabe más que liarse a hostias, lo cual es de resultado incierto y más para mí, que no contaba con aliados. Este detalle, no muy entitativo de por sí, ilustra sin embargo el grado de permisividad que iba permeando poco a poco los usos y costumbres de esta gente a partir de la Caída del Muro y la desmembración del bloque conocido como URSS]

La situación del Órbita es agradable y espaciosa. Ocupa uno de los laterales de una especie de plaza o ensanche entre la dicha calle Antón Ivanov y la de Georgi Traikov, con superficie de aparcamiento prácticamente irrestricta dondequiera no se estorbe de manera palmaria la circulación o el servicio de carga y descarga. A unos ciento cincuenta metros del Órbita se erige el

Hotel Vitosha, también conocido por The New Otani, un cinco estrellas de construcción japonesa y en consecuencia abundando en motivos de decoración nipones, jardincitos llenos de recovecos y canales acuosos sobremontados por las típicas pasarelas de madera. Por cierto, que de entrada se nos vendió el bulo de que la Dirección de dicho hotel permitía el acceso a su piscina, supongo que mediante la satisfacción de un canon, a cualquier persona, presumiblemente turista, aunque no estuviese alojada allí. Me las prometí muy felices al diseñar todas las jornadas de piscina que se me antojasen. Por dinero no quedaba. Pero como tantas otras realidades gratuitas, “too good to be true”, demasiado bueno para ser verdadero. Les pregunté y me dieron la esperada negativa vaga y disuasoria de que la piscina se hallaba en periodo de reformas, etc. La primera impresión de Sofía fue la correspondiente a capital de un país que había estado directamente y de lleno dentro de la *manera* (ya que no “estilo”) soviético: calles anchas, sin tráfico espeso todavía. Recuerdo que desde el aeropuerto cogimos un taxi “Skoda” con el motor en la parte trasera. El chófer levantó el capó delantero, justo para que yo dejara mi bolso. Los búlgaros ya sabemos que cuando dicen “sí” mueven la cabeza de un lado a otro, como si dijeran “no”. Parece que el dólar USA está casi estabilizado: 16 levas al cambio oficial, y 18 en el mercado libre; es decir, a unas siete pesetas cada leva. Me iría percatando cada vez con más rotundidad de que los hoteles tradicionales búlgaros, antiguos, están hechos pedazos. Cobran invariablemente en dinero fuerte para resarcirse de los precios en general ventajosos que el turista

encuentra en otras cosas, como la comida normal de la gente, los taxis, etc. Los hoteles de cinco estrellas son islas cerradas que se rigen por las tarifas y las prestaciones de las cadenas a que pertenecen, y por supuesto no conocen la leva: todos se manejan en dólares USA, ¡clara demostración de confianza en su moneda nacional!

Renata me presenta a Julia Velinova, su amiga y colega, profesora de español y de ruso. Su sueldo es de mil levas al mes, y lo mismo el de su marido, que es ingeniero; y también el de Renata. Los cuarenta y cinco años de socialismo oficial directo han generado pobreza repartida. Y todos tan contentos, o por lo menos resignados. Julia es una mujer de unos cuarenta años, todavía moderadamente atractiva, con esas hechuras en las que se refleja el ambiente de austeridad que rige todos los aspectos de estas sociedades: sobriedad en la indumentaria, sobriedad en los rasgos por lo que se refiere a la práctica inexistencia de maquillaje, al menos tal y como lo concebimos en el mundo capitalista. Yo me había llevado a Sofía el manual de lengua rusa para españoles, publicado en Moscú en 1974, y que por estar su título en caracteres cirílicos me abstengo de transcribirlo; o mejor, de dibujarlo aquí: me lo había regalado Larissa Macarro (la hija de Angelina y prima de mi paisano de Alcalá de Henares, Nani) creo que en mi primera visita a la URSS en 1976. Lo que sí quedó claro es que Julia a partir del momento de nuestra presentación se constituiría en mi profesora y acompañante, en mayor proporción que nadie pudiera hacerlo en dichas circunstancias. Comenzamos las clases. Pactamos dos horas

diarias, cinco días a la semana, y en todo caso a razón de veinte dólares USA por sesión. De esa forma me daría a mí tiempo durante el fin de semana a repasar los ejercicios correspondientes a cada tramo cubierto del libro. La mujer vivía no precisamente cerca del Órbita, y cada visita le suponía consumir completamente toda la parte de la jornada en que la lección tuviera lugar. Si la clase se celebraba por la tarde, a eso de las ocho nos solíamos ir a cenar, a mis expensas, por supuesto. Elegíamos siempre el mismo restaurante, en el plan que ya sabemos, todos los servicios un poco a salto de mata: disponían de algunas partidas de vino, por ejemplo, y al día siguiente nos decían que la marca de la jornada anterior había agotado sus existencias, para volver a ofrecérsola una fecha después: pura incoherencia que a nosotros no nos importaba lo más mínimo. Con la comida pasaba algo parecido: solían disponer de un plato básico y otro de pescado desconocido, pero que por lo menos se sabía que no era carne y que tenía buen gusto. De postre, invariablemente, productos de confitería; cuando había fruta fresca yo lo celebraba. La camarera que nos atendía lucía un uniforme algo raído, de esos de color negro con el babero/pechera/delantal de tela blanca. Yo pensaba en los primores del Extremo Oriente y mi mente trazaba las diferencias entre los sistemas en los que se daban tales contrastes (Thailandia, por todos) y la chatedad igualitaria y acaso más justa de los regímenes socialistas. Ya digo que cuando nuestra clase tenía lugar por la mañana, íbamos a comer; y si por la tarde, a cenar. Julia era una buena mujer, competente y paciente con su

trabajo. Yo, no sé,... cada vez iba teniendo más claro que la única forma de progresar sensiblemente en una lengua era mediante el sistema de inmersión en el país: cinco o seis horas de clase diarias, y luego a soltarse, haciendo los ejercicios, hablando con la gente, etc. Es curioso que yo percibiera mi situación en Bulgaria ahora en 1991, como menos auténtica que la de 1972. Ahora disponía de más recursos, de mejor programación, de más conocimiento; y sin embargo la impronta de 1972 recogió más novedad noticiable, más aventura original. Las dos experiencias no se parecían en nada, no se comunicaban entre sí; representaban dos compartimientos clausurados entre sí y entre ellos. Las ocurrencias del primero, ahora diecinueve años después, se me antojaban irrepetibles, inasumibles; y al contrario: la programación por libre e individual de mi visita en 1991 no ofrecía ningún aspecto de similitud con la excursión en grupo de 1972, excepto los relativos a las generalidades del país en lo tocante a la lengua, los usos, las costumbres, etc.

Los desayunos del Órbita son recios en su abundancia inmodificable, falta de variación: rebanadas ovaladas de pan compacto, con mermelada servida en envases grandes, como cubos en forma de papelera. Lo que sigue escaseando es la leche. Una mañana le pedí leche a la camarera, una funcionaria corpulenta y sonriente. Se lo pedí en todos los idiomas cultos y nunca pensé que ello pudiera dar lugar a un malentendido. La mujer me trajo toda ufana y complaciente una cubeta de 250 centímetros cúbicos de yogur. Parece que en estos países hay una propensión a confundir ciertos productos con los mismos

productos sometidos a un proceso ulterior o anterior de su misma composición. No olvidaré nunca cómo en 1973 en Yugoslavia con el diccionario en la mano señalé la palabra que correspondía a “hielo”, y el camarero me trajo un riquísimo helado que no me servía para nada, porque lo que yo quería eran cubitos de hielo para enfriar un cajón-nevera. Y aquí en Bulgaria, lo mismo: ¿qué *chip* concreto funcionaría en el cerebro de esta empleada para confundir *leche* con *yogur*? El caso es que comí lo que pude del yogur y tiré la toalla en lo de intentar entenderme con estos prójimos en ciertas cuestiones. Desde luego, el yogur búlgaro es notorio por su calidad. Con estas perspectivas sobre la carencia endémica de leche en los países que habían compuesto la URSS, o que entonces componían la CEI, compré en el supermercado de lujo del vecino Hotel Vitosha un cartón de leche en polvo por sesenta levass, es decir, unos tres dólares y medio. Reconozco que fue un capricho excesivo, a todas luces irrepetible. Otro día adquirí un kilo de ciruelas pequeñas, como uvas gordas, al precio de tres levass. El mercado o Bazar, como aquí lo llaman, sólo tenía eso y manzanas esmirriadas, raquílicas. Lo de la penuria de la fruta está visto que se mantiene desde siempre.

El Hotel Órbita era pachanguero, tipo medio, desinhibido, con las típicas carencias. Las servilletas del comedor son bastas, de papel como de envolver o hasta de escribir si no fuera por el color encarnado. En un panel de la pared de Recepción se anuncian los servicios: entre ellos están el de planchado de ropa (pictograma de plancha); teléfono; cafetería. Otros, como reserva de billetes de avión, no funcionan. La habitación mía dispone de

una radio de producción socialista Cantata/KAHTATA, con el... digamos salpicadero escrito en cirílico. Me recordaba la marca aquella nuestra Iberia de los años cuarenta. La señora de la limpieza ha tenido un detalle: sabido es que los lavabos en muchos hoteles carecen de tapón, supongo que para evitar que alguien se lo deje puesto con el grifo abierto y se derrame el agua. Pues bien, ella me ha dejado un trapo apelmazonado a modo de obturador para que lo use yo a voluntad. Es una mujer de entre 50-55 años, con el pelo blanco, cara afilada, viva, con gafas; lleva por uniforme un batón color rosa; otras trabajadoras lo llevan de color azul, como delantales grandes. Hay un cepillo automático o máquina limpiadora de zapatos, a motor, en un pasillo contiguo al hall principal. Pensé si sería alguna pulidora de madera. Cuando vi que alguien lo empleaba me fijé en que tenía dos rodillos que rotaban hacia adentro y que se accionaba mediante interruptor. El teléfono funciona a traspiés: para llamar desde las habitaciones a la calle en teoría hay que marcar sólo un "0" (cero) seguido del número: se oyen pitidos largos y/o entrecortados, silencios, más pitidos, etc. Lo único bueno es que las llamadas locales son gratis. El agua supuestamente caliente en el baño no llegaba más que a templada. Se toleraba en la ducha porque era verano y probablemente el gasto de calorías se habría calculado en razón de esa realidad. Para el asunto del afeitado sí era un poco más penitencial, ya que unos grados más hubieran venido muy bien. Esta relación de cosas y particularidades podría continuar sin más que dejar que mi conciencia fuera posándose en las realidades con las que uno se encontraba desde el

momento de levantarse y ponerse a actuar. Pero aun con todo, el Hotel Órbita era simpático, era maniobrero, permisivo, destartado, espontáneo en sus maneras e impredecible en el resultado final de sus pretensiones. Sin embargo el demonio enreda y muchas veces la perspectiva queda neutralizada por el impacto de los hechos inmediatos...

A los dos o tres días de estar en el Órbita me obsesioné negativamente con las pequeñas contrariedades de las instalaciones, probablemente la falta de agua caliente... tirando a caliente. Requerí los servicios de Julia, que se prestó diligente y con esmerada paciencia. Una cosa sí hicimos bien, y ello fue decir en la Recepción del Órbita que me iba, pero no con el propósito definitivo de marcharme sino que... Bueno, Julia se encargó de expresarlo de forma más convincente. Curioso: en Bulgaria se habla más francés y alemán que inglés, y los del Órbita no eran excepción. En vez de enredarme en explicaciones con mi francés de subsistencia, dejé que Julia hablara directamente. Yo había reparado en el Hotel Hemus, un tres estrellas en el Boulevard Georgi Traikov, a unos ochocientos metros de la plazoleta donde se hallaba el Órbita. Me estuvo bien empleado. El Hemus resultó ser un mazacote de edificio antiguo, con las mismas pegas que el Órbita, sólo que bastante más caro, más ruidoso y con todo un frente que recibía durante una buena parte del día a un sol inmisericorde, machacando toda la fachada donde supuestamente tendría que estar la habitación que yo ocupase. El resto de los servicios, cochambrosos, depauperados, raídos, contiguo todo a la sordidez. Es tanta la desolación que

reina en mi conciencia respecto de todos estos episodios que no puedo asegurar si llegué a pasar una sola jornada allí. Conservo la tarjeta de Recepción con el número 1105 de habitación y la fecha 22 de agosto estampada en ella. Bien fuera ese el día de mi entrada o el de mi salida, ahora que estoy horadando en la cercanía del detalle puedo asegurar que debió de ser un día, un solo día el que pernocté allí, y que me despedí de ellos para regresar de nuevo al Órbita de donde nunca debí salir. Ahora bien, aquella gente no sólo no se enfadaba sino que parecía no encontrar raro o especial el hecho de que alguien cagaleteara de dicha manera; de que un sujeto llegado de un ambiente capitalista zascandileara de tal forma. Aquella gente lo tomaba todo con el aguante de quien está acostumbrado a cosas más penosas. El Hotel Hemus destilaba un vaho de antiguo, de descuido, de venido a menos irremisiblemente con esa terrible decadencia de las cosas que no se renuevan, que no se atienden, y que inexorablemente incorporan en su característica las notas de antigüedad, vejez y decrepitud. Creo que ahora veo todo más claro. Bien se tratara del día 21 o del día 22 el que pasé fuera del Órbita, en todo caso regresé a él pasada esa única fecha de ausencia. La Recepción del Órbita, sin extrañarse lo más mínimo, me volvieron a dar la misma habitación, y fue entonces, solamente entonces –ahora lo reconstruyo con claridad– cuando pedí autorización para sacar los colchones de los encofrados de madera de las camas, y colocarlos en el santo suelo, cosa que me prestó una dosis definitiva de comodidad. Me hice a la idea de que aquello era lo mejor, con mucho, a mi alcance y dadas las

circunstancias, y me preparé a pasar allí el resto de los días que me quedasen por consumir. Había ejecutado toda una versión del “trial and error system”, pero al fin había alcanzado el punto de evidencia definitivo y por esa parte no había más que insistir. La pobre Julia supongo que por condescendencia asistió a todos aquellos enjuagues guardándose para su fuero interno la opinión que yo le generaría, que supongo que no fue muy edificante.

Las chicas han abrazado casi por unanimidad la moda de la minifalda. Mucha gente usa calcetines cortitos, sobre todo las mujeres, y cuanto más popular sea el estamento social al que pertenece su portadora, más es así; calzan unas sandalias como de plástico, con el talón al descubierto, no muy estéticas para el canon europeo occidental. Las jóvenes que no van vestidas “a lo socialista” igualitario y ramplón tienen tendencia a ponerse abalorios que me recuerdan una mezcla de motivos zingaros, bizantinos, eslavos: faldas con rizos en el borde; chaquetillas cortas de brillo en negro; polainas de encaje; corpiños como los antiguos corsés de nuestras abuelas, con los tirantes por delante y los herretes por detrás, o grapas de cierre. Los zapatos suelen ser algo horteras, de lustre acharolado. El atuendo de los hombres es, asimismo, o bien ramplón o bien charro, llamativo por el lado de lo estridente. El calzado suele parecer basto y de mala calidad, agravado cuando todo ello se recarga de adornos. Mucha gente joven busca el escapismo en la música *rock* y americana en general; en el tabaco y la bebida. El tema de Simeón como posible rey, creo que lo he captado. Parece que cuenta con una minoría –acérrima, eso sí– de partidarios y/o simpatizantes que,

en todo caso pondrían como condición de su apoyo que Simeón regresara a Bulgaria y diera la cara en la arena de los acontecimientos en vez de estar en España viendo los toros desde la barrera. Otros dicen que, histórica y objetivamente, la prosapia de Simeón tiene poco de búlgara ya que procede del tronco germánico Coburgo. A esto hay que añadir que las gestiones políticas funestas de su abuelo [¿Fernando?] llevaron al país a la ruina y cedieron territorio a Turquía y a Grecia.

El franqueo aéreo de una carta a Indonesia y a Filipinas es de una leva (equivalente a siete pesetas). No tengo yo registrado a quién escribí, pero sí que lo hice con toda seguridad a alguna de mis amigas. En realidad no hacía tanto que había estado con ellas y por razones que ahora no se me destacan yo tenía interés en mantener mi impacto de influencia en el ánimo de mis orientales, aunque dicha influencia se estuviera ejerciendo desde un sitio tan poco homologable como Bulgaria. La oficina de correos perteneciente al barrio donde se encuentran los hoteles Órbita y New Otani es un garito modestísimo, casi sórdido si no fuera porque me resultó simpático. La funcionaria que me atendió me hace entender que las cuatro palabras de español que habla las ha aprendido de un amigo de Nicaragua. Ahí tenemos a Daniel Ortega y a Fidel Castro exportando revoluciones simultáneamente. Por cierto que Julia, mi profesora de ruso, me dice que acompañó a un grupo de cubanos venidos a Bulgaria a confraternizar; que eran unos fanáticos descerebrados y que lo único que querían lingüísticamente hablando era manejarse para decir cuatro chorradas de halago a las chicas. Respecto de este

tema, apasionante desde una perspectiva socio-política, yo tengo mis reservas y mis opiniones. Sin poner en tela de juicio la valoración de Julia (que en cualquier caso no me precisó la época de aquellos cubanos a los que ella había asistido), yo sí puedo contar con testimonios de primera mano para llegar a la conclusión terminante de que las relaciones entre las repúblicas marxistoides de la América hispana y el bloque de la URSS siguieron las vicisitudes naturales de los ciclos de la naturaleza y la energía. Fidel Castro, en sus años de ahijado favorito del Gran Hermano soviético, ya tengo dicho que se permitía el lujo de exportar revolución... prácticamente a todo el mundo. Mi amiga de Leningrado, Nina Bulájova, había estado en Angola sirviendo de intérprete para los intereses cubanos en la zona, y ella misma me precisó que aquella fiebre revolucionaria iba decayendo inexorablemente, de modo que su trabajo allí no duró mucho más. Y estoy hablando de finales de los 70. Me lo comentaba como algo normal, carente de meandros de interpretación o retorcimientos de criterio. La rusa del hotel Habana Libre, durante mis días de vacación a primeros de 1988, se había quedado sin trabajo porque ningún cubano tenía el menor interés de aprender ruso; todos preferían inglés pues era insoslayable que el tetón de Florida, la gran ubre de los USA, se encontraba allí al lado. Aquella estupenda y madraza mujer estaba pendiente de que la volviesen a trasladar a la URSS una vez que sus servicios en Cuba habían dejado de tener sentido. Y lo mismo con la panda aquella de chavales cubanos que encontré en el hall del Hotel Cosmos durante mi vacación de 1983 en Moscú. Los

chicos llevaban ya un par de meses allí, supuestamente aprendiendo ruso y jamás he constatado un ejemplo más concienzudo de desmotivación como el que ellos presentaban. Habían pasado muchos años desde la toma del poder por los barbudos y las cosas ya no eran lo que fueron. Y más, muchos más ejemplos además de estos que he citado y que el lector puede encontrar explícitamente en los tomos de mi *Mujeres, lugares, fechas...* correspondientes a las respectivas latitudes temporales. Por lo tanto, no me extrañaba lo más mínimo lo que me contaba Julia, dentro de las matizaciones de su propio temperamento.

Uno de aquellos días me invitó Renata a su piso. En aquella reunión conocí a todo el mundo que me faltaba por conocer: a su marido Jorge (Giorgi); al marido de Julia que había asistido asimismo con ella; y a las niñas de Renata y Jorge: Ralitza, la mayor, de dieciséis años; y Boriana, de trece. Renata me había participado largamente de las desavenencias crecientes entre ella y Jorge. No me extrañó nada en absoluto. Jorge tenía muy buena pinta: moreno, con bigote espeso, cumplida estatura y complexión; tipo agraciado, y que por su profesión de piloto –ya no sé si militar pasado a los servicios civiles– estaba claro que tenía acceso a mujeres de mucha más estimulante condición que Renata. A mí me pareció un tío simpático que durante todo el tiempo que duró la velada aparecía por la sala y desaparecía porque estaba arreglando una instalación de fontanería creo que en la cocina. Un tío simpático, vividor, y lo que, si valorado por mujeres, pudiéramos entender por guapo. Renata no tenía nada

que hacer. Supongo que se habrían creado los dos típicos bandos: la madre y las hijas formando partido contra el pobre Jorge que, harto de mujer, –también supongo– aguantaría el chaparrón como mejor pudiera y se dedicaría a vivir su vida. Además, creí haberle oído decir a Renata que ella era un poco mayor que él. Con estos ingredientes el desenlace estaba servido. Jorge era cazador, y en uno de los ratos en que se incorporó al grupo se suscitó dicho tema, y tuve que hacer yo algún comentario al respecto para que él, que nos mostraba la cornamenta de un venado pequeño como trofeo, me lo regalara, insistiendo decididamente en que lo aceptase porque yo había expresado mi interés por un souvenir de esas características, y él me lo obsequiaba con mucho gusto y de todo corazón. Como dije: un tío sociable y simpático. Ralitza, la chica mayor, era algo más expresiva que su hermana Boriana, siendo ésta sin embargo de rasgos más acusadamente finos, más candorosamente recatados. Pues tal era el panorama. Un detalle: antes de llegar al piso de Renata había visto naranjas con muy buena pinta en un puesto callejero. Les compré de regalo un par de kilos y me enteré en ese momento, por el precio, que era una fruta cara y apreciada. Ralitza y Boriana pusieron una carita de alegría y asombro cuando me vieron con la bolsa. Huelga decir que la merienda-cena con que nos agasajó Renata incluía los típicos productos de estos países: dulces, yogur, queso, embutidos, etc. Por cierto, que hablando de comida, una cosa buena de esta gente es la falta o desconocimiento de inhibiciones prácticas. En los hoteles de calibre medio como el Órbita cada cual, si tal es su deseo, se

lleva el alimento a las habitaciones, porque así está planteado en el sistema de uso y consumo. El público va con bolsas casi siempre –quizá no tanto como hemos visto en la URSS– y las llena de lo que va encontrando por las tiendas, tipo oferta.

Las clases de ruso con Julia iban... iban todo lo bien que podían ir, dadas las circunstancias. Su competencia y aguante me parecían extraordinarios. Yo le pagaba religiosamente los veinte dólares USA de cada sesión, y la mujer me comentaba que quería ahorrar algo de divisa para cuando se le presentase la oportunidad de viajar al extranjero, presumiblemente España. Me fui familiarizando con el alfabeto cirílico y ya podía leer de corrido los letreros, los anuncios de los periódicos, etc. y me defendía pasablemente con la primera media docena de lecciones del manual. Con todo, el rato de mayor distensión lo proporcionaba la ocasión de la cena tempranera de después de la clase si ésta tenía lugar por la tarde. En el restaurante nos conocían y nos trataban con cierto apego. Habíamos conectado con la espontaneidad de lo imprevisible y ya no nos parecía mal. Cuando había vino, bebíamos vino. Y lo mismo con los platos: recuerdo con especial delectación un guiso parecido a lo que aquí en España se entendería como “ternera a la jardinera”, que no estaba mal. La fruta seguía escaseando, y yo me resistía a ingerir postres de dule, riquísimos y sazonados pero ahítos de calorías.

Sin embargo, Julia quedaba absolutamente al margen –y bien hubiera podido no ser así, pero lo era– de mis expectativas de hallar juntamiento con hembra placentera. Y ahora que lo digo: ¿cuáles eran mis expectativas y cómo comenzaron a

organizarse, siquiera en fase inceptiva, de intento voluntarioso? Aquí probablemente arranque el tramo más mortificante de este viaje mío; donde tuvieron lugar las causas que me hicieron desistir de... todo, y donde asimismo podrían haberse alojado los mejores motivos para mi beneplácito y consecución de los objetivos propuestos. Procuremos comenzar por el principio. Además de las clases y de la preparación de los ejercicios para la siguiente sesión con Julia, el resto del tiempo, que no era excesivo, lo empleaba en merodear por allí, por el exterior del hotel Órbita, mirar a la gente, sobre todo a las chavalas, haciendo cuentas imaginarias prácticamente de todo lo que pudiera afectarse a mis intereses, a mis propensiones, tal vez a mis necesidades. Viendo pasar el mundo se llena uno de motivos, de elementos primarios con los que abordar cotas de actuación. Ya digo que el ambiente era de distensión completa. Mi malhadado tropiezo del traslado de alojamiento menos mal que pudo quedar recompuesto inmediatamente. El Órbita destilaba despreocupación y camaradería. Yo llevaba encima una cantidad..., digamos razonable de dinero USA *cash*, y llegué a la conclusión de que lo menos latoso, y hasta casi lo más seguro si se me apura, era dejarlo en la habitación, en el bolsillo interior de unos pantalones. No recuerdo si existía algo como cajas de seguridad del Hotel, pero ya digo que el ambiente propiciaba ese tipo de relajación despreocupada.

Había todas las mañanas por allí un hombre joven, de unos cuarenta años, tal vez cuarenta y cinco, con el brazo izquierdo enyesado..., y que llegó a ser un personaje referencial

para mí cuando de tomar el pulso de aquella comunidad se trataba. Yo le veía mañana tras mañana, pongamos dos o tres seguidas, jugueteando por el hall que daba a la calle; parecía de la casa y parecía también que en aquel tiempo se hospedaba en el Órbita, o que por lo menos tenía acceso a alguna de las habitaciones. Un par de veces le vi recibir allí en la puerta exterior del hotel a una chica joven, si no muy bonita, bastante mona, minifaldera acérrima. Llegué a la conclusión de que se trataba de cambalaches de dinero. Por ese sistema de gestos, señales, ademanes que acompañan las acciones de los humanos yo, sí, llegué a la conclusión de que la tal chica..., y ya no puedo recordar si se trataba de la misma..., le llevaba dinero, producto de alguna actividad “caliente”. Pero lo que más me atosigaba, lo que más me mortificaba era la asunción que se fue incardinando en mi conciencia con evidencia desolada, de que el tío, además de despachar con la mensajera los asuntos que fueren, se la follaba lindamente, ya que la chica a los cuarenta y cinco minutos o así de proceder con el tipo este a las interioridades del hotel, salía ligeramente descompuesta, con el maquillaje levemente desarreglado. Estos detalles y las mil variaciones que consentían supongo que sólo eran accesibles, perceptibles y asumibles para alguien que, como yo, podía blasonar de un considerable rodaje en cuestiones tales. Mi espíritu escudriñaba sin violencia alguna, y sin violencia alguna igualmente sacaba palmarias conclusiones: “Este tío se está follando a toda esta camada de tías, y yo sin comerme una rosca”. El idioma era un enorme problema, quiero decir entre la gente que sola, única y

exclusivamente hablase búlgaro/ruso y yo que, mejor o peor, podía comunicarme o al menos entenderme en media docena de lenguas. Una mañana en que nuestro hombre se había quedado solo por allí, después de la visita de la mensajera consabida, hice un intento de abordarle y entrar en conversación, pero él, con un gesto de... entre desapego y desinterés me hizo ver que sólo hablaba búlgaro y que no estaba para hacer experimentos de jugar a entenderse con un extraño por muy turista que fuese. Cada cota de evidencia que iba yo escalando me significaba un grado más de encono de mi sentido de frustración, de derrota e impotencia. Las cosas se me aclaraban, o tal creía yo. Bulgaria había salido del ostracismo y del control totalitario de los poderes públicos ejercido sobre los súbditos de a pie, y comenzaba a echar a andar, teniendo por delante el sacrificio de al menos dos generaciones hasta asentarse en los supuestos de la razón general de la convivencia de los pueblos prósperos modernos: la democracia. Y en Sofía se percibía este incipiente bullir: cambistas de dinero, con prácticamente parte de un barrio asignado a sus transacciones; comercio con el sexo, porosidad en los hábitos de vida, en las maneras, quizás en los estilos; siempre en la proyección de los resultados. Y yo sin comerme una rosca y sin dejar de husmear y buscar cualquier resquicio que me permitiera entrar en el “club”.

Había traído yo desde Alcalá de Henares un encargo para Sofía de mi buen amigo el bidocctor universitario y además farmacéutico Ramón González Navarro. Parece que de sus tiempos de Presidente de Juventudes Musicales le quedaba una

relación antigua y epistolar con una tal Ventseslava Ivanova, profesora de piano; y ahora me sugería conocerla y trasladarle sus respetos y sus recuerdos. Así lo hice. La contacté tras algunos intentos con el teléfono y la buena señora se dejó caer por el Órbita. Un encanto de mujer, un primor de trato, un paradigma de urbanidad. Conservo dos cartas de ella. La primera, desde Sofía, en la que me expresa su contrariedad por no habernos podido encontrar una segunda vez, ya que a su regreso de una ausencia de un par de días recibió el recado de mi llamada telefónica para despedirme. Claro. Yo le había participado mi intención de quedarme un mes entero, y..., como el lector comprobará inmediatamente, había acelerado súbitamente mi salida de Bulgaria. La segunda carta, enviada desde Bratislava cuando todavía Eslovaquia pertenecía a la misma unidad que la República Checa, me da cuenta de su trabajo y de sus realizaciones como profesional de la música. Ya digo, una exquisitez de mujer. Por supuesto que aunque no muy mayor, sí lo era para mis organigramas con el tema de la intimidad; tenía marido e hijos, etc. Reflejo todo esto en la viñeta presente porque no quiero de ninguna manera que se diluya en el éter de la inmemoria la figura de alguien que en el momento que sea nos refresca los patrones de la civilidad y de la buena educación. Y me complace levantar acta de todo ello en esta relación mía de ahora.

Otro día Renata me invitó, con su hija Ralitzka, a enseñarme uno de los parques de paseo y distracción más representativos de Sofía, algo así como el equivalente a El Retiro

de Madrid. Recuerdo, porque lo tengo incardinado en las cárcavas de mi sensibilidad..., recuerdo que Ralitzta llevaba un *sweater* color azul pálido ajustado que enaltecía sus atributos de moza púber cumplidamente. Estando su madre allí, poco protagonismo podía desplegar la chica; y aun sin estar Renata, tampoco creo que hubiéramos podido establecer una comunicación. Ralitzta hablaba ruso, que era tanto como decir que alguien, que además de ser español y gallego, entendiese el portugués. Me dijo su madre que estaba estudiando inglés en el Instituto; ya sabemos, esos conocimientos básicos y vagos que casi nunca llegan a cristalizar en nada útil por falta de encarnadura ulterior; y que también ella le estaba enseñando algo de español, con prácticamente la misma reacción por parte de la chica, una muy moderada atención al asunto por imposibilidad de aplicar tales conocimientos a algo de interés concreto. Pero en todo caso aquella era Ralitzta, una criatura que estaría ejerciendo presión, tal vez inconscientemente, en mi panorama existencial, en mi proyecto vital hasta varios años más tarde, según veremos en su momento con el detalle requerido.

Otro día también cualquiera constaté que en los bajos del hotel Órbita funcionaba una discoteca. Todavía conservo la hojilla de publicidad, en inglés. Abría desde las nueve de la noche en adelante, además de una sesión vespertina de 15:30 – 19:30 pm. Parece que la empresa quería capitalizar al máximo el servicio. La forma de anunciarse no dejaba de tener su gracia, por el lado de la ingenuidad expresiva y del deseo de que no existiera malentendido alguno en lo tocante a las prestaciones de

que disponía “Orbilux”, que así habían bautizado al garito. Uno de los extremos sobre el que sospecho que más confianza habría puesto el redactor de la circular decía: “You can stay alone or you can find friends”, perfecta declaración de disponibilidad solidaria. No faltaba más que a todo aquel que prefiriera estar por su cuenta, escuchando el ruido y echándose un traguito, lo llevaran con lazo en compañía de otros clientes; y viceversa: que al ambientado con un grupo lo sacaran de él y lo obligaran a estar solo. Este tipo de detalles contenía, sin embargo, una preciosa información para quienes como yo estuviéramos más o menos atentos al desperezarse de estos países, desde una economía centralista y maniatada a los primeros balbuceos de otra más pujante de mercado en que la iniciativa privada podía arbitrar dentro de la ley cualesquiera métodos para dar a conocer y promocionar su producto. Y el producto aquí se trataba, por supuesto, de la discoteca, un invento con el que los países de Occidente llevaban no sé cuántas décadas vendiendo supuesta diversión y haciendo ruido. Yo soy contrario acérrimo a las discotecas. Desde siempre he percibido que la conversación es una buena vía de acceso hacia la intimidad, sin descartar ningún otro procedimiento que pueda avenirse a, y concurrir en, tipos cinematográficos que con su sola presencia hacen ociosas e innecesarias las demás estrategias. Pero bueno, excluyendo maximalismos de laboratorio, a mí, que no creo disponer de recursos magnéticos, me ha parecido razonable intentar comunicarme con la otra parte por medio de la palabra. El chaval encargado de despacharme la entrada al local se defendía bien en

alemán, y las cuatro cosillas que tal vez intercambiásemos las resolvimos en dicha lengua. Había chicas de todas clases. En sitios así la mente de uno trajina briosamente orientándose y organizando el material humano a su alrededor. Yo no tenía cosa mejor que hacer. Había ido a eso: a mirar, a medir, a calcular, a sacar conclusiones. Reparé en el típico espécimen de chica bailona, con pinta de incapacidad para entretenerse con nada que no fuera el ruido acompasado; se notaba de lejos que estrenaba independencia, acaso libertad, sin lugar a dudas autonomía para ir a uno de estos antros y contorsionarse a placer, como si haciendo eso se estuviera desquitando de toda la época recién pasada de autoritarismo que la hubiera tenido constreñida a la pobrecita. En general, el “material” humano era... normal, esperable. Lo que más había eran chicas llegadas en grupos de dos, a veces solas, y que bailaban entre sí aunque el protagonismo director de este tipo de movimientos, el estruendo musical reinante, era fácilmente desestimable sin que la función perdiese un punto de autenticidad. La gente iba allí primordialmente por demostrar y demostrarse que el pueblo llano disponía ahora de estas salidas, de estas conquistas sociales. Pretender entenderse con mucho estruendo ambiental y con un vaso de bebida alcohólica en la mano era, es y seguirá siendo el “El Dorado” de muchos jóvenes. Bien. Eché el ojo a un par de chavalas. La que más me gustaba formaba parte de un pequeño grupo y parecía guardar equidistancia de proximidad con un hombre. El problema acuciante era cómo dar siquiera el primer golpe con la piqueta en aquel paredón que me obturaba toda la

conciencia. Me era imposible llegar a conclusiones fiables sobre qué chica pudiera consentir un abordaje en regla. Y así, más o menos, creo que consumí mi primera o mis dos primeras visitas a “Orbilux”. La noche del sábado 24 –así lo tengo reflejado en mis apuntes “a pie de suceso”: era por lo tanto mi sexta jornada de estancia– encuentro en la discoteca a Katia que hablaba español porque había estado en Cuba, creo que dijo cuatro años. Pasmosa la influencia y la interacción revolucionaria que ha llevado a cabo Fidel Castro. Siempre, y con cualquier motivo equiparable, me acordaba de la mujer rusa a quien conocí en La Habana, madre de dos hijos morenitos, de padre cubano, y que estaba harta de Cuba. Me dijo que el aprendizaje de la lengua rusa (y hablo de 1988) se había reducido a mínimos y continuaba decreciendo a pasos agigantados, porque la realidad de los USA allí al lado era cada vez más fuerte, y que contra eso no se podía hacer nada. Katia era bonita, pero me pareció que le faltaba desinhibición. La “Caída del Muro” había cumplido dos años de edad y toda esta juventud se hallaba en pruebas con la ética, con las oportunidades, con las ideas sobre los extranjeros, sobre los valores distintos del lavado de cerebro marxistoide, etc. Katia se hallaba con una amiga; no pude, no supe, no me di maña a esbozar, a plantear un curso de acción, una maniobra de atracción, de concernimiento. La cama de mi habitación estaba allí, a menos de cincuenta pasos, y yo contaba con toda la seguridad de que la política del hotel era ampliamente permisiva; que no tenía ningún problema. Pero siempre ese guiño negativo de la dialéctica estética imperante me impedía, me inutilizaba

mis proyectos, me retenía sin dejarme dar el primer paso. Y así, Katia se esfumó. Se desvaneció esa noche y yo me quedé otra jornada más con una penosísima carga de desazón y de bajada de mi autoestima.

Otro día cualquiera de aquellos –era tanta mi desgana y mi creciente falta de interés que no tengo consignada la fecha en mis apuntes; pero no importa–, y tampoco recuerdo si avisando previamente o sin avisar, se presentó Renata por la tarde en mi hotel, muy airosa y con una botella de espumoso en la mano, así como blandiéndola a modo de declaración de principios e intenciones. Hasta entonces, y puesto que la ocasión no lo había demandado, yo no había tenido que esgrimir ningún ademán, ninguna razón o explicación para hacerle entender clara, frontalmente a Renata que *ella* carnal, emocional, íntimamente, sexualmente no me interesaba. Pero el cerco se había empezado a cerrar, y a partir de entonces la exteriorización de mi renuncia a tener nada con ella se iría haciendo más y más terminante, más y más inequívoca. Aunque ya sabemos que con las mujeres no valen razones: vale únicamente la ejecución que, como materia, acompañe a la forma de las palabras. No vale decir que uno no quiere hacer esto o lo otro; vale huir del escenario de los hechos y materializar fehacientemente la negativa a hacer lo que no se quiere hacer. Renata me veía como la pareja ideal: mis casi cincuenta y cinco años se armonizaban perfectamente sobre el papel con sus cuarenta y cinco ya cumplidos. Diez años de diferencia: magnífica proporción, se diría. Pero yo veía a Renata como una señora casada; había conocido a su marido y, por si

fuera poco, desde que conocí a su hija Ralitzza ya todo mi discernimiento se escoró hacia ese lado. No me quedaba ni una sola cápsula cargada de interés para dedicar a Renata. Ella no lo veía; no quería o no podía verlo, que para el caso es igual. Ella capitalizaba el hecho de que hacía mucho tiempo que no tenía vida marital con Jorge; pero yo precisamente enfatizaba dichos extremos para validar y consolidar los puntos de vista míos. A mí Renata no me atraía lo más mínimo, dígame ya de una vez; y esto, que con ser lo que era, era mucho, se agigantaba aún más con todas las demás razones que he añadido. “No, Renata, no; no te empeñes” –repetía yo en mis adentros. A la altura correspondiente de este relato se procurará llevar al lector la dosis de evidencia definitiva para que él juzgue sobre mi fastidio y sobre el *impasse* que provocó sobre todo el asunto la ceguera contumaz e impenitente de Renata. En vista de mi nula cooperación, no sé si llegamos a abrir la botella de espumoso que tan triunfalmente se había traído. En aquella ocasión pude esquivar el asalto aduciendo calor o apatía generada por mis parcos, pobríssimos avances con la lengua rusa [¿qué se podía esperar después de cuatro o cinco lecciones?] El caso es que Renata quedaría disgustada y yo quedé disgustado, añadiendo un tramo más de desafección frustrada al estado de cosas en las que me desenvolvía.

Una mañana, allí enfrente de la cafetería/bar del Órbita, que daba a la calle, apareció estacionado un coche –no me fijé en la marca– y junto a él un chico joven, algo agitanado, bien parecido. Era un italiano que a todas luces había optado por el

viaje en su “máquina”. Bien mirado en un mapa sólo tenía que atravesar la recién creada República de Eslovenia y el resto de los territorios yugoslavos que luchaban por independizarse de Serbia y entre ellos mismos. Traigo la estampa de este italiano a estas líneas porque no cabe duda de que Italia imparte estilo propio, gesto inconfundible, nos pueda parecer más o menos histrión, más o menos insolente a veces. Aquel muchacho propagaba despreocupación, autonomía, dominio. Pero todas esas cualidades que en otras circunstancias me hubieran servido de orquestación a mi propia melodía de éxito, ahora me ponían triste, émulo inerme en las condiciones de postración desarmada en la que yo creía encontrarme. Durante uno de los desayunos en el Órbita entablé conversación con un camarero, hombre de unos cuarenta años, que hablaba alemán por haber trabajado en la antigua DDR o Alemania del Este. Me dijo que no ganaba dinero; que casi nadie ganaba dinero en ese tipo de trabajos; que después de la Caída del Muro todo aquel que dependía de un sueldo por servicios, como por ejemplo él, que estaba en hostelería..., que no ganaban casi nada, que trabajaban prácticamente por la comida. Me interesa subrayar que el hombre no me lo decía para provocar ninguna clase de conmiseración en mí o sentimiento que me propiciara considerar ayudarlo; no. Me lo comentaba porque surgió el tema. Vestía con la típica camisa blanca de varias posturas, y pantalón y chaleco negros bastante deslustrados. Me hizo una buena impresión. Me habló, nos hablamos a preguntas más de si lo que a mí me parecían negocios de dinero por carne entre el tío del brazo escayolado y

las chicas que entraban a verle... era cierto. Me dijo que creía que sí; que las mafias o simples grupos de negociantes de dinero y cambio de divisas habían proliferado y estaban subiendo y haciéndose con el control de un vasto campo de actividades. La canción de siempre. Los países que han vivido bajo la tutela paternalista del Estado bienhechor y protector de los mínimos, al romperse éste a duras penas sobreviven en el remolino de la competencia y del “sálvese quien pueda”. Estaba ocurriendo en la antigua URSS, en pleno Moscú, y la onda se trasladaba a velocidades de *tsunami* por todos los países del otrora Telón de Acero. Hacía tan sólo dos años de la Caída del Muro, plazo demasiado corto para que los cambios económicos a nivel general pudieran notarse, pero suficientemente largo para que los emprendedores, los cucañistas, los pícaros no hubieran comenzado a funcionar en todos los órdenes de la vida, tomando posiciones inexpugnables desde entonces en adelante en la carrera del supuesto éxito en la sociedad.

Y entonces, de golpe súbito, como ocurren estas cosas, y todavía más, como me ocurren a mí, me llegaron las ganas de marcharme. El treinta de agosto era viernes. Recién levantado me entraron las urgencias de marcharme, urgencias que según mis percepciones crecían por segundos, en progresión geométrica y acumulativa. Ya no quería ponerme delante de la reflexión nada que no fuese la decisión tomada. La cosa parecía carente de juicio, alocada. Pero yo estaba harto de vegetar en situaciones de normalidad y de corrección política y quería despeñarme en ambientes de irreflexión y de corazonadas irrestrictas. Valoré de

golpe el curso de acción a seguir. Tenía un billete cerrado que aunque me había costado caro pertenecía a una de esas clases que no admiten variación. Mi vuelta estaba fijada para el 18 de septiembre, constituyendo así una proyectada estancia de un mes justo; y ahora iba a quedar reducida a un tercio. Recrearme estas cuantificaciones en la mente me producía disgusto, desazón, pero era en vano tratar de esquivarlas. Ya no aguantaba más. Mi primera visita a Bulgaria se había producido diecinueve años antes y había arrojado su cuota de irregularidades y de sobresaltos. Pero tenía diecinueve años menos. Ahora tenía diecinueve años más y mi aguante estaba mermado. Vergonzoso reconocerlo: había proyectado un mes de permanencia y abandonaba a los diez días. Porque ni siquiera procuré resistir. Lo veía estéril, inútil. Mis lecciones de ruso: perfectas y meritorias por lo que se refiere a Julia, una gran mujer, una buena amiga, una paciente colaboradora. Pero en todo lo demás había fracasado y no era cuestión de insistir. La conciencia no divisaba más que postración y empeoramiento de todo por el hecho de quedarme; y al menos, sacudimiento de esa mordaza de atonía y visos de redención en el hecho de marcharme. No había color. La suerte estaba echada. La decisión, tomada. El espíritu, preparado. Me lancé a la calle a bracear con la gestión. Me fui a las líneas aéreas Balkan. Un billete para el día siguiente, sábado, a Madrid me costó casi tanto como el billete entero, ida y vuelta, que había adquirido en España. Probablemente la tarifa más cara que jamás haya pagado. Pero no había otra opción. Inquirí, traté, presioné, calculé, especulé con todas las posibilidades. Nada. Un billete

sencillo de avión para volar de Sofía a Madrid el 30 de agosto de 1991 me costó 776 dólares USA (setecientos setenta y seis), que unidos a las 98.800 (noventa y ocho mil ochocientas) pesetas del primer billete suponen uno de los precios más altos, creo que *el más* alto, que yo hubiera jamás satisfecho por seis horas de vuelo. Pero si el dinero no sirve para hacer frente a este tipo de situaciones, dígaseme para qué sirve. Un año más tarde, el precio que ahora pagaba por estas seis horas de vuelo entre Madrid y Sofía, ida y vuelta, me pagaría el traslado hasta Manila y regreso a Madrid. Así son las tarifas aéreas y en eso consisten las oportunidades de la vida. Pero aquella impaciencia mía no admitía paños calientes. Un poco por pura diletancia de curioso obcecado, indagué sobre la posibilidad de venirme en tren, por eso de ver las cosas. ¿Ver cosas? Lo que quería era salir de Bulgaria cuanto antes, cagando hostias; dar carpetazo al tema concreto objeto de repudio y desazón y encararme desde casa a cualesquiera virtualidades que se me pudieran ofrecer de nuevo. Nada tengo apuntado sobre cómo me despedí de Julia, de Renata, de Ventseslava. Acaso lo mejor hubiera sido no haberme despedido y haberles dado un telefonazo desde España. Estas cosas sólo las entiende el protagonista de ellas. Cuando el momento llega es como un vendaval que arrastra todo vestigio de duda y en su lugar implanta una imparable decisión. Siempre me había ocurrido así y siempre me ocurriría: me ocurrió en Islandia, con el tema de María; me ocurrió en Francia con Cristina; y en Suecia con Berita; en Chile con Lucía; en Madrid con María Manuela; en Canadá con... mi trabajo, etc., etc. Llega un

momento en que hay que cortar por lo sano, hay que materializar a lo vivo el “cambio de fortuna” dramático.

En el avión de regreso a Madrid, aquel sábado 30 de agosto de 1991 vine repasando algunas cosas dolorosas. Caí en la cuenta de que quizás el camarero del Órbita, que hablaba alemán, me podría haber ayudado a acceder a alguna de las chicas de la discoteca. Hubiera sido cuestión de haberle llevado conmigo y haber cerrado con él un pacto muy simple: que por cada chica que me hubiera llevado yo al hotel habría recibido él una gratificación, superior a lo que ganaba en un mes entero según me había especificado. Sí, lo veía claro, o por lo menos me lo ponía de forma que me parecía verlo claro. Podía haber ligado con las chicas de la discoteca, sirviéndome del camarero como secretario y embajador. Y aquel pensamiento me mortificaba lo indecible. Podía haber hecho fotocopias en papel normal de los billetes de dólares USA en sus distintas denominaciones, pero sobre todo de los de cincuenta como demostración anticipada de la merced que yo estaba dispuesto a satisfacer a la chavala que me quisiera acompañar. Allí en el avión mi mente, para tormento mío, se esmeró por trazar los esquemas más perfectos para que mis planes hubieran funcionado. Pero no se me había ocurrido en el momento preciso. Mi obcecación se había adelantado a toda otra opción. Se trataba de un solo diente en el piñón de las voliciones y de las conclusiones lo que me había fallado. Pensaba, traía a mi percepción cercana a aquella chica que me parecía propicia al abordaje..., y tal vez a aquella otra que gustaba de bailar siempre suelta y desinhibida. Muchos pequeños

cabos sueltos se organizaban hasta formar una madeja frondosa. Me había precipitado lamentablemente. No se me había ocurrido lo del consorcio con el camarero. Me había arrebatado en el momento en que precisamente podría haber comenzado mi vacación perfecta, tal vez con un harén alquitarado de mozas, una cada día. Y aunque la mente sabe que el daño está hecho y que además es irreparable, se goza trayendo ante sí los motivos mortificantes de recriminación inculpatorios. Muy amargo, muy desolado aquello por lo que mi alma estaba atravesando. Han pasado ahora diecisiete años, desde aquel agosto de 1991 a este final de julio de 2008 en que estoy redactando la crónica de aquel fracaso, y todavía siento las tarascadas de malestar, el sinsabor renovado de aquellos acontecimientos. Los traigo a mi memoria y me arañan el alma, me golpean la estancia de mi paz espiritual, me exacerban las expectativas, me abruman con contrariedad las espaldas de la proporción; del equilibrio; del buen juicio.

Pero de nuevo, ya desde España, quedaba la segunda parte de toda esta historia: la parte más sostenida, la más intelectual, y más latosa y más descorazonadora protagonizada únicamente por las expectativas de Renata y Ralitz, de una parte; y las mías, de otra. Veamos de encaminar el argumento. Para empezar, Renata exteriorizó toda suerte de lamentaciones, autoinculpatorias hasta cierto punto, por mi salida precipitada de Sofía. La mujer pensaba que algo o mucho más podía haber hecho para retenerme. Y yo intenté por todos los medios –aunque supongo que sin éxito– desengañarla de semejante sospecha. Renata me escribía incansablemente. Ya dijimos que al menos el franqueo

postal era muy asumible, y así Renata me enviaba largas cartas. Mis respuestas eran bien sencillas: cursarle el dinero que ella me confesaba necesitar para tal o cual cosa. Yo casi lo prefería, porque otro tipo de literatura epistolar como ella parecía querer no estaba al alcance de mi disposición ni de los recursos de mi voluntad. Como digo, la cantidad de cartas que conservo de Renata es abrumadora, y más abrumadora aún la supuesta clave de sus razones. Me resulta difícil ordenar la secuencia de sucesos y de ocurrencias que va desde mi salida de Bulgaria aquel 30 de agosto de 1991 hasta un día de verano del 2004 (o 2005, no puedo precisar más este registro) en que Renata, que se hallaba en España inspeccionando posibilidades de quedarse a trabajar, se dejó caer por mi casa de Alcalá de Henares con otros dos amigos más, hombre y mujer, que ya estaban afincados en Tres Cantos, en la parte norte de la provincia de Madrid. La carpeta de documentos y papeles que durante todos estos años ha pendido y sigue pendiendo de mi archivador con el rótulo “Bulgaria” es ciertamente abultada. Me hace ilusión asegurar que conservo casi todo, y que si en otro momento cualquiera que así lo determinaran las circunstancias necesitase un desarrollo más técnicamente pormenorizado del asunto, podría acometerlo sin miedo a carecer de datos. Renata perseguía la consecución de una beca oficial para pasar en España por lo menos un mes entero; algo parecido a lo que había disfrutado en 1990. Pero, por razones que sólo ella y su gobierno sabrían, la cosa no prosperó. Se trataba de una beca para Granada. Algo más tarde idea venirse un mes a mi casa con su hija Ralitzza. Le hago ver de mil formas

que eso no es posible, por una cadena de razones; pero su exacerbada insensatez lleva el asunto a unos límites de desbordada tensión y de desencaje total de principios y maneras. Se produjo una comunicación aparentemente entre locos: yo, telefoneando al centro donde ella enseñaba español y cuyo número me había facilitado; telefoneando a su propia casa; mandando faxes a la Asociación de Hispanistas en Bulgaria, cuyos números de teléfono y fax también obraban en mi poder, referidos en último término al Presidente de dicha Asociación, a la sazón don Rafael Alvarado. Aquello rozaba un delirio de surrealismo; aquello superaba el esperpento. Se iba aproximando la fecha del supuesto vuelo de la madre y la hija, y Renata sin... darse por enterada del bombardeo de mensajes, certificados en todas las modalidades, informándola de que no era posible de que se hospedara en mi casa. Tan sólo dos días antes de su partida conseguí encontrarla en un teléfono, casa de unos amigos y vecinos que estaban viendo por televisión un partido de fútbol en el que tomaba parte el jugador búlgaro Stoikov. Tan sólo entonces pareció salir de la insensatez en que había estado inmersa durante las semanas anteriores. Surrealista, grotesco. Más dura fue la caída de que se enterase de lo que había estado diciéndole todo ese tiempo atrás. Las comunicaciones en Bulgaria, de puta pena: los faxes parecían extraviarse aunque aquí, en el lugar de origen se recibiese la confirmación certificada, garantizada de que había llegado al destino del número marcado. Nuestras cartas eran un puro diálogo de sordos. Renata iba a lo suyo, empeñada en que ella y yo teníamos que

constituir..., quiero decir, teníamos ingredientes de edad, formación, ciertas propensiones culturales, etc. para poder formar pareja, sobre el papel al menos. Y yo no sabía ya de qué manera hacerla ver (porque dicho, dicho, se lo había dicho mil veces) que me gustaban sus hijas; y que puestos a restringir por eso de la monogamia de puertas afuera... pues que me conformaría con Ralitz, que ahora ya andaba por los casi veinte años y no tenía ningún pretendiente ni otro plan en la vida sino el de ser útil en casa, progresar con sus estudios, conocer gente que la pudiera seguir ayudando y redimiendo como yo. Porque no se olvide que por una razón u otra yo enviaba dinero a Renata...

No. La madre y la hija juntas, no. La madre sola, ocioso: no, porque no tenía sentido. Pero la madre y la hija hubiera devenido un trauma psíquico de imprevisibles consecuencias. Hay cosas que he tenido y sigo teniendo claras: no quiero tener un polvorín a mi lado cuando no tengo capacidad de controlarlo. Renata se llevó un disgusto enorme, mayúsculo ante mi negativa de que viniesen a mi casa ella y su hija; pero al cabo de unos meses supongo que lo pensaría y recapacitaría. Yo continuaba enviándole dinero. Una vez recibí de Renata un fax en el hotel Casablanca, de Granada, pidiéndome urgentemente cuatrocientos dólares USA para terminar el pago del precontrato de la compra de un piso. Al día siguiente le envié quinientos. Y cosas así que las declaro con toda normalidad porque para mí, más que sacrificio asumible (que lo eran), lo que más propiamente eran... eran demostración de diligencia, y de que lo que hacía..., lo hacía de buena fe en atención a gente que me importaba y por la

que sentía afecto. Otra vez Renata me pidió ayuda... inmediata de nuevo porque Ralitza había quedado seleccionada para un concurso de belleza y necesitaba un vestido especial para la noche de la gala. Al parecer, Jorge, su padre, (sus razones tendría) se había negado en redondo a sufragar el coste del vestido y tanto la madre como la hija se hallaban inconsolables. ¡Allá van otros cientos de dólares para vestido! Pocas cosas me causaban a mí tanta complacencia como ser de utilidad a mis amigas, ejercer mi protección a través de los kilómetros y de las instancias internacionales. Probablemente Renata especuló largamente sobre cómo propiciar mi estado de ánimo positivo hacia todo lo que tuviera que ver con su causa, a través ahora del cebo de Ralitza que, a tenor de la serie de fotos que me fueron mandando, estaba hecha una preciosidad. Guardo celosamente las reproducciones, tanto en el papel del periódico como en la cartulina fotográfica, de las poses de Ralitza convertida en un pedazo tantalizante de mujer. Cada vez que contemplaba yo sus fotos se me exacerbaba la ilusión proyectiva y contaminante de mundos, de galaxias inéditas. Yo estaba enamorado de Ralitza, lo estaba enteramente, y aquellas fintas de la madre respecto de la hija sólo traían a mi alma desazón y desajuste psicológico, ansias de actuar sin saber cómo ni relativo a qué. Un poco más tarde – ya no me molestó en consignar fechas, porque no modifican los hechos– se suscitó el tema de que viniesen a España las dos hermanas, Ralitza y Boriana. Parece que el plan contaba con la aprobación de Renata. Bien. De nuevo embarcado en un latosísimo proceso documental. Esta vez tuvo que intervenir uno

de los notarios de Alcalá de Henares ya que mi carta de invitación requería todas las legalizaciones y legitimaciones del mundo. Ya sabe el lector en qué se traduce todo eso: en dinero, en trabajo y en tiempo: cantidades apreciables de dinero; dosis de trabajo extemporáneo; pérdidas de tiempo preciosas. Y vuelta a empezar. Aquello no prosperó..., ya ni me entretengo en comprobar por qué. No prosperó y basta.

Renata entre tanto seguía escribiéndome carta tras carta, llenas de memeces. Parece que todos los negocios que emprendía, quiero decir, todas las iniciativas sobre traslado a otro piso, sobre compra en propiedad de un apartamento en diferente localización, etc., etc., le salieron mal y perdió el dinero invertido. Así de catastrófico. Yo le decía la verdad, lo que siempre he sentido: que mi único becerro de oro es la salud, y que teniendo salud posee uno el bien mejor; luego, si hay dinero..., pues no perjudica. Pero que el dinero es recuperable; y en el peor de los casos, si no es recuperable se puede ganar otro dinero, un dinero desconocido que está ahí, en el ámbito, al alcance de quien se dé maña, preferiblemente legal, en apropiárselo; que hiciera el mayor de los esfuerzos por intentar no preocuparse por los temas únicamente relativos a las finanzas; que yo seguiría ayudándola indefinidamente, etc., etc. Pero el nervio de todo lo argumentado hasta ahora no me exime de incorporar la literalidad de una carta mía a Renata, ésta:

27 de junio 1994

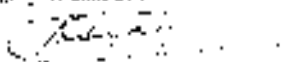
Querido Renato:

Me voy de pronto por culpa de un enfermo, un pequeño y apesadumbrado enfermo que está bien de salud por todas y definitivamente de no más, ni quiero, como siempre ninguna vez más (como lo de ninguna) vista de la descomposición hasta con ganas por parte de esos que mejor cuando y que cuando, y sobre todo cuando se herida a quien ama, esto y aquello, y así sucesivamente, no la quiero más, explicito claro, si en futuro así lo necesito y si no, lo inventaré, pero no se debe decir nada.

Se ha hecho todo lo que se me ocurre por estar un poco de tus hijos, y que cuando vendría a tu dirección, a tu oficina, a tu casa, se y valiente de madre, que todo me alegraría de tal manera.

Si una cosa de tener bien, con esto lo que te dije en una carta, puedes decirme, yo me voy a ir.

Mi amor y recuerdo



La una forma de hacer que el mundo y sobre todo los
de los que están en el mundo, que me voy a ir, que me voy a ir
de los que están en el mundo, que me voy a ir, que me voy a ir
la una forma de hacer que el mundo y sobre todo los

Ruego al lector que imagine, que verbalice el tipo de literatura que esta mujer me había enviado y me seguía enviando. Esta respuesta mía de 27 de junio de 1994 es la más representativa, la más compactada y económica en términos

expresivos; pero no la única. Guardo copia de otras cartas más en que con rotundidad rayana en la falta de proporción le expreso estos mismos puntos de vista más pormenorizadamente. Pero todo era en vano con ella. Continuaba con la conciencia navegando en mares de romance y de novelas rosa... ¡conmigo! Y yo estaba harto de decirle que..., yo tenía muy mal gusto; que yo era un tío raro, un anormal, pero que no podía disculparme por el hecho de que me gustasen sus hijas. Sí, lo de que sus hijas me gustaban y que estaba dispuesto a hacer cosas que acaso ningún otro hombre habría hecho..., se lo repetía hasta la saciedad, por activa y por pasiva. Un nuevo episodio de este tira y afloja se produjo a finales de 1997 y comienzo de 1998, teniendo como co-protagonista a Olga, sobrina carnal de Renata, y por lo tanto prima de Ralitzia. Esta chica, entonces de veinte años, estudiaba filología inglesa y fue indudablemente incitada por su tía y su prima a invitarme a ir de nuevo a Bulgaria y formar nosotros tres juntos (yo, ella y Ralitzia) un grupo inseparable durante la vacación que a mí mejor me conviniera. Ellas no se separarían de mí y viajaríamos por el país a dondequiera nuestro gusto del momento nos lo dictara. Olga me mandó alguna foto con Ralitzia y otros compañeros de la Universidad. No era posible calibrar los grados de atracción que su fisonomía habría desplegado; sólo que tenía veinte años y que me escribió un par de cartas en inglés muy, pero que muy prometedoras, muy persuasivas, muy acuciantes en la línea que ya he señalado. Me dieron que pensar. Me sobraba dinero; contaba con todo el tiempo del verano, y en cuanto a la

materialidad de cualquier otro factor la cosa no presentaba problema alguno. Yo me recreaba viajando con las dos y poniéndome en el plano más optimista, celebrando camas redondas, o despachándome alternativamente la compañía de cualquiera de las dos. No sólo se hubiera tratado de irnos al mar algunos días sino de hacer excursiones por río, a bordo de embarcaciones destinadas a este tipo de turismo; a los montes Rhodope, etc. Nos hubiéramos hospedado en algunos de esos monasterios entre riscos y hubiéramos escudriñado los parajes y los rincones que más acorde se mostraran con nuestro estado de ánimo. Las palabras de Olga no se separaban de mi conciencia: “Ralitza and I will be your constant companions here, in Bulgaria. We shall be with you where you want to go... In that way we shall get to know ourselves well, we shall jump over the psychological barriers”... No cabe duda de que Olga era una chavala echada “palante”, y que con ella se podía llegar a cualquier parte. Pero yo me iba haciendo viejo, y la paciencia y la confianza lógicamente disminuían sus reservas. Si por un lado me representaba el panorama optimista, cosa perfectamente posible, desarrollándose con arreglo a todos los predicados ya sugeridos, por otro lado nada impedía que dicho esquema optimista se deshiciera como una burbuja, por gratuito, por subjetivo, por falta de cimiento, con la probabilidad añadida, más o menos remota, más o menos real, y para más *inri*, de que tanto mis amigas como yo pudieran preguntarme, *pudiéramos preguntarnos* qué testimonios o indicios objetivos me habían dado pie a mí para hacerme las tan fantásticas ilusiones con las

que había entretenido mi cerebro. O sea, que además de puta, la cama; además de cornudo, apaleado...

No, no me decidí a dar el paso. Tal vez aquí el mejor y mayor acto de valentía radicase en no plantear batalla. Tal vez. Acaso. Quizá o quizás. A lo mejor. Puede. El caso es que no me decidí. Estaba harto de hacer la guerra en campo contrario, y aun cuando la guerra esta vez tenía todas las trazas de ser una guerra dulce, no dejaba de arrostrar las típicas servidumbres al desarrollarse en campo contrario. Tal vez la misma dosis de impaciencia que me empujó a marcharme de Sofia en 1991 ahora se presentaba bajo la especie de inseguridad y de desconfianza. Y en fin, otro nuevo fracaso que añadir a la ingrata secuencia. Los años continuaban sucediéndose y yo me iba haciendo mayor. Hallándome en mitad de mis sesenta recibo a través de Renata la noticia de que Jorge, su marido, ha muerto. Era el año 2000. Tengo la impresión de que a partir de ahí las cosas bullen con más facilidad, con más ligereza en la cabeza de Renata, y por ende en la de su hija Ralitz. Ya no recuerdo si juntas, o como mucho en el lapso de unos pocos días, recibo estas sendas cartas de Ralitz y de Renata, que incorporo íntegras con el fin de evitar falsas interpretaciones:

¡Querido Tomas!

Te escribo por primera vez. Antes no sabía nada de Español. Ahora lo estudio. Perdona los errores

Por favor, como te siento muy amigo de nuestra familia quiero preguntarte algo, esperando una respuesta de amigo también. Aquí en Bulgaria el desempleo es enorme. Yo mismo he terminado un colegio de bibliotecaria por de esta especialidad no encuentro trabajo. Muchas Búlgaras se fueran a España para trabajar. Yo también tengo la idea de hacer lo mismo. Por eso espero que me des una información sobre las preguntas.
 En qué parte de España me admitiré mejor y qué tipo de

trabajo me recordaras,
Quero preguntarte tambien.
como estás y que haces...
Te deseo salud y exitos.

Deses: Tu amiga Ralitzka.

dirección:
Sofia-1324, Buegoria
b. Lulin, b. 822 47
apto 12.
Ralitzka Bueorguiva
Yanexocua

¿Qué hacer? ¿Quién es capaz de auto-amputarse una floración del alma por intempestiva que parezca? ¿No se han dado resplandores crepusculares en otros ámbitos, en todas las culturas, en todas las idealizaciones? Pues eso. Y así, con fecha 16 de diciembre de 2001 le envié a Ralitzka (que en este caso era también decir que a Renata, y a la hermana pequeña Boriana) la carta que asimismo incorporo a estas páginas:

Alcalá de Henares, 16 diciembre 2001

Sta. Kallita Gueorguievna Yankieva
Sofía, Bulgaria

Querida Kallita :

Acaba de llegarme de Granada para decirte aquí en el casa de Alicia de Granada al tiempo universitario no lectivo de Navidad y Año Nuevo — el 7 de enero debo estar otra vez en Granada — y me encuentro la carta de tu mamá y la tuya, que han estado tardadas más de un día. No sabes la sorpresa y la alegría que recibe al comprobar que estás aprendiendo español. ¿Qué mejor manera que tu propia madre? Magnífica idea, extraordinaria iniciativa.

Y hablando de tu tema, tiras evidentemente que comprendes que yo ... == como cualquier persona (civil) normal, que en Jodique exclusivamente a sus ocupaciones propias == luego técnicamente al fondo de los asuntos que me preguntis sobre encontrar trabajo, o una ocupación en España para tí, en tu lugar, ya me imagina que tu sería infamada por las autoridades consularas y diplomáticas de la Embajada, etc. (cosa que supongo que haría igualmente miles de ciudadanos, y que por lo tanto carecerá de eficacia), a por alguno de entre todos esos individuos que == tí misma lo dice == salen de Bulgaria en busca de mejores oportunidades.

Dado que por desdado, tengo que decirte que una cosa muy distinta y muy importante == y con la que probablemente muy pocos de esos emigrantes puedan contar == es el hecho de que tú y yo somos amigos, que en Sofia y yo nos conocimos en Albena hace más de 29 años, y que si alguna vez tanto tu hermana Boriana como tú, juntas o por separado, os encontráis en Madrid, yo ... la tu madre se lo he dicho más de una vez) pueda daros la ayuda, el protección de amigo, de hermano mayor, de novio, de marido, de padre ... todo junto, durante el tiempo que tardaréis en encontrar alguna cosa que os gustara y/o que os conviniera más.

Como tanto a él como a tu hermano Daviana se ha invitado más de una vez a estar conmigo en España, y nunca aceptó la invitación, lo como no puedo ser más clara ni más lógica, y de hecho brevemente en lo que ya me he repetido, con la ventaja de que ahora solo mayores de edad las dos, y además no necesitaba visado (según creo entender que no dice Renata).

Así, la única que tenía que hacer — si podía y quería las dos, las dos si pueden y quieren tú sola, Malina, para tú sola y si una de ustedes puede y quiere venir con perspectivas de quedarse más tiempo, y la otra sólo como vacación de algunas semanas, etc., porque todas estas combinaciones son posibles, — lo único que tenía que hacer, decir, es venir ya, ahora mismo, en cualquier momento. Yo con vosotros ha hecho, en el pasado, infinidad de viajes, cursos de invitación, de presentación, de vuelta, de llegada, comunicaciones fallidas, intentos de fax que no funcionaban en Bulgaria, etc., etc., etc., y en estos momentos no estoy en condiciones psicológicas de hacer más viajes ni más diligencias, ni más encargos. Todo tiene un límite en la vida, de momento a pagaros el billete de ida y vuelta — el ideal es, siempre que sea posible, un billete con el regreso abierto — y todos los gastos de estancia, como es lógico. Y siempre son los requisitos de flexibilidad ya mencionados para nuestra relación.

Mi dirección en Granada: c/ Párlas, 5 (Cuartel Carabanchel) 18005-GRANADA, un correo de Movistar tiene e-mail que no puede usar:

num 9176 097.89

y otro buen amigo de Alcalá también tiene e-mail que podéis usar (ya a estar fuera de Alcalá desde el día 20 de diciembre hasta Año Nuevo)
fbr@redastel.es

Puerta Abierta

TOMÁS PARLÁS GRETA

Por lo menos me quedé descansado, definitivamente descansado. Después de esto, y siempre según mis registros, creo que ya no nos cruzamos comunicación alguna hasta que Renata se presentara por sorpresa con sus amigos de Tres Cantos en mi casa en la fecha incierta que aventuré. Sí recuerdo, tenuemente pero con suficiencia de conjunto, que desde mi despacho de la

Facultad de Letras de la Universidad de Granada hablé por lo menos una vez con Julia; por ella supe que Renata había regresado a Bulgaria, pasado el sarpullido súbito que le entrara de trabajar en España, motivo de nuestro encuentro en Alcalá de Henares. Y en estos últimos años, nada, absolutamente nada. Como confesé al lector, pocos tramos de mi autobiografía están tan cargados de torpeza, de mortificante desazón, de desamparado fracaso como el relativo a Bulgaria y a toda esta familia. Cuando miro hacia atrás no veo más que mi corazón hecho trizas, confundido, vilipendiado, sufridor de toda suerte de contradicciones atípicas, de expansiones y encogimientos patológicos, inhumanos, alienígenos. Por eso dije al principio que requería de toda mi hombría de bien para enfrentarme a la redacción de una derrota, de una cadena de derrotas, de quebrantos de ánimo.

Se me dirá si no hay un solo punto, algo en todo este argumento de Bulgaria donde brille un rescoldo de esperanza, un toque de gratificación. Sí. Con fecha 20 de mayo de 1992 Renata me había escrito: “Tomás, el 21 de abril aquí en Sofía tuvo lugar un coloquio sobre los problemas teóricos y prácticos de la traducción (en la Universidad de Sofía). Presentó un informe el Dr. Valentín García Yebra, de la Universidad Complutense. ¿Lo conoces? Habló sobre ‘Crítica de la Traducción’. Se refirió a un poema, traducción tuya del inglés. Lo comentó en plan crítico, pero de una manera muy elegante. Te criticó en omisión de elementos semánticos del original. Te citó como “un versificador habilísimo”, etc. Me alegré por haber oído tu nombre en este

coloquio tan interesante”. Bueno. Menos da una piedra. Claro que mi ego se sintió fortalecido; que mi autoestima elevó los quilates de su valoración, porque aunque sabido todo ello por haberlo discutido y comentado ya con don Valentín en España, me agradaba sobremanera que tan preclaro varón, cuya sabiduría en estos temas no dejaba divisar las orillas...; me halagaba en lo más fiel y en lo más íntimo el hecho de que se hubiera acordado de mí. Entre tanta ruina, un muñoncito, un tocón de fértil complacencia.

Jasmine; Rowena (Cebú, Filipinas). Gloria (Manila, Filipinas). Roy; Purnama; Yanti; Theresia (Jakarta, Indonesia). Champai; Noi; Nang (Bangkok, Thailandia). Diciembre 1991 - enero 1992

Me disponía a rematar el año 1991 que en lo relativo a viajes había resultado, estaba resultando como el más portentoso, el más activo de mi entera vida. Yo había bien cumplido ya los cincuenta y cinco años, y ahora, con la debida perspectiva que me permiten los casi diecisiete años transcurridos desde entonces a este momento de 2008 en que me he puesto a redactar la presente viñeta, constato la desmesura de mi esfuerzo y el buen fin que, siempre en términos de proporción comparativa, tuvieron mis andanzas. Yo traía a mi conciencia los casos que la Historia registra de personajes que lograron la más completa intensidad para sus realizaciones ya bien entrados en su madurez cuasi senescente. Los recursos de que dispone la persona son absolutamente desconocidos, mejor, insospechados hasta no encontrarse uno en la situación concreta en la que dichos recursos sean la solución. De las seis escapadas que realicé en 1991 (dos de ellas tocando compartidamente asimismo los años de 1990 y 1992) tres de las cuales lo fueron al Extremo Oriente; dos a través del Atlántico Norte hasta la República Dominicana, en el Caribe; y una, la más casera, a Bulgaria, en Europa. La solución para llevar a cabo dicha proeza fue la propia realidad, ponerme enfrente del magnífico magnetismo que me trasladaba;

interiorizar el succulento universo vivencial que me propiciaban y a *a priori* las criaturas con las que tenía programado encontrarme. Es decir, que la solución era la misma realidad, y viceversa. Los recursos se ponían en funcionamiento automáticamente, como por ejecución refleja.

Mi plan esta vez era llegar de un tirón a Cebú, de entrada. Luego, casi con toda seguridad, tendría que regresar a Manila, primero para encontrarme allí con mis contactos; y probablemente en todo caso, con forzosidad, ya que no conocía la posibilidad de volar de Cebú a Jakarta. Y ya como final y punto de regreso, Bangkok.

Arranco desde España el 12 de diciembre con las líneas Thai, “best by test”, las mejores con mucho para esta ruta desde Madrid. Manuela y Mónica, las representantes en Barajas de la compañía aérea de la orquídea, son ya cosa usual cuando vuelo hacia Bangkok. La escala allí de casi tres horas antes de despegar hacia Manila “is killing”, penosa, porque el cansancio a partir de cierto tramo de viaje se acrecienta en progresión geométrica, se desboca. El aeropuerto de Bangkok, como todos los aeropuertos, además de las salas de espera para pasajeros en general, disponía de otras para miembros de tal o cual asociación. Yo por entonces, y desde algunos años atrás, pertenecía a IAPA (International Airline Passengers Association: Asociación Internacional de Pasajeros de Líneas Aéreas) cuya tarjeta acreditativa permitía ocupar alguno de los espacios especiales de espera en los aeropuertos dispuestos para tal fin. Yo necesariamente tuve que servirme de dichas prestaciones si tal hubiera sido el caso. Y

hago mención de estas salvedades porque como en casi todos los órdenes de la vida, lo directo y asumible va dejando paso a lo complejo y excesivamente caro. Ya para últimos del siglo XX la tarjeta de referencia comenzó a sufrir restricciones en el sentido de que sólo con la concurrencia de otro canon complementario los servicios de IAPA podían ser disfrutados por los viajeros. Lo de siempre: las mismas prestaciones que al principio, pero ya al doble del precio. Guardo cuidadosamente todos mis papeles y tarjetas de IAPA. A principios de los años dos mil me di de baja definitivamente de la Asociación; y aun así reconozco que estuve arrastrando por pura inercia mi pertenencia al Club durante varios años, ya que mi actividad viajera prácticamente desapareció después de 1994. Pero insisto en que la validez de la original tarifa IAPA –y en consecuencia su tarjeta identificativa– fue experimentando una progresiva desvalorización si no se acompañaba del complemento del “Priority Pass”, con el que, ya con la tarifa duplicada, sí parece que se hubiera podido acceder a cualquier *lounge* de cualquier aeropuerto del mundo. En las fechas de mi viaje que estoy manejando, últimos de 1991, mi calidad de miembro de IAPA creo que me permitía acceder sin más trámite a estas salas especiales. Supongo que así lo haría para la espera señalada de casi tres horas entre la llegada a Bangkok y la salida, también con Thai, para Manila. Voy necesariamente trazando un diseño cada vez más riguroso del efecto del tiempo y del “jet-lag” en los viajes, así como de las opciones que se me ofrecen para volar al Lejano Oriente.

Llegado a Manila me traslado al aeropuerto de vuelos domésticos, y esta vez sí consigo directamente plaza para Cebú mediante la técnica eficaz del “stand by”; es decir, acercarme al mostrador de las PAL y hacer cola para el servicio lanzadera con Cebú. Hacía un año que había visitado este destino y su realidad me llamaba. Cebú, para sorpresa mía, había resultado ser, con mucho, el segundo centro de Filipinas en cuanto a interés humano. Al comienzo de mis contactos epistolares de menos de año y medio antes, allá por agosto de 1990, Cebú significaba un nombre. Después de mi primera visita, además de quedar resaltado el hecho de que Cebú ciudad y alrededores era, con cerca de un millón de habitantes, la segunda aglomeración urbana de Filipinas después de Manila, poseía un sello distintivo especial por constituir la capital del archipiélago de las Visayas con un formidable emplazamiento central dentro del entero país. Cebú era una urbe suficientemente poblada como para albergar sobrada incumbencia humana y hacerse cargo de todos mis proyectos vivenciales con creces; y al mismo tiempo, una facticidad geográfica y medio-ambiental mucho más manejable que Manila. Desde mi primera visita un año antes, y sobre todo a efectos de aventura personal, Cebú se había puesto a la misma altura que Manila en cuanto a atracción e interés por las chicas con las que seguía carteándome. Me apetecía enormemente encontrarme con mis amistades; había pasado un año completo desde la vez anterior, y era tal y tan certero el grado de concernimiento que se había generado entre mis corresponsales y yo, que se hacía imperativo ir a verlas en persona, porque estas cosas pueden

diluirse fácilmente en el ámbito de influencias menos entitativas que las que uno se ha desvelado en erigir, pero a veces más arteramente oportunistas, más piratas; y todo el trabajo levantado afán a afán, nivel a nivel, se puede ver en el suelo por no haber aplicado la labor justa de vigilancia y cultivo. Y la mejor vigilancia era estar en el sitio en persona; ir al lugar “where the action is”, donde se produce la realidad de los hechos. Albergaba yo temores de que esta dejadez de un año pudiera haber aflojado las tirantas de relación con “mis niñas”; que se me hubieran hecho “mayores” en el descubrimiento de otros intereses, de otras referencias. Y por eso, mientras yo no estaba con ellas –por la pequeña incompatibilidad de más de diez mil kilómetros de separación– no había dejado de bombardearlas con billetes de dólares USA que colocaba estratégicamente en mis cartas, además de –y esto ya en plan de obsequio áulico de amigo intelectual– una suscripción de regalo y continuada a *National Geographic*. Sí, ahora necesitaba ver, estar con mis amigas, no fuese que la fruta se pasara de madura.

La primera cuestión que tratar es el alojamiento. El Montebello Villa Hotel de la vez anterior quedaba descartado por su régimen restrictivo de visitas, etc. El sitio era muy hermoso, muy en plan colonial y con espacios magníficos; pero yo no estaba para cortapisas, y así, de entrada, tuve que prescindir de él. Consulté cuidadosamente la guía IAPA y acabé decidiéndome por el Cebú Plaza, sobre el papel el mejor de toda la isla, situado en solitario al noroeste de la ciudad, “lofty and aloof” presidiéndolo todo desde su eminencia. Y sin embargo en aquella

época Cebú todavía no gozaba de suficiente suministro eléctrico como para dotar de aire acondicionado centralizado a todos los edificios. Y aunque este hotel blasonaba de prioridad en cuanto al disfrute de servicios, las habitaciones tenían cada una su típica consola de... ruido. El ruido del aparato de aire frío fue la causa de que en el siguiente viaje cambiase de alojamiento. Una verdadera lástima porque el hotel era una preciosidad. Bien. Ya estoy instalado y se impone empezar a funcionar. Comenzaría por contactar con Jasmine. ¡Oh, sí, Jasmine! Una de las criaturas más desesperanzadamente tiernas y monorraílicas respecto a ciertas cuestiones de mi vida. Desde mi conversación telefónica con su hermana Elena, encontrándome yo en Manila el verano anterior, es decir, seis meses antes, hasta este momento nuestra correspondencia había sido frondosa. Por mi parte, no dejé de enviarle dinero para todo tipo de gastos: sus estudios, matrículas, exámenes, transportes, uniforme de enfermera, generalidades, etc., etc. Si el lector me pregunta y se pregunta que... a cuánto podría haber ascendido todo ello, yo diría que a unos mil doscientos dólares o así, cantidad que distribuida a razón de cien al mes equilibraba el presupuesto de una familia como la de Jasmine. En los rasgos presentativos que he hecho líneas arriba de Jasmine he empleado los términos “desesperanzadamente tierna” para referirme al carácter de los atributos más sugestivos y al tiempo más mortificantes de esta mujer. Yo apenas podía asumir el contenido de sus cartas. Cada vez que me llegaba una, yo celebraba una especie de nupcia en ausencia, un desposorio virtual, de tan llenas como estaban sus palabras de la referida

temática. Jasmine me preguntaba si yo la amaba; no entendía que, si como todo parecía dar a entender, yo la amaba... ¿cómo es que no la cortejaba formalmente y le pedía matrimonio? Todas las cosas que pueden vertebrar los argumentos de las novelas rosa; todos los posibles diálogos girando alrededor de las referidas claves de hombre y mujer; todas las razones tautológicas; todos los lugares comunes que desde el echar a andar del tiempo los hombres han escuchado de las mujeres... y más, así me llenaba Jasmine sus cartas. La chica no podía comprender que un hombre que prácticamente “la mantenía” a diez mil kilómetros de distancia no exteriorizase en forma y fondo su intención directa, vehemente y única de [¡¡aquí la palabrita infamante!!] *casarse* con ella; de pedirla en matrimonio a sus padres. ¿Y yo qué culpa tendría de que la historia del mundo y del pensamiento hubiese sido tan grande y que Jasmine no se hubiera percatado de ello? Imposible extractar sus cartas porque cada frase es un periodo, capítulo, conclusión y preparación para la siguiente frase. Haciendo un resumen inexacto y acaso injusto, sí puedo asegurar que el *impasse* mental de esta niña, la aporía insalvable en que se hallaba sumergida estribaba en eso que he dicho: ¿Cómo es posible que alguien que hace esto por mí..., esto que –según ella misma– jamás hubiera creído que ente humano pudiera haber hecho por ella..., cómo es posible que no se arranque y me plantee lo único que, siempre según ella, tendría sentido? Me dice que, por supuesto, es virgen; y muy celosa [¡Ya somos dos!]; me pregunta que si no me gustaría tener una familia, mía, propia, engendrada por mí, etc.,

etc. Cada carta suya era, después de la realidad, lo más parecido a ella; era como gozar y sufrir de la presencia de Jasmine, sólo que sin tenerla; una virtualidad real, un contrasentido. Pero así era. Inútil entrar en distingos con una criatura así. Lo primero que se me ocurría podría haber sido preguntarle: “Jasmine: ¿qué prefieres, alguien que como yo te está ayudando a distancia aunque no se explicita de la manera que tú quisieras sobre estos temas; o alguien que, también a distancia, te pueda decir todas las tonterías que a ti te gustaría oír, pero que no pasa de ahí?”. Ya sé que nada es absolutamente así o de la otra manera: blanco níveo o negro azabache, pero a efectos de hacerse uno entender es obligado usar la hipérbole hasta ciertos límites. Pues más o menos ese era el problema, esa era la mujer a la que telefoneé desde el Hotel Plaza siguiendo las instrucciones que ella me había dado respecto de horarios y localizaciones...

Jasmine se presentó vestida de enfermera, su profesión, una hora y media más tarde de lo acordado. Ni siquiera acertó a razonar los motivos de su tardanza. Más que azorada o temerosa, que no lo estaba, lo que sí que estaba era curiosa, absorta, expectante. Lo primero que hago es probarla, probar sus habilidades de sanitaria, invitándola a ponerme mi inyección de auto-vacuna para mi garganta. La chica lo hace bien, con cuidado y con mucha tranquilidad, aplicando a la jeringuilla los toques o tobas preceptivos para dejar el ápice de la aguja limpio de goteo, al tiempo de repartir bien el líquido. “Tiene la regla y ese día no quiere que la penetre, después de pringar de sangre buena parte de la ropa de la cama. Se deja la mitad de la comida que

pedimos. Se va a la mañana siguiente con cara de disgusto. Pasan dos días sin saber de ella”. He preferido incorporar literalmente el tenor de las notas que obran en mi poder, mejor que elaborar ahora, diecisiete años más tarde, una explicitación de los elementos de la velada, y mucho menos una interpretación de nuestros estados de ánimo.

Al día siguiente hablo con la mamá de Vangie Cabato. Me dice que su hija se encuentra en Kuala Lumpur y que está segura de que me ha escrito. Fallo en no invitarla a ella y a su otra hija, Wheng, a cenar al Cebú Plaza conmigo. El caso de Vangie seguía constituyendo una categoría especial. Su condición de artista encuadrada en un grupo musical le concedía una autonomía de movimientos imposible de recaer en la inmensa mayoría de los demás súbditos filipinos. Yo había prácticamente renunciado a encontrarme con esta chica, excepto por ese filamento indeclinable de esperanza que, por eso mismo, por ser indeclinable opera en algún lugar de nuestras voliciones e impulsos, seamos o no conscientes de ello. Vangie, efectivamente, sería la única amiga de todas mis correspondientes a quien no conocería nunca en persona. Pero por esa razón me parecía que era de todo punto preceptivo mantener la tensión del espíritu a través, por encima y por debajo de cualesquiera vicisitudes que pudieren aparecer en el proyecto de nuestro problemático encuentro. Desde mi última comunicación por teléfono con su familia durante mi estancia en Manila, en el Silahis Hotel ese verano de 1991 y hasta este momento en Cebú, yo había recibido una carta de finales de mayo de su hermana

Wheng, informándome de que Vangie se hallaba en aquella época en Abu Dhabi; se disculpa en nombre de su hermana por todo mi trajín en procurar nuestra coincidencia; me acusa recibo y agradece el regalo de la suscripción a *National Geographic*, etc., etc. Como creo que se ha visto con anterioridad, la madre Wilhelmina y la hermana Wheng, de Vangie, colaboraban de consuno en suplir la incapacidad material y justificada de Vangie en mantener su correspondencia, por lo menos conmigo. En otra carta de la mamá, fechada el 6 de diciembre de 1991 [llegó cuando yo estaba de viaje] me informa de que Vangie se encuentra a la sazón en Kuala Lumpur y me facilita toda suerte de detalles específicos del hotel, habitación, teléfono, etc. Los términos de las cartas de la madre y de la hermana de Vangie son por demás conmovedoramente amables, agradecidos, expresivos y tiernos. Probablemente haya dicho yo en alguna viñeta pasada que, sobre todo al comienzo, yo había enviado a Vangie algún dinero [ciento setenta dólares USA es lo que aparece en mis resguardos] del que Vangie acusa recibo con agradecimiento, especificando que en Filipinas eso era ciertamente valioso. No había duda de que, en tanto estuviera actuando “por ahí fuera” ella no carecía de nada. Otra cosa era la situación en casa, nunca boyante por muy bien que marcharan las cosas en general. Por eso me agradeció, como transvasándolo a su familia, mis regalos del principio. Ya digo que nunca llegaríamos a encontrarnos, pero el juego de casi coincidir en localizaciones de esa área del Extremo Oriente, para volvernos a escurrir y otra vez levantar el proyecto lúdico de poder vernos... eso daba a nuestra amistad

inconsútil su verdadero sentido. Vangie iba a sitios que yo había conocido: Singapore, Jakarta; además de otros que yo jamás tendría intención de visitar. Eso sin contar con las ocasiones en que, estando ambos en Filipinas, pudiéramos concertar un encuentro. Pero aquí sí que encaja bien eso de que lo que importa es el camino y no la posada. Y el camino con Vangie era mi rebote continuo; una aproximación y un desglose inmediato; un amago de coincidencia, seguido de una centrifugación a ámbitos inasibles. Vangie, de todas mis amigas, fue la que probablemente más fotos me envió: de sí misma, sola, actuando, en compañía de su banda musical. La niña pensaría que así compensaba en lo posible nuestra extrema dificultad de contactar en persona.

Mi segunda incumbencia en Cebú era Rowena Dacuyan. ¿Qué había sido de esta mujer? ¿Qué había sido de nuestra relación? Desde nuestra conversación telefónica seis meses antes, asimismo durante mi estancia en Manila, en el Hotel Silahis, no tengo registro alguno en mis carpetas de ninguna otra comunicación. Rowena era algo mayor que el resto de mis amiguitas; y más formada; más cosmopolita aun a pesar de no haber salido, creo, de Filipinas. Trabajaba de recepcionista en el hotel La Nivel, justamente debajo y no muy lejos del Cebú Plaza. Rowena tenía cierta facilidad para conectar conmigo por medio del servicio de fax: ella me lo enviaba desde el hotel donde prestaba su labor, y yo lo recibía en el hotel Casablanca de Granada (España) donde me hospedaba; lo cual no evitó que incurriese en la típica negligencia de darme un telefonazo a mi casa de Alcalá de Henares, en periodo veraniego, a las tres de la

madrugada hora española. Supongo que a ella le pillaría inmejorablemente bien allí en Cebú, a eso de las nueve de la mañana de la misma fecha, en algún receso de su trabajo. Para ciertos menesteres mucha gente parece olvidar que el planeta Tierra se organiza y divide en husos y zonas horarias. Pero, en fin, eran cosas que se le perdonaban. ¿Cómo va uno a imputar a una chavala de sus características no haber tenido en cuenta estos detalles astronómicos? A Rowena le había estado yo enviando dinero; ya no recuerdo si lo último fue lo del Silahis el verano anterior, tras obtener la total certeza de que no podía volar a Manila para verme. Pero en su momento estuve seguro de que, de haber podido, o sea, de haber estado de su parte la oportunidad de los vuelos, se hubiera trasladado desde Cebú para estar conmigo. Rowena tenía un encanto madurado; era activa, emprendedora. Me había explicado anteriormente que se había decidido a poner un pequeño negocio de venta. Trabajaba de cara al público en un hotel y disponía de soltura y rodaje. Me estaba muy agradecida por la suscripción a *National Geographic*, y desde el primer momento ambos nos habíamos apercebido de que nuestra relación podía acomodarse entre unos márgenes más anchos que los típicamente esbozados para tal tipo de cosas. Rowena estaba a punto de cumplir veintiséis años y hacía justamente uno que no la veía, desde la Navidad de 1990. La llamé; estaba y fue a verme. Me impactó encontrarme con ella. Mi monumental característica de precocidad o incontinencia en la eyaculación aquí tuvo lugar en toda su plenitud. No llegué a penetrarla. Me corrí encima de su piel. Por comprensión, por

piedad, por justificarme ella a mí recuerdo que me preguntó: “Did you come already?” La encontré algo desmejoradilla desde nuestro encuentro anterior en el Hotel Montebello. Pálida y más delgada aunque con un bonito cuerpo como pude comprobar. Su chasis desmerecía algo en las fotos y ganaba en el original.

Al día siguiente de estar con Rowena me busca Jasmine, y consumamos nuestro absoluto conocimiento íntimo. Ella me había dicho por carta que era virgen, pero a mí no me lo pareció; y todavía me lo pareció menos cuando el día antes de marcharme de Cebú, al instrumentar nuestra despedida brevemente, me preguntó a mí “que si todavía era virgen”. Yo le dije que... ¡por supuesto! Y nunca una inexactitud técnica tan abultada revestía una carga de verdad tan grande como aquella. Puesto que Jasmine no distinguía entre lo desiderativo y lo fisiológico, ¿por qué estropearle una fijación; por qué emborronarle un sueño? Ella seguía absorta, sin entender cómo mi forma de ser no incluía el hecho de no “declararme” formalmente a ella y pedirla que me matrimoniara. ¿Es posible –barruntaba yo– que alguien como una enfermera en prácticas no sepa ciertas cosas? Porque yo nunca creí a Jasmine capaz de pretender tomarme el pelo *a priori* y a sabiendas. Una parte del alma de Jasmine –la correspondiente a su concepto de virginidad– se separaba de su cuerpo con plena autonomía, y se regía con arreglo a su mundo de valores quiméricos, perfectamente lógicos dentro de su sistema pero colisionantes con el mundo exterior; con todo lo que comenzaba más allá del dominio de su piel. ¡Pues claro, mujer, que para mí sigues siendo virgen! Nunca un disparate tan grande –repito– ha

entrañado verdad tan absoluta. Recuerdo que Jasmine pareció haber descubierto en mi compañía la holgada armonía que reinaba en el hecho de hablar conmigo y calibrar los accidentes de mi anatomía –no se olvide, perteneciente a un hombre de cincuenta y cinco años pero que, siempre en tanteos comparativos, no mostraba descompensaciones palmarias en ninguna latitud de su físico. Me dijo que en mis próximas cartas –daba por hecho con toda consecuencia que nos seguiríamos escribiendo– no pusiera nada de mi viaje. Ello me terminó de destapar lo que yo había asumido ya en forma de sospecha, a saber: que cuando llegaba una carta mía a su dirección familiar, y en virtud de la probabilidad de que incluyese alguna sorpresa grata, probablemente tanto su hermana como su madre, cuando menos, estaban autorizadas a abrirla. A mí eso me parecía bien, ya que a la hora de hacerme justicia, el criterio mayoritario estaría decididamente de mi parte. Parece que Jasmine había previsto que hiciésemos juntos el viaje a su casa, para que la epifanía se materializara. Pero ahora que nos habíamos antes revolcado un poco, una nueva, inédita y revolucionaria dimensión parecía habersele presentado, y ya no estaba segura de que fuera conveniente que yo hablara con su familia. El día de mi partida es Rowena, sin embargo, la que viene conmigo al aeropuerto a despedirme.

Llego a Manila, me instalo en el Silahis Hotel y llamo al tío de Gloria, Lito Abad, para informarle de mi arribada. Gloria se me presentaría en la habitación de mi hotel a la mañana siguiente. Se me plantea la realidad cruda de prescindir de

cualquier contacto con Marilou Suan, cosa que hago a rajatabla. Con Gloria me había seguido carteando profusamente. La carpeta con su correspondencia es de las más pobladas de todos mis archivadores. Ya dije en algún otro lugar que el franqueo postal en Filipinas era muy asumible aun por las clases sociales más modestas. El tiempo mínimo de una carta a/desde España era de una semana, y el máximo no se sabía; acaso un mes. Pero debo decir que para tratarse de un país donde levantar siquiera un punto el nivel de vida a noventa millones de habitantes era un gesto heroico, el servicio postal y de telecomunicaciones en general eran herencia y desarrollo de la cultura USA, y no era de lo que peor funcionaba. Gloria me escribía invariablemente en papelones tamaño folio, rayado, color amarillento, de poco peso y apto para no rebasar los diez gramos, incluido el sobre. Gloria demostraba un deseo certero y homologado por salir de Filipinas, pero no hacía lo único que su caso requería hacer; y ello era tener voluntad de romper con el medio ambiente, bucear en las posibilidades, descubrir maneras de encontrarse volando fuera de su país. Porque una vez que eso lo consiguiera, el resto lo hacía yo. Yo era su valedor, su *sponsor*, su protector. Gloria era una estupenda chica que me gustaba de verdad, pero carecía de fortaleza de espíritu, de voluntad de aventura hacia un mínimo riesgo calculado. Dejaba todo en mis manos, confiada en que yo me iría a empapelar con ella tan sólo para sacarla de su país. Este tema se continuará viendo con arreglo a los elementos concretos que lo justifiquen en todas las viñetas que falten hasta dar cima a mi postrer viaje a Filipinas. Pero lo anticipo porque es el “leit-

motiv” de mi relación con Gloria. La reflexión que con más convicción y fuerza pedagógica yo le hacía era la de que solamente en Madrid, ciudad capital, había trabajando no sé cuántos miles de filipinas, sin papeles y sin nada de lo que ella, Gloria, tenía garantizado conmigo: una casa, una protección, un compañero. Claro que ningún gobierno se pilla los dedos, y si al admitir a un extranjero lo hace contando con la garantía protocolizada – ¡y menudo protocolo el negocio jurídico del matrimonio! – de uno de sus propios nacionales, mejor que mejor. Y yo a Gloria se lo había dicho clara y terminantemente: que yo no estaba dispuesto a usar una bomba atómica para cazar un pajarito, por muy atractivo que me pudiera resultar el pajarito, sobre todo cuando dicho pajarito podía constituirse en “cosa cazada” de manera mucho más natural. Le decía que se enterase de lo que habían hecho los miles y miles de filipinas que estaban en España, y que de buena gana se prostituirían –si no lo habían hecho ya– por tener lo que ella, Gloria, ya tenía. ¡Qué cierto lo de que le salen mocos al que no tiene pañuelo..., y al contrario! Ahora que había sacado del archivador el cartapacio de cartas caigo en la cuenta de que es inútil, una fabulosa pérdida de tiempo entretenerse con minucias, con el detalle de cada árbol cuando el bosque, el argumento central e inequívoco se destacaba una y otra vez, señero. Lo iremos viendo con penosa reiteración a lo largo de todos los capítulos que, hasta nuestro acabamiento, nos dediquemos.

Con Gloria, los ratos que pasábamos en el hotel, bien. Claro que monopoliza mis capacidades y que, además de estar

con ella, no puedo hacer nada más. Sigue trabajando en el supermercado de Araneta, de Quezon City, y compruebo que, si bien no debe ganar mucho, como casi ninguno de los asalariados en Filipinas, puede contar con ciertas flexibilidades como la de pedir permiso, salir antes de la hora, etc. Tratamos en serio del asunto de su viaje a España. Hago personalmente una visita a la Embajada española, de donde al menos adquiero información de primera mano: parece que lo mejor (por no decir lo único) es pagar los servicios de ciertos despachos o agencias que se dedican especialmente a la expedición y facilitación de documentos tendentes a salir del país y a obtener visado para otro destino. Pero una vez dicho esto, y a fuer de riguroso en mis apreciaciones a pie de obra, nunca dejé de estar seguro de que la posición de Gloria era excepcionalmente ventajosa, ya que contaba conmigo, con mi realidad facticia, que estaba allí para atestiguar ante cualesquiera autoridades la veracidad de mis declaraciones, la lógica de mis pretensiones. Pero Gloria parecía tener incardinada una cándida y al tiempo quietista aversión a todo lo que no fuese que su príncipe azul la sacase mediante el consabido casorio; y por ello demostraba falta de voluntad y de confianza ante las varias gestiones conducentes a rescatarla... soltera. Lo que ocurrió en este sentido indica muy bien las carencias endémicas de carácter de esta chica. Planeamos para el 26 de diciembre –es decir, una semana después de mi primer contacto con la Embajada– una segunda visita, esta vez con Gloria. Pero..., atienda bien el lector, me dice que han entrado cacos en el piso de su hermana con quien ella vive, y que se han

llevado entre otras cosas su pasaporte (!) Así que la gestión de la Embajada es infructuosa ya que no podemos enseñar nada, ni inquirir nada al no tener los documentos a la vista. Aquella historia fue el punto de inflexión para mi evidencia de que Gloria no podría vencer las taras. Ella misma me había exteriorizado el “terror” que le causaba enfrentarse al personal administrativo, a los funcionarios, quiero decir, de la Embajada española.

Vuelvo a encontrar a Edith, la canéfora de andares gráciles e ingravidos. Piensa que mi reguero de propinas espléndidas va a continuar y puesto que no estoy por la labor considero que lo mejor es dejarlo y no darle motivos de albergar expectativas truncas. Reconozco a las otras camareras de la Coffee Shop o Coffee House “Sunburst”: Tania, Fe, Baby, Rhia, Sonia, Aida,... Siguen tan simpáticas. Saludo a Emmeri Gain, recepcionista, y me parece que con esa chica tengo posibilidades. Es menuda y aceitunada, pero linda y lúcida en elocuente proporción, y que se cambia el peinado cada día. Me da su nombre completo y me dice que puedo escribirla al Silahis Hotel. Compro dos tarros de tabletas “Ginsana” que me los despachan como auténticos. Veremos lo que me dice el bi-doctor farmacéutico Ramón González Navarro. A todo esto en el Hotel Silahis me ponen la segunda inyección de mi vacuna, y el teóricamente médico me cobra doscientos pesos, unas ochocientas pesetas, tarifa totalmente abusiva; cosa que, medio en broma medio en serio, pongo en conocimiento de la chica Public Relations y de otro ejecutivo. La siguiente inyección –que me pone una enfermera el sábado 28 de diciembre, día de mi partida– ya no me cuesta nada.

Me salió a cuatrocientas pesetas cada una, que, sin dejar de ser caro, por lo menos era asumible. Voy al supermercado a comprar detergente y me fijo en que los precios de la fruta son astronómicos: las naranjas de USA, apestinadas y con la cáscara gorda, costaban 17 pesos (68 pesetas; 1 peso filipino igual a cuatro pesetas) ¡¡la unidad!!, y así por el estilo con las peras y otras cosas importadas. Pensé por enésima vez que la relación tan escasa que tienen España y Filipinas se refleja en cosas así: Iberia no vuela a Manila, y las cuestiones lingüísticas ya han quedado suficientemente tratadas. He vuelto a encontrarme con una variedad de personas que recuerdan haber aprendido a hablar español de niños (la Vicepresidenta de Executive Resources, Babette Tiansan; la ejecutiva del Hotel Cebú Plaza; Erlina Leduc, la promotora de construcciones, y su amigo Rolando..., y más y más gente) y que lo van perdiendo paulatinamente. A la directora de los coros de villancicos que actuaron varios días en el Silahis le recordé que tal vez a muchos nos encantaría que los chicos, además de cantar en tagalo y en inglés, interpretaran también algo en español: me sonrió condescendentemente la primera vez que se lo dije, pero ya la segunda me dedicó una mirada con un punto de acrimonia. No recuerdo quién, ante mis comentarios generales de lo que podrían ser, y deberían ser, las relaciones entre España y Filipinas, me respondió como compendio de su criterio... “que ahí estaba Intramuros”, como si esta especie de ciudadela-búnker hubiese sido únicamente las mazmorras de la Inquisición, y no lo que realmente fue, para bueno o para malo: “una urbanización donde habitaron durante tres siglos los

primeros colonizadores y sus descendientes cortesanos”, probablemente corruptos e inútiles, de acuerdo, pero como si Filipinas no pudiera blasonar de ellos al aire libre, pública y notoriamente en la era moderna, al por mayor. En un libro turístico que dejan para consulta del viajero en el cajón de la mesilla de la habitación del hotel, se habla de los años de “misrule” (desgobierno) de la corona española en Filipinas.

Además de follar con Gloria y de permanecer mayormente en el hotel, lo único que hice fue una visita al Palacio de Malacagnan, donde por lo menos se ve a Felipe González acompañado de Cory Aquino durante la visita de aquél a Filipinas. Comparé a Imelda Ramos con Lady Macbeth: su marido Ferdinand era un poquito más bajo que ella. Le dejé a Gloria dos mil quinientos dólares USA para lo que creímos que cubriría gastos de gestión y pasaje, cualesquiera que estos pudieran ser. Jugaba fuerte yo con esta chica, independientemente de sus poquedades, de sus temores a enfrentarse con otra realidad, etc. Quería yo demostrarme y demostrarle a ella que me importaba, porque lo cierto era que me importaba, y que el asunto..., por mí no decaería. Ya con toda seguridad volvería a encontrarme con ella en cuestión de medio año, el año de la Expo 92, y entonces, y si es que la cosa no se había resuelto antes, cerraríamos cualquier detalle que pudiese quedar pendiente.

Y así el 28 de diciembre de 1991 vuelo con Garuda a Jakarta. Ésta sería mi segunda visita a la capital de Indonesia y –adelanto– aunque también me fui sin follar, mi estancia justificó

todos sus presupuestos. Por esas cosas de las tarifas aéreas en que por un poquito más de precio le acomodan a uno en la clase inmediatamente superior, yo volaba en clase “executive” o preferente; es decir, la intermedia entre turista y primera absoluta. Bien recuerdo que mi asiento caía en el lateral izquierdo del avión, en un módulo de dos plazas; y que yo era el único ocupante de todo ese espacio. El vuelo estaba programado para unas tres horas y media de duración. Ocurrió algo curioso, típico de los incidentes inesperados y por suerte incruentos. Una de las azafatas de Garuda, no muy corpulenta, más bien menuda y delgadita, con el perfil algo afiladillo, se estiró empinándose de talones para retirar o comprobar algo del “bin” o maletero de equipaje de encima de los asientos; a lo que, seguramente por no hallarse sujeto o fijado de manera más recomendable, el “trolley” o carrito con el que yo viajaba y que había dejado allí arriba, como digo, un poco en plan de “tente mientras cobro”, se cayó limpiamente sobre mí, chocando contra mi cabeza, mi frente más concretamente, y produciéndome un ligero chichón. La chica se quedó alelada, sin decir nada. Comprendí que algo teníamos que compartir, ya que permaneció mirándome fijamente durante tres o cuatro segundos, con intencionalidad inequívoca. Nos intercambiamos nuestros nombres y nuestras direcciones. Ella se llamaba Roy Hanun, y yo le di mi dirección del Hotel Indonesia que Gloria Sanz me había reservado, a razón de 98 dólares por día.

Visité a Jack West; le devolví el “goat’s eye” por pequeño y por tener demasiado rugosa, escarpada y desigual la superficie

del cuero; y le llevé un regalo, un abanico español, a su mujer Liza. Con Purnama Marbun me había escrito un par de veces pero intensamente, llenos ambos de intencionalidad y de continuar con el asunto. Su correspondencia también ocupa una carpeta separada dentro de mi fichero. Recibí una primera carta suya el 23 de septiembre. Me dice que está aprendiendo inglés; y sin grandes inhibiciones –en parte porque su discurso es muy elemental– me dice que le mande algún libro con el que ella pueda aprender más. Se despide así: “Come and see me again if you have time”. Bien. Mensaje recibido y entendido. La niña esta me había causado una acuciante impresión, lo confieso desde este instante, y en mi respuesta de 24 de septiembre, es decir, prácticamente a vuelta de correo, le incluyo el billete de cien dólares USA, número de serie B75657245B. Conservo un justificante del envío certificado mío de 10 de octubre, tal vez de los libros de los que Purnama me acusa recibo en su carta fechada en noviembre y contestada por mí el 9 de diciembre, adjuntando cuarenta dólares USA esta vez. Como podrá observarse, la chavala esta me había entrado fuerte, y así de fuerte estaba yo actuando. Tal era la carga de historia espiritual y de mutuo concernimiento con los que me presenté a visitarles y a invitarles a cenar al día siguiente en el Hotel Indonesia. Llegaron Purnama, su hermana Elby y el cuñado de ambas, Boling. Las dos chicas iban vestidas elegantemente. Le regalé a Purnama doscientos dólares, en la mano, encareciéndole que los guardase cuidadosamente durante su viaje de regreso a casa. Me dijo que iba a abrir una cuenta. Las dos hermanas son dos preciosidades, y

como recordará el lector, a quien yo había contactado originalmente por las listas de Jack West era a Elby, pero en el momento de mi primera visita ésta no estaba, y la que sí estaba era Purnama. Y puesto que la impresión que me causó fue igualmente fabulosa, por la simple ley de la prioridad fue con ella, con Purnama, con la que proseguí la correspondencia. El día antes de volar para Bangkok volví a visitarles: Purnama me ofreció el mismo rico té de nuestro primer encuentro; luego en la calle anduvimos entre los típicos desagües que corren paralelos a las hileras de viviendas, y al llenarse mi conciencia de inminencias inevitables, muy a tenor del paisaje del que mis ojos no podían sustraerse..., vi a una rata muerta, enorme, en el canal de la izquierda según caminábamos. Probablemente Purnama estaría acostumbrada, porque no dijo nada. Pasamos y llegamos a un claro por donde se suponía que tendrían que discurrir taxis. Pero antes de ello y por un magnetismo consentido y conforme, nos habíamos besado en la boca. A Purnama pareció agradarle, porque no opuso reparos en repetirlo dos o tres veces más. Yo apenas tuve tiempo de reparar en que estábamos en plena calle. La gente nos tuvo que ver, pero la verdad es que a Purnama no pareció importarle. Era cristiana (no sé si católica) y en comparación con el islamismo mayoritariamente imperante, Purnama demostraba disfrutar de unas cotas de liberalidad que a mí me sorprendieron. Sí, nos besamos varias veces mientras esperábamos ver pasar un taxi: me supieron sus labios a lluvia con intención, limpiísimos y extáticos, transidos de agradecimiento.

Con Jack West seguía correspondiéndome. Ya lo he dejado dicho pero no lo percibo como redundante el insistir sobre ciertos puntos, a saber: mi amistad con este ciudadano USA devendría imposible unos cuantos años más tarde; sus problemas personales los había embadurnado de temática “política”, sirviéndose ahora de su supuesta condición de “moro” –por el hecho de estar emparejado con una indonesia de religión musulmana, aunque me consta que ello en un principio le sudaba la polla– para proclamar la “guerra santa” contra el imperialismo de los USA, etc. Una cadena de disparates torpedeaba nuestra mutua anuencia. Ahora bien, hasta que dicha situación se produjo, Jack se comportó como un tipo práctico, diligente, bien ordenado y con un fino control de su negocio. Además, entre nosotros existía la atracción compartida que sentíamos hacia “lo otro”; él, de una manera, de la suya; yo, de la mía. Jack había comprobado que en todos sus años de “agente conseguidor” de relaciones epistolares no había encontrado a nadie, obsérvese bien esto, a nadie que, como yo, hubiese instrumentado la materialización del encuentro con las chicas objeto de comunicación postal. Jack, a pesar de su aspecto descuidado y canibalesco, disponía de un buen sentido de la proporción, de la típica praxis del ciudadano yanqui. Según mis apreciaciones sus fallos más reconocibles eran su desconocimiento de Tailandia, y su espontánea incredulidad para asumir un tipo de excepcionalidad moderada, en este caso la que yo encarnaba y esgrimía: cuando en su momento le comenté lo de haberme besado con Purnama, se me quedó mirando con aire entre

escéptico y envidioso. Lo sentí por él. Y cuando también en su momento, le informara de que Roy me había llamado al Hotel Indonesia con la intención de encontrarse conmigo, asimismo Jack me hizo un gesto de admiración extraña, como poniendo en duda la veracidad de lo que le contaba. Le comparaba yo entonces a un médico sorprendido de oír a uno de sus pacientes decir que la medicina que le había recetado le había hecho buen efecto. En el fondo de todo ello latía una humanísima curiosidad emuladora por parte de Jack por el hecho de que alguien diez años mayor que él se metiera en tales berenjenales líricos. O dicho de manera más directa y pedestre: Jack sentía un poco de envidia natural, esperable. Con todo, mi relación con él a través del correo era fluida, diligente y muy precisa; quiero decir que el hombre contestaba los puntos concretos que yo le hubiera sugerido en mis cartas correspondientes. Desde nuestro encuentro del verano me había enviado tres misivas: una el 31 de agosto, en la que me da instrucciones sobre cómo encargar el Goat's Eye, al tiempo que me participa su deseo de..., mejor dicho, su intención de entrar en el mercado thailandés de oferta de chicas para correspondencia, etc., cosa que, que yo sepa, nunca haría, prueba clara de que ese campo se le escapaba. Jack no parecía darse cuenta de que él vendía literatura, amagos de romance. Eldorados mentales únicamente existentes en la predisposición de la condición humana a optimismos de esperanzada imaginación. El capítulo de gastos y obligaciones patrimoniales que según Anita, la del Club de Bangkok, debe afrontar todo aquel que quiera conseguir una pareja thailandesa,

es un puro disparate según Jack. Yo más bien creo que era Jack el que no tenía idea de ciertas realidades. Como relato jocoso entre hombres, puede pasar eso de que sea la familia de la novia quien regale dote y toda suerte de bendiciones al novio por el hecho de descargar a una mujer onerosa de una comunidad. Eso suena, como digo, muy bien. Pero la realidad es que yo no conozco cultura alguna donde no sea el hombre el que tenga que pagar, el que tenga que contrarrestar por adquirir una mujer del grupo familiar que sea. En su carta de 25 de septiembre me comunica su deseo de que mi vacación en Sofía, Bulgaria, me haya complacido y de que haya aprendido algo de ruso. Así pues, tuve que participarle naturalmente de todos estos planes míos, como correspondía a un amigo con quien compartía temas calientes; además me envía recuerdos de su mujer Liza, y de sus cuñadas Hilda y Lenny. Por último en su carta de 13 de noviembre acusa recibo de la mía de 18 de octubre y me dice que está dando clases de inglés, que se alegra de que la hermana de Elby Marbun, o sea, Purnama me haya empezado a escribir; y que se está anticipando con expectación mi proyectada visita de fin de año.

Y es aquí donde nos encontramos ahora precisamente. Visité a la familia Purba. La madre se apareció tan amable y tan desinhibida como la vez anterior, seis meses antes, con el mismo vestido de una pieza, yo creo que de batik, de color marrón moteado. Una gran mujer, desenvuelta, activa. Como no me entendía muy bien, cogió el teléfono y llamó a un pariente que hablaba algo de inglés y me lo pasó. Les dije que únicamente

quería hacer lo que no había resultado la vez anterior: invitar a Yanti y a quien quisiera acompañarla, a cenar esa misma noche en el Hotel Indonesia. Ahora sí parece que quedó la cosa bien entendida y pactada. A la hora convenida se presentó Yanti con tres amigas y dos amigos. Jack se había dejado caer por allí casualmente, así que organicé una cena para todos nosotros ocho. ¡Sería por dinero y por ganas! La verdad es que Yanti –agradable y bonita aunque sin el morbo atractivo y contagioso de Purnama– constituía entonces en mis esquemas una referencia muy a trasmano. Quería quedar bien con ella y con su familia; demostrarles que la pequeña liberalidad que habían tenido seis meses antes recibiéndonos y cumplimentando la tan singular embajada de tres varones (Jack, su cuñado Del, y yo) preguntando por una “pen-pal”..., que esa liberalidad en todo caso se había ejercido respecto de alguien que no les iba a pedir nada. Fue uno de los brindis al sol más absolutos que me he marcado en mi vida. Pretendía que Yanti le contara a su madre y a su hermana Ona cómo las había yo gastado. Y creo que eso lo conseguí con creces. Alguna de las tres amigas de Yanti, por no decir las tres, quedó... o quedaron impactadas por el tipo de “amistad” del que Yanti hacía gala. Estoy seguro de que hubieran querido ponerse en el lugar de las Purba y protagonizar ellas el proyecto de relación que en principio el título de “pen-pal” otorgaba. Pero eso hubiera sido una pretensión excesiva por mi parte. No podía abarcar más. En realidad, más bien, en ese punto de mi actividad yo había alcanzado de sobra el máximo de concernimiento, y de lo que se trataría ahora en todo caso sería

de ir soltando lastre y dejar la menor cantidad de flecos posibles en forma de nombres, fotografías, direcciones, etc. Siempre por penúltima vez me enfrentaba a la realidad única con la que me aderezaba mi actuación; y ello era que excepcionalmente para todo este juego de la amistad global por correspondencia, un jugador, yo, se había tomado en serio el asunto y había hecho condición necesaria el encuentro personal con sus corresponsales. Las chicas que así accedían a panorama tan inusual, claro es que quedaban vulneradas por una cuota respetable de perplejidad y halago al mismo tiempo. Aun sin haber empezado nada, percibí que mi relación con los Purba había terminado, había cegado definitivamente su curso. Fue un final a lo grande. Yanti se me apareció inasible, en otra onda, y así fue mucho más acertado que la munificencia que les mostré se derramara por igual entre todos ellos, las cuatro chicas y los dos chicos. Para que cuando me llevaran a su memoria contaran con un ejemplo de caballero andante rumboso.

Fui a visitar a Theresia en el Banco, pero no estaba. Fui a su casa y tampoco estaba: ni ella ni su hermana Chypriana. ¿Quién era Theresia a todo esto? Sí, hombre. Theresia había ilustrado uno de los errores, absolutamente comprensible, en que habían incurrido las relaciones de fotos y de fichas identificativas de Jack. Cuando fuimos a visitarla el verano recién pasado resulta que el rostro que apareció en los papelones de Jack correspondía a otra persona. Pero eso no pareció importar a nadie. Ya sabíamos que en estos países lo que nunca falta es el material humano, y si no es la chica que se supone que es, lo es

la hermana; y todos tan contentos. A ver: me había ocurrido prácticamente con casi todos mis contactos de Jakarta: con la familia Gunadi; con la familia Purba; con la familia Marbún, y ahora con Theresia, la cual me había escrito el 13 de diciembre y ya, sin grandes miramientos, me dice que “la haría muy feliz si pudiese yo financiarle sus estudios”. Bueno –pensé–, mejor es eso que no financiar actos terroristas. El caso es que la niña se me presentó en mi hotel al día siguiente, como un pajarito de 45 kilos, deportiva, graciosa. Confieso que entre todo el espectro de incontables actuaciones que la imaginación era capaz de esbozar, no tenía cabida la de haber propiciado un achuchón, un conato de cuerpo a cuerpo. Y la verdad es que no sé por qué... Hay dialécticas estéticas que impregnan decididamente todo el ámbito con tal determinación, con tal predominio, que no dejan lugar para ninguna otra salida. Y la dialéctica estética a la que me refiero en esta ocasión no se identificaba con filiación alguna concreta, no vestía ningún ropaje declarativo. Simplemente imperaba y me impedía ejecutar lo que de otra manera hubiera resultado presumible y hasta deseable.

Visité a las Gunadi y me alegró no poder invitarlas de nuevo a cenar cuando ellas podían –no podían cuando podía yo– porque la mayor, Janti, que es una preciosidad, tiene un amigo. Con quien sí que cené el día antes de mi partida es con Gloria y con Johan, allí mismo en el hotel Indonesia; y esa misma tarde-noche me telefona Roy Hanun: habla muy poquito inglés, casi nada, y a duras penas me hago entender que voy a verla a su casa, bueno, a donde ella está viviendo ahora en Jakarta. Es el

último desplazamiento del día en taxi que hago y el más rápido, además. Su casa es como un chalet en una buena urbanización para *standards* de Indonesia. La acompaña una amiga. Hablamos, sobre todo yo, de cosas banales ya que su inglés es pobrísimo. Me dice que su padre tiene negocios de petróleo, y yo colijo que a eso debe explicarse el hecho de que Roy sea azafata de líneas aéreas internacionales sin saber casi inglés; su padre tiene que ejercer cantidad de influencia. Sale el tema de la religión y, como me temía, me dice que es... “muslim”. ¿Fatalidad? Nunca se sabe. Yo había estado evitando sistemáticamente durante mis dos visitas últimas a Indonesia relación alguna con gente de credo musulmán. Pero este caso, lo mismo que... en principio, con las cuñadas de Jack, era distinto porque había venido de la mano del azar burlón. No sé qué ha visto Roy en mí; me dice que le gusto y que aunque tiene un amigo no le importa que le hable de ir a España. Recuerdo aquella parte de la velada como una de las más iniciáticas por lo impensado, por lo absolutamente insospechado. Imperaba un silencio bastante perceptible en todo el exterior del barrio, aderezado por una más que notable oscuridad que sólo perturbaban unos cuantos puntos de luz separados entre sí. Aquello era Jakarta, Indonesia, a una hora tardía, cerca ya de la medianoche, de un día cualquiera. Estábamos sentados en una especie de escaño o diván de varios cuerpos, arrimados a la pared. En un momento dado la amiga se levantó y yo tomé la mano de Roy y se la tuve así una buena parte del tiempo. Una señora, no muy corpulenta, apareció y desapareció de la zona

interior de la estancia contigua. Por la evidencia que vertían las propias cosas y por la comprensión mínima que permitía el discurso casi inexistente de Roy, colegí al fin que se trataba de una residencia-pensión en que se alojaba en Jakarta, ya que su propia casa, la de su familia estaba en Palembang, en el sur de Sumatra. La señora que había pasado fugazmente por allí, probablemente con el propósito razonable de saber quién estaba en la casa... era la “land-lady” o casera. Las cosas, menos mal que comenzaban a encajar. Mientras nos hallábamos cogidos de la mano yo hacía esfuerzos por colocarme ante el infinito espejo de la conciencia y reconocer que aquello era un disparate, pero un disparate real como la vida misma. Ella, Roy, trémula, me decía: “I am confused”, a lo que yo le respondía que yo también lo estaba, pero sin esperanzas de que se vaciara de sí misma y se pusiera en mi lugar, porque yo sí que verdaderamente estaba confundido en el sentido más bello y más armónico; confundido, pero no por inesperado menos hermoso ni menos humano. Ahora, con la debida perspectiva, porque ahí radica la razón última de las cosas..., ahora se me significan nítidas las líneas del curso de acción que yo hubiera podido tomar con esta chica. Yo la había impactado desde un primer momento, desde el incidente del avión, y eso pertenece a la categoría de realidades que estaban ahí y tocante a las cuales era estéril entrar en mediciones. De todas mis amistades Roy era la que con un pie más leve y más casual entraba en mi vida. Los típicos bandazos del azar magnánimo que se entretiene en derrochar munificencia donde menos se lo espera uno. Roy –siempre pensando en

términos de perspectiva— podía haber sido un caso excepcional en mi sistema de incompatibilidad con el Islam. O quizá no. Quizá la presunta atracción que los dos pudiéramos haber generado y desarrollado, cada cual respecto del otro, no hubiera sido suficiente para allanar los muros de imposibilidad que ya a partir de entonces el Islam comportaría para mi cosmovisión; sobre todo años más tarde en Granada (España) donde las hermanas Chttou, marroquíes ellas, constituirían toda una categoría de principio a fin en lo tocante a su rigidez para entenderse conmigo. Podría haber ocurrido cualquier cosa con Roy. En un estadio tan temprano del asunto todo era posible y nada era innegociable, pero en cualquier caso la materia prima estaba ahí, con nosotros dos, en las encarnaciones de Roy y de mí. [También a la altura temporal que proceda podrá el lector conocer el fin tan poco lucido que tuvo mi relación con Roy; todo por culpa mía.] Me despido de ella aquella noche compacta, ya entrada la madrugada en Jakarta; y mientras el taxi me conduce a mi Hotel Indonesia voy recordando las veces que Roy, con nuestras manos trabadas, me decía trémula, rebosante de inédita sorpresa: “I am confused”.

El vuelo a Bangkok desde Jakarta con la Singapore Air Lines me regaló la visión de azafatas de porcelana oscura, chocolatito y aceitunada. Verdaderas artesanías de consumado orfebre; su uniforme es bellísimo: falda floreada y sandalias. Mi compañero de asiento resulta que es galés, británico del País de Gales quiero decir. Ya en plan de distensión conversacional le entono las canciones en galés original que me enseñara Elwyn

Thomas en Market Harborough treinta y tantos años atrás, imitando lo mejor posible el almacén fonético de todas las palabras convertidas en frases y éstas en estrofas. Para asombro mío me dice que lo reconoce todo, que se trata de melodías populares del alma galesa. Hasta en sitios tan insospechados va haciendo uno patria postiza. Ésta es mi octava visita a Bangkok con permanencia propiamente dicha. ¡Qué bien, qué congruamente se constituía Bangkok en centro de operaciones para todo lo relativo al Lejano Oriente! De regreso de los destinos aún más apartados, de Filipinas e Indonesia, estar en Bangkok era como estar en la antesala de casa; hallarse uno en sitio conocido, transitado, frecuentado en lo concerniente a las inclinaciones, a las curiosidades del corazón. Bangkok sin lugar a dudas era y es, junto con Singapore, la megápolis mejor comunicada con los puntos del Oriente asiático y con los destinos de Occidente. Me instalo en el Hotel Ambassador y cruzo la calle hasta “Darling”. Conozco a Champa, estupenda, morena, bonita, proporcionada. Me felaciona en el baño y me anima a que la eche el segundo polvo, que no podía. Lo consigo cambiando de condón. En la habitación del hotel siguen poniendo flores: una rosa y una orquídea pequeña. Invito a Bencha y continúa tan hermética. Una pena porque creo que es la última vez que la contacto. Me encuentro con Nang y la veo centrifugada en cualquier cosa, excepto en mí. Hay unas cabezas de clavo metálicas asomando en la parte alta del armario donde se guardan los almohadones y esas cosas; se lo digo a la camarera al tiempo de salir de la habitación, y al rato regreso y me dice ¡que “el

ingeniero” ya ha remachado los clavos y nivelado el tablero o plúteo!

El sábado día 4 de enero de 1992 resuelvo el problema pendiente de mi billete. Desde Manila vengo recordando a través de los ordenadores de las líneas aéreas en los aeropuertos que mi primera prioridad es volar a Madrid el día 6 de enero: lo recordé también en Jakarta. Y días más tarde, ya en Bangkok, volvería a reflexionar sobre lo engañoso que es la presunta seguridad de las reservas y de las instrucciones informatizadas, ya que según me pareció entender, al tener yo reservada en principio la fecha del 8 de enero, las máquinas daban la orden de descartar las posibles opciones de los días cuatro y seis. Una cabronada que intenté subsanar en el mismo aeropuerto de Bangkok nada más llegar de Jakarta. Por corazonada me voy directamente a Diethelm y efectivamente, en parte porque ya debía de estar corregido, en parte por los buenos oficios de esta agencia, el caso es que recojo mi reconfirmación para el día 6 de enero, justo lo que necesitaba. Nang me volvió a defraudar no viniendo a mi hotel a la salida de su trabajo por la mañana. Bueno, mi relación con esta chica es tan inconsistente como uno la quiera ver. El signo thailandés con la mano para expresar “I love you” es bajar los dedos anular y corazón y atiesar los otros tres. Ese mismo 4 de enero vuelvo a “Darling” y me ocupo con Noi, la idéntica Noi de otra vez. La reconozco por su acento de marcada y cómica gangosidad cuando pronuncia lo poco de inglés que sabe. Es una chavala original y llena de distinción. Qué hicimos no sé, pero el caso es que esa fue la primera vez que sonó el timbre recordando la hora.

Noi se puso a darme masaje y no parecía querer parar. Copulé con ella antes de entrar en el baño: una cópula profunda y bella. Le gustaba besarme, y al terminar me quitó el carmín cremoso del morrete.

Al día siguiente cinco de enero, domingo, me voy de excursión a Pattaya. El sitio no me dice nada: bastante cutre, si bien con hoteles y alojamientos menos bulliciosos que, por ejemplo, los de Bangkok. Entre los excursionistas distintos de los del Ambassador se encuentran dos parejas de indios/hindúes que vivían en África del Sur; las mujeres jóvenes son espectacularmente bellas, probablemente las más bonitas que haya visto de cerca. También viene una señora y la que parece su hija, ambas oriundas de Goa. La chica habla español porque estuvo en España al tiempo que enseñaba inglés. Es como de unos veintiocho años, con la nariz típicamente ganchudita pero realmente guapa. Le dejo una tarjeta mía. Conozco asimismo allí en el grupo de viajeros a Tony, un negrazo simpatiquísimo de New York, Manhattan precisamente. Formaba él solo una categoría de excursionista por ser de color, por ser ciudadano USA y por disponer de un envidiable gracejo y de una notable corpulencia. En esto de las ocurrencias sociológicas no era la primera vez ni mucho menos que la presencia en escena de un ciudadano norteamericano, moreno para más señas, constituía un revulsivo de signo positivo siempre. Recordaba la percepción de alivio que me había supuesto en 1975, al cruzar en coche el Check Point Charlie entre el Berlín oriental y el occidental, encontrarme con el militar USA despreocupado que me

significaba estar en casa, a salvo de las vejaciones arbitrarias de los *vopos* de allí al lado. Esa parsimonia de saberse diente del piñón de la maquinaria de guerra más potente y ubicua del planeta me supuso una liberación que no podía confundirse con nada parecido, de tan gratificante como me resultó. Claro que ahora el caso no tenía comparación, pero siempre recordaré la figura de Tony: llevaba los dedos de las manos, formidablemente carnosos, cubiertos de anillos, sortijas, preseas de valor absolutamente desconocido para mí, pero que de cualquier manera relucían, compendiaban chispazos y destellos. Al preguntarle si no albergaba temor de que pudieran asaltarle... con el fin de despojarle de toda aquella quincalla..., tal vez joyería de verdad..., el tío, ahuecando todo el poder muscular de su chasis, como si nada, en una demostración de humildad y hablando como este corte de americanos saben hablar, respondió: “If they can take it, they can have it” (Si me lo pueden quitar, se pueden quedar con ello) con ese ademán refrescante, cazurrón y simpático que sólo los que conocen el alma USA pueden interpretar y disfrutar en su justa medida. Mis oídos no se habían embadurnado en tal regocijo durante muchos años. Yo conocía bien la percalina y procuré adecuar mi inglés al acorde que más convenía al discurso de Tony. ¡Qué rato más delicioso nos hizo pasar! Sigue matizando que él no quiere complicarse la cabeza con elucubraciones de tal o cual tipo, aptas para desocupados y contemplativos diletantes; que a él le gustan las cosas en línea recta; que sí, que concibe que alguien le obligue a la fuerza a desprenderse de las joyas, pero que no andaría muy lejos sin que

él, Tony, se le echara encima. Magnífico ejemplar. Y todo esto dicho en inglés yanqui cerrado y expresivo, inconfundible. Por lo que nos informó se hallaba en misión gubernamental, recogiendo datos sobre cuestiones de viaje. Pero lo más curioso del panorama es que, hablando así como estábamos en un trocito de playa, mirando cómo jugaban bañistas y motoristas, y cómo subían los esquiadores acuáticos por los aires arrastrados por alguna lancha e izándose en paracaídas y ese muestrario de ejecuciones propias de la diversión a orillas del mar..., haciendo todo esto..., de pronto, al darme la vuelta para cambiar de postura reparo en un grupo familiar que se hallaba a unos cuantos metros detrás de nosotros... Comienza la conciencia a poner orden en el estímulo recibido y..., no me dio tiempo. “Tomás” – oigo que me llaman distintamente. Se trataba de mi paisano Juan Muñoz, el inmobiliario clásico de la calle Libreros de Alcalá de Henares, de toda la vida, que estaba de vacaciones con su mujer y sus dos hijos. El mérito le correspondió a él ya que él fue el primero en reconocirme. Se me había quedado mirando, mirando... mientras yo hablaba inglés vacilón con Tony; y me había llamado. Al momento le reconocí porque no había duda. Seguía siendo alto, con el abdomen ligeramente en prominencia, pero apuesto y de presencia notoria.

En la mañana del día seis Nang vino a mi hotel pero no consintió ni aun que la besara. Es la vez que más cerca, solos, he estado de ella en una situación acotada y desglosada de elementos exteriores que pudieran perturbar lo que de confidencial o íntimo se alojase en el encuentro. Hemos llegado a

un pacto tácito por el que yo la llamaré cuantas veces venga a Bangkok y ella me informará del número de su teléfono (si lo hubiere cambiado) y de su lugar de trabajo si no fuera el mismo de nuestro anterior contacto. Ya por la tarde (el vuelo salía de noche) estuve en “Darling” con Nang, hermana de Noi: un precioso esmalte de niña. Me sacó dos polvos, uno al principio y otro al final. Estaba muy estrechita, como si no hubiera consumado nunca la cópula. Llevaba la ropa interior más bonita y atractiva que yo jamás hubiera visto. Fue un remate de fiesta espléndido. El número de Nang era el 50. Ya lo sé para otra vez.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Noi; Nang (Bangkok, Thailandia), Marilou; Gloria (Manila, Filipinas), Joy; Jasmine; Yolie; Marivic; Rowena; Mary Ann (Cebú, Filipinas): diciembre 1990 - enero 1991	1
Jeanette; Nancy Elena; Marisa; Paquita; Jackie: Santo Domingo (República Dominicana). Semana Santa, 24-31 de marzo de 1991	114
Jeanette; Jackie, Olga y Judith; Vilma; Idelca; Marisa: Santo Domingo / Puerto Plata (República Dominicana), junio de 1991	134
Marilou; Gloria; Elena Alfante (Manila, Filipinas).Hilda; Lenny; Yanti; Juniati; Janti; Chypriana; Gloria Sanz; Anna; Purnama; Ina (Jakarta, Indonesia). Bencha; Wee; Nan; Lat; Bül; Saipin; Dthai; Phou (Bangkok, Thailandia) julio-agosto de 1991	148
Julia; Ralitza; Boriána; Katia; Ventseslava: Sofía (Bulgaria). Diecinueve años después, 19-31 de agosto de 1991	262
Jasmine; Rowena (Cebú, Filipinas). Gloria (Manila, Filipinas). Roy; Purnama; Yanti; Theresia (Jakarta, Indonesia). Champai; Noi; Nang (Bangkok, Thailandia). Diciembre 1991 - enero 1992	314

